

MARY JO PUTNEY

ÉRASE

UNA VEZ

UN

CANALLA

TITANIA



É R A S E

U N A V E Z

U N

C A N A L L A

MARY JO PUTNEY

É R A S E

U N A V E Z

U N

C A N A L L A



TITANIA

Argentina • Chile • Colombia • España
Estados Unidos • México • Perú • Uruguay

Título original: *Once a Scoundrel #3*

Editor original: Kensington Publishing Corp, New York

Traducción: Ana María Pérez

1.^a edición Septiembre 2021

Todos los personajes de esta novela son ficticios, y por tanto son producto de la imaginación de la autora. Cualquier semejanza con personas vivas o fallecidas o con acontecimientos es mera coincidencia.

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público.

Copyright © 2018 by Mary Jo Putney

First Published by Kensington Publishing Corp.

Translation rights arranged by Sandra Bruna Agencia Literaria, SL

All Rights Reserved

© de la traducción 2021 *by* Ana María Pérez

© 2021 *by* Ediciones Urano, S.A.U.

Plaza de los Reyes Magos, 8, piso 1.º C y D – 28007 Madrid

www.titania.org

atencion@titania.org

ISBN: 978-84-18480-49-2

Fotocomposición: Ediciones Urano, S.A.U.

*Para mi siempre paciente y maravilloso «desquiciado asesor»:
¡Abrazos para ti y para los gatos!
Y al Espía Real, que ciertamente es un Gato Real.*

Prólogo

Gabriel Hawkins Vance estaba de pie frente a la inmensa puerta mientras intentaba controlar los temblores. Se había alistado en la Marina Real con doce años y no era el más joven de su grupo de guardiamarinas. Durante los seis años siguientes, se enfrentó a balas de cañón y a enfermedades letales, ayudó a controlar un motín y, a los dieciséis, comandó un barco francés apresado que debía llegar a Portsmouth.

Aunque nada lo había aterrado tanto como tener que enfrentarse al hombre que estaba al otro lado de aquella puerta.

Respiró hondo mientras aceptaba su destino. Llamó un par de veces a la puerta antes de entrar en el gabinete de su abuelo. El almirante Vance estaba sentado detrás de su mesa con el ceño fruncido, pero se puso de pie en cuanto vio a su nieto y frunció el ceño aún más.

—¡Eres una vergüenza para la familia! —exclamó sin detenerse en formalidades. Era alto, de pelo canoso, inflexible como un roble curtido—. ¡Los Vance han servido y han muerto por la Marina Real durante generaciones sin mancillar nuestro honor hasta que tú llegaste!

—Lamento haberlo decepcionado, señor. —Gabriel intentó controlar un estremecimiento.

—Estabas haciéndolo bien, estaba orgulloso de ti. Y vas y lo tiras todo por la borda. —El anciano torció el gesto—. ¡Habría sido preferible que murieras en la batalla!

Gabriel pensó en los cuerpos de sus compañeros muertos, hechos pedazos por las balas de cañón francesas. Esa sería, normalmente, una manera rápida de morir y habría complacido al viejo almirante, pero él no había llegado al punto de desear estar muerto.

—Lamento haberlo desobedecido —replicó mientras intentaba mantener la voz firme—. Pero es consciente de las circunstancias que llevaron a mi destitución.

—Esas circunstancias, tu juventud más el apellido de la familia, te salvaron de un consejo de guerra y de acabar en la horca —le soltó su abuelo—. Aunque te lo merecías.

—Haría lo mismo otra vez si me encontrara en las mismas circunstancias —confesó Gabriel, que sintió una repentina necesidad de sincerarse.

—¡Canalla impertinente! ¡Fuera de mi vista! —gritó su abuelo—. ¡Y no vuelvas a menos que hayas restablecido el honor de tu apellido!

—Como desee, señor —respondió con fría formalidad. Las palabras eran como hielo en sus venas. Se despidió con un saludo militar perfecto y se dio media vuelta para salir de la estancia, con la certeza de que no volvería a ver al anciano... Jamás.

—¡Ay, cariño mío! —Su abuela le salió al paso mientras se dirigía a ciegas hacia la puerta principal—. ¿Tan desagradable ha sido? —Lo estrechó con calidez entre sus brazos como si se tratara de un niño y no de un muchacho que le sacaba cabeza y media.

—No quiere volver a verme en la vida. —Gabriel abrazó a su abuela mientras reprimía sus vergonzosos deseos de llorar—. No a menos que haya restablecido el honor de mi apellido, algo que no sucederá nunca porque para él el honor está ligado a la Marina Real. Ahora que me han licenciado, eso no pasará. Será imposible.

—¡Oh, Gabriel, cariño! —Lo soltó mientras lo miraba con expresión triste—. Es duro contigo porque se preocupa demasiado por ti.

¿De verdad se preocupaba su abuelo por él o más bien lo veía como un medio para continuar la tradición familiar en vez de verlo como a una persona en sí misma? Llegó a la conclusión de que sabía la respuesta.

—No va a echarme de menos, tiene otros nietos.

—Sí, pero tú siempre has sido su preferido —repuso con ternura—. Que conste que creo que hiciste lo correcto y estoy orgullosa de ti.

—Gracias. —La besó en la mejilla. Sus palabras lo ayudaron un poco.

—¿Qué vas a hacer ahora?

—No estoy seguro —contestó, incapaz de pensar en otra cosa que no fuera el reciente enfrentamiento con su abuelo—. Supongo que encontraré un puesto en un barco mercante.

—¿Habrías elegido la armada de pequeño de haber tenido elección? —le preguntó su abuela con mirada perspicaz. Sus palabras habían dado justo en el clavo.

—No lo sé. —Pensó en el mar y en su temperamento: hermoso y aterrador, emocionante y aburrido—. Tal vez no —agregó con honestidad—. Pero es el único oficio que conozco. —Y en ese momento el mar le proporcionaría consuelo.

—Elijas el camino que elijas, recórrelo bien —dijo su abuela con firmeza—. ¡Y, por favor, escribe! Puedes enviar las cartas a la tía Jane.

—Lo haré —le prometió, incapaz de soportar la idea de perder a la única persona de cuyo amor nunca había dudado—. Y me cambiaré de nombre para que el abuelo no se avergüence por mi culpa.

—Usa Hawkins —dijo con sorna—. Es tu segundo nombre y Jack Hawkins fue uno de los marinos más heroicos de Inglaterra. —Su abuela siempre había compartido su sentido del humor.

—Me apropiaré de ese nombre. De ahora en adelante, seré Gabriel Hawkins. —Le dio un último abrazo y salió por la puerta, hacia un futuro que aún no podía imaginarse.

1



Londres, otoño de 1814

Lord y lady Lawrence estaban disfrutando de una tarde placentera en su biblioteca cuando llegó la carta. El mayordomo en persona se la entregó al conde. Sylvia Lawrence levantó la vista y vio que la misiva estaba envuelta en una tela manchada de aceite y supo que debía de haber recorrido una gran distancia.

—¿Es una carta de Rory? —preguntó con entusiasmo—. ¡Hace tanto que no tenemos noticias de ella! ¿Volverá a casa?

Su marido abrió la carta y la leyó con el ceño fruncido. Luego soltó una blasfemia tan malsonante que ninguna otra persona se habría atrevido a pronunciarla.

—¡Tu hija, lady Aurora Octavia Lawrence, la ha hecho buena esta vez!

—También es hija tuya —le recordó Sylvia mientras comenzaba a preocuparse—. ¿Qué ha ocurrido?

—La carta viene del consulado británico en Argel —masculló el conde—. ¡Unos piratas berberiscos han secuestrado a tu dichosa hija y ahora exigen un rescate desorbitado para liberarla!

—¿Cómo es posible? —gritó Sylvia mientras su buen humor se convertía en horror—. Creía que los piratas berberiscos habían abandonado su actividad después de su derrota a manos de los estadounidenses y de la firma del tratado.

—Los piratas de Berbería no son muy de cumplir tratados —dijo su marido con amargura—. El cónsul dice que no está herida, pero está retenida en un harén y pronto la venderán como esclava a menos que paguemos su rescate de ¡cincuenta mil libras! —Alzó la voz—. ¡Cincuenta mil libras! —Tiró la carta en la mesa e hizo que la elegante pluma de ganso saliera volando—. Muy bien, ¡pues que se la queden! No les pagaré un solo penique a esos malnacidos para recuperarla.

—Geoffrey, ¡no puedes estar hablando en serio! —exclamó Sylvia—. ¡Es nuestra hija pequeña! Rory era la alegría de tu vida.

—Hasta que creció y desde entonces solo nos ha dado problemas. —Miró a Sylvia con el gesto torcido—. No podremos casarla como Dios manda y se ha gastado la herencia de su tío abuelo en sus viajes. Es una descarada muy lista. Que se las apañe sola. Ya me ha costado bastante.

—¡Es nuestra hija!

—¿Crees que no lo sé? —Su ira inicial lo estaba abandonando y el dolor asomaba a sus ojos—. Tal vez sea conde, pero no me puedo permitir semejante suma. Me llevó varios años saldar las deudas que mi padre me dejó. Ya sabes la cantidad de préstamos hipotecarios que hemos tenido que pedir para mantener a los ocho hijos que has tenido.

—Tú también pusiste de tu parte con esos ocho —señaló con sequedad—. Hemos sido bendecidos con ocho hijos saludables, encantadores e inteligentes. ¿A cuál de ellos quieres abandonar?

—A ninguno —respondió él con un suspiro—. Pero haberles proporcionado los futuros que

merecían han agotado las reservas familiares. Simplemente no hay dinero disponible para pagar ese descomunal rescate. Ni siquiera para Rory.

—Pero ¡será una esclava en Berbería, Geoffrey! —Sylvia se mordió el labio porque sabía lo difícil que había sido reunir el dinero para ayudar a que sus hijos mayores se establecieran en sus nuevas vidas—. No es una travesura, ¡es un desastre! ¡Piensa en los horrores que tendrá que pasar!

—Es lo bastante guapa como para evitar las peores atrocidades —dijo con los labios apretados—. Es probable que acabe como la favorita del dey de Argel. Lo siento, Sylvia, Rory se lo ha buscado. —Se le quebró la voz, demostrando así lo que le dolía—. Y ahora tendrá que aguantar al hombre que esté dispuesto a pagar por ella.

La condesa se estremeció. Su marido había decidido que el rescate era imposible de pagar y que no movería un dedo para ayudar a su hija Rory. Cerró los ojos mientras las terribles imágenes de lo que podría sucederle a su hija pequeña le pasaban por la cabeza. Quería muchísimo a todos sus hijos, pero Rory fue un bebé precioso y feliz. Por ese motivo Sylvia le puso Aurora, porque le recordaba a un amanecer.

Aurora pronto se transformó en el diminutivo Rory, mientras su hija crecía entre risas y travesuras. Sí, a veces se metía en problemas, pero se debía a su apetito por la vida. No había maldad en ella.

Sylvia conocía bien a su marido. Una vez que Geoffrey había analizado la situación y había decidido que no había nada que hacer, le cerraría la puerta a Rory y se concentraría en los problemas más cercanos a su hogar que sí podía solucionar. Enterraría el destino de su hija tan profundamente que no sentiría el dolor, excepto en sus pesadillas.

Aunque eso no quería decir que ella tuviera que hacer lo mismo. Le habían llegado rumores de un hombre capaz de lidiar con situaciones peligrosas. Un aristócrata relacionado con todo tipo de personas al que visitaría por la mañana. Quizá, ¡por favor, Señor!, conociera a alguien capaz de traer a su hija de vuelta a casa.

Goleta Céfiro, Pool of London, río Támesis, Inglaterra

Cuando era niño, Gabriel había soñado con ser el audaz capitán de un velero. Un corsario como Drake y el legendario sir Jack Hawkins, su homónimo. Sus sueños no incluían las largas y aburridas semanas en el mar ni las galletas con gorgojos del barco ni el pan ácimo duro como las piedras.

Ni los libros de cuentas. Los suyos eran sencillos porque era el dueño y también el capitán, pero debía de hacer algunas cuentas para que la Céfiro pudiera funcionar de manera adecuada. Por suerte, su última misión a Estados Unidos para rescatar a la viuda inglesa abandonada había sido muy rentable gracias a la generosidad de la familia de la mujer. Como extra, incluso había evitado acabar hecho pedazos por los barcos de guerra de la Marina Real que pululaban por la bahía de Chesapeake.

Le alegró dejar su libro de cuentas cuando Landers, el primero de a bordo, un estadounidense

pelirrojo, llamó en la jamba de la puerta abierta y entró en su camarote.

—Buenos días, capitán. Terminaremos el aprovisionamiento mañana o pasado mañana. —Le entregó una lista—. Estos son los suministros que estamos esperando.

Gabriel ojeó la lista y asintió con la cabeza.

—Aunque tardáramos más tiempo, vale la pena esperar hasta que lleguen las velas de Halford. No se debe escatimar en buenas velas.

Mientras le devolvía la lista, Landers le preguntó:

—¿Cuál es nuestro siguiente destino?

—Excelente pregunta. —Gabriel se acomodó en la silla que estaba asegurada al sólido suelo de roble y, distraído, rascó la cabeza del gato blanco y gris del barco que estaba dormido sobre su mesa—. No estoy seguro. Con Napoleón en el exilio y los británicos y estadounidenses en negociaciones de paz, no hay muchos bloqueos para burlar. Habrá que transportar carga regular; algo más seguro, pero mucho menos rentable.

—Me estoy haciendo viejo —replicó Landers con un suspiro, a sus veintiséis años—. Hemos esquivado tantas balas de cañón que algo seguro empieza a parecerme agradable.

—Aun sin balas de cañón, el mar podría matarnos tan rápido como lo desee —le recordó Gabriel con sequedad. Puesto que ya pasaba de los treinta, había visto bastantes peligros como para estar de acuerdo con su compañero, pero un hombre debía hacer algo para mantenerse ocupado y, en su caso, tenía mucha experiencia con el mar—. Estoy pensando en entrar en el negocio del té chino.

—La velocidad de la Céfiro sería una ventaja, pero los viajes son muy largos. —Landers titubeó antes de añadir—: Si es así, no cuente conmigo. Mi padre está en plena construcción de un barco mercante de cabotaje que estará listo en la primavera. Llevo un tiempo pensando que es hora de regresar a casa, a Maryland, y encontrar una esposa antes de que todas las muchachas guapas se casen con otro.

—Lo echaré de menos —dijo Gabriel con genuino pesar—. Pero el comercio de China no es compatible con un hombre que quiera un hogar y una familia. Es hora de que tenga su propio barco.

Landers le preguntó con la felicidad propia de un romántico empedernido:

—¿Ha pensado en sentar la cabeza y casarse con una muchacha guapa?

Gabriel enarcó las cejas.

—No sabría en qué lado del Atlántico establecerme y, dada la naturaleza de mi negocio, veo a pocas mujeres guapas, así que la respuesta es no.

—Si se estableciera en Saint Michaels, le garantizo que no hay escasez de mujeres atractivas interesadas en conocerlo más a fondo —añadió Landers con una sonrisa.

—El primero de a bordo tiene obligaciones importantes en un barco —replicó mordazmente—. Hacer de casamentero no es una de ellas.

—Tengo una prima muy guapa que se llama Nell —le ofreció Landers—. Preciosa y capaz

de hornear una tarta de cerezas tan rica que hasta los ángeles se relamerían.

Gabriel lo miró con su ceño de capitán más estricto.

—¡Largo!

El ceño fruncido no debió de funcionar, porque Landers se marchó entre carcajadas. En cuanto su primero de a bordo se fue, Gabriel volvió a los libros de contabilidad, pero su mente comenzó a divagar.

Las había pasado canutas bastantes veces, pero desde hacía varios años las cosas le iban muy bien. De hecho, había llegado al punto en el que podía elegir qué hacer. Pero ¿qué demonios quería para el futuro?

Puesto que desconocía la respuesta para esa pregunta, fue un alivio que Landers asomara de nuevo la cabeza por la puerta.

—Hay un tal señor Kirkland que quiere verlo y por su aspecto parece alguien con quien le interesa hablar. —Landers desapareció nuevamente.

«¿Kirkland?» Gabriel se puso de pie al tiempo que se despabilaba de golpe. Conocía el nombre, pero ¿qué narices...?

El hombre alto y de pelo oscuro que entró en el camarote se inclinó para evitar golpearse la cabeza, con la agilidad de alguien que sabía moverse en un barco. A primera vista, parecía simplemente un caballero bien vestido y no un espía capaz de hacer magia entre bambalinas. Pero si uno se fijaba bien, había más detalles.

—Supongo que usted no es el señor Kirkland, sino el legendario lord Kirkland.

El recién llegado sonrió.

—Si nuestro amigo en común ha dicho que soy «legendario», seguro que ha sido con sarcasmo.

—Tal vez un poco —reconoció Gabriel mientras le tendía la mano. Aunque quien lo describió también lo hizo con respeto—. Bienvenido a la Céfiro, lord Kirkland.

El susodicho le dio un fuerte apretón de manos.

—Kirkland a secas. ¿Tiene un momento? Me gustaría hacerle una propuesta.

¿Qué querría proponerle un espía? Intrigado, Gabriel contestó:

—Tengo tiempo. —Algo blanco y gris salió disparado desde el escritorio de Gabriel hacia la puerta mientras él le hacía un gesto a su visitante para que se sentara en una de las sillas.

Kirkland parpadeó.

—¿Eso era un gato?

—El gato del barco, un gran cazador de ratones, pero algo tímido. No le gusta que la gente lo vea, así que finja que no lo ha visto. —Gabriel cruzó el camarote y cerró la puerta—. Hablando de nuestro amigo en común, ¿ha visto a Gordon y a la intrépida Callie desde su regreso a Londres?

—Sí, y les va estupendamente. —Kirkland se sentó en la silla—. Fue durante una charla sobre la misión de Gordon cuando me sugirió que viniera a verlo porque usted es adecuado para

ciertos trabajillos.

—Supongo que dichos trabajillos necesitan veleros —replicó Gabriel mientras tomaba asiento—. Pero ¿qué podría ofrecerle mi barco que no pueda encontrar en su flota mercante?

—Experiencia en las costas berberiscas —respondió Kirkland de manera sucinta.

A Gabriel se le erizó el vello de la nuca.

—¿De dónde ha sacado esa idea?

—Gordon dijo que una noche mientras lo llevaba a Estados Unidos, los dos compartieron brandi e historias —explicó Kirkland con un brillo jocoso en los ojos—. Al parecer, le dijo usted que había pasado un tiempo en Argel y que también había visitado otras regiones de Berbería.

¿De verdad habló sobre aquello? Seguro que bebió más brandi del que pensaba. Pero Gordon y él habían forjado un vínculo por el peligro compartido y eso lo animó a hablar con él. Además, Gordon tenía muchas historias increíbles que contar. Había sido una noche especial.

—¿Qué le ha dicho?

—Que usted fue esclavo —respondió Kirkland con sequedad—. Y que consiguió escapar con una tripulación mixta de marineros estadounidenses y europeos, arrebatándole este navío tan estupendo a los piratas que, a su vez, se lo habían arrebatado a los norteamericanos. Son unas referencias impresionantes, capitán.

Desde luego bebió demasiado brandi aquella noche.

—La fuga se logró gracias a los esfuerzos conjuntos de varios hombres, a una providencial climatología espantosa y a un poco de suerte.

—Después de oír la historia, investigué un poco. Todos estaban de acuerdo en que sin sus habilidades de navegación y su fluidez con el dialecto árabe local, no habría habido fuga.

Eso era cierto, así que Gabriel no intentó negarlo.

—¿Por qué le interesa esto? —le preguntó sin rodeos.

Kirkland dijo también sin rodeos:

—Lady Aurora Lawrence, una jovencita, ha sido hecha prisionera después de que su barco fuera capturado por un pirata argelino. Cuando su secuestrador se enteró de que se trataba de la hija de un conde, exigió un rescate de cincuenta mil libras, y su padre no puede pagarlo.

Hawkins silbó por lo bajo.

—¿Ese es el rescate de un rey! Pero negarse a pagarlo es una crueldad viniendo de un padre. ¿No se le ha ocurrido negociar?

—La familia tiene más hijos y su fortuna no es ilimitada, además de que negociar desde tanta distancia es muy difícil. Pero sí, es una crueldad. —Kirkland lo miró fijamente—. Y es una situación con la que usted puede simpatizar.

Estaba claro que el espía había investigado el pasado de Gabriel. Este apretó los labios.

—Pues sí. Sin embargo, sigo sin entender qué tiene que ver esto conmigo.

—La madre de lady Aurora no está de acuerdo con la decisión de su marido y ha empeñado todas sus joyas y otros bienes personales, pidiendo prestado cada penique que pudiera reunir con

la esperanza de obtener la liberación de su hija.

—¿Ha conseguido reunir las cincuenta mil libras? Si es así, no debería ser tan difícil concertar el pago del rescate y liberar a la muchacha.

—Solo pudo reunir la mitad de la suma pedida, lo cual explica que necesite un intermediario ladino y con experiencia. Se enteró de mi reputación y solicitó mi ayuda, con la esperanza de que conociera a un hombre que fuera valiente y honorable, que conociera la costa berberisca y que fuera un excelente negociador. —Kirkland esbozó una sonrisilla—. Con la mitad de los diplomáticos europeos experimentados danzando en el Congreso de Viena, la lista de posibilidades era muy corta. ¿Estaría dispuesto a aceptar este trabajo?

Aunque Gabriel había adivinado hacia dónde conducía la conversación, las palabras de Kirkland fueron como una patada en el estómago. La costa berberisca. El escenario del peor infierno de su vida y también el comienzo de su resurrección.

Ni siquiera se dio cuenta de que se había levantado de su silla y había comenzado a caminar hasta que se encontró esquivando automáticamente los dos cañones que compartían su camarote. Se detuvo y miró por un ojo de buey hacia el bullicioso río Támesis, por el que navegaban embarcaciones de todo tipo y tamaño, la típica estampa londinense, tan diferente de las costas mediterráneas abrasadas por el sol.

—Deduzco que no es una pregunta para responder a la ligera —dijo Kirkland en voz baja.

—Deduce usted bien.

—Dado que nuestros países no están en guerra y que portaría usted credenciales legítimas, si regresa, no debería correr usted peligro alguno —añadió Kirkland con voz neutra.

—Cierto, y es improbable que me reconozcan. En aquel entonces llevaba una barba muy poblada y no llamo especialmente la atención.

—¿Podrían reconocer la Céfiro? La nave ha sido capturada por piratas argelinos y pasó un tiempo en el puerto.

Gabriel negó con la cabeza.

—Ha sufrido muchas modificaciones a lo largo de los últimos años, debido a los daños por las tormentas y a las reparaciones, incluyendo cambios en el aparejo. Podrían identificarlo como el mismo tipo de goleta estadounidense, pero no como la misma. Sin embargo, aunque no nos reconozcan ni al barco ni a mí, las costas berberiscas son un polvorín. He evitado la zona desde que me marché.

—Actualmente la situación es más volátil que de costumbre —convino Kirkland—. Con la reconstrucción de Europa tras la derrota de Napoleón, para los países de la costa sur del Mediterráneo debe de ser como compartir cama con un elefante inquieto.

Gabriel se dio media vuelta, riéndose por la colorida descripción del hombre.

—Cuénteme más sobre las sugerencias para las negociaciones y sobre la joven damisela en apuros.

—Se le pagará una tarifa razonable por sus servicios, aunque no será tan rentable como su

viaje a Estados Unidos con Gordon —aclaró Kirkland—. Puedo obtener cartas de presentación de funcionarios gubernamentales de alto nivel y creo que puedo obtener un rango temporal de cónsul.

—Esas cosas podrían ser útiles, a menos que algún capitán pirata decida atacar sin ninguna razón y me agujeree el barco.

Kirkland asintió con la cabeza a regañadientes.

—Es una posibilidad. Reembolsaré personalmente cualquier gasto de reparaciones que puedan ser necesarias por tal motivo.

—Una oferta muy generosa, siempre y cuando no me capturen o me hundan el barco —comentó Gabriel con sequedad—. ¿Qué hay de la muchacha? ¿La conoce? ¿Merece la pena tanto esfuerzo?

—Su madre opina que sí. No conozco personalmente a lady Aurora, pero la apodan Rory Lawrence la Leona, y tiene reputación de ser inteligente, simpática e independiente hasta un punto escandaloso. —Kirkland se llevó la mano al bolsillo interno de la chaqueta y sacó un camafeo de oro grabado. Mientras lo abría, añadió—: Su madre me ha prestado esta miniatura con la esperanza de que me ayude a reclutar un paladín que consiga liberar a la muchacha.

Gabriel abrió el camafeo y sintió una descarga extraña y dolorosa, como si un rayo le hubiera atravesado el corazón. Lady Aurora era rubia trigueña y muy guapa, pero lo que la hacía irresistible era su sonrisa. Parecía una joven que merecía ser libre y feliz, no pasarse la vida encerrada en un harén extranjero, como una posesión en vez de como la mujer llena de vida que veía en la miniatura.

Le recordó, de una manera extraña, todas las formas en que su vida podría haber sido diferente. No podía cambiar su pasado, pero tal vez podría ayudar a esa joven de pelo trigueño a recuperar su libertad y la sonrisa que merecía.

Torció el gesto al darse cuenta de que se había estado preguntando qué hacer a continuación y de que el destino había decidido sorprenderlo con una misión de rescate en un lugar que pensaba que no volvería a pisar en la vida.

—Su tez clara y rosada debe de hacerla muy valiosa, aunque las prefieren más jóvenes.

Kirkland asintió con la cabeza mientras se guardaba el camafeo.

—Por lo general, cuando se pide un rescate para liberar a una cautiva, se espera el tiempo suficiente para que la familia reciba la petición, para que reúna la cantidad exigida y para que responda. Pero siempre existe el peligro de que el secuestrador se canse de esperar y la subaste. ¿Está dispuesto a partir casi de inmediato para emprender el rescate?

—Seguramente lo lamentaré —respondió Gabriel con pesar—. Pero sí. Tendré que preguntarle a mi tripulación si alguno de ellos elige no ir en este viaje. —Al ver que Kirkland enarcaba las cejas, añadió—: No estamos en la Marina Real. Un hombre debería poder elegir qué riesgos está dispuesto a correr.

—Parece razonable. ¿Cree que muchos de sus tripulantes elegirían no adentrarse en un

territorio tan inseguro?

Gabriel esbozó una sonrisilla.

—Todos han burlado bloqueos conmigo. Así que dudo que la costa berberisca los preocupe. Pero como ya ha dicho, la decisión será suya.

—Si necesita reemplazos, puedo proporcionarle marineros experimentados —dijo Kirkland.

—Lo tendré en cuenta. — Gabriel ladeó la cabeza—. ¿Por qué está tan seguro de que soy el mejor candidato para este trabajo?

—Gordon dijo que, además de ser un magnífico marino, usted fue más allá de lo que era su deber cuando lo llevó a Estados Unidos, nada más y nada menos que a una zona en guerra. Una misión como esta necesita de un hombre dispuesto a hacer lo que sea necesario.

Cierto. Al recordar a esa muchacha rubia y sonriente, Gabriel supo que haría todo lo que estuviera en su mano para devolvérsela a su familia sana y salva.

Sin embargo, no pudo evitar pensar en la última vez que vio Argel, azotado por una espantosa tormenta y perseguido por los barcos de guerra argelinos que trataban de agujerear el casco de la Céfiro, mientras él escapaba del cautiverio en la ciudad. Aunque era una locura acceder a regresar, se alegraba de hacerlo como capitán de un barco bien armado. Las credenciales para convertirlo en cónsul británico temporal también serían útiles.

Los tiempos habían cambiado y, en teoría, había paz entre Argelia y las naciones europeas y Estados Unidos. Lo que no impedía que los piratas a veces tomaran cautivos y exigieran rescates.

Las viejas costumbres eran difíciles de cambiar.



Un impacto devastador sacudió el barco con violencia, despertando a Rory de repente. Los gritos y los disparos ahogaban los suaves sonidos nocturnos de las olas y el crujido de los aparejos. ¡Por Dios! ¿Un ataque pirata? La Dama de Devon debería estar a salvo en mitad del Mediterráneo, pero los disparos parecían muy reales.

Se bajó de su estrecha litera superior con el corazón a punto de salirse por la boca. Su compañera, que también era su prima y amiga, Constance Hollings, se movió en la litera inferior y se despertó lentamente.

—¿Qué pasa, Rory?

Echó un vistazo por el ojo de buey, entrecerrando los ojos para descifrar lo que veía. Se le encogió el estómago al ver que una larga galera había embestido a la Dama de Devon y que su ariete había pasado por encima de la cubierta superior, de modo que ambas embarcaciones estaban unidas. Habían lanzado cuerdas y garfios a la cubierta de la goleta, que estaba ya llena de piratas.

—¡Un ataque pirata! —Con el estómago revuelto, siguió—: ¿Recuerdas la conversación que tuvimos con el capitán Roberts durante la cena la noche que zarpamos de Atenas? Preguntaste qué deberíamos hacer si los piratas capturaban el barco. Él se echó a reír y dijo que eso no sucedería, pero que si sucedía, deberíamos ponernos nuestros vestidos más caros para dar la impresión de que pagarían un rescate por nosotras.

Preocupada, abrió su baúl y tanteando dio con un vestido de seda que se puso sobre la camisola. Constance se levantó y le abotonó la espalda, después buscó ropa en su propio baúl.

Rory se puso sus mejores joyas y después se sentó en la litera de Constance para ponerse unos botines resistentes, por si acaso acababa teniendo que cruzar el desierto con la ropa que llevara esa noche. Mientras se levantaba para ayudar a vestirse a su amiga, le dijo:

—Voy a coger algunas cosas, como mis cuadernos y lápices, por si acaso no nos permiten volver al camarote.

Constance, que se había criado en la casa de un médico, replicó:

—Me llevaré mi botiquín. Tal vez haya heridos después de la lucha.

Además de los cuadernos, Rory metió el joyero en la bolsa de lona, con la esperanza de que pareciera lo bastante interesante como para que los piratas no se fijaran en los cuadernos. Además añadió un sombrero de ala ancha y una pañoleta de algodón para protegerse los ojos y

la cara del feroz sol mediterráneo.

Se estaba colgando la bolsa al hombro cuando la puerta del camarote se abrió de golpe y apareció un pirata muy bien vestido y con turbante, seguido por otros cuantos. Masculló algo e hizo unos cuantos gestos bruscos con los que estaba claro que les ordenaba que lo siguieran.

Rory lo siguió en silencio, con el corazón desbocado mientras enfilaba el oscuro y estrecho pasillo, y después subía la escalera en dirección a la cubierta principal. Constance la seguía muy seria. La luz de la luna reveló las secuelas de la batalla. Frente a ella estaba la tripulación de la Dama de Devon, todos atados y algunos heridos. Los barcos mercantes como ese contaban con tripulaciones reducidas de veintipocos hombres, y ella los conocía a todos, desde el capitán Roberts hasta el pequeño grumete.

Constance maldijo por lo bajo y avanzó hacia los tripulantes heridos. Cuando un pirata intentó detenerla, ella le lanzó una mirada asesina y blandió el rollo de vendas que llevaba. El hombre retrocedió un paso y le permitió continuar. Constance se acuclilló junto a un marinero herido y se puso manos a la obra.

A Rory la llevaron junto a un hombre fuertemente armado y ataviado con una vestimenta fastuosa y colorida, coronada por un turbante y una túnica de color vino tinto rematada con piel. Debía de ser el reis, el capitán de la galera pirata. Era robusto e intimidante, y una cicatriz le recorría la cara desde la mejilla izquierda hasta el mentón. Sus ojos parecían sorprendentemente claros, aunque no podía distinguir el color en la oscuridad.

El capitán la recorrió con la mirada, evaluando fríamente la ropa, las joyas, la ausencia de alianza en la mano izquierda y el cuerpo que se ocultaba bajo el vestido de seda.

—Soy Malek Reis, el señor del Mediterráneo —gruñó en un francés con mucho acento—. ¿Quién eres? ¿Una dama importante o una puta rica?

Rory alzó la barbilla, reticente a parecer asustada.

—Soy lady Aurora Lawrence, hija de un importante señor inglés. El conde Lawrence... —contestó con su voz más aristocrática—. Mi padre pagará un buen rescate por mí, pero solo si se incluye a mi prima, lady Constance Hollings, y a la tripulación de este barco. —Señaló a los marineros atados.

Malek Reis la miró con los ojos entrecerrados.

—¿Por qué va a preocuparse por unos simples marineros?

—Mi padre es conocido por su sentido de la justicia. Estos hombres se han convertido en mis amigos e insisto en que sean liberados conmigo.

—¡Que insistes...! —El capitán soltó una desagradable carcajada y se abalanzó sobre ella...

Rory se despertó bruscamente, con el corazón latiendo con tanta fuerza como cuando las capturaron. Desde entonces, tenía pesadillas sobre el ataque. Si tenía suerte, se despertaba antes de que el capitán se abalanzara sobre ella. No había sufrido un destino peor que la muerte, pero Malek Reis le sujetó el mentón con fuerza mientras la examinaba con frialdad, como si fuera un objeto.

Ella le devolvió la mirada, tratando de ocultar el miedo. El capitán aceptó a regañadientes que si la cantidad del rescate era lo bastante alta, liberaría a los tripulantes cautivos, así como a ellas dos. Le dio las gracias por haber accedido, pero fue una victoria momentánea, en el mejor de los casos.

Se levantó de la estrecha cama y atravesó descalza el frío suelo embaldosado, porque no quería despertar a Constance. La vaporosa túnica se agitó a su alrededor cuando abrió la puerta y salió al pequeño patio. A esa hora de la noche, el aire era mucho más fresco y agradable. La luz de la luna les robaba el color a los arbustos en flor y envolvía en plata la fuente, cuyo suave borboteo la ayudaba a dormir todas las noches.

Sus habitaciones eran cómodas y el patio precioso, pero seguía siendo una prisión y los muros parecían aplastarla cada día más. Cruzó el patio, se sentó en el borde de la fuente y metió los dedos en el agua. La luna creciente apenas era visible en el cielo, recordándole cuántas semanas habían pasado desde la captura de la Dama de Devon.

Las cartas con la exigencia del rescate que enviaban los piratas berberiscos tardaban semanas o meses en llegar a la familia de los secuestrados. Luego había que sumar el tiempo para reunir el dinero y más semanas para que llegase la respuesta. Malek Reis esperaba con creciente impaciencia que se entregara una fortuna, y ella dudaba de que eso sucediera.

Se horrorizó cuando Malek le dijo cuánto exigía por su liberación junto con la de Constance y la tripulación del barco. Cincuenta mil libras era una suma formidable, suficiente para mantener un hogar noble durante décadas. Era mucho más dinero del que su familia podía pagar, aunque su padre estuviera dispuesto a rescatarla del cautiverio, y ella no estaba del todo segura de que él lo hiciera.

Al igual que muchas familias aristocráticas, los Lawrence eran ricos en tierras y otras propiedades, pero pobres en términos de dinero contante y sonante. Su padre no empobrecería a la familia para salvar a una hija descarriada a la que amaba, pero que encontraba irritante. Nunca había entendido su inquietud, y sospechaba que él vería su cautiverio como un problema que ella misma se había buscado.

No se equivocaba. Si hubiera estado dispuesta a casarse con uno de sus pretendientes ingleses de alcurnia como cualquier muchacha bien educada, no le habría causado ningún problema a su familia, aunque habría acabado volviéndose loca. Le gustaban mucho los hombres, pero la idea de casarse con uno la abrumaba. El matrimonio simplemente no era para ella.

Aunque aceptaba que su padre no llevaría a la bancarrota a la familia por su bien, no quería pasar el resto de su vida como esclava en un harén de Berbería. Por la forma en la que Malek Reis la trataba, a veces, se preguntaba si él había exigido un precio tan alto porque en el fondo no quería que pagaran el rescate. La llevaba de forma regular a sus jardines o a su zoológico privado, donde hablaba con ella y la examinaba con atención, preguntándose tal vez si valdría la pena renunciar a una fortuna para mantenerla como una de sus concubinas.

Si eso sucedía, Rory se preguntaba cuánto tardaría en encontrar una manera de matarlo.

Hablando en voz tan baja que apenas se oía por encima del borboteo del agua, murmuró:

—Si alguna vez vuelvo a Inglaterra, publicaré un artículo sobre la vida en un harén. No tiene nada de romántico ni de elegante, ¡es aburrido!

El cielo empezaba a clarear por el este cuando Constance se unió a ella. Aunque estaba más rellenita y su pelo era rubio oscuro y no trigueño, se parecía lo suficiente a ella como para demostrar que estaban emparentadas.

Si bien Constance era su prima hermana, no crecieron juntas, pero cuando Rory descubrió que Constance había enviudado y se había quedado prácticamente sin dinero, le preguntó a su prima si estaría dispuesta a convertirse en su compañera de viaje.

Constance accedió de inmediato, y no solo porque se había quedado sin dinero. También compartía con Rory el deseo de ver tierras lejanas. Eran buenas compañeras de viaje y se habían convertido en buenas amigas durante el proceso. Pero Rory nunca había pensado que por su culpa su amiga acabaría siendo una esclava en Berbería.

Constance se sentó en un banco junto a la fuente y contempló cómo el cielo se tornaba rosado.

—Creo que nuestro alojamiento mejoraría si tuviéramos algunas mascotas. Un gato o dos, o un perro. ¿Qué te gustaría más?

—Cualquiera. Los dos. —Rory sonrió—. O algunos de los animales diminutos que Malek tiene en su zoológico, ya que los tenemos a mano. Tal vez alguna de esas cabras tan pequeñitas. ¿Crees que nos dejaría tener un par aquí si se lo pidiera?

—Pese a tu legendaria habilidad para engatusar a los hombres, lo dudo —respondió Constance, que se puso seria al punto—. Tal vez seamos cautivas con privilegios, pero seguimos siendo cautivas.

Rory se obligó a hacerle una pregunta que había evitado hasta ese momento.

—¿Lamentas haber aceptado mi oferta de empleo? Si no lo hubieras hecho, ahora estarías a salvo en Inglaterra.

—Hasta que llegaron los piratas, la respuesta era fácil. Si estuviera en Inglaterra, probablemente estaría viviendo una vida horrible y restringida como maestra o institutriz, tiritando en un gélido dormitorio en el ático. He visto cosas maravillosas viajando contigo. —Constance suspiró—. ¿Crees que alguna vez saldremos de esta cómoda, pero dichosa jaula?

—No he querido reflexionar mucho al respecto porque tal vez no me guste la respuesta. Pero no creo que permanezcamos aquí para siempre —dijo Rory despacio—. Aunque en cautividad el tiempo parece eterno, solo han pasado unos cuantos meses. Algo cambiará, y como soy una tonta optimista, espero que sea para mejor.

—Tu optimismo ya nos ha metido antes en problemas. —Constance observó con tristeza los altos muros que rodeaban el ala de las mujeres—. Sigo pensando cómo podríamos salir, pero siempre vuelvo a la certeza de que es imposible escapar por nuestra cuenta. Aunque pudiéramos

escalar estos muros, nos atraparían antes de que pudiéramos salir de la ciudad, y nunca podríamos escapar en barco o a través del desierto.

—El rescate es nuestra mayor esperanza, pero el precio de Malek es excesivo. Tendremos que esperar que acepte menos —dijo Rory—. ¡No me importaría ser mercancía barata si eso me sacara de aquí!

Ambas se rieron, pero el temor secreto de Rory era que su padre ni siquiera haría una contraoferta. Se quedarían allí en el purgatorio hasta que la paciencia de Malek Reis se agotara. Después las venderían y seguramente acabarían en harenas separados de hombres ricos. Aunque nunca se volverían a ver, estarían relativamente seguras. Pero la tripulación de la Dama de Devon sería enviada a las minas o a las galeras. Ese tipo de esclavos no tenían vidas muy largas.

No quería pensar en eso, así que fue un alivio cuando les llevaron el desayuno. Casi habían terminado con el pan, la fruta y el café turco cuando Abla, la encargada del harén de Malek, entró en sus habitaciones.

El pan se convirtió en serrín en la boca de Rory.

La mujer dijo con brusquedad:

—Ha venido alguien para verte esta mañana. Prepárate.

Rory había soportado esa humillación en varias ocasiones y había aprendido a controlar la expresión.

—Estaré lista pronto.

Abla se acomodó y esparció miel en un trozo de pan mientras Rory y Constance se retiraban a su dormitorio. La expresión de su prima era miserable mientras abría el baúl. Tenían suerte de que se les hubiera permitido conservar la mayor parte de sus pertenencias, salvo las joyas y las armas.

Sobre sus vestidos europeos, había varios velos de seda prácticamente transparentes doblados. Ocupaban muy poco espacio.

Rory se quitó la túnica que llevaba normalmente, y que no se transparentaba, y luego se quedó quieta cuando Constance la envolvió con capas de seda translúcida. Se sentía como un trozo de mazapán envuelto. Después se cubrió la cabeza y la parte inferior de la cara con un pañuelo azul de modo que solo se le veían los ojos. Por último, se puso una capa oscura que la cubría por completo.

Mientras la cubría con la capa, Constance dijo:

—Seguramente el rescate llegará pronto y seremos libres. Después no tendrás que soportar semejantes humillaciones.

Rory deseaba lo mismo, pero había aprendido a aceptar lo que no podía cambiar.

—Debería volver pronto. Estas cosas no suelen durar mucho.

Rory, con la boca apretada tras el pañuelo, volvió al patio, donde Abla estaba esperando. Una vez fuera de los aposentos de las mujeres, las esperaban dos musculosos guardias cuyas miradas interesadas se posaron sobre Rory. El interés sugirió que no eran eunucos, pero no podían ver

nada de ella debajo de la voluminosa capa, que era el objetivo de tales prendas.

La acompañaron al extenso zoológico, que era el sitio favorito de Malek para ese tipo de visitas. El capitán tenía una colección de animales exóticos en amplios recintos de altos muros, y el característico olor de los leones flotaba en la avenida flanqueada por árboles. Al igual que Rory y Constance, los animales parecían haberse adaptado al cautiverio, aunque daba la impresión de que no estaban muy contentos.

En el centro del zoológico había un amplio pabellón con cojines y alfombras turcas estampadas. Dos músicos tocaban suavemente y su música se mezclaba con el borboteo de una fuente de tres alturas. Seis hombres barbudos lujosamente vestidos disfrutaban de unas bebidas frescas servidas en copas, pero su conversación se detuvo cuando Rory apareció.

—¡Ah, mi flor dorada del desierto! —exclamó Malek con alegría en francés mientras ella se acercaba. Seguramente él se percató de la furia en sus ojos, pero solo le hizo gracia—. Mis amigos desean ver si tu belleza es tan grande como les he dicho. Ven y confirma que mis palabras son ciertas.

La primera vez que Malek la obligó a mostrarse, se resistió furiosamente. Sin inmutarse, el capitán sacó un espantoso látigo y dijo que lo usaría con su prima si ella no cooperaba. Con el estómago revuelto, Rory aceptó mostrarse de forma tan impúdica cada vez que se lo pidiera.

Mientras deseaba poder echar a los leones a todos esos hombres que la miraban con gesto lujurioso, se abrió espacio la capa y avanzó con elegancia mientras la pesada prenda caía arrugada al suelo. El grupo de hombres exclamó asombrado cuando vieron que solo llevaba unas cuantas capas de seda transparente ¡que hacían poco por ocultar su cuerpo. Rory soportaba esas humillaciones imaginando que era otra mujer, una poderosa seductora llamada Sheba capaz de enloquecer a los hombres. Ya no era lady Aurora Lawrence, una dama respetable, y esa distancia hacía posible llevar a cabo esas espantosas actuaciones.

Los músicos empezaron a tocar una música más alegre. Rory se apartó de los hombres y se quitó el primer el velo, dejándolo flotar hasta el suelo embaldosado del pabellón mientras bajaba la mirada con gesto pudoroso. ¿Qué pensaría su madre si la viera bailar? La tutora que Malek había buscado le enseñó movimientos sensuales que no se parecían en nada a lo que su profesor de baile italiano les había enseñado a sus hermanos y a ella cuando eran pequeños.

Mientras el segundo velo caía al suelo, uno de los hombres dijo con voz ronca:

—Los ojos azules son interesantes, pero quiero verle la cara y el pelo.

Por lo general, esa petición llegaba más tarde, pero al ver que Malek asentía con la cabeza, Rory empezó a quitarse el pañuelo despacio y sin dejar de moverse de forma sensual bajo los velos de seda. Cuando su pelo rubio trigueño quedó a la vista, se oyó un jadeo entrecortado.

Se sacudió el pelo seductoramente y se quitó el pañuelo de la cara. Uno de los hombres comenzó a frotarse los genitales mientras la miraba con avidez. Sintió una oleada de náuseas al contemplar semejante vulgaridad.

Otro hombre dijo:

—Es vieja y demasiado delgada. —Su voz dejó claro que el disgusto era un intento de rebajar el precio.

—No es tan vieja y es virgen, con todas las delicias femeninas que un hombre podría esperar —dijo Malek despacio. Claramente disfrutaba exhibiendo a su valiosa cautiva.

—No parece muy dócil —comentó otro hombre con voz pensativa.

—Las mujeres dóciles son aburridas —replicó Malek mientras la señalaba—. Esta nunca lo será.

Rory sintió la tentación de saltar hacia Malek y desenvainar su daga para demostrarle lo poco dócil que era, pero el placer a corto plazo de apuñalarlo no valdría la pena, ya que acarrearía un alto coste para ella y sus compañeros cautivos. Se contentó con enseñar los dientes en una sonrisa amenazadora. Varios de los hombres parecían horrorizados. Y los otros, para su consternación, intrigados.

Rory captó un movimiento con el rabillo del ojo y se volvió para ver a un europeo que llegaba al pabellón escoltado por dos de los guardias de Malek. Era alto, de hombros anchos, de pelo castaño claro y con un aura de serena e imperturbable seguridad. Percibió que ese hombre sería un refugio en cualquier tormenta.

El recién llegado no la miró a ella, que estaba a un lado, sino a Malek. Las expresiones de ambos hombres cambiaron, y Rory comprendió que habían llegado a un entendimiento mientras hablaban. Esos hombres tenían un pasado común y, en su opinión, no era muy agradable.

En ese momento la mirada del europeo se clavó en ella y Rory experimentó una sensación desconocida. «Es él», le susurró la voz de su conciencia.

«Es él. Este hombre. Sin duda.»



Gabriel se percató de que al pirata que había capturado a lady Aurora Lawrence le había ido bien con su oficio; su hogar no era una mera casa, sino un extenso palacio. ¿Exigió un rescate desorbitado para mantener semejante esplendor o era tan rico que ya no entendía lo que significaba el dinero para la gente normal? A Gabriel solo le quedaba rezar para que ese hombre estuviera dispuesto a negociar el precio de la liberación de su cautiva.

Todavía hablaba el dialecto local con tanta soltura como para sorprender a los sirvientes y, tal vez, por eso el mayordomo se ofreció a llevarlo ante su señor de inmediato. Recorrieron la casa, salieron a los jardines y llegaron al impresionante zoológico. A la derecha se percibía el característico olor de los leones, y sobre el muro opuesto se veía la cabeza de una jirafa mordisqueando la copa de un árbol.

Dejó de pensar en animales exóticos cuando el mayordomo lo llevó a un pabellón abierto donde se encontraban seis argelinos de lujosa vestimenta. El hombre corpulento y de aspecto poderoso que se encontraba en el centro se volvió para ver quién llegaba y su cara estuvo a punto de sumir a Gabriel en la parálisis. El nombre Malek no era raro, y no esperaba encontrarse con un conocido al que pensó que jamás volvería a ver.

La sorpresa fue rápida y mutua. Echando mano de toda su disciplina para controlar su expresión, Gabriel lo saludó con una respetuosa inclinación de cabeza.

—Malek Reis. Es un honor que me reciba. He venido desde Inglaterra para negociar la libertad de una dama que está bajo su custodia.

La expresión de Malek era tan reservada como la suya.

—La visita ha terminado, amigos míos —les dijo en árabe a los argelinos—. Os agradezco que hayáis venido hoy.

Uno de ellos dijo irritado:

—¿Eso significa que la mercancía no está a la venta?

—Ya lo veremos. —Malek invitó a sus amigos a que salieran del pabellón bajando los escalones y a que enfilaran la avenida por la que se salía del zoológico.

Gabriel examinó el pabellón mientras el pequeño grupo de hombres se marchaba, hablando sin cesar. Y, por segunda vez en cuestión de minutos, quedó totalmente atónito al ver a una joven completamente desnuda.

No, no estaba totalmente desnuda, porque aún tenía capas de velos de seda transparentes que flotaban alrededor de su cuerpo perfecto y que tenían el paradójico efecto de enfatizar lo desnuda que estaba. El pelo trigueño y los rasgos delicados confirmaron que se trataba de lady Aurora, pero en ese momento no reía como sí lo hacía en la miniatura del interior del camafeo de su madre. Esos ojos azules lo miraron con nerviosismo mientras la humillación les provocaba un intenso rubor a sus mejillas. Parecía a punto de desmayarse. Y aun así, su belleza seguía siendo arrebatadora.

Una prenda oscura y voluminosa yacía arrugada en el suelo. La cogió y se la ofreció sin acercarse mientras se obligaba a mantener la mirada en su rostro.

En voz baja para que Malek no lo oyera, le dijo:

—Lady Aurora, soy Gabriel Hawkins, capitán de un barco inglés. He venido a negociar su libertad.

Rory aceptó la prenda, una voluminosa capa, y se envolvió con ella de tal manera que parecía el hábito de una monja. Eso no disminuyó el impacto que tuvo en él. Le había parecido impresionante en el retrato y en ese momento se lo parecía aún más.

El rostro de lady Aurora reflejaba un tumulto de emociones: vergüenza, furia y humillación, pero también determinación y coraje. Era el rostro de una mujer tan admirable como hermosa.

Tras recuperar la compostura hasta el punto de parecer serena, como si la espantosa escena no hubiera tenido lugar, le dijo:

—Me alegro mucho de verlo, capitán Hawkins. ¿Lo envía mi padre?

—Su padre, no. Su madre.

Lady Aurora se mordió el labio.

—¿Acaso mi padre no podía pagar la desorbitada suma que pide Malek Reis y, por tanto, mi madre ha reunido lo que ha podido y lo ha enviado llena de esperanza y suplicando que sea suficiente?

—Conoce bien a sus padres. —Tras un breve titubeo, añadió—: Aunque no he llegado a ver a su padre, me han dicho que estaba muy preocupado por usted. Pero le era imposible afrontar el rescate.

Lady Aurora esbozó una triste sonrisa.

—No sé cuánto dinero ha conseguido reunir mi madre, pero estoy segura de que ha sido mucho menos de cincuenta mil libras. Espero que sea usted un buen negociador.

—Hasta cierto punto, pero mi mejor baza es que conozco las costas berberiscas. ¿Cómo está? ¿La han tratado bien?

—¿Además de tener que aparecer desnuda ante hombres que mostrarían más respeto si yo fuera un caballo? —respondió con amargura.

Torció el gesto al escucharla.

—Aparte de eso.

—Hubo un examen muy desagradable para certificar mi «pureza», ya que eso influye en mi

precio, pero por lo demás me han tratado bien. Alojamiento cómodo, buena comida y un tutor de idiomas para ayudarnos a aprender turco y la versión local del árabe. —Ella esbozó una sonrisilla—. Una tutora de baile para aprender impúdicas danzas exóticas. Esa experiencia ha sido divertida. Imagino que, para algunas mujeres, esto sería una vida maravillosa.

—Tal vez a algunos pájaros no les importe vivir enjaulados —replicó él en voz baja—. Pero otros golpean los barrotes hasta que sus corazones estallan con tal de tener una oportunidad de ser libres.

Rory exhaló un trémulo suspiro.

—Eso mismo.

—Haré todo lo que pueda para liberarla —dijo él con voz tensa.

Sus miradas se encontraron.

—Creo que lo intentará con todas sus fuerzas. Rezo para que sea suficiente. No subestimo las dificultades —añadió en voz baja—. ¡Odio que haya tan poco que pueda hacer por mí misma!

Gabriel deseó poder tomarla de la mano para ofrecerle consuelo, pero eso irritaría a Malek, que podría verlos a pesar de que no podía oír su conversación. Necesitaba la buena voluntad del reis para liberar a lady Aurora.

—El hecho de que esté tranquila y tenga una visión clara de su situación es más útil de lo que cree.

—Eso espero. Es lo único que he tenido. —Ella sonrió—. Pero ahora lo tengo a usted.

Su sonrisa bastaba para derretirle los huesos a un hombre. Antes de que se le ocurriera qué decir, Malek regresó. Habían estado hablando en inglés, y Malek habló en el mismo idioma.

—Así que nos encontramos de nuevo, Hawkins.

—¿Habla inglés? —preguntó lady Aurora, sorprendida.

—Soy un hombre de muchos talentos —terció el reis con suavidad—. ¿Qué te trae a Argel, Hawkins? ¿Coraje o estupidez?

—Una misión para salvar a una damisela en apuros. —Gabriel abarcó la propiedad que los rodeaba con un gesto de las manos—. Has prosperado, Malek Reis.

—¡Desde luego! —Con un deje malicioso en la voz, añadió—: ¿Sigues siendo el capitán de un solo barquito?

Por lo visto iban a tener un enfrentamiento dialéctico.

—Cuantas más posesiones, mayor es la carga —respondió Gabriel—. Un hombre es muy libre cuando navega en un solo barco, y mi Céfiro es tan libre como el viento.

Malek resopló como si lo entendiera.

—Entonces, con tu libertad, Hawkins, te has convertido en el muchacho de los recados de lord Lawrence para recuperar a su descuidada hija.

Gabriel sonrió, imperturbable.

—Eso mismo. La familia de lady Aurora la quiere y desea que vuelva a casa.

—¿Tienes las cincuenta mil libras para comprar su libertad? —preguntó Malek con

brusquedad.

—No tanto —respondió Gabriel—. Como un hombre sabio me dijo una vez, siempre hay que regatear.

Malek soltó una carcajada mientras reconocía sus propias palabras del pasado.

—Tu amigo es realmente sabio. ¿A cuánto estás de lo que he pedido como rescate?

—Estoy seguro de que no tan cerca como te gustaría; pero, de todas formas, me han autorizado a ofrecerte una enorme suma de dinero.

Malek frunció el ceño y Gabriel se preguntó si necesitaba la cantidad exacta del rescate para algo en concreto.

—Debo considerar si hay margen de negociación en este caso. —Hizo un gesto despectivo hacia lady Aurora—. La moza debe irse para que podamos hablar de negocios.

—¿Moza? —repitió lady Aurora con un deje peligroso.

—¿Por qué debería irse la dama cuando tiene el mayor interés en nuestras negociaciones? —le preguntó él.

Malek titubeó y después se encogió de hombros.

—Como deseas. Pero las mujeres complican enormemente las discusiones comerciales. Siéntate y ordenaré que traigan algo de beber. —Le hizo un gesto a un sirviente que se encontraba fuera del pabellón.

Se sentaron en los cojines, de manera que quedaron dispuestos como los vértices de un triángulo. Lady Aurora se mantuvo envuelta en la capa, aunque se le podía ver un tobillo desnudo entre los pliegues. Su expresión seguía siendo pétrea.

—¿Dónde comenzaremos las negociaciones, Hawkins? —le preguntó saber Malek sin rodeos—. Ya has admitido que no tienes la cantidad total del rescate.

—Una cantidad que de tan alta es ridícula —replicó él—. Una mera oferta inicial. Aunque lady Aurora es muy bonita y querida por su familia y sus amigos, cincuenta mil libras seguramente fue solo una forma de decir que esperas un alto precio. Desconozco el precio actual de mercado de las bellas esclavas europeas, pero incluso en Constantinopla esa cantidad sería ridícula.

Malek enarcó sus cejas oscuras.

—¿No sabías que la dama insistió en que el rescate debía incluir no solo a su prima, lady Constance, sino al capitán y a toda la tripulación de la Dama de Devon, el barco que capturé?

Sorprendido, Gabriel miró a lady Aurora.

—Como marinero, agradezco su generosidad hacia la tripulación. Pero entiendo que eso aumente el precio del rescate.

Rory levantó la barbilla.

—¿Debería quedar libre por el afortunado accidente de mi nacimiento mientras los demás pasan el resto de sus vidas esclavizados?

—A los ojos de Dios, no, pero así es el mundo en el que vivimos. —Reflexionó un instante

—. Su prima, lady Constance, ¿contribuiría su familia al rescate?

Lady Aurora pareció ponerse un poco nerviosa.

—Aunque Constance es de orígenes nobles, carece de familia y de recursos propios.

En otras palabras, que no había dinero, pensó Gabriel, que frunció el ceño.

—Estoy intentando calcular el precio justo de mercado de dos jóvenes inglesas de alcurnia y una docena de marineros. Mi mejor conjetura es que el valor aún sería inferior a veinte mil libras. Además, ya tienes el valor de la nave capturada. Creo que veinte mil libras sería un muy buen precio, ¿verdad, Malek Reis?

—¡El precio será el que yo quiera que sea! —exclamó Malek.

—Por supuesto, es tu derecho establecer el precio que te plazca —convino Gabriel con voz suave—. Pero un artículo que tiene un precio demasiado alto permanecerá en el estante. No hay ganancias en eso.

La conversación se detuvo cuando aparecieron los sirvientes con bandejas de comida y bebida. Aunque lady Aurora rechazó todo excepto una infusión fría de menta, Gabriel tenía hambre. Los *bourek*, unas pastas de forma triangular rellenas con carne adobada, con huevos o con verduras, estaban deliciosos, al igual que las aceitunas, el pan ácimo, las almendras, los dátiles y el suave queso de cabra.

—Si sigues comiendo así, tendré que aumentar aún más el precio del rescate —dijo Malek con sequedad.

Gabriel sonrió.

—Seguro que esto entra en el apartado de hospitalidad para el viajero exhausto.

Lady Aurora se había mantenido en silencio, pero en ese momento dijo de repente:

—Malek Reis, la virginidad es muy valiosa aquí. ¿Podría subastar la mía y ganar lo suficiente para completar el montante total que usted considera aceptable una vez que lo sume a lo que ha traído el capitán Hawkins?



Un silencio atónito siguió a las impactantes palabras de lady Aurora.

Malek fue el primero en recuperarse y preguntó con incredulidad:

—¿Todas las mujeres inglesas están así de locas?

—Siempre me han dicho que soy única—replicó lady Aurora con ironía—. No suele ser a modo de cumplido. La virginidad me importa mucho menos que la libertad.

Malek torció el gesto mientras calculaba.

—Si habla en serio, lady Aurora, semejante subasta no alcanzará más de cinco mil libras.

—¡Esto es absurdo! —estalló Gabriel—. Si la virtud de la joven vale solo cinco mil libras, ¡la compraré para mantenerla a salvo!

—¿Puedes costear esa suma? —preguntó Malek, interesado.

—Sí. —Gabriel hizo un rápido inventario de sus ahorros y activos—. Pero tendrás que aceptar un cheque de mi banco en Londres, ¿confiarías en mí?

Malek sopesó la idea y después asintió con la cabeza.

—Sí.

Lady Aurora miró a Gabriel sorprendida.

—¿Se gastaría semejante cantidad para tenerme? ¿O se la gastaría y después rechazaría tocarme de forma honorable?

Él la miró, y el cerebro se le quedó paralizado mientras conjuraba imágenes eróticas en las que la besaba. En las que le quitaba esos velos transparentes para poder acariciar esa piel suave y cálida, y hundirse en ella...

«Cinco mil libras podrían comprar una aceptación pasiva, pero ¿comprarían un deseo apasionado?»

Consciente de que una aceptación pasiva nunca sería suficiente con ella, contestó con brusquedad:

—Estaría a salvo de mí. No tengo la costumbre de pagar por mis compañeras de cama. — Con la impresión de que podía leer los pensamientos que pasaban por detrás de esos ojos azules engañosamente inocentes, añadió—: ¡Y no crea que podría vender su maldita virginidad dos veces si yo no reclamo lo que he pagado!

—Me preguntaba si eso funcionaría —admitió con ella una sonrisa burlona—. Pero no estaría jugando limpio.

—Por más entretenido que sea observar una conversación entre dos ingleses locos, nos estamos yendo por las ramas —terció Malek bruscamente—. Necesito al menos cuarenta mil libras y no te acercas a esa cantidad, ni con la ridícula sugerencia de la dama.

—Si tuviera los fondos suficientes, te los entregaría gustoso —admitió Gabriel—. Pero no tengo el dinero. ¿Podría brindarte algún servicio que pueda cubrir la diferencia? La Céfiro es más grande y veloz y está mejor equipada que tus galeras piratas para realizar largas travesías. ¿Te gustaría que te llevase a Inglaterra y que te trajese de vuelta? ¿A América? ¿Algún otro destino? —Levantó las manos—. Poco más puedo ofrecerte.

Malek estaba a punto de soltar una respuesta desagradable, pero se detuvo porque se le ocurrió una idea. De repente, se levantó y empezó a pasearse de un lado a otro del pabellón con el ceño fruncido.

Aprovechando que estaba distraído, lady Aurora se deslizó por los cojines hasta acercarse a Gabriel lo bastante como para tocarlo. Se inclinó hacia delante y le susurró en voz baja:

—Malek habla muy bien el inglés. ¿Acaso es un renegado europeo que fue capturado por los piratas y que se convirtió al islam para recuperar la libertad?

Agradecido por lo bien que la capa la cubría, Gabriel contestó:

—No, es argelino de nacimiento y se ha criado en el país, pero su madre era inglesa. Creo que ella descubrió que el harén era una vida mejor que la que tenía en Inglaterra y se acomodó sin problemas en él.

—Quizás eso explique que no entienda por qué algunas mujeres inglesas no quieren abrazar esta vida —dijo lady Aurora con aspereza—. Pero su sugerencia parece haberle dado una idea.

—Sí, y me pregunto qué será. —Gabriel miró a Malek—. No permitiré que se adueñe de la Céfiro. Si intenta capturar el barco, mi tripulación y yo lucharemos hasta la muerte. Eso no la ayudará, así que espero no llegar a ese punto.

—Lo mismo digo —dijo ella con seriedad.

Por primera vez, la máscara de seguridad que lucía lady Aurora se resquebrajó para dejar al descubierto su miedo y su vulnerabilidad. Gabriel la tomó de la mano, con la intención de consolarla, pero experimentó un inesperado aguijonazo. Consciente de que no era sensato sentirse tan atraído por una mujer a la que había ido a rescatar, disimuló su reacción y dijo en voz baja:

—Lady Aurora, en esta vida no hay garantías, pero su situación dista mucho de ser imposible.

—Mi madre ha tenido mucha suerte al encontrarlo. —Lady Aurora ladeó la cabeza—. Pero como solo ha podido reunir la mitad de la cantidad del rescate, imagino que no van a pagarle una suma fabulosa. Así que, ¿por qué se arriesga tanto por una desconocida?

—La vida es un riesgo y, al final, todo el mundo muere. —Al darse cuenta de que todavía la tenía cogida de la mano, se obligó a soltarla—. Lady Aurora, liberar a una compatriota cautiva me parece un riesgo que merece la pena correr.

—¡Espero que no se arrepienta de haberlo pensado así! —Su sonrisa lo habría templado por entero aun estando en las aguas del Atlántico Norte—. Llámeme Rory. Mis amigos lo hacen, y espero que seamos amigos. Cada vez que me dice lady Aurora me recuerda a todos los pésimos poemas que escribieron en mi honor durante mis temporadas sociales londinenses.

Gabriel rio entre dientes.

—¿Algo como «¡Oh, dorada Aurora, diosa del amanecer, resplandeciente espíritu de la mañana!»?

Ella se estremeció de forma exagerada.

—¡Exacto! —Rory se estremeció exageradamente—. Espero que no sea poeta, capitán. Aunque de serlo, me imagino que es bueno. Parece demasiado competente para escribir mala poesía.

—No se preocupe, no soy un poeta, bueno, malo o mediocre. —Emocionado por la intimidad de la conversación, añadió—: Si vamos a tutearnos, me llamo Gabriel.

—¡Así que los dos nos movemos en un territorio casi divino! —exclamó Rory con placer—. Eres un arcángel y yo una diosa romana menor. Creo que tú me superas, ya que solo hay unos pocos arcángeles, pero muchas divinidades romanas menores.

—Si juzgamos por el rango en el plano terrenal, tú eres la hija de un conde mientras que yo soy un hijo desheredado —replicó él con sinceridad, ansioso por revelar un detalle importante de sí mismo—. Mejor no mirar los rangos.

Antes de que cualquiera de los dos pudiera añadir nada más, Malek se dio media vuelta y regresó junto a ellos.

—Tengo una idea, Hawkins. —Esbozó una sonrisa maliciosa—. Pero no te va a gustar.

Gabriel le preguntó con recelo:

—¿Qué necesitas que haga que no va a gustarme?

—Dado que tu barco es más grande y más adecuado para transportar pasajeros y cargas que cualquiera de los míos, quiero que me lleves, junto con un grupo de mis hombres, a Constantinopla. Y después, si es la voluntad de Alá, que nos traigas de regreso a Argel.

En total serían seis semanas de viaje, además del tiempo que pasarían en Constantinopla. Pero si con eso bastaba, Gabriel estaba dispuesto a llevarlos.

Con la intención de asegurarse de que había entendido el trato, preguntó:

—¿Eso y veinte mil libras serán suficientes para liberar a todos los prisioneros?

Malek enseñó de nuevo los dientes al sonreír.

—Además de transportarnos a mis hombres y a mí, deberás llevar a unos cuantos animales de mi colección.

Así que su preciosa Céfiro se convertiría en un zoológico flotante.

Consciente de lo complicado que sería transportar animales salvajes hasta la otra punta del Mediterráneo, dijo:

—Como desees, aunque será un número limitado por la cantidad de comida, el espacio del

barco y las demás provisiones que el barco deba llevar.

—Muchos son animales pequeños, tal vez la colección de miniaturas más importante del mundo. —La expresión de Malek se volvió calculadora—. Tu lady Aurora es muy popular entre ellos, por lo que deberá acompañarnos.

Cuando Gabriel la miró, ella corroboró sus palabras diciendo:

—Es verdad. Tiene una colección de animales pequeñitos preciosos. Me encantaría viajar con ellos y hacer todo lo posible para mantenerlos tranquilos.

Así que sería un barco lleno de piratas, animales y una preciosa cautiva aristócrata. Sería un viaje memorable. Pero debía haber más de una mujer.

—No es correcto que lady Aurora sea la única mujer a bordo. Al menos, debería tener a su prima, lady Constance, como acompañante.

Malek sopesó la idea y después dijo:

—Tienes razón. —Su mirada se posó sobre Rory—. Pero la tripulación de la Dama de Devon permanecerá aquí como mis rehenes. —Sonrió de nuevo enseñando los dientes de forma amenazadora—. ¿Cuándo podemos marcharnos?

—Depende de cuántos animales propongamos llevar, y de qué tipo de alojamientos y de jaulas sean necesarios. Transportar caballos es sencillo, ya lo he hecho antes —siguió Gabriel—. En las travesías más largas solemos llevar cerdos y gallinas para comer carne fresca. Pero los animales salvajes y exóticos requerirán cuidadores experimentados.

—Nos acompañarán cuidadores con experiencia —dijo Malek—. Pero primero debes deshacerte de los cerdos. Están prohibidos para un buen musulmán, y no viajaré en un barco que los lleve.

Había otros barcos europeos en el puerto cuyos capitanes estarían encantados de comprar los cerdos.

—Muy bien. ¿Qué otro tipo de animales quieres que transporte?

—Ven a verlo. Lady Aurora nos acompañará.

Rory se puso en pie, con expresión complacida.

—Le va a gustar esto, capitán.

Malek los condujo por la avenida principal y después los guio hacia un sendero secundario que atravesaba los recintos de los animales. Al calor de la tarde, la mayoría de los animales estaba durmiendo debajo de los árboles; sin embargo, cuando Malek se detuvo junto a un espacioso recinto y silbó, se oyó un tropel de patas. De patas pequeñitas.

Gabriel parpadeó cuando un grupo de caballos miniatura, de solo un metro de alto a la cruz, galopó hacia la cerca. Había visto ponis casi tan pequeños, pero los ponis eran corpulentos. Estas preciosas criaturas tenían la complexión esbelta de los caballos de tamaño normal.

—¡Hola, preciosos! —exclamó Rory cuando abrió la puerta y entró en el recinto—. ¡Hace mucho que no os veo! —Comenzó a acariciarlos y a hablarles dulcemente a los caballos mientras la rodeaban.

Malek entró tras ella y le hizo un gesto a Gabriel para que lo siguiera.

—Son una raza de caballos árabes. Los caballos más hermosos del mundo.

Mientras cerraba la cerca de su espalda, Gabriel preguntó:

—¿Quieres transportar toda la manada a Constantinopla?

—Solo esos cuatro castrados. —Malek señaló a cuatro caballos plateados con hocicos y patas oscuras—. Están adiestrados para trabajar como un equipo, y tiran de una pequeña cuadriga que he mandado construir para un niño. No hay otro cuarteto como este en el mundo.

Los había castrado para que el siguiente dueño no pudiera criar con ellos, supuso Gabriel. Sonriendo, se arrodilló para que su cara estuviera al nivel de los caballos miniatura. Si de algo se arrepentía al haberse hecho a la mar era de haber renunciado a que los caballos no formaran parte de su vida diaria. Uno de los caballos se acercó a él y le dijo con una nota de disculpa en la voz.

—Siento no tener un terrón de azúcar ni una zanahoria para darte. —El caballo le dio un empujón con la cabeza en el pecho y estuvo a punto de tirarlo al suelo. Gabriel se rio y acarició sus largas y oscuras crines—. ¿Tienes algún comprador en Constantinopla?

—No es un comprador. Es un villano al que debo sobornar —contestó Malek con voz tirante y furia apenas contenida—. Como no tengo suficiente oro, debo ofrecerle algo insólito y maravilloso para compensar la diferencia.

Mientras se preguntaba qué podría requerir semejante soborno, se puso de pie y el caballo plateado se frotó contra él como un perro.

—Desde luego estos caballos son poco comunes y maravillosos. ¿Vas a enviar más animales?

—Sí, ven a ver. —Malek se dirigió hacia la puerta.

—Vendré pronto a visitaros —le prometió Rory a su pequeño séquito de equinos, que la seguía hacia la salida.

Gabriel tuvo que plantarse delante de dos de los caballos para evitar que salieran con ella.

—¡Sois unos traviesillos! —exclamó él al tiempo que los obligaba a entrar de nuevo en el recinto antes de cerrar la puerta.

—Son maravillosos —dijo Rory con ternura. Concentrada en los caballos, no se dio cuenta del momento en el que se le abrió la capa y dejó al descubierto un pecho perfecto y desnudo.

La visión lo dejó sin aliento un instante. Rory era incluso más bella que los caballos miniatura.

Ella vio su cara y se envolvió con la capa a toda prisa al tiempo que se ruborizaba. Seguro que él también se había sonrojado. Se dio media vuelta y fingió que no había pasado nada mientras seguía a Malek al siguiente recinto, que contenía burros miniatura de color gris, con caretas oscuras y ojos traviesos. A diferencia de los caballos, que tenían la complexión de los caballos adultos de tamaño normal, los burros tenían las dulces e irresistibles características de los potros jóvenes.

Los burros saludaron a Rory con tanto entusiasmo como los caballos miniatura. Mientras le

rascaba la suave cabeza gris al más insistente de todos, dijo:

—Son traviesos y tan listos que casi dan miedo. ¡Por no hablar de su terquedad!

—Pero encantadores —dijo Gabriel mientras se hacía amigo de un burro más oscuro—. ¿Cuántos deseas transportar a Constantinopla?

Malek frunció el ceño.

—Solo dos, creo. Son atractivos, pero no tan excepcionales. —Se dirigió al siguiente recinto, que contenía cabras pigmeas.

Pequeñas pero intrépidas, las cabras corrieron alrededor de sus visitantes. Una intentó subirse a Gabriel y otra comenzó a mordisquearle los adornos del uniforme.

—Deberías tener un zoológico para niños, Malek —dijo él, riéndose—. Se volverían locos por estos pequeños.

Malek emitió un sonido extraño y Gabriel se percató de que su expresión era extraña. Vulnerable, quizás. Se preguntó si Malek había tenido un hijo o hijos que hubieran muerto y que esa fuera la razón de esa colección tan extraordinaria. No era una pregunta que se pudiera hacer, pero llevó a Gabriel a pensar si Malek tenía esposa, o esposas, o una familia. En los años transcurridos desde que se conocieron, podría haber pasado cualquier cosa.

—Vamos —gruñó Malek.

Solo había dado unos pasos cuando un sirviente se acercó a Malek y le hizo una profunda reverencia antes de empezar a hablar con él. Malek lo alejó para que no oyeran la conversación, pero siguió vigilándolos en todo momento. Manteniendo la distancia adecuada entre ambos, Gabriel y Rory se apoyaron en la cerca y observaron las travesuras de las cabras, a las que un cuidador que había salido de un establo situado al fondo del recinto les estaba dando de comer.

Las cabritas, que ya eran muy activas, se volvieron locas de emoción. Una se encaramó al hombro del cuidador. El hombre rio y le dio de comer con la mano.

—Todos los animales son preciosos —confesó Rory—. No sé cuáles son mis favoritos.

—¿Los que estás mirando en ese momento? —sugirió Gabriel.

—Probablemente tengas razón. ¡Mira a ese pequeñín que está saltando por encima de los demás como un corredor de obstáculos! —Rio entre dientes—. Le sugeriré a Malek que los cerdos miniatura que vi en la India encajarían muy bien en su colección, ya que solo pesan alrededor de seis kilos. Pero se negó a tener cualquier tipo de cerdo.

A Gabriel le habían dicho que Aurora había estado en la India, pero desconocía el motivo, así que le preguntó:

—¿Qué te llevó a la India?

—El deseo de ver los templos y las ruinas antiguas. —Esbozó una sonrisa traviesa—. También fue una buena manera de evitar más temporadas sociales en Londres. Mis padres pensaron que necesitaba la influencia estable de un marido, por lo que me obligaron a entrar en el mercado matrimonial. No salió bien para ninguno.

Consciente de su arrebatadora belleza y de su arrollador encanto, dijo:

—Seguro que recibiste muchas proposiciones matrimoniales. ¿Te opones al concepto del matrimonio o no conociste a nadie con quien quisieras casarte?

—Un poco de ambas cosas —respondió, pensativa—. Para la mayoría de las personas el matrimonio es algo bueno. Entiendo el atractivo, mis padres todavía se quieren mucho, incluso después de décadas juntos y ocho hijos. —Siguió con la mirada los brincos de las cabras pigmeas—. Pero a los dieciocho años, no me sentía en absoluto preparada para casarme y sentar cabeza para toda la vida. Quizás el hombre correcto me hubiera hecho cambiar de opinión, pero no conocí a nadie que me gustara tanto. Mi madre se horrorizó cuando rechacé una proposición halagadora de un duque.

Gabriel pensó que no debería sorprenderse. Como hija de un conde, Aurora era una novia adecuada para un aristócrata de tan alto rango.

—¿No querías ser duquesa?

—Era gordo, viejo y aburría a las ovejas —dijo con acidez—. Y llevaba la ropa manchada de rapé.

—Esas son buenas razones para rechazar una proposición —convino él—. Pero seguramente había candidatos más jóvenes e interesantes.

—Sí, pero tampoco los quería —afirmó con tristeza—. Si me hubiera casado con cualquiera de esos caballeros apropiados, esperarían que viviera como una esposa apropiada. Tendría que vestirme de la forma apropiada, ser una anfitriona apropiada y educar apropiadamente a los niños. La idea me resultaba... sofocante.

—Tal vez no había un hombre adecuado porque no eras la mujer correcta en ese momento —sugirió Gabriel—. A los dieciocho años se es muy joven para establecer el futuro, algo que suele hacer el matrimonio, sobre todo en el caso de las mujeres.

—Muy cierto —convino ella—. Ningún hombre parece el marido adecuado cuando una mujer no está interesada en buscar pareja. O tal vez soy de naturaleza fría. Mis hermanas mayores siempre perdían el sentido por los mozos de cuadra y los profesores de baile guapos. Yo reconocía el atractivo de un caballero, pero no tenía interés alguno en perseguirlo.

—Me cuesta creer que una mujer fría redujera las posibilidades de recuperar su libertad al insistir en la liberación de los marineros de su barco —comentó él—. Ya que no te apasionaba encontrar un marido, ¿qué te apasionaba?

—Aprender —se apresuró a contestar ella—. Viajar, ver lugares muy diferentes de mi tierra natal. Me encantan los mapas y los globos terráqueos. El mejor regalo que recibí fue un globo terráqueo de medio metro de diámetro, bellamente detallado. Todavía está en mi habitación en casa.

—¿Quién te conocía tan bien como para hacerte semejante regalo?

—Mi tía, lady Diana Lawrence. Es mi madrina, y mis padres dicen que me parezco demasiado a ella. Es una solterona feliz que ha viajado mucho y ha visto cosas maravillosas. Actualmente vive en la India, que es la mitad de la razón por la que deseaba visitar el país.

Gabriel rio entre dientes.

—¿La otra mitad fueron los templos y las ruinas?

Ella asintió con la cabeza.

—Exactamente. Las tres (la tía Diana, Constance y yo) nos lo pasamos de maravilla visitando los grandes monumentos del norte de la India. ¡Tanto esplendor e historia! Ojalá no hubiera convencido a Constance de que necesitábamos visitar Grecia.

—Me han dicho que Grecia es uno de los mayores destinos turísticos del mundo.

—¡Y lo es! Una vez acabadas las guerras, me pareció un buen momento para visitar el país. Pero si hubiéramos navegado desde la India a Inglaterra, rodeando el Cabo de Buena Esperanza, Constance y yo no estaríamos aquí. — Hizo un gesto elocuente que abarcó Argel, su cautiverio y toda la costa berberisca—. Se nos ocurrió que sería interesante tomar la ruta terrestre por el mar Rojo, a través de Egipto, y luego cruzar el Mediterráneo hasta Grecia. Nos capturaron en el trayecto de Atenas a Londres.

—Nadie podría haberlo previsto. El transporte marítimo británico en el Mediterráneo suele estar a salvo de los piratas de Berbería.

—Por lo general, pero no siempre. —Suspiró, con la mirada fija en dos cabritas que estaban chocando sus cabezas de manera juguetona—. Y ahora me enfrento a una posible vida en un harén, que seguramente es la prisión más restrictiva de todas.

—La mayoría de las mujeres llevan vidas restrictivas —repuso él en voz baja—. Hace falta valor e imaginación para liberarse de los grilletes como lo has hecho tú, y con seguridad volverás a hacerlo.

—Es más fácil evitar las restricciones si uno proviene de una familia adinerada —replicó—. Aunque la fortuna de los Lawrence no es suficiente para pagar un rescate desorbitado por mí, ha bastado para que yo pueda vivir de forma independiente y viajar.

—Cuando te liberen, ¿continuarás tus viajes?

—Gracias por decir «cuando» y no «si». En cuanto a los viajes... —Titubeó—. Me encantan los lugares que he visto y las personas a las que he conocido, pero es bastante agotador tener que estar siempre descubriendo cómo hacer las cosas en una tierra extraña y con un idioma diferente. En este momento la idea de vivir en Inglaterra me resulta atractiva y tranquila.

—Mientras no sufras restricciones —replicó él con una sonrisa.

—Exacto. Si vuelvo o cuando vuelva a estar libre, podría ser un poco más cautelosa, pero seguiré siendo Rory la Leona, la rama más excéntrica del árbol genealógico de los Lawrence. No creo que esté en mi naturaleza comportarme con seriedad.

—Viajar como lo has hecho es inusual, pero ¿de verdad cometes tantos excesos? ¿De verdad te vistes de forma escandalosa con ropa de hombre? —le preguntó con curiosidad.

—Eso no es escandaloso, simplemente algo práctico cuando hago cosas que requieren agilidad. —Titubeó antes de mirarlo con una mezcla de timidez y sorna—. ¿Puedes guardar un secreto?



—Se me da bastante bien guardar secretos —contestó Gabriel, con un brillo alegre en los ojos—. Pero en el caso de que hayas regentado un burdel en Bombay, seguramente alguien regrese a Londres con las noticias.

Ella se rio como hacía mucho que no se reía... Demasiado tiempo en realidad. Gabriel irradiaba una fuerza serena y un aura protectora que le permitía relajarse lo bastante como para volver a reírse.

—¡Nada tan escandaloso! Mi secreto es que siempre me ha encantado leer y escribir. Cuando comencé a viajar, descubrí que quería contar historias ambientadas en los lugares que visitamos. Así que comencé a escribir el tipo de romances de aventuras góticas que la gente fina y educada desprecia.

Gabriel sonrió.

—Tal vez horroricen a los más puntillosos, pero a mí me parece muy divertido.

—¡Lo es! Constance y yo trabajamos juntas porque descubrimos que es una excelente manera de pasar el rato en las largas travesías en barco. Yo soy la que escribo, pero acordamos juntas las ideas y ella me edita lo que escribo, señalando lo que es demasiado escandaloso hasta para nosotras. También pasa a limpio con su preciosa letra el manuscrito terminado y, como es una artista excelente, hace las ilustraciones. Sus dibujos de la gente y de los lugares exóticos enriquecen las historias.

Gabriel, cuyo interés parecía genuino, dijo:

—No dudaría en comprar un libro así. ¿Has publicado alguno?

—No creo que sean publicables porque mis heroínas no son bellas y tímidas doncellas que necesitan ser rescatadas —contestó—. Aquí es donde me vuelvo verdaderamente escandalosa: mis heroínas son aventureras audaces. Una es una dama corsaria que usa calzas y lleva un alfanje; otra es una reina guerrera en un reino del desierto, que guía a su pueblo para defender su libertad; otra es ladrona, aunque roba por una causa noble. —Rory sonrió mientras pensaba con cariño en sus heroínas—. No se comportan como señoritas bien educadas. A veces rescatan al protagonista y, a veces, se rescatan mutuamente.

—Parecen mujeres a las que me encantaría conocer —comentó Gabriel con voz pensativa—. ¿Cómo son los héroes?

—¡Oh, son guapísimos, por supuesto! Tal vez un aristócrata disfrazado, aunque no un duque, porque mi experiencia con ellos no es romántica.

—Gordos, aburridos y con la ropa manchada de rapé —apostilló Gabriel con voz grave.

—Exactamente. Mis protagonistas siempre se encuentran cuando ella demuestra un comportamiento escandalosísimo. Eso intriga y atrae al protagonista masculino, pero tiene tanta seguridad en sí mismo que no le molesta que una mujer sea fuerte. Puede ser peligroso, pero también amable y, lo más importante, tiene una mente tan abierta que acepta que las diferencias de la protagonista son justo la razón de su atractivo. —Hizo una pausa antes de añadir—: A veces tarda un tiempo en mostrarse tan tolerante.

Gabriel sonrió y la miró con calidez.

—Es comprensible. Estoy seguro de que esas historias no son para todos los públicos, pero no tengo claro que no puedan publicarse.

Rory contuvo el aliento mientras se dejaba envolver por la calidez de su mirada y pensó que el capitán Gabriel Hawkins era como uno de sus héroes románticos. Era fuerte, amable y parecía muy tolerante con su comportamiento escandaloso, y también sospechaba que podía ser muy peligroso. Y aunque no era guapísimo, sí que era muy apuesto. Observó esos hombros tan anchos y poderosos. Sí, era muy apuesto.

Tras ordenar sus desparramados pensamientos, dijo:

—Eso mismo dijo mi tía Diana después de leer una de nuestras historias cuando estábamos en la India. Le gustó tanto que pidió leer el resto. Constance y yo nos sentimos halagadas, por supuesto. Dijo que estaban bien escritas, que eran dignas de publicarse y que las enviaría a un editor que conocía en Londres. Decidimos nombrar a la autora como «Condesa Alexander» en vez de usar nuestros propios nombres. En caso de que el editor esté lo bastante loco como para publicar nuestro trabajo, ese nombre le ahorraría la vergüenza a nuestra familia.

—Debido a que las historias combinan romance, documental sobre viajes y aventura podrían atraer a un público amplio —dijo Gabriel con seriedad.

—¿De verdad lo crees? —preguntó ella, deseando creerlo. En ese momento se dio cuenta de que Malek los estaba observando, aunque seguía hablando con el sirviente, para asegurarse de que no estaban tramando nada inaceptable como un plan de huida. De vuelta a la realidad, dijo con cierta amargura—: Si no nos escapamos de Berbería, nunca sabremos si han publicado los libros.

—Recuperarás la libertad —le aseguró él con firmeza—. Tal vez cuando vuelvas a Inglaterra descubras que tus libros han hecho furor en Londres.

—Es un sueño precioso. —Se mordió el labio—. Constance y yo hemos necesitado de nuestros sueños para no enloquecer por el miedo a lo que podría suceder. Un sueño mucho más modesto es escapar y encontrar una casita en el campo donde podamos escribir historias juntas, aunque tendría que hacerlas menos escandalosas si alguna vez quisiera venderlas.

—Todos necesitamos sueños para sobrevivir —dijo él en voz baja—. Como es un sueño, no domestiques a tus heroínas. Ellas inspiran esperanza.

—Estoy de acuerdo —replicó con pesar—. Pero si... Cuando recupere la libertad, debo ser práctica si quiero vivir por mi cuenta.

—Más que modificar las historias ya existentes, podrías escribir nuevas —sugirió él—. Un par de bellas damas capturadas por piratas berberiscos sería un buen tema para una historia y podría ser más fácil comenzar de nuevo que cambiar una historia que hayas terminado.

—Puede que estés en lo cierto. Si cambio la heroína en una historia existente, también tengo que cambiar al héroe y demás personajes, y la trama también. —Hizo una mueca—. Es más fácil comenzar de nuevo. En realidad, hemos estado trabajando en una historia de cautiverio en Berbería desde que nos capturaron. Veré si puedo hacer que mi heroína se comporte mejor. ¡El héroe no es un pirata! ¡No hay nada romántico en que te capturen!

—No podría estar más de acuerdo contigo —dijo él sombríamente.

Al percatarse de la nota seria de su voz, ella replicó:

—Ya sabes mi historia. ¿Cuál es la tuya?

Gabriel se tensó de repente y clavó la vista en las cabras. Rory recordó que sus héroes tendían a ser misteriosos sobre su pasado, y tenían que sacarle la información poco a poco. Aunque en un héroe de ficción sería intrigante, resultaba algo molesto en la vida real. Claro que tampoco tenía derecho a hurgar en su pasado.

Él rompió el largo silencio al decir:

—Supongo que es lo justo. Provengo de una familia entregada a la Marina Real y yo mismo seguí esos pasos sin pensarlo dos veces. Comencé muy joven y consideraban que tenía una carrera prometedora hasta que hice algo que provocó la deshonra de mi familia y que provocó mi expulsión de la armada.

Cuando él dejó de hablar, Rory le preguntó para alentarle a continuar:

—¿Mostraste un comportamiento escandaloso?

—En aquel momento no me lo pareció. Y sigue sin parecérmelo. Pero quebranté una de las reglas de la guerra. De haber tenido más edad y proceder de una familia menos distinguida, podrían haberme ahorcado. —Se encogió de hombros—. En cambio, me licenciaron con deshonra y me desheredaron.

Ella hizo una mueca. Tal vez exasperase a su familia, pero jamás la desheredarían.

—Así que te convertiste en un marino mercante.

Él se encogió de hombros de nuevo.

—No sabía hacer nada más. A estas alturas, me encuentro en una situación muy cómoda, con un buen barco y una buena tripulación; además, disfruto de una variedad de trabajos que no habría conocido como oficial de la armada. Transporte mercancías... y otras cosas menos respetables.

—¿Contrabando? —le preguntó con interés.

—De vez en cuando, pero solo lo he hecho un par de veces cuando me ha parecido necesario. También he aceptado misiones extrañas como esta de venir a Argel. Hace poco llevé a un hombre a Estados Unidos para rescatar a una mujer y después los llevé a ambos de vuelta a Inglaterra sanos y salvos. —Sonrió—. He burlado bastantes bloqueos, pero ahora que la paz está

a la vista, no habrá más bloqueos para burlar.

—¡Burlar bloqueos! —exclamó, encantada—. ¡Un héroe para las personas que necesitan desesperadamente los suministros que traes y un canalla para quienes llevan a cabo el bloqueo!

—¿Veo una historia formándose? —preguntó él con sorna.

—¡Exactamente! La heroína es una burladora de bloqueos y el héroe es el capitán de un barco oficial que mantiene el bloqueo. —Bajó la voz con tono dramático—. Se sube a la jarcia de su barco con su sable en mano, desafiando al destino y al peligro. Él la ve a través de su catalejo y queda asombrado por su belleza salvaje y libre.

—Es un comienzo —dijo Gabriel, aunque no parecía muy convencido—. ¿Cómo los unes y superas el conflicto inherente entre una burladora de bloqueos y el hombre que se compromete a atraparla o a hacer saltar su barco por los aires?

—El conflicto es lo que hace que una historia sea interesante. Se me ocurrirá algo —afirmó con seguridad—. Desarrollar una trama y hacerla al menos ligeramente verosímil lleva tiempo.

Su idea era buena, pero se dio cuenta de que Gabriel no había detallado mucho la historia de su pasado. Con voz titubeante, dijo:

—Malek Reis y tú parecéis conoceros.

—Sí, es una larga historia.

Antes de que Gabriel pudiera continuar, Malek acabó de hablar con su sirviente y gritó:

—¡Hawkins! ¡Lady Aurora! ¡Venid!

Gabriel se apartó de la cerca.

—Una larga historia para otro día. ¿Seguimos viendo qué otras criaturas desea Malek llevar a Constantinopla?

Cuando alcanzaron a Malek, este les dijo con brusquedad:

—Por aquí —Los guio por otro sendero hacia la derecha.

El siguiente recinto al que se acercaron albergaba unas aves altísimas y de largas patas con un plumaje espectacular.

—¿Avestruces? —preguntó Gabriel—. He visto sus plumas, pero nunca a la criatura real.

Malek señaló a la bandada de pájaros gigantescos que deambulaban tranquilamente por su recinto.

—Estoy pensando en enviar una pareja. ¿Su altura será un problema?

Gabriel frunció el ceño mientras hacía cálculos.

—Una sección de la bodega es lo bastante alta como para acomodarlos, aunque el macho no tendrá mucho espacio para la cabeza. Sin embargo, no creo que pueda transportar jirafas con seguridad.

—Los avestruces serán suficientes. —Malek se dio media vuelta y siguió caminando por el sendero.

El siguiente recinto en el lado opuesto de la avenida anunció a sus habitantes con un olor característico y un rugido estremecedor: leones.

No entraron en ese recinto. Gabriel observó a las bestias de pelaje amarillento con fascinación. Había visto leones un par de veces antes, pero no desde tan cerca. Un macho enorme con una abundante melena estaba tendido a la sombra de un refugio cubierto de enredaderas, con su familia a su alrededor. Los leones adultos también estaban dormitando, aunque varios cachorros jugueteaban al sol, revolcándose en el suelo, como pequeñas bolas de pelo con garras.

—¡Qué bonito! —exclamó Rory.

Gabriel miró su expresión embelesada, pensando que ella misma era como una leona dorada. Elegante, bella, valiente y posiblemente letal en las circunstancias adecuadas.

Salió de su ensimismamiento cuando uno de los machos jóvenes saltó de pronto sobre la espalda del líder de la manada, que se levantó del suelo con un rugido ensordecedor, tras lo cual los dos machos procedieron a enfrentarse en lo que sería una versión agresiva del juego de los cachorros.

Mientras los leones se enfrentaban en el interior del recinto, Rory jadeó y se llevó una mano a la boca.

—¡Sultán va a matar a Ghazi!

El líder de la manada, Sultán, venció rápidamente al más joven, inmovilizándolo en el suelo. Estaba a punto de desgarrarle el cuello a Ghazi cuando dos cuidadores aparecieron corriendo con látigos y una silla de madera. Los hombres consiguieron separar a los leones y conducir al más joven, que sangraba por mordeduras y arañazos, de vuelta al cubil.

Gabriel soltó el aliento que había estado conteniendo, estremecido tras haber presenciado una muestra de la naturaleza en todo su esplendor.

—¿Cuántos leones vas a enviar y cuáles son?

—El joven, Ghazi —contestó Malek con voz pensativa—. Si se queda aquí, seguirá desafiando a Sultán hasta que lo maten. La mayoría de los machos jóvenes nunca llegan a la edad adulta, y eso sería una pena. Ghazi es una bestia joven impresionante y se convertirá en un verdadero rey con el tiempo.

Un león sería más fácil de transportar que varios ejemplares.

—Intentaré disponer las jaulas para que el olor a león no vuelva locos a los otros animales. Los depredadores y las presas no son buenos vecinos.

—Háblalo con mis cuidadores. —Malek se apartó de la cerca—. Ellos sabrán mejor cómo organizar a las bestias.

—¿Hay más animales que desees llevar en la travesía?

—Sí, y serán los más difíciles. —Malek los guio hacia la derecha hasta que llegaron al final de la avenida. En el enorme recinto había una charca rodeada de lodo, bajo cuya superficie se adivinaban las oscuras siluetas de unos cuerpos enormes. Solo se veía la parte superior de las cabezas anchas y las orejillas.

—¿Hipopótamos? —Gabriel intentó calcular su tamaño a partir de las partes que podía divisar—. ¿Son jóvenes? Parecen pequeños.

—Son hipopótamos pigmeos de África occidental, muy raros —explicó Malek con orgullo—. Tienen aproximadamente una cuarta parte del tamaño del hipopótamo común. Puede que no haya otros de su raza en todo el Imperio otomano.

—Pero distan mucho de ser pequeños, y tienes razón en que serán difíciles de transportar —convino Gabriel—. Seguramente necesitarán tanques de agua para que puedan sobrevivir al viaje, ¿no es así? Eso será muy pesado y potencialmente peligroso si el mar está revuelto.

Malek se encogió de hombros.

—Llegaron aquí en barco. Seguramente tú también puedes hacerlo.

Gabriel pasó por alto la pulla y replicó:

—Salvo un imprevisto, podrán llegar sanos y salvos a Constantinopla.

—Muy bien. ¿Puedes partir dentro de tres días?

Mientras se preguntaba por qué Malek tenía tanta prisa, Gabriel contestó:

—Sí, pero solo si puedes ofrecerme hombres y el material necesario para acomodarlos a ti, a tus hombres y a tus animales.

—Tendrás todo lo que necesites —le aseguró Malek con sequedad—. Tres días, pues.

Una vez que se alejaron de la charca de los hipopótamos, Rory le dijo a Malek:

—Señor, antes de irnos, me gustaría hablar con la tripulación de la Dama de Devon para ponerlos al día de los acontecimientos.

Malek frunció el ceño, pero Gabriel le dijo en voz baja:

—Sería un gesto amable que no te costaría nada. Cuando se es prisionero, uno puede volverse loco al desconocer lo que sucede a su alrededor.

Malek asintió con un gesto reticente.

—Este es su día de descanso. Así que puedes visitarlos en los baños ahora mismo, lady Aurora.

—Me gustaría acompañarla —se ofreció Gabriel—. Como también soy marino, pueden desahogarse conmigo si sienten la necesidad.

—Muy bien. Después ven a verme a mi gabinete para que hablemos de los materiales, el trabajo y las provisiones necesarias. Mi mayordomo te acompañará. —Se dio media vuelta y se alejó con la misma tensión que lo embargaba desde que él llegó.

—Gracias por ofrecerte a acompañarme, Gabriel —dijo Rory con una sonrisa que le robó el sentido por un instante.

Mientras Rory se envolvía mejor con la capa y seguía a Malek, Gabriel no pudo evitar pensar en lo mucho que deseaba tenerla en su barco, por más incómodo o difícil que resultara viajar con una mujer tan atractiva en un espacio tan reducido.



Los baños apestaban por el hacinamiento de demasiados hombres en un espacio tan pequeño, pero no era tan malo como Rory había temido. Las ventanas altas y estrechas justo debajo del nivel del techo permitían que el aire circulara un poco, y había un lavabo y una bomba de agua en la esquina; y también había camastros suficientes para toda la tripulación de la Dama de Devon.

Aun así, cuando los guardias abrieron la puerta para que Rory entrara en los baños, agradeció la presencia silenciosa de Gabriel Hawkins detrás de ella. Debido a que era un día de descanso, muchos de los marineros estaban adormilados en sus camastros, pero tan pronto como ella entró, se pusieron en pie de un salto y la rodearon, mirándola ansiosos mientras la bombardeaban a preguntas.

—Lady Aurora, ¿está usted bien?

—¿Está bien la señorita Constance?

—¿Tiene noticias?

—¿Han pagado el rescate?

—¿Ha venido a liberarnos?

Mientras Gabriel le colocaba una mano en el hombro con gesto protector, el capitán Roberts, que llevaba la barba y el pelo muy largos y descuidados, les ordenó a sus hombres:

—Dejad hablar a la muchacha.

Siempre había contado con el respeto de sus marineros, de modo que al oír la orden, retrocedieron para darles más espacio a sus visitantes.

Rory, que ya podía respirar con más facilidad, exclamó:

—¡Cómo me alegro de verlos a todos! Capitán Roberts, casi no lo he reconocido con barba.

El capitán esbozó una sonrisa carente de humor.

—No permiten que los esclavos tengan navajas de afeitar.

Debería haberlo supuesto.

Los miró a todos de uno en uno, intentando reconocer sus caras debajo de las barbas.

—¿Se han recuperado todos de las heridas que sufrieron cuando nos capturaron?

—Sí, todos hemos sobrevivido y debemos darle las gracias a la señorita Constance por habernos atendido. —Tan ansioso como sus hombres, el capitán Roberts desvió su mirada hacia Gabriel—. ¿Ha venido a Argelia para pagar el rescate?

Rory sintió un nudo en la garganta al comprender que tendría que explicar que los hombres no estaban a punto de ser liberados. Miró a Gabriel muerta de la preocupación.

Tras haber interpretado correctamente la silenciosa súplica de Rory, Gabriel les explicó:

—Soy Gabriel Hawkins, capitán de la Céfiro. Aún no serán rescatados, pero la situación es esperanzadora. Malek Reis exigió una cantidad desorbitada de dinero, más de lo que la familia de lady Aurora podía pagar. He traído la cantidad que se ha podido reunir y he venido para negociar la libertad de lady Aurora. A petición suya, las negociaciones incluyen a la tripulación de la Dama de Devon.

Se oyó un suspiro de desilusión colectivo, pero Rory también vio cierto optimismo en los rostros a su alrededor. Gabriel tenía la capacidad de inspirar confianza.

—Malek Reis y yo hemos llegado a un acuerdo que requiere que mi barco lo transporte a él, a un grupo de sus guardias y a varios animales exóticos a Constantinopla —continuó él—. Cuando regresemos a Argel, se ha comprometido a liberarlos a todos para que puedan regresar a Inglaterra en la Céfiro.

Tras asimilar la noticia, el capitán Roberts suspiró y dijo:

—No es la solución ideal, pero como dice, hay esperanza. ¿Cuánto tiempo durará su viaje?

—Un mínimo de seis semanas, probablemente un poco más, porque no sé cuánto tiempo querrá quedarse Malek en Constantinopla —respondió Gabriel.

—Probablemente un par de meses más, suponiendo que su barco no se encuentre con mal tiempo, monstruos marinos, piratas o el Holandés Errante —apostilló Roberts, mirando a Gabriel con una sonrisa irónica de capitán a capitán.

—La Céfiro ha sobrevivido a bastantes tormentas y ataques, y espero evitar al Holandés Errante —dijo Gabriel con la misma ironía—. Lamento no poder precisar más, pero lady Aurora y yo pensamos que deberíamos informarles de cómo están las cosas antes de partir de Argel.

Los marineros asintieron.

—Sí, es mejor tener alguna idea que ninguna —repuso Roberts, que parecía agotado.

—¿Qué tipo de trabajo han estado haciendo? —quiso saber Rory—. Me lo he estado preguntando.

El primero de a bordo contestó:

—Haciendo ladrillos, milady. Creo que no es tan malo como trabajar en las minas o ser remero en una galera.

Ellos habían estado realizando un trabajo muy pesado bajo un calor abrasador mientras ellas se pasaban el día sentadas a la sombra al lado de la fuente del patio. Claro que a ellos no los habían obligado a pasearse desnudos delante de un montón de sátiros babosos.

—¿Hay algo que pueda hacer por ustedes antes de irnos? —preguntó Rory—. Tengo las manos atadas, pero me gustaría intentarlo.

—¿Tal vez cartas a sus familias? —sugirió Gabriel—. Si nos dan las direcciones, las damas pueden escribirles para comunicarles que están bien y yo se las entregaré al cónsul británico para

que las envíe a Inglaterra.

La sugerencia fue bien recibida. Se le debería haber ocurrido a ella.

Gabriel sacó un cuadernillo y un lápiz del bolsillo interior de su chaqueta.

—Lady Aurora, ¿puede anotar las direcciones y cualquier comentario especial?

Un marinero llamado Jones dijo con emoción:

—¡Quiero decirle a mi esposa que estoy deseando ver al recién nacido y que, si regreso a casa, buscaré trabajo en un barco de cabotaje!

—Ella se alegrará de saberlo, señor Jones —dijo Rory mientras abría el cuadernillo y escribía cuidadosamente el mensaje—. Ahora dígame dónde hay que enviarlo.

Jones le dijo la dirección mientras que los demás se ponían en fila para darle las direcciones y los mensajes para sus familias. Una vez que Rory lo tuvo todo, Gabriel golpeó la puerta para notificar a los guardias que ambos estaban listos para partir. Fue un alivio salir al aire más fresco y limpio del exterior de los baños. Además de los guardias de la prisión, también la esperaba un guardia del harén y a Gabriel lo esperaba el mayordomo de Malek.

Arrancó con cuidado las páginas con la información de los marineros y le devolvió el cuaderno a Gabriel.

—Constance y yo tendremos todas las cartas escritas para mañana. Gracias por acompañarme.

Él asintió con la cabeza y se guardó el cuadernillo y el lápiz en el bolsillo.

—Los baños no son agradables, pero los están tratando bien en la medida de lo posible.

Rory se envolvió en la capa.

—Parecen estar aguantando.

—Y ahora estarán más contentos al saber que sus familias tendrán noticias de su paradero y de que están bien. —Inclinó la cabeza—. Hasta luego, lady Aurora.

Con la mente agitada, dejó que el guardia del harén la guiara a través del laberinto del palacio. Fue un alivio estar de vuelta en la privacidad de sus habitaciones.

Cuando Rory entró en el patio donde Constance estaba trabajando debajo de un árbol, su amiga se puso en pie de un salto.

—¡Gracias a Dios que has vuelto! Estabas tardando tanto que... —Respiró hondo y se obligó a tranquilizarse—. Ya temía que Malek Reis te hubiera vendido a uno de los hombres horribles a los que invita para que vengan a verte.

Rory abrazó a su prima al recordar lo que Gabriel había dicho sobre los terrores de la incertidumbre.

—¡Lamento que estuvieras preocupada, Constance! Han pasado muchas cosas desde que me fui. Algunas de ellas, buenas.

—Un poco de buenas noticias no me vendría mal. —Constance dio un paso atrás, secándose los ojos con un pico de la túnica suelta que llevaba—. Yo también lo siento. Cuanto más tiempo estamos aquí, más abrumada me siento. Ponte ropa decente y cuéntame las buenas noticias.

Rory se quitó de buena gana la capa y los indecentes velos de seda transparentes. Después se puso la vaporosa túnica de diario que, por suerte, no se transparentaba. La ropa argelina era mucho más sencilla y rápida de ponerse que las prendas europeas. Regresó al patio junto a Constance, que seguía a la sombra de los árboles.

Al ver los papeles, le preguntó:

—¿Estabas trabajando en tus clases de idiomas?

Su amiga asintió con la cabeza.

—El maestro Selim dice que mi acento está mejorando y que pronto será tan bueno como el tuyo. Pero se desespera por mi torpeza para escribir árabe o turco. —Le sirvió a Rory una taza de fresca agua afrutada—. ¿Cuáles son esas buenas noticias?

Rory se sentó en el banco acolchado y bebió un largo sorbo de agua.

—Un capitán de barco inglés llamado Gabriel Hawkins llegó para negociar nuestra liberación con Malek mientras los sátiros de hoy me devoraban con la mirada.

La expresión de Constance se iluminó.

—¿Tu padre ha pagado el rescate?

—No, mi madre ha enviado la mitad del rescate, que es todo el dinero que ha podido reunir después de suplicar, pedir prestado o empeñar sus joyas —contestó Rory con sequedad—. Al parecer, Malek necesita más dinero que eso para algún propósito misterioso, pero el capitán Hawkins y él han llegado a un acuerdo según el cual Hawkins llevará a Malek, a un grupo de sus guardias y a una serie de animales de su zoológico a Constantinopla.

—¿Por qué? —preguntó Constance, desconcertada—. Los países de Berbería forman parte del Imperio otomano en teoría, pero en la práctica son independientes. Los hombres como Malek ni siquiera obedecen al dey a menos que les dé la gana.

—No se ha molestado en dar explicaciones, pero obviamente es importante para él. La parte interesante de verdad es que nosotras también vamos. Malek dice que los animales me quieren, y Hawkins dijo que no sería correcto para mí ser la única mujer a bordo, ¡así que tú también vendrás!

Constance enarcó las cejas.

—Desde luego que me alegrará salir de esta jaula. Pero mi primer pensamiento es que Malek podría querer vendernos si necesitara más dinero. Tal vez obtenga mejores precios en Constantinopla.

—No había pensado en eso. —Rory hizo una mueca—. Puede que tengas razón. Pero navegar a Turquía representa oportunidades que no tendremos mientras estemos enjauladas como gallinas.

—¿Cómo es el tal capitán Hawkins? —Constance arrojó unas migajas que había guardado del desayuno a una paloma que se posó cerca de ellas—. ¿Es un hombre honorable?

Rory pensó que no debería soltar a bocajarro que creía haber conocido a uno de sus héroes románticos en carne y hueso. Era mejor que se atuviera a los hechos.

—Parece serlo. Tuvimos la oportunidad de hablar un rato mientras Malek estaba ocupado con otra cosa. Por lo que dijo Gabriel, tiene gran experiencia en el mar, incluido burlar bloqueos.

—Espero que también sea un buen negociador —dijo Constance.

—Malek y él ya se conocen de algo que sucediera en el pasado, aunque no ha habido tiempo para que me lo contara —replicó Rory—. Se le da tan bien escuchar, que le ha hablado de las historias que escribimos y cree que son aptas para el mercado.

—¿En serio? —preguntó Constance y se echó a reír—. ¡Qué desesperadas estamos por encontrar lectores! ¿Crees que lo decía en serio o solo bromeaba?

—Creo que lo decía en serio. Estaba intrigado por la idea de nuestras heroínas audaces, por lo que tal vez realmente podríamos encontrar un público si alguna vez conseguimos volver a Inglaterra. —Hizo un mohín mientras pensaba—. Hablando con él, me he dado cuenta de lo difícil que sería reescribir los primeros libros para hacer que las heroínas tuvieran un comportamiento más decoroso.

—Yo también lo he pensado —convino Constance—. Quizá deberíamos escribir dos tipos de libros con diferentes nombres. Los libros que hemos hecho hasta ahora podrían ser de la Condesa Alexander, Una Dama Aventurera. Y libros con heroínas decorosas... —Pensó un momento y luego sonrió—. La Señorita Smith, Una Dama Decente Vilipendiada.

Rory soltó una carcajada.

—Eso podría aplicarse a las heroínas en ese tipo de historias, pero no estoy segura de que sea un nombre apropiado para una escritora. ¿La Señorita Smith, Una Dama Inocente?

—Eso atraería más lectores —respondió Constance con una sonrisa—. Tendremos que pensarlo.

—Se me ocurrió una trama que se adaptará a una dama aventurera. Mi imaginación no parece orientada hacia las señoritas inocentes.

—No, por lo general no —convino Constance—. Háblame de la historia que se te ha ocurrido.

—Dos hermanas —dijo Rory—. Una es una burladora de bloqueos navales audaz y peligrosa. La otra es una dama elegante y hermosa a la que capturan unos piratas.

—¿Supongo que tú eres la hermana audaz y peligrosa mientras que yo soy la dama inútil? —le preguntó Constance con una sonrisa.

—Tonterías, los personajes no tienen nada que ver con nosotras. —Rory se subió de un brinco al banco y levantó un brazo como si blandiera un sable—. ¡Cuando lady Refinada es vendida en un harén de Berbería, lady Audaz usa sus habilidades para burlar bloqueos y llegar a toda prisa a Argel!

—Espero que lady Audaz lleve calzas cuando trepe a los aparejos —dijo su prima—. Si llevara un vestido o una túnica como tú, probablemente tropezaría y se caería sobre su perfecta naricilla.

Rory se rio entre dientes y saltó de nuevo al suelo mientras envainaba su imaginario sable.

—De hecho, el vestuario es muy importante en los libros de damas aventureras.

—Ella entra en el puerto como si capitaneara un barco mercante —continuó Constance, aportando su granito a la historia—. Debe asegurarse de que el práctico del puerto no atraca bajo los cañones de la fortaleza, porque no podrá escapar después de rescatar a su hermana.

—Exactamente. Lady Audaz no es ajena al peligro. —Rory se cubrió la parte inferior de la cara con la túnica y se agachó para recorrer el patio con sigilo mientras sus ojos se percataban de todos los detalles—. Vestida como una sirvienta, me dirijo al harén para liberarte a ti y a cualquier mujer que también quiera escapar. Muchas hazañas.

—Ya veo que has abandonado la pretensión de que los personajes no somos nosotras —dijo Constance con ironía—. ¿De quién se enamora la protagonista?

—El héroe de lady Audaz es un capitán de la Marina Real que se enamora de ella y está tan fascinado que lo convence de que la ayude en el rescate.

¿Y por qué había pensado de repente en un capitán de la Marina Real? Probablemente porque acababa de conocer a un hombre de una familia con tradición en la armada...

Constance se puso de pie, se llevó una mano al pecho en un pudoroso despliegue de emoción y exclamó:

—¡Querida hermana, has venido a rescatarme! —Pestañeó sin parar—. ¿Quién es el apuesto hombre que te acompaña? ¿Puedo quedarme con él?

—¡No, no puedes! ¡Es mío! —Rory se sentó de nuevo en el banco con elegancia—. Es posible que necesitemos escribir una secuela. Ese puede pertenecer a la saga de señoritas inocentes y tal vez tenga posibilidad de acabar publicado.

Constance se echó a reír.

—Lady Refinada parece muy aburrida. ¿Puedes convertirla en una experta espadachina que aprendió a usar la espada luchando con sus hermanos mayores?

—¡Eso sería mucho más divertido! —Rory rio entre dientes con reticencia—. Me temo que estamos condenadas a no escribir libros respetables.

—Tal vez deberíamos unirnos a un grupo de aficionados al teatro cuando volvamos a Inglaterra, ya que nos encanta la actuación. —Constance reunió sus apuntes—. ¿Cuándo nos iremos a Constantinopla?

—Al parecer, dentro de tres días. Malek Reis tiene prisa y el capitán Hawkins dijo que si lo ayuda con las reformas necesarias para transportar leones, hipopótamos y demás, sería posible hacerlo en ese tiempo.

Constance parpadeó.

—¿Tan pronto? Aunque supongo que no importa. Tampoco tenemos mucho equipaje.

—Cierto, pero tenemos otra tarea. Le pedí permiso a Malek para visitar a la tripulación de la Dama de Devon con la intención de decirles que el final de su cautiverio podría estar a la vista. El capitán Hawkins me acompañó y les explicó la situación —dijo Rory—. Aunque no hay garantías de liberación, se alegraron de escuchar que hay esperanza.

—¿Cómo están los hombres que resultaron heridos en el ataque pirata? Algunas de las heridas eran graves —dijo Constance.

—Todos se recuperaron y te agradecen que los trataras. A todos los marineros les ha crecido la barba y su aspecto es bastante alarmante, pero siguen siendo los hombres agradables de los que nos hicimos amigos. Aquí hay direcciones y mensajes de ellos para sus seres queridos. —Rory le entregó las páginas del cuadernillo de Gabriel, mientras pensaba que ella debería escribirles a sus padres, aunque tal vez no fuera prudente mientras su padre desconociera que su madre había actuado a sus espaldas para intentar rescatarla—. Prometí que escribiríamos las cartas y Gabriel se las entregará al cónsul británico para que las envíe a casa. ¿Podemos tenerlas escritas para mañana?

—Creo que sí. —Constance aceptó las páginas del cuadernillo, pero su atención estaba en Rory—. Distingo algo en tu voz cuando mencionas al tal capitán Hawkins. Además de parecer honorable, ¿cómo es él?

Muy contrariada, Rory descubrió que se ruborizaba.

—Es... muy agradable. Me gusta.

Constance sonrió.

—Ya iba siendo hora de que hubiera un héroe romántico en nuestras vidas. —Se levantó del banco—. ¡A trabajar se ha dicho!



Transportar un león no era fácil. Puesto que solamente quedaba una hora para zarpar según lo acordado, Gabriel se paseaba de un lado a otro de su barco a fin de asegurarse de que todo estaba en orden, pero se detuvo a observar cómo embarcaban el león. Habían embarcado el resto de los animales el día anterior para que tuvieran tiempo de aclimatarse antes de que el león llegara y los pusiera nerviosos. Las cuadras eran tan nuevas que el olor de la madera recién cortada flotaba en el ambiente.

La jaula que contenía a Ghazi se levantó lentamente del muelle, pero pese al cuidado con el que el operario manejaba la garrucha, la jaula no dejaba de balancearse bajo el abrasador calor de la tarde. Ghazi no estaba contento, y su furioso rugido provocó un terror atávico en todos aquellos que lo escucharon, incluido Gabriel.

Los dos cuidadores de leones de Malek ya habían embarcado con dos largos palos. Cuando la jaula se balanceó sobre la bodega abierta, usaron los palos para estabilizarla y guiarla según la iban bajando hacia las profundidades del barco. Acto seguido, ellos también bajaron para acomodar a Ghazi mientras los animales que ya estaban a bordo reaccionaban con balidos nerviosos, rebuznos y chillidos.

Los animales y sus cuidadores ya estaban embarcados sanos y salvos, como también lo estaban las provisiones para la tripulación y para los animales. Ya solo faltaba Malek, sus guardias y las dos damas cautivas. Gabriel volvió a su camarote para comprobar su larga lista de preparativos para el viaje, con la esperanza de que aparecieran pronto. Hacía mucho que aprendió que comprobar dos y hasta tres veces nunca estaba de más.

En realidad, creyó que sería un milagro modificar el barco y tenerlo todo preparado en tres días, pero lo habían conseguido. Malek había sido fiel a su palabra sobre el suministro de los hombres y materiales necesarios; debía de haber aterrorizado a todos los involucrados para obtener una cooperación tan excelente en una parte del mundo donde todo tardaba más de la cuenta.

Como era de esperar, los hipopótamos fueron los más difíciles. Los instalaron, a ellos y a su pesado depósito de agua, más o menos en el centro del barco, ya que era el punto más estable y donde menos molestaban para el manejo de la embarcación.

Las cuadras para los animales miniatura se encontraban detrás de los hipopótamos separados

por un pasillo y entre cada cuadra habían dispuesto sus alimentos y las camas donde dormirían sus cuidadores. Apeataba. Gabriel no quería ni imaginarse cómo olería cuando llegaran a Constantinopla, pero los cuidadores parecían capaces y estaban claramente entregados a su labor.

En todos los rincones donde fue posible se instalaron hamacas y catres para los guardias de Malek. Suponía que muchos de ellos terminarían durmiendo en la cubierta superior cuando el tiempo lo permitiera.

Estaba en su camarote, terminando la comprobación, cuando Landers llamó a la puerta antes de entrar. Alzó la vista.

—¿Hemos acabado con el embarque?

—Algunos de los guardias de Malek han llegado, pero todavía faltan Malek, seis de sus hombres y las dos damas —contestó el primero de a bordo—. Quizás estaban esperando a que acabáramos de embarcar el león. Tengo muchas ganas de conocer a la bestia.

—Pero no metas la mano en la jaula. Ghazi parecía enojado y hambriento cuando llegó. —El gato del barco estaba durmiendo en la mesa, y en ese momento levantó la cabeza para golpearle a Gabriel la mano, exigiéndole que lo acariciara. Le rascó entre las suaves orejas grises—. Este muchacho es mucho más fiable. Aunque intentara arrancarte la mano de un mordisco, no podría hacerlo, si bien podría hacerte sangre.

—Me pregunto si el león lo molestará.

—Lo más probable es que lo encontremos en la bodega haciéndose amigo de los avestruces o durmiendo en la espalda de uno de los burritos. Cuando no trabaja, le encanta dormir. —Gabriel echó un vistazo al reloj montado en la pared—. Más vale que Malek y su séquito lleguen pronto. Tendría gracia que, con toda la prisa que nos ha metido, al final acabe retrasando la partida.

—Espero conocerlo también, aunque quizá no tanto como al león —dijo Landers—. Malek parece... contradictorio.

—Lo es. El león es más predecible. —Gabriel frunció el ceño—. Me gustaría saber por qué está tan obsesionado con ir a Constantinopla con sus hombres, sus animales y un par de esclavas muy valiosas.

—¡Seguramente una vez que las damas estén a bordo de un barco británico podremos salvarlas de la esclavitud! —dijo Landers.

—La guardia de Malek nos dobla en número y son luchadores más experimentados. Además, de las muchachas depende el destino de la tripulación de la Dama de Devon. Si huimos con ellas, esos marineros serán enviados a las minas o asesinados de inmediato. Lady Aurora nunca aceptaría eso, y sospecho que su prima será de la misma opinión. Son unas muchachas muy honorables.

—¡Ahora quiero conocerlas aún más! —exclamó Landers con un brillo en los ojos.

El ruido en el muelle aumentó, y Gabriel se levantó para mirar hacia el exterior. Por fin habían llegado Malek y su séquito. No parecían llevar demasiado equipaje. Como marino, Malek debía recordar que el espacio en un barco era limitado.

—Es hora de salir y saludar a nuestros pasajeros.

Cuando llegó a la cubierta principal, Malek estaba recorriendo la pasarela. Detrás de él lo hacían sus guardias, de semblante severo, en cuyo centro se encontraban las mujeres, de manera que no pudieran escapar. Estaban completamente cubiertas por un velo que solo les dejaba al descubierto los ojos y unas vaporosas túnicas de color claro. Era imposible distinguirlas.

No. La segunda mujer era lady Aurora. Estaba seguro de eso a pesar de que parecían prácticamente idénticas.

Gabriel dio un paso adelante e inclinó la cabeza.

—Bienvenido a bordo de la Céfiro, Malek Reis. Ahora que estás aquí, zarparemos de inmediato.

—Me reuniré contigo en el alcázar para la partida —dijo Malek.

Gabriel le hizo un gesto a su conrmaestre, que estaba a su lado.

—Señor Harris, acompañe a los guardias de Malek Reis al lugar donde se encuentran sus hamacas para que se instalen. —Se volvió hacia Landers—. Lady Aurora, lady Constance, este es mi primero de a bordo, el señor Landers. Él las acompañará a su camarote.

Complacido, Landers les hizo un gesto a las damas para que pasaran delante de él. Con todos a bordo, Gabriel dio la orden de zarpar, y la Céfiro se alejó hacia mares desconocidos.

Rory miró al señor Landers, un atractivo joven pelirrojo. Si necesitaran un segundo personaje romántico, él lo podría representar, aunque tal vez convirtieran su pelo en castaño.

Ajeno al hecho de que acababan de convertirlo en personaje de una novela escandalosa, el señor Landers sonrió y dijo:

—Por aquí, señoritas; compartirán el camarote. Lamento que no haya espacio para que tengan uno cada una.

—No importa, señor Landers —replicó Constance—. Estamos acostumbradas a compartir espacio.

Dos guardias siguieron a las muchachas bajo cubierta. Rory se preguntó cuánto tiempo más las vigilarían. No era necesario que lo hicieran en mitad del Mediterráneo, ¿adónde iban a ir?

El camarote estaba a estribor y contaba con literas. Había unos cajones bajo la litera inferior, así como un lavamanos diminuto y un banco acolchado a modo de baúl debajo del ojo de buey. El espacio era reducido, de hecho, el señor Landers casi daba con la cabeza en el techo, pero sería suficiente.

—¿Debo suponer que han desalojado a un par de suboficiales para que pudiéramos usar este camarote? —preguntó Rory.

—Sí, pero se han alegrado de cedérselos —les aseguró el primero de a bordo.

Uno de los guardias de Malek apareció con el baúl que contenía las pertenencias de ambas. Después de echar un vistazo alrededor para encontrar espacio, lo colocó en la litera inferior y luego se retiró.

Landers le echó un vistazo al baúl.

—Creo que hay suficiente espacio de almacenamiento para que coloquen sus pertenencias en el camarote. Avísenme cuando acaben de deshacer el equipaje para trasladar el baúl a la bodega.

—Gracias —dijo Rory mientras cerraba la puerta con impaciencia, dejándolos a los tres encerrados en el camarote, en el que apenas cabían. Tan pronto como se quedaron a solas, se quitó el velo y se descubrió la cabeza.

Constance hizo lo mismo, sacudiendo su suave pelo rubio oscuro con un suspiro de alivio.

—Si Malek piensa que vamos a viajar hasta Constantinopla envueltas como budines al vapor, ¡va listo!

Landers miró con admiración primero a Rory y luego a Constance.

—El capitán dijo que había una bella dama y su prima, pero no me dijo que había dos bellas damas. ¿Quién es quién?

Constance sonrió.

—Es usted un adulador, señor Landers. Soy Constance Hollings, pero nadie se fija en mí cuando lady Aurora está presente.

—Eso es porque yo soy habladora—explicó Rory—. Por lo general, me dicen Rory en vez de Aurora porque no se me dan bien las formalidades y a veces rujo como una leona. Constance es la verdadera dama.

—Ya lo veo —dijo Landers con la mirada aún fija en Constance.

Rory observó la escena con satisfacción. Su historia necesitaba otro héroe, y a favor de Landers jugaba que se sintiera atraído por el sereno atractivo de Constance en vez de sentirse atraído por su aspecto más exuberante.

—Constance tiene razón, señor Landers. Es usted un adulador —dijo Rory con picardía—. Me gusta eso en un hombre.

Landers se echó a reír.

—Es un verdadero placer tenerlas a bordo para este viaje, señoritas. Uno de los inconvenientes de la vida de un marinero es la falta de compañía femenina. En mi casa, en Estados Unidos, me crie rodeado de hermanas, primas y vecinas. Echaba de menos eso.

—¿Es estadounidense? —preguntó Constance con interés.

—Sí, y me alegra que la guerra entre nuestros países haya terminado. Soy de Saint Michaels, un pequeño pueblo pesquero situado en la bahía de Chesapeake. Mi padre es constructor de barcos ahora, pero él y el capitán Hawkins navegaron juntos. Ellos... —Se detuvo—. Es una larga historia. Necesito subir al alcázar ya que estamos zarpando.

—¿Podríamos unirnos al capitán en el alcázar mientras navegamos? —preguntó Rory—. ¡Queremos asegurarnos de que nos vamos!

—Estoy seguro de que no le importará —dijo Landers—. Siempre que no estorben.

Rory y Constance intercambiaron una mirada.

—Subiremos solas una vez que estemos instaladas —replicó Rory—. Gracias, señor Landers. Él inclinó la cabeza y luego salió del pequeño camarote. Mientras Constance se sentaba en la

litera inferior, Rory abrió el pequeño ojo de buey para dejar entrar aire fresco.

—¡Adiós, Argel!

—Si todo va bien —dijo Constance—, volveremos dentro de varias semanas, recogeremos a la tripulación de la Dama de Devon y luego nos dirigiremos a casa.

Rory echó un vistazo por el ojo de buey mientras la Céfiro se alejaba del muelle. Barcos de todos los tamaños y formas atravesaban el amplio puerto, y la confusión de sonidos e idiomas se desvaneció poco a poco a medida que se alejaban de la costa.

—Eso espero, Constance. Ni me imagino lo que nos espera y eso que no ando corta de imaginación.

—Desde luego. —Su prima ladeó la cabeza—. ¿Qué te parece si ponemos al señor Landers como pareja de lady Refinada?

—Se me ha ocurrido lo mismo —confesó Rory—. Aunque le he cambiado el color del pelo a castaño.

—¡Yo lo veo bien tal cual!

Rory contuvo una sonrisa. Así que su prima le había echado el ojo al primero de a bordo. En fin, un coqueteo durante la travesía con un hombre muy agradable sería bueno para ella después de haber pasado semanas cautivas en el harén.

—Es hora de deshacer el equipaje. Me quedo con la litera superior.

—Menos mal que eras una marimacho y te gustaba trepar —dijo Constance mientras se volvía y abría el precioso baúl con sus pertenencias que había viajado desde Inglaterra a la India y también a Berbería. La ropa estaba pasada de moda, pero era inglesa—. ¡Recuperamos nuestra identidad!

El práctico del puerto argelino los guio hasta mar abierto antes de regresar a tierra en el pequeño bote que los seguía. Aunque no había estado al timón, Gabriel había pasado su tiempo en el alcázar atento a posibles problemas. Ese era el trabajo del capitán al fin y al cabo.

Malek también estaba cerca, contemplando el mar en silencio y con semblante pétreo. Gabriel se preguntó cuánto tiempo pasaría hasta que revelara el propósito del viaje.

Soplaba un buen viento, por lo que se ajustaron las velas y el timonel puso rumbo hacia el este. Más relajado, Gabriel se volvió y vio que las dos muchachas estaban en silencio detrás de él ataviadas con sus pálidas túnicas.

Al ver su mirada, Rory sonrió descaradamente y se quitó la túnica árabe y el tocado, y después los lanzó al aire. El viento atrapó la tela y las prendas revolotearon sobre la cubierta antes de caer sobre el coronamiento de popa. Ataviada con un vestido de color albaricoque y con el pelo recogido parecía una dama europea.

Su acompañante hizo lo mismo, dejando a la vista un vestido de color verde claro. Constance Hollings era una joven notablemente bonita con una cara dulce y un marcado parecido con su prima Rory.

Gabriel las miró con una sonrisa.

—Parecen el sol y la luna. Bienvenidas a la Céfiro. Espero que sus aposentos les resulten satisfactorios.

—Por supuesto —le aseguró Rory.

Malek se dio media vuelta y las miró con el ceño fruncido.

—¡Sois mis cautivas y tenéis que ir vestidas como es debido!

—Pero están en un barco inglés —replicó Gabriel en voz baja—. Y seguramente tienen derecho a vestirse como inglesas. Se comportarán igual de bien sin importar cómo se vistan.

—O igual de mal —dijo Rory alegremente.

Malek gruñó. No era un hombre al que le gustase que lo desafiaran.

—Déjame mostrarte tu camarote, Malek Reis —dijo Gabriel.

—Espero que me hayas asignado el camarote del capitán.

—No exactamente. —Gabriel le hizo señas y Malek lo siguió desde el alcázar para entrar en los aposentos del capitán, que ocupaba todo el ancho de la popa del barco. Cuando Gabriel abrió la puerta, dijo—: Nadie me echa de mi propia cama, pero en deferencia a tu rango, hice que los carpinteros del barco colocaran mamparas para dividir el espacio. Mi cama está a estribor, se ha creado un camarote para ti a babor, podemos compartir este espacio y los cañones se quedan en el centro.

Malek abrió la puerta del camarote de babor, pequeño pero bien amueblado.

—Esto servirá —dijo de mala gana.

—Tendrá que servirte. Es lo mejor que podemos ofrecerte. —Gabriel titubeó, pero como ya estaban en mar abierto, había llegado el momento de hacer la pregunta—. Malek, es hora de que me digas por qué emprendes este viaje. ¿Qué demonios te azuzan?



Al escuchar la pregunta de Gabriel, Malek se dio media vuelta y sus ojos oscuros lo miraron amenazadores y rebosantes de rabia.

—¡Vete al infierno, Hawkins!

—Ya he estado allí —dijo Gabriel con sequedad. Las amenazas ya no lo intimidaban después de que su abuelo lo desheredara—. No te pareces en nada al hombre al que conocí. La ira ha arrasado con tu sentido del humor y con tu humanidad. ¿Por qué has vuelto a la piratería cuando juraste que la abandonarías para siempre? ¿Por qué haces este viaje a lo largo del Mediterráneo con hombres y bestias a bordo? Sea cual sea el problema, te seré más útil si conozco el motivo.

La ira de Malek se desvaneció y su expresión se volvió desesperada.

—¡Maldita sea tu perspicacia, inglés entrometido! —replicó, pero con voz más serena.

—Mi barco y mi tripulación corren peligro en esta travesía y ni siquiera sé a qué me enfrento —añadió Gabriel en voz baja—. ¿No merezco saberlo por el bien de todos los que vamos a bordo? Incluso por el bien de tu maldito león, que quiere matar a todos los que se le acercan.

—Ghazi es un reflejo de mí porque también quiero matarlos a todos. —El antiguo sentido del humor de Malek hizo acto de aparición un instante. Acto seguido, echó a andar hacia los ventanucos situados en la popa del barco y contempló el mar en tensión—. Mi esposa e hijos —dijo bruscamente—. Un hijo de perra, al que maldigo tres veces, los tiene cautivos en Constantinopla.

Gabriel contuvo el aliento al entender que esa espantosa situación guiara sus actos y fuera responsable de los cambios en su comportamiento.

—No sabía que tenías familia.

—No tomé una esposa hasta que te fuiste de Berbería. Mi Damla es... preciosa como una gacela. De buena familia, bien educada, una perla de valor incalculable. Le dijo a su padre que no se casaría a menos que pudiera conocer a su marido concertado cara a cara, con el derecho a negarse si él no le gustaba. Pero cuando nos conocimos... —continuó con voz más suave—, los dos lo supimos al instante.

Gabriel recordó la descarga que sintió cuando vio por primera vez a Rory, aunque por desgracia no se la presentaron como su futura novia.

—Has sido afortunado —dijo con la misma suavidad—. ¿También has sido afortunado al tener hijos?

—Mi hijo, Kadir, un hombrecito con alma de guerrero. Y una niña pequeña, Meryem, que es

la alegría de nuestras vidas. —El dolor era palpable en su voz.

—¿Cómo te los arrebataron?

—El padre de Damla, Qasim, llegó a Argel como funcionario desde Constantinopla. Se estableció y se casó con una esposa argelina. Solo tuvieron una hija, Damla. Su esposa había muerto y él no había visto a su familia en Constantinopla desde hacía muchos años, así que cuando recibió la noticia de que su madre estaba enferma, quiso llevar a su hija y a sus nietos para que la conocieran antes de que fuera demasiado tarde. Planeaba acompañarlos, pero en el último momento surgieron algunos asuntos importantes y no pude marcharme. Tenía la intención de reunirme con ellos una o dos semanas más tarde. No parecía haber ningún problema si partían sin mí.

—¿Fueron secuestrados en algún lugar del camino?

Malek asintió con la cabeza.

—¿Te acuerdas de mi primo Gürkan? —le preguntó.

—Sí, y tengo las cicatrices para demostrarlo —respondió Gabriel—. ¿Decidió que secuestrar a tu familia era la mejor venganza?

—Exactamente. Después de su desastre en Argel, adquirió nuevas galeras.

—¿Compradas con sangre?

—¿De qué otra forma sino iba a conseguir las ese cerdo asqueroso? Estableció su hogar en Constantinopla, pero sus galeras están amarradas en Trípoli y mantiene espías en Argel. Cuando se enteró del viaje de mi familia, los persiguió con su barco pirata más veloz y los capturó en el mar. —La voz de Malek se endureció—. ¡Ojalá hubiera estado allí para defenderlos!

—Si hubieras estado allí, seguramente estarías muerto y tal vez lo estaría tu familia —señaló Gabriel—. Dado que eras su objetivo y no te encontró, debió de darse cuenta de que tu esposa y tus hijos eran valiosos como rehenes. Por lo que recuerdo de Gürkan, jamás desperdiciaría nada de valor.

—Rezo para que así sea. —Su voz seguía tensa—. Poco después de que Gürkan los capturara, recibí una carta de Damla que describía lo que había sucedido. Escrita de su puño y letra, para que supiese que tanto ella como los niños seguían vivos. Su padre luchó para protegerlos, pero fue asesinado. Era un hombre gentil, un erudito. Valiente, pero no era un guerrero.

—Mientras que tú sí, pero un hombre no podría derrotar a un barco lleno de piratas sanguinarios.

—Lo habría intentado —dijo Malek con un hilo de voz.

Y habría muerto en el intento. Como buen inglés pragmático, Gabriel prefería sobrevivir y encontrar la manera de derrotar al enemigo más tarde.

—Así que necesitabas ese desorbitado rescate para liberar a tu familia.

—Gürkan me pidió una cantidad que sabía muy bien que yo no podía pagar. Así que volví a la piratería para reunir más dinero. Esperaba que el rescate de lady Aurora me diera lo suficiente,

pero no ha sido así, y no tengo otros cautivos con tanto valor.

Gabriel frunció el ceño.

—¿Los animales exóticos cubrirían lo que falta?

—Eso espero. A Gürkan le gustan las rarezas. —Malek tragó saliva—. Creé el zoológico para los niños. Uno de los mayores placeres que teníamos como familia era visitar a los animales por las tardes cuando refrescaba.

Gabriel pensó en un niño y una niña más pequeña jugueteando felices con los burros y las cabritas; sería el sueño de cualquier niño.

—Haré lo que pueda para ayudarte a recuperar a tu familia sana y salva.

—Creo que lo intentarás. Pero no te confundas, Hawkins. —Malek volvió a echar un vistazo por la ventana—. Si es necesario para salvar a mi familia, me encargaré de vender a las damas inglesas a algún harén y me encargaré de verte a ti y a tu tripulación muertos en una cubierta empapada de sangre.

Melodramático pero sincero.

—Esperemos que no llegue a ese extremo.

Malek emitió un sonido, como si se hubiera reído entre dientes.

—Esa flema inglesa tan horrorosa. ¿Es que nada te altera?

—Pocas cosas. —Después de haber perdido tanto a una edad tan temprana, Gabriel ya no despotricaba por los caprichos del destino—. La serenidad cansa menos que la ira y tiene el beneficio de que irrita a los demás.

Malek soltó una carcajada.

—Desde luego.

—Volviendo a los negocios, tu objetivo es claro: rescatar a tu familia y llevarlos a casa a cualquier precio. El mío es ayudarte a tener éxito, y que mi barco, mi tripulación y yo regresemos a casa sanos y salvo. —En sus pensamientos, incluía a Rory, a Constance y a la tripulación de la Dama de Devon, pero no lo dijo en voz alta. Bastante tensión había ya en el aire.

Malek dijo de repente:

—El barco debe virar hacia La Meca cinco veces al día cuando recemos.

Gabriel sospechaba que la exigencia de Malek se debía a su afán por controlar algo, porque se sentía impotente en otras cuestiones más importantes.

—Es factible, pero cada vez que recéis perderemos tiempo. Llegaremos a Constantinopla un par de días antes si seguimos navegando y usamos una brújula para saber dónde está La Meca.

Malek frunció el ceño y replicó a regañadientes:

—Supongo que es mejor usar la brújula.

—Lo haremos así. ¿A qué hora es la siguiente oración?

—El muecín nos avisará dentro de media hora.

—Hablaré con la tripulación de cubierta para que se preparen. Ahora te dejaré para que te

instales en tu camarote. —Gabriel inclinó la cabeza y salió.

Justo lo que su barco necesitaba: dos leones enojados a bordo.

Era su primera noche en un lugar nuevo y Rory estaba nerviosa, sobre todo porque Constance y ella estaban como sardinas enlatadas. Bajó en silencio de la litera, donde se había acostado ataviada con la camisola. Se puso su vestido más sencillo en la oscuridad, se echó un chal por los hombros y salió del camarote. Por suerte, Constance era una marmota durmiendo.

No vio a nadie bajo cubierta. Se movió con cuidado porque estaba muy oscuro y se dirigió a la cubierta principal. El rebuzno de un burro adormilado resonó procedente de la bodega del barco. Solo con pensar en las criaturas que había abajo sonrió. Una vez que se estableciera la rutina en el barco, visitaría a los animales.

En la cubierta soplaba una brisa fresca y limpia que le agitó el pelo y le deshizo la trenza que se había hecho para dormir. La luna creciente, junto con la luz de las estrellas, iluminaba el barco. Los tripulantes que estaban de guardia la vieron y la saludaron con la cabeza cuando ella levantó la mano a modo de silencioso saludo, pero nadie intentó hablar con ella ni la detuvo. La noche en un mar tranquilo era un momento de paz y silencio.

Se dirigió hacia popa, ajustando de forma automática sus pasos al suave balanceo del barco. Cuando subió los escalones hacia el alcázar, se sorprendió al ver una figura de hombros anchos apoyada en el coronamiento, con los brazos cruzados mientras contemplaba el cielo nocturno.

Reconoció al capitán pese a la tenue luz de las estrellas. Con la esperanza de que no le importara la compañía, se reunió con él y se colocó a su derecha, tras lo cual cruzó los brazos y los apoyó en el coronamiento sin decir nada. Si él no quería hablar, ella estaría callada, pero le gustaba estar cerca de él y disfrutar del movimiento del mar, que, en una noche tranquila como esa, era como los brazos de una madre.

Gabriel volvió la cabeza y la saludó con una sonrisa.

—¿La noche te inquieta?

Ella asintió con la cabeza.

—Me gusta explorar un barco cuando viajo en él por primera vez, así sé dónde están las cosas. ¡Es maravilloso estar fuera del harén! —Sonrió con tristeza—. La tranquilidad me da tiempo para preocuparme por lo que nos deparará este viaje.

—Como a todos nosotros —murmuró Gabriel.

—¿Sabes por qué Malek ha emprendido este viaje tan largo y complicado? —le preguntó con curiosidad—. Puede que no lo sepas o, si lo sabes, es posible que no me lo quieras decir, pero mi epitafio dirá: «Preguntar no le hace daño a nadie».

—Eso no siempre es cierto, pero la curiosidad es una bestia hambrienta. —Gabriel miró hacia atrás, examinando la cubierta del barco. No muy lejos de ellos se encontraba el timonel en su puesto, pero el hombre les daba la espalda y el chapoteo de las olas contra el casco del barco les permitiría hablar en privado si no alzaban la voz—. Malek me lo contó después de embarcar. No es precisamente un secreto, pero dudo que quiera que se sepa. Puedes contárselo a tu prima y

yo se lo diré a Landers, pero es Malek quien tiene que decidir si lo anuncia.

—Constance y yo somos discretas —le aseguró Rory.

—Dada tu vida aventurera, me sorprendería si no hubieras aprendido a ser discreta por el camino. —La mirada seria de Gabriel atrapó la suya—. La esposa y los hijos de Malek fueron secuestrados por un enemigo, uno de sus primos. Espera que una combinación de dinero y bestias exóticas sea suficiente para persuadirlo de que libere a su familia. Dijo con total claridad que haría cualquier cosa para recuperar a su esposa y a sus dos hijos.

—¡Dios mío! —exclamó Rory, que recordó en el último momento que tenía que bajar la voz—. No me extraña que el hombre parezca a punto de estallar en cualquier momento. ¿Es su esposa favorita?

—No creo que tenga más. Por su forma de hablar, está entregado por completo a su Damla. Aunque a los europeos les fascina la idea de los harenes, muchos musulmanes solo tienen una esposa. —Un brillo jocoso apareció en los ojos de Gabriel—. Varios me han dicho que con una esposa tienen gastos y problemas de sobra.

—Lo mismo podría decirse de los maridos —dijo Rory con acidez.

Gabriel se rio entre dientes.

—Y, sin embargo, el matrimonio sigue siendo popular.

—Tiene sus compensaciones, sobre todo en las noches frías. —Hizo el comentario a la ligera, pero al sentir el calor que irradiaba ese cuerpo grande y poderoso, la recorrió un escalofrío por la idea de compartir una cama con él y no solo por el consuelo en las noches frías. Aunque hacía tiempo que había decidido que el matrimonio no era para ella, la idea de tener un amante le resultó muy atractiva de repente. Como necesitaba cambiar de tema de conversación, añadió—: ¿Malek tiene motivos para creer que puede apelar a la buena voluntad de su primo y liberar a su familia? Si lo acompaña, por supuesto, de un soborno importante.

—He tenido algún trato con su primo Gürkan y estoy seguro de que carece de buena voluntad. —Gabriel titubeó y añadió despacio—: Es un hombre avaricioso y una gran suma de dinero puede convencerlo; pero sospecho que será mucho más complicado, así que debes prepararte para cualquier eventualidad. Malek fue muy claro al decir que haría cualquier cosa, lo que fuera, para recuperar a su familia. Me dijo con gran desparpajo que, si hacía falta, tanto mi tripulación como yo acabaríamos muertos en la cubierta ensangrentada. Y que si necesita más dinero, os venderá a tu prima y a ti al mejor postor.



«Os venderá a tu prima y a ti al mejor postor». Las palabras le cayeron como un chorro de agua helada. Rory tomó una entrecortada bocanada de aire mientras intentaba disimular el miedo.

—Gracias. Necesitaba ese recordatorio de cuán precaria sigue siendo nuestra situación. Aquí en el mar en un barco británico es fácil imaginar que soy libre, pero no lo soy.

—Espero que lo peor no suceda. Pero, como bien has dicho, la situación es precaria para todos nosotros.

—Los hombres de Malek superan en número a tu tripulación y probablemente estén mejor entrenados para el combate, y por supuesto la tripulación de la Dama de Devon sigue en su poder. En Constantinopla, que es la capital del imperio, seremos forasteros en una ciudad muy antigua y extraña. —Suspiró—. Mi imaginación hiperactiva me ofrece demasiados finales para esta situación y la mayoría no son felices desde mi punto de vista.

—¿Es irritante tener una gran imaginación? —quiso saber Gabriel.

—Nunca me lo había preguntado nadie, aunque a veces me regañan por su culpa — reflexionó al respecto—. La imaginación hace que sea demasiado fácil figurarse el desastre, como un monstruo marino aletargado desde hace mucho tiempo y que sale del fondo del mar para arrastrar este barco a las profundidades.

Gabriel sonrió.

—Una posibilidad interesante, aunque lo consideraría poco probable.

—Yo también, pero podría azotarnos una tormenta monstruosa que sería tan destructiva como cualquier leviatán. Esas ideas siempre me cruzan por la cabeza. Sería capaz de entretenerme toda la vida solamente pensando en lo que podría suceder y creando historias.

—Muy útil si eres pasajero en una larga travesía —repuso él.

—¡Por eso Constance y yo hemos escrito tantas historias! Otra de las ventajas de una gran imaginación es que muy pocas cosas me sorprenden porque ya he considerado muchas posibilidades. —Hizo una mueca—. Da la casualidad de que me imaginé qué pasaría si me capturaban unos piratas, aunque nunca pensé que eso sucediera. Sin embargo, aquí estoy, impresionada y muy molesta, aunque no puedo decir que sorprendida.

—La situación es precaria, pero no desesperada. —Gabriel sonrió con ironía—. Durante mi primera semana en Portugal, fui sentenciado a muerte dos veces, pero aquí estoy.

Rory parpadeó, olvidándose de sus preocupaciones.

—¿Cómo es posible que te condenaran dos veces a muerte y, lo más importante, cómo lograste sobrevivir?

—Me pidieron que le hiciera un favor a un amigo. Debería haber sido sencillo, pero tuve la mala suerte de llegar a Oporto justo cuando los franceses estaban invadiendo la ciudad. Me capturó una de las tropas locales. Estaban de mal humor, y como yo no parecía portugués y tampoco hablaba el idioma, decidieron colgarme como espía francés.

—¿Cómo llegaron a esa conclusión? —preguntó ella, horrorizada.

—Ya te he dicho que estaban de mal humor —respondió—. Así que me colgaron del árbol más cercano, pero mis manos estaban mal atadas y conseguí liberarlas mientras me estrangulaba. Agarré la soga que tenía sobre la cabeza y me las apañé para seguir respirando mientras me retorció como un loco para liberarme. No recuerdo los detalles con claridad, pero varios de los hombres me dispararon y una de las balas cortó la soga.

Rory se llevó una mano a la garganta como si sintiera que la estaban estrangulando.

—¡Supongo que no estabas destinado a morir ese día!

—Eso fue lo que decidieron mis supuestos verdugos, sobre todo porque se desató una espantosa tormenta y se escuchó un trueno ensordecedor por encima de nuestras cabezas —dijo con sorna—. Alguien gritó que era la voluntad de Dios que yo sobreviviera y que deberían centrar su atención en el ejército francés que se aproximaba. Así que me dejaron jadeando en el barro y salieron en busca del enemigo. No sé bien si fue Dios o buena suerte, tampoco me importó.

Rory lo observaba con horror y fascinación.

—Lo usaría en un libro, excepto que nadie me creería. ¿Sufriste alguna herida importante por el ahorcamiento?

—Estuve un par de días sin poder hablar. —Y siguió hablando con voz muy ronca—: Y después estuve un par de semanas con la voz tan ronca como la de un oso, que es como estoy hablando ahora, pero supuse que había salido bien parado.

—¡Yo diría que sí! ¿Cómo te condenaron a muerte la segunda vez?

—La ciudad era un caos mientras los portugueses luchaban contra los invasores. Las tropas locales destruyeron el puente principal sobre el río Duero para detener el avance francés, pero los civiles en el lado norte estaban desesperados por escapar cuando entró otra tropa francesa en la orilla sur.

—No los culpo. En ese momento, los franceses parecían una fuerza imparable capaz de conquistar hasta los confines de Europa.

—Casi lo hicieron. Al final, Portugal se convirtió en el primer paso en un camino que condujo a la derrota de Napoleón, pero en aquel momento, Oporto estaba sumido en el caos —dijo con seriedad—. ¿Has oído hablar alguna vez del puente de barcos?

Ella frunció el ceño.

—Sucedió hace unos cinco años, ¿verdad? Sí, leí un artículo después de la batalla. Amarraron pequeñas embarcaciones las unas a las otras para crear un puente provisional que llevara a la orilla sur, pero se rompió cuando la gente huía de los franceses. Un gran número de

personas se ahogó, nadie supo cuántas.

—Dio la casualidad de que estaba en la orilla sur y podía ver el puente cuando se rompió — dijo. Su expresión era tan sombría como su voz—. Las mujeres y los niños cayeron chillando al río y se ahogaron delante de nuestros ojos. Me uní a los que se tiraron al agua para intentar rescatarlos.

Rory se estremeció cuando sus palabras evocaron una escena muy vívida de caos y pánico.

—¿Pudiste salvar aunque fuera a algunos? —preguntó en voz baja.

—Se rescató a un buen número de personas. Vi a un grupo de monjas y sus alumnas caer al río y fui tras ellas. Soy un buen nadador y saqué a varias, y otros hombres hicieron lo mismo. — Su mirada era distante, como si recordara a las víctimas que no habían podido salvar—. Estaba tan ocupado sumergiéndome en el agua y arrastrando a la gente a la orilla del río que no vi a una compañía de soldados franceses que cargaban contra la multitud en la orilla sur. Algunos de los que intentábamos salvar a la gente escaparon, pero muchos de nosotros fuimos detenidos a punta de pistola. Los franceses dejaron ir a las mujeres, los niños y los ancianos, pero arrestaron a hombres adultos en edad militar.

—¿Y así fue como te condenaron a muerte por segunda vez?

—Sí, un coronel francés muy cruel descubrió que cinco de nosotros éramos británicos, así que nos encerró a todos en un sótano sin ventanas y ordenó que nos fusilaran como espías a la mañana siguiente. Era más fácil fusilarnos que hacernos prisioneros. —Torció el gesto con ironía—. Los guardias no eran malas personas. Nos dieron dos botellas de brandi bastante malo para ayudarnos a pasar la noche.

—Y otra vez sobreviviste —dijo ella con un hilo de voz—. ¿Cómo lo lograste en esa ocasión?

—Uno de los hombres del sótano era ingeniero y descubrió un viejo túnel de escape — respondió Gabriel—. Nos las arreglamos para salir gateando por el túnel y después robamos unos caballos franceses con los que huimos. Antes de seguir cada uno su camino, nos declaramos los Calaveras Redimidos y prometimos mantenernos en contacto a través de la librería Hatchards, en Londres. Acordamos vagamente que, si algunos sobrevivíamos a la guerra, nos reuniríamos para contarnos las mentiras de nuestras aventuras mientras bebíamos brandi del bueno.

Rory se echó a reír.

—¿Qué típico de los hombres! Yo imagino aventuras, pero tú las has vivido. ¿Conseguiste terminar con éxito la misión que te llevó a Portugal?

—Sí, un comerciante de vinos británico y su esposa portuguesa que temían la invasión francesa me pidieron que llevara a los padres de ella a Londres. Una vez que escapé de mi segunda ejecución, los localicé y pudimos llegar a mi barco a salvo. Como eran portugueses, nadie los acusó de ser espías. Dijeron que yo solo era su nieto mudo. —Sonrió—. Salir de Oporto fue mucho más fácil que entrar.

—¿Has vuelto a ver a alguno de tus «calaveras irredimibles»?

—Sí, el hombre que alquiló mi barco para ir a Estados Unidos era un compañero calavera, diría que redimido más que irredimible. Me dijo que dos de los otros estaban vivos, así que son al menos cuatro. Ahora que la lucha ha terminado, tal vez consigamos reunirnos y compartir ese brandi.

Si fue capaz de rescatar a una pareja mayor de Portugal en mitad de una invasión, tal vez podría rescatarlas a Constance y a ella. La idea la alegró.

Ansiosa por descubrir más sobre él, le preguntó:

—¿Cómo acabaste desheredado? Me cuesta imaginarte como un muchacho con tan mala reputación como para que tu familia te dé la espalda.

Su expresión se tornó inescrutable.

—Ya he hablado bastante de mí. Cuéntame cosas de la India. Nunca he estado allí.

Pasando por alto su petición, Rory dijo en voz baja:

—Lo siento. No debería haberte preguntado.

La expresión de Gabriel se relajó.

—Es mucho más fácil hablar de la muerte que del deshonor.

La separación de su familia, aunque sucedió hacía mucho tiempo, seguía doliéndole. Sin pensarlo, Rory le cubrió la mano que él tenía en el coronamiento. Lo hizo como un gesto de consuelo, pero en cuanto se tocaron, le sorprendió la descarga de energía que se produjo entre ambos. De emoción. Recordó lo que pensó al verlo por primera vez. «Es él. Este hombre. Sin duda.»

Desconcertada, habría fingido que el momento no había sucedido, pero antes de poder apartar la mano, él entrelazó sus dedos. El apretón le pareció muy íntimo y se preguntó si Gabriel podía sentir los latidos de su corazón a través de su mano.

Gabriel la miró con tal intensidad que hizo que el resto del mundo se desvaneciera.

—Sabía que volver a las costas berberiscas no era sensato —dijo él con voz ronca—. Pero tan pronto como vi tu retrato en el camafeo de tu madre, accedí a venir. Tenía que hacerlo.

Contenta de que no negara el inesperado vínculo que se había establecido entre ellos, dijo con voz trémula:

—Esto es muy inconveniente, ¿verdad?

La expresión intensa de Gabriel se relajó hasta llegar a sonreír.

—Sí que lo es. Aquí en la oscuridad dudo mucho de que alguien se percate de que estamos cogidos de la mano, pero como Malek o alguno de sus hombres nos vea, tendremos problemas. Si vamos más allá de un simple roce de manos, podría resultar desastroso.

Rory tragó saliva mientras se imaginaba qué sentiría al estar entre sus brazos para darle un beso. Ese cuerpo masculino tan fuerte y cálido y poderoso, envolviéndola y protegiéndola. Esa energía salvaje corriéndole por el cuerpo mientras sus corazones latían al compás.

Se obligó a apartar la mano.

—Escribo sobre personajes románticos empedernidos que se enamoran a primera vista, pero

yo nunca he experimentado nada semejante. Hasta ahora.

Gabriel soltó un sentido suspiro y no intentó recuperar su mano ni tocarla de ninguna otra forma.

—Lo que existe entre nosotros puede ser efímero y provocado por nuestras circunstancias, pero es real. Y es imposible que lo exploremos.

Rory tragó saliva, a sabiendas de que él podría tener razón al decir que las circunstancias podían provocar una tormenta de emociones, aunque no lo creía así. Gabriel Hawkins la habría atraído en cualquier circunstancia. Las actuales solo habían acelerado el proceso.

—Imaginaré una nueva historia con rescates osados y personajes que consiguen escapar y viven felices para comer perdices.

La miró con una sonrisa cálida y burlona, que resultó casi tan íntima como su contacto.

—Por favor, hazlo. He oído que a veces los sueños se hacen realidad. ¿Cómo son tus sueños?

Ella sopesó la pregunta antes de contestar:

—Soñé con viajar a tierras lejanas. Lo he hecho y no necesito seguir haciéndolo. Ahora que Napoleón ha abdicado, me gustaría visitar lugares del continente que han estado cerrados a los británicos durante muchos años. Pero sobre todo quiero regresar a Inglaterra y vivir lo bastante cerca de mi familia como para disfrutar de ella, pero no tan cerca como para molestarnos.

Gabriel se echó a reír.

—Veo que lo has pensado.

—No hay nada como estar atrapada en un harén para soñar. Quiero seguir contando historias y tal vez publicarlas. Quiero tener un hogar acogedor con gatos, perros, caballos, cabras pigmeas y un jardín. Placeres sencillos. —Se dio cuenta de que empezaba a resultarle atractiva la idea de un marido. Y tal vez hijos, aunque no podía decirlo en voz alta—. ¿Qué me dices de ti? Te debe encantar el mar. ¿Sueñas con seguir navegando por el mundo como el viento que sopla libremente?

—Me apasiona el mar, pero también me encanta la tierra. Me gusta montar a caballo, dar largos paseos por el bosque y por antiguos caminos. Quizá me retire del mar y comience una nueva vida en tierra. Tal vez incluso visite a aquellos miembros de mi familia dispuestos a recibirme. —Pronunció la última frase en voz muy baja.

Rory comprendió que se habían acercado demasiado al tema de su deshonor. Fue un alivio sentir que algo se frotaba contra sus tobillos. Bajó la vista y vio a un gato grande, de aspecto extraño, prácticamente blanco por debajo y con manchas grises en la parte superior.

—¿Quién ha venido a visitarnos?

—El gato del barco —respondió Gabriel, recibiendo de buena gana un tema de conversación menos personal—. Tiene un aspecto peculiar, ¿no es así? Está bizco, tiene las patas largas como las de un ciervo y las orejas en un ángulo extraño, pero es muy bueno en su trabajo. Lo contratamos tan pronto como solicitó el puesto.

—¿Cuáles son sus tareas? —Se inclinó y empezó a hacer ruiditos para llamarlo con el fin de

que se acercara, pero el gato retrocedió y la observó con recelo.

—Es el ratonero oficial del barco. Creo que los gatos llevan navegando desde que los hombres empezamos a hacerlo.

Rory sonrió.

—Muy útil para evitar que las alimañas estropeen las provisiones del barco. ¿Cómo solicitó su puesto?

—Se presentó ante mí con una rata que todavía se retorció entre los dientes. Me miró a los ojos y le partió el cuello. Lo contraté de inmediato.

Ella se rio.

—¡Un tipo feroz! ¿Cómo se llama?

—No tiene nombre. Es el único gato del barco.

—¡Sin duda se merece un nombre propio! —Se inclinó y nuevamente intentó atraerlo. Una vez más, el gato se alejó—. ¿Qué tal Susto ya que es asustadizo?

—El nombre le pega —dijo Gabriel, pensativo—. Puede ser bastante amistoso cuando se acostumbra a ti. Le gusta dormir en mi mesa cuando estoy trabajando, pero se retira si entra algún desconocido.

—Se asusta con gran facilidad. ¿Te gusta tu nuevo nombre, Susto?

En esa ocasión el gato se acercó y le permitió que le acariciara la cabeza. Su pelo era tan suave como el de un conejo.

—Le caes bien —comentó Gabriel—. Malek dijo que les caías bien a los animales de su zoológico.

—Porque me gustan. —Ella sonrió mientras Susto le acariciaba los tobillos y se movía como si fuera una forma fantasmagórica en la oscuridad. Aunque no pudiera tocar al capitán del barco, podía acariciar al gato del barco. Menos daba una piedra. Se enderezó y disimuló un bostezo—. Debería volver a mi litera. Ha sido un día muy largo. ¿Hay alguna posibilidad de que Susto me acompañe?

—Probablemente no. —Gabriel sonrió—. Pero preguntar no hace daño.



Gabriel observó el mar durante mucho tiempo después de que Rory se marchara. Era extraño sentirse tan atraído por una mujer a la que apenas conocía. Sin embargo, había un vínculo innegable entre los dos. Nunca se había relacionado con una mujer que lo atrajera tanto, y no solo por su belleza. Era inteligente, imaginativa y cariñosa.

No obstante, estaba tan lejos de su alcance como la luna creciente en el cielo por encima de ambos. Rezaba a Dios para poder liberarla del cautiverio, pero aun así, la brecha entre ellos era abismal. Si no lo hubieran desheredado y se hubiera quedado en la Marina Real y hubiera sobrevivido a todas las batallas, a esas alturas sería capitán, y no alguien totalmente inadecuado para la hija de un conde. Pero las cosas no habían salido así.

Al darse cuenta de que estaba cayendo en la autocompasión, se apartó del coronamiento e hizo una última ronda por el barco. La Céfiro seguía su rumbo, los marineros de guardia estaban alerta, la guardia de Malek no causaba problemas y el Mediterráneo estaba cooperando con un clima excelente. Si el viento se mantenía y nada salía mal, podrían estar en Constantinopla uno o dos días antes de su estimación de tres semanas.

Y después ¿qué? Al igual que a Rory, se le ocurrían muchísimos finales posibles, la mayoría de ellos alarmantes.

Como todo estaba en orden, se dirigió a su camarote, agotado pero sin saber si podría dormir.

Tan pronto como entró en los aposentos del capitán, olió el humo. Lo asaltó el miedo instintivo de todo marinero al fuego en el mar antes de reconocer el olor del tabaco. En la oscuridad del camarote, vio el brillo de una pipa encendida.

Malek, por supuesto. En ese momento distinguió su silueta, sentado como estaba en el banco situado bajo las ventanas de la zona común entre sus camarotes.

Las ventanas de popa estaban justo debajo del lugar donde Rory y él habían estado hablando.

—¿Tú tampoco puedes dormir? —le preguntó a la ligera.

—No. —Otra calada a la pipa antes de que Malek dijera con tono amenazador—: Como desvirgues a mi valiosa cautiva, te arrancaré la pérdida de su valor a latigazos, cerdo inglés.

—No había peligro de que eso sucediera —replicó Gabriel con sequedad—. Si has oído mi conversación con lady Aurora, no te cabrá duda.

—No pude distinguir las palabras, pero el tono era íntimo. Como dos amantes susurrándose en la oscuridad.

—Hablamos sobre nuestro pasado y sobre sus temores de lo que deparará el futuro. Lady Aurora ha conocido al gato del barco y ha decidido llamarlo Susto. No ha sido una conversación entre amantes. —Aunque no era del todo cierto. Si bien no pronunciaron palabras de amor, en el fondo había algo más.

—Podría descubrir que le gusta la vida en un harén. A mi madre inglesa le sucedió.

—Sí, pero lady Aurora ama su libertad. Cualquier hombre que la compre y que la lleve a su cama debería tener cuidado de no dejar ningún cuchillo a su alcance.

—Debería dársela a Gürkan como regalo especial y asegurarme de que tenga un cuchillo a mano cuando se la entreguen —dijo Malek con voz reflexiva.

Inquieto, Gabriel se dio cuenta de que Malek podría hacer algo del estilo.

—No funcionaría. A menos que sea un soldado entrenado, matar a un hombre de una puñalada a sangre fría es casi imposible. Más aun, creo, si se trata de una mujer.

Malek suspiró.

—Triste pero cierto. No me puedo imaginar a mi Damla cometiendo un asesinato, a menos que sea para salvar a nuestros hijos.

—Esperemos que Gürkan se dé por satisfecho con arruinarte y con empezar su propio zoológico con los animales que le llevas.

—Esa sería la mejor solución —convino Malek, pero su voz dejaba entrever que no lo creía posible.

Constance sonrió cuando se despertó con el suave balanceo del barco. Había tenido una pesadilla en la que la capturaban unos piratas berberiscos y la encerraban en un harén.

Sin embargo, cuando se espabiló, se dio cuenta de que no era una pesadilla. Se tensó por entero al recordar que Rory y ella navegaban rumbo a Constantinopla, donde podrían vivir el resto de sus vidas en cautiverio. Se obligó a relajarse, músculo a músculo, uno de los trucos útiles para tranquilizarse que había aprendido en la India.

Cuando sus nervios estuvieron nuevamente bajo control, se sentó con cuidado, ya que apenas había espacio para la cabeza debajo de la litera superior. Al levantarse, vio que Rory estaba medio despierta.

—¿Fue agradable el paseo de anoche por el barco? No es como estar en el campo, pero ciertamente es más espacio del que teníamos en el harén de Malek.

—Lo siento, esperaba no molestarte. —Rory acabó de espabilarse y parecía exhausta, como si hubiera estado dando vueltas toda la noche—. Tenía problemas para dormir, así que fui a explorar.

—No te oí salir, pero la puerta crujió un poco cuando entraste. —Constance frunció el ceño cuando comenzó a vestirse. Dado el tamaño del camarote, tenían que vestirse de una en una—. ¿Fue prudente deambular por la noche en un barco lleno de desconocidos, más de la mitad de los cuales miran a las mujeres de manera muy diferente de como lo hacen los británicos?

Rory sacó las piernas por el borde de la litera al tiempo que se tapaba la boca mientras

bostezaba. No bajaría de la cama dado que Constance se estaba vistiendo.

—Todo estaba muy tranquilo. La tripulación en cubierta simplemente saludó, y la única persona con la que hablé fue el capitán Hawkins, que estaba mirando el mar desde la popa del barco. Hablamos un poco y luego volví a nuestro camarote.

Su tono fue neutro, pero Constance vio una profunda tristeza en los ojos de su prima. En voz baja comentó:

—Te gusta mucho, ¿verdad?

Rory se mordió el labio.

—Demasiado, dadas las circunstancias. Cuando estoy con él, siento como... como si me comprendiera, como si me aceptara. No solo me siento admirada por la belleza que he heredado de mi madre, que no es ningún mérito por mi parte.

Sentirse comprendida y aceptada eran regalos de un valor incalculable, sobre todo para una mujer a la que se consideraba excéntrica y demasiado independiente. Constance era menos excéntrica e independiente, pero lo suficiente como para comprender el atractivo.

—También es muy guapo, lo que nunca está de más.

Rory se animó.

—¿Verdad? Tan fuerte, con ese aplomo y esa seguridad en sí mismo.

—Y guapo.

—Supongo que sí, aunque eso es lo de menos.

Era una señal inequívoca de que a una mujer le gustaba un hombre cuando su carácter pesaba más que su atractivo físico. Constance apartó la mirada, pensando que el dolor en los ojos de su prima era demasiado privado para que nadie más lo viera, y se sentó en el borde de su litera para ponerse las medias y los zapatos.

—Voy a bajar a la bodega para echarle un vistacillo al zoológico antes de desayunar. Nunca me han permitido visitar a los animales, y siempre me ha dado envidia que tú sí pudieras verlos.

—Recuerda que visitar el zoológico también suponía exponerme de forma indecente delante de esos sátiros —dijo Rory con sequedad.

Constance se estremeció.

—Sé que detestabas tener que hacerlo, pero yo no habría logrado apañármelas tan bien como lo hacías tú. Me habría desmayado por la terrible humillación.

Rory suspiró.

—Uno puede soportar mucho cuando no hay otra opción. Me pareció útil fingir que era uno de mis personajes ficticios y no yo misma. Cuando me vista, me dirigiré directamente al comedor de oficiales para el desayuno. Nos veremos allí. Más tarde podemos bajar juntas a la bodega y pasar más tiempo con los animales.

Constance oyó que el muecín de Malek llamaba a la oración en la cubierta, así que esperó a que los pasos de los hombres que subían se alejaran. Supuso que rezarían y luego desayunarían, así que ese sería un buen momento para visitar el zoológico.

—Hasta dentro de un rato entonces. Ahora te dejo el vestidor para ti sola.

—¡Menos mal que no somos corpulentas! —exclamó Rory mientras bajaba de la litera superior y se colocaba al lado de su prima en el reducido espacio.

Constance oyó los ruidos y los pasos en cubierta. El capitán Hawkins había instalado un gran armario cerrado en la cubierta principal para almacenar las alfombras que se usaban cinco veces al día. En cuanto oyó que extendían las alfombras sobre la cubierta, salió del camarote.

Con tantos hombres arriba, el pasillo central del barco estaba desierto. La gran escotilla en la cubierta principal estaba abierta, permitiendo que entrase la luz que iluminaba las empinadas escalerillas que conectaban las cubiertas con la bodega. El día era soleado y agradable, y a juzgar por las velas, soplaba una fuerte brisa. La Céfiro debía de estar navegando a buen ritmo.

Se alejó de la luz del sol y bajó la escalerilla hasta el zoológico, aferrándose a la barandilla, ya que la mar estaba picada y el barco se balanceaba más que el día anterior. Los escalones terminaban a solo unos metros de una estructura de gran tamaño situada en el centro de la bodega. Era el recinto de los hipopótamos, que contaba con una pequeña piscina y una plataforma en la que tumbarse en el otro extremo.

Se oía el chapoteo del agua y a la luz de las lámparas cuidadosamente protegidas distinguió la brillante y oscura piel de los dos hipopótamos pigmeos. Uno de ellos estaba metido en agua y solo se le veían los ojos y las orejas, mientras que el otro estaba dormido en la plataforma como si fuera una piedra oscura y lisa.

Cuando Constance rodeó el recinto, el que estaba en la plataforma se sumergió repentinamente en la piscina, salpicando agua en todas las direcciones. Con una carcajada, retrocedió de un salto para evitar la mayor parte del agua. La mañana anterior vio cómo embarcaban a los hipopótamos usando fuertes eslingas y garruchas. A los animales no pareció hacerles gracia, pero en ese momento ya se habían recuperado.

Los olores familiares de los caballos y los burros se mezclaban con los de otras criaturas más exóticas. En el centro del barco había un pasillo que separaba las distintas cuadras de cada especie. Cada cuadra estaba protegida por sólidos barrotes de madera que llegaban hasta el techo para que ningún habitante ágil pudiera saltar.

Cuatro caballos miniatura de color gris plateado trotaron con alegría cuando pasó junto a su cuadra.

—¡Ay, qué bonitos sois! —exclamó mientras metía la mano entre los barrotes para acariciar los aterciopelados hocicos—. La próxima vez os traeré azúcar.

Las cabras pigmeas eran preciosas, al igual que los burritos. Los avestruces la miraron con desdén, y la cabeza del macho casi tocaba el techo. Era extraño verlos mantener el equilibrio con gracia mientras la nave se mecía. Le encantaría verlos correr en libertad por las llanuras africanas.

El león estaba en el otro extremo, en la popa de la bodega. Con el fin de dejar espacio entre el depredador y los otros animales, habían apilado la comida, el heno y las demás provisiones a

ambos lados de la boda en zonas de almacenamiento. Se percató de que algunos de los cuidadores habían hecho camas entre los fardos de heno.

Contuvo el aliento cuando llegó a la jaula del león. Era un animal hermoso y salvaje que se paseaba inquieto de un lado para otro, haciendo que sus músculos resaltaran por debajo del pelaje amarillento. Tenía una magnífica melena, y la miró con una intensidad que sugería que la estaba evaluando para su próxima comida.

La jaula era segura, de manera que no se sintió amenazada, pero era fácil ver por qué al león lo llamaban «el rey de las bestias». Rory le había dicho que eran las hembras de la manada las que cazaban mientras los machos descansaban como si fueran un objeto decorativo, pero daba igual. El que tenía delante le seguía pareciendo un rey.

Distraída en su contemplación, no se percató de que un hombre había salido del área de almacenamiento y de que se acercaba a ella, porque sus pasos quedaban ahogados por el chapoteo de los hipopótamos y el balido de las cabras.

No se percató hasta que sus brazos la rodearon y unas manos encallecidas le aferraron los pechos.



Constance se quedó paralizada un instante por el inesperado asalto. Después se apartó de un salto y se dio media vuelta, momento en el que vio a un hombrecillo fornido con una sonrisa que dejaba al descubierto que le faltaban dientes. Por su vestimenta, supuso que era uno de los cuidadores de los animales. Intentó huir, pero la tenía acorralada contra la jaula del león.

Pegó la espalda a los barrotes e intentó recordar cómo se decía en árabe «¡Vete!».

Al ver que él sonreía y seguía manoseándola, le dio un violento empujón. El hombre se apartó de ella. No creyó haberlo empujado tan fuerte como para alejarlo tanto, pero después reconoció la figura alta del primero de a bordo, el señor Landers, detrás de su atacante. Le sacaba casi una cabeza a su agresor y estaba furioso, mientras pronunciaba unas palabras que parecían malsonantes y lo amenazaba con el gesto de cortarle el cuello.

El cuidador, que parecía confundido y que empezó a balbucear a la defensiva, se escabulló por el pasillo hasta que desapareció de la vista al otro lado del recinto de los hipopótamos. El señor Landers se desentendió del hombre y se volvió hacia ella, que se había llevado a las manos a la boca intentando no sucumbir a la histeria.

—Señorita Hollings, ¿está usted bien? —le preguntó él con una expresión preocupada.

—Creo... creo que sí —balbuceó al tiempo que bajaba las manos e intentaba tranquilizarse—. Solo... asustada.

Como estaba temblando, el señor Landers le dio un apretón firme, aunque suave, en el brazo. Era maravilloso tenerlo tan cerca siendo tan alto, tan amable y tan inglés. Claro que no era inglés, sino estadounidense. Aunque prácticamente era lo mismo. Deseó apoyarse en él y abrazarlo mientras lloraba de tristeza y de miedo por el futuro, pero por supuesto no podía hacerlo.

—¿Por qué me ha atacado? —preguntó con voz ahogada—. ¡No he hecho nada para provocarlo!

—Perdóneme por decir esto, pero al verla con la cabeza y la cara al descubierto, debió de pensar que es usted una... acompañante que está en el barco para disfrute de los hombres de Malek —explicó el señor Landers, con voz suave—. Un malentendido, aunque uno muy desagradable.

Constance se puso muy colorada y cerró los ojos con fuerza.

—Debería haberme dado cuenta. Hace un momento le he advertido a Rory del peligro de deambular sola por el barco de noche, sobre todo porque muchos de los hombres son de una cultura diferente. Y voy yo y hago lo mismo aquí. ¡Pero ni se me había ocurrido que pudieran atacarme a plena luz del día! —Se recompuso y se alejó del señor Landers.

—Los hombres pueden ser unos brutos y, como bien ha dicho, muchos de los que viajan en este barco pertenecen a una cultura diferente con una visión del mundo distinta de la nuestra. — Su expresión era seria—. ¿Quiere denunciarlo al capitán?

Ella titubeó.

—Dado que es uno de los hombres de Malek, eso ocasionaría complicaciones, ¿verdad?

—Creo que Malek Reis lo castigará, tal vez de forma violenta, por haber insultado de semejante manera a una de sus valiosas prisioneras.

Aunque el señor Landers había hablado con voz neutra, ella comprendió el mensaje implícito.

—Así que lo azotarán o le harán algo peor. Parece un castigo demasiado grande por lo que ha sido un malentendido. Ha hecho usted bien en aterrorizarlo, así que creo que es mejor no denunciar el incidente.

—Esa es una buena decisión, señorita Hollings. —Le ofreció el brazo—. Permítame acompañarla hasta el comedor de oficiales. Mantendré una conversación informal con el capitán, de manera que pueda decirle a Malek que advierta a sus hombres de cómo comportarse con las mujeres europeas.

Ella aceptó su brazo, agradecida, ya que todavía le temblaban las piernas y el balanceo del barco no ayudaba mucho. El pasillo apenas era lo bastante amplio para que caminaran el uno al lado del otro, pero no quería apartarse de él.

—Me ha dado la impresión de que conoce usted muchos improperios en árabe.

Él rio entre dientes.

—Son las primeras palabras que aprende un marinero cuando llega a un nuevo puerto. Además, son muy útiles.

Sonrió y lo miró de reojo mientras caminaban hacia la escalerilla que conducía a la siguiente cubierta. Realmente era un hombre muy guapo a cuyo lado se sentía tranquila. Le encantaba el brillo pelirrojo de su pelo oscuro. Ese detalle, además de los ojos marrones, significaba que se bronceaba en lugar de quemarse al sol como los pelirrojos más claros. Su cuerpo delgado y en forma también era digno de un examen más exhaustivo. Algo que no debería hacer. Viajaba en un barco con hombres de diferentes nacionalidades y objetivos, y empezaba a darse cuenta de que la existencia de dos mujeres jóvenes a bordo hacía más volátil esa mezcla.

—¿No habrá en el barco algún tipo de tela adecuada para que Rory y yo confeccionemos un par de pañuelos largos con los que cubrirnos la cara cuando nos movamos por el barco? Seguro que son más cómodos que los velos que llevábamos cuando embarcamos y nos ayudarán a evitar malentendidos con los cuidadores de animales.

Landers le dio su aprobación con un gesto de cabeza mientras ascendían juntos por la escalerilla.

—Excelente idea. He comprado en Argel unos cuantos pañuelos largos como regalo para mi madre, mis hermanas y mis primas, así que puedo darles un par. Son lo bastante largos como para cubrirse según lo requiere la costumbre local, pero lo bastante ligeros para que no resulten incómodos en un clima caluroso.

—Eso será estupendo, muchas gracias.

Subieron el primer tramo de escalera y atravesaron el corto descansillo hasta el siguiente.

—Sería prudente que la acompañara siempre alguien cuando baje a la bodega. Por si acaso —sugirió Landers mientras seguían subiendo.

Constance frunció el ceño.

—Detesto sentirme tan limitada porque los hombres sean unos brutos. Pero es un buen consejo.

—Le pido disculpas en nombre de mi sexo —dijo Landers con pesar.

—¡Debería haber dicho «exceptuándolo a usted»! —exclamó.

Él rio entre dientes.

—No se preocupe, mis hermanas me han llamado «bruto» muchas veces.

—¿Cuántas hermanas tiene?

—Dos, más un hermano menor. Soy el mayor. —Negó con la cabeza—. Llevo demasiado tiempo lejos de casa. Quería ver el mundo y ya lo he hecho. Después de este viaje, volveré a casa para siempre.

—¿Dónde está su casa? ¿Se parece a Inglaterra?

—Saint Michaels se encuentra en Maryland, en la costa este de la bahía de Chesapeake. Es un pueblo pesquero y marinero. Hay varios constructores navales, incluido mi padre, y la bahía tiene uno de los mejores caladeros del mundo. —Adoptó un tono travieso—. También hemos construido excelentes barcos corsarios para capturar mercantes británicos durante la guerra. No he vivido en Inglaterra, así que no sé muy bien si nuestros países se parecen mucho, pero espero que sea similar ya que muchos habitantes de la ciudad somos descendientes de británicos.

Captó la añoranza en su voz. Ella no tenía un hogar de verdad, salvo estar junto a Rory, que la había acogido y se había hecho su amiga cuando no tenía a nadie más.

—¿Qué me cuenta usted de la guerra entre nuestros países? Por lo que he leído en los periódicos, hubo batallas terribles.

—Sí, pero dicen que las negociaciones de paz en Gante están a punto de llegar a su fin sin grandes cambios en las fronteras ni nada más, por lo que la guerra debería terminar pronto. Creo que detener a la Marina Real en Baltimore en septiembre igualó las fuerzas. —Sonrió con tristeza—. Nunca entendí el motivo de esta guerra, así que me alegra ver su final.

—¡A mí también! —exclamó ella con fervor—. No me gusta la guerra con Francia, pero la entiendo porque llevamos siglos luchando contra ellos. Pero ¿por qué luchar contra Estados

Unidos, que son nuestros hermanos y primos? Espero que con Napoleón desaparecido, podamos tener una paz larga y próspera.

—La esperanza es lo último que se pierde —replicó él, que no parecía muy optimista.

Habían llegado a la cubierta principal, por lo que Constance tuvo que soltarle el brazo a regañadientes.

—Hora del desayuno. Más tarde, Rory y yo bajaremos juntas a ver a los animales nuevamente.

Él se llevó una mano al ala del sombrero.

—Hasta luego, señorita Hollings.

—Constance —replicó con timidez—. Ya que somos compañeros de barco y es usted mi salvador.

—Constance —repitió él con una sonrisa lenta y cálida—. Yo me llamo Jason. —Se despidió con un gesto de cabeza y se alejó.

Mientras atravesaba la cubierta hacia el comedor de oficiales, Constance comprendió que había hecho lo mismo que su prima: encontrar demasiado atractivo a uno de sus compañeros. Tendría que enterrar esos sentimientos.

Sin embargo, los disfrutaría un poco más junto con el recuerdo de su sonrisa.

Rory pensó que Constance parecía distraída cuando llegó al comedor de oficiales, pero no supo por qué hasta que volvieron a su camarote y vieron una bolsa de lona etiquetada con sus nombres que colgaba del pomo de la puerta.

Una vez dentro del camarote, Rory abrió la bolsa y descubrió un par de pañuelos primorosamente doblados.

Frunció el ceño.

—Son muy bonitos, pero ¿quién nos los ha regalado?

Constance sacó un pañuelo verde brillante y lo abrió, dejando a la vista un par de bordados dorados en ambos extremos. Medía unos treinta centímetros de ancho y un metro ochenta de largo.

—Son del señor Landers. Mientras contemplaba el león, me asaltó uno de los cuidadores de animales que al parecer me tomó por... una mujer de mala reputación. —Intentó quitarle hierro al asunto, pero le temblaba la voz.

—¿¡Qué?! —Rory miró a su prima, espantada—. ¿Puedes identificar al hombre que te atacó? ¡Hay que denunciarlo al capitán Hawkins para que lo castigue!

Constance se dejó caer en su litera y acarició el pañuelo verde con gesto nervioso.

—El señor Landers me rescató antes de que fuera a peor y me explicó que ir con la cabeza y la cara descubiertas me hacía parecer una mujer poco respetable. Al sugerirle que podríamos cubrirnos la cabeza con alguna tela cuando salgamos del camarote, me dijo que nos enviaría un par de pañuelos adecuados. Después de aterrorizar a mi atacante, me preguntó si quería denunciar el incidente, pero le dije que no después de pensármelo.

—¿Por qué? Aunque fueras una prostituta, no debería haberte atacado.

—Dado que el ataque parecía ser un malentendido, me pareció mejor no denunciarlo, ya que eso podría aumentar las tensiones en el barco. El señor Landers dijo que lo discutiría extraoficialmente con el capitán para asegurarse de que no vuelva a ocurrir. —Probó a cubrirse la cabeza, el cuello y la parte inferior de la cara con el sedoso pañuelo—. Si debo cubrirme con algo, este pañuelo es muy bonito.

—Resalta el verde de tus ojos. —Rory se había sentado en el banco debajo del ojo de buey y estaba examinando el otro pañuelo, que era de un estilo similar pero azul en vez de verde—. Menos mal que el señor Landers estaba cerca para rescatarte.

—Hay brutos, pero tenemos suerte de que muchos hombres sean amables, honestos y protectores.

Al percatarse de una nota extraña en la voz de su prima, Rory le preguntó:

—¿Y el señor Landers es ese tipo de hombre?

Constance se ruborizó.

—Al igual que tú, me siento demasiado atraída por uno de los hombres del barco.

—Me pregunto si estamos más sensibles porque sabemos que este viaje puede acabar separándonos para siempre de nuestros compatriotas —reflexionó Rory.

—Supongo que es posible —replicó Constance—. Sin embargo, creo que encontraría atractivo al señor Landers en cualquier circunstancia.

Rory se preguntó si se sentiría tan atraída por Gabriel Hawkins si no estuviera en peligro de ser esclava de por vida. No, ella lo encontraría atractivo de cualquier manera porque nunca había conocido a un hombre como él. Habitaba un mundo mucho más abierto que el mundo en el que ella había crecido y del que había intentado escapar durante años.

Algo arañó la puerta y Constance preguntó temerosa:

—¿Crees que es otro idiota que ha tomado nuestro camarote por un burdel?

—Creo que si fuera uno de ellos, llamaría a la puerta, intentaría girar el pomo o nos diría alguna zalamería en árabe. —Rory se acercó a la puerta, la abrió con precaución y después se apartó de un salto.

Al otro lado de la puerta y sentado sobre los cuartos traseros estaba Susto, que llevaba en la boca una rata gris todavía con vida. Una rata enorme.

—¡Por el amor de Dios! —exclamó Constance, que levantó los pies para subirlos al colchón—. ¿Qué es esa criatura? ¿Se ha escapado del zoológico de Malek?

—Es el gato del barco. Lo conocí anoche. Como no tenía nombre, lo bauticé Susto. El capitán Hawkins dijo que así fue como solicitó el puesto del gato del barco. Apareció en la Céfiro con una rata viva entre los dientes y le rompió el cuello para demostrar sus credenciales.

—Debes de caerle bien —dijo Constance, relajándose un poco—. Te ha traído un regalo.

Rory hizo una mueca cuando Susto aplastó a la rata con los dientes. Se oyó un crujido y la rata se quedó quieta de repente.

A lo largo de sus viajes, Rory había visto muchas cosas que se considerarían inadecuadas para los ojos de una dama, pero tuvo que hacer un esfuerzo para decir:

—Señor Susto, es usted un ratonero muy eficiente. ¿Está esperando una invitación para entrar? —Se hizo a un lado, y el gato entró y le dejó la rata muerta a los pies—. Supongo que una buena rata es mejor regalo que un mal poema de algún idiota que me cree una dama perfecta. Susto, no pareces dispuesto a comerte tu presa, ¿puedo deshacerme de ella?

Susto se sentó de nuevo sobre los cuartos traseros y comenzó a lavarse la cara.

Rory preguntó:

—Constance, tú eres quien tiene experiencia médica. ¿Te importa hacer los honores?

Su prima se estremeció visiblemente.

—¡No, gracias! Tú eres la que le cae bien.

Después de que Rory abriera el pequeño ojo de buey, usó la bolsa de lona de los pañuelos para recoger con asco el cuerpo flácido y lo arrojó tan fuerte como pudo.

Acto seguido, cerró la puerta del camarote, se sentó en el banco y estiró una mano hacia el gato.

—Ciertamente es una criatura rara, ¿verdad? Tiene proporciones extrañas: la cabeza es demasiado pequeña, el cuerpo es demasiado grande y las patas son tan largas que parecen ridículas, por no hablar de que las manchas grises que tiene en la cabeza y en el lomo son de dos tonos diferentes.

—Y además está bizco, parece que lo han hecho de las partes que sobran después de montar a otros gatos —comentó Constance—. ¿Seguro que no es de alguna exótica raza africana?

—Que yo sepa, es un gato callejero normal y corriente. Pero se hace querer, ¿verdad?

—Si tú lo dices... Reconozco que es un animal de aspecto interesante. Señor Susto, ¿por qué no se acerca para que le acaricie la cabeza? —preguntó Constance al tiempo que estiraba un brazo invitándolo a acercarse.

El gato le hizo caso omiso mientras se acercaba a Rory y se sentaba delante de ella, con la mirada bizca clavada en su cara. Moviéndose lentamente para no asustarlo, ella le rascó las orejas. Susto aceptó sus caricias y empezó a ronronear.

Rory sonrió y siguió acariciándole la cabeza y el cuello.

—Cuando anoche le pregunté al capitán si podía pasar la noche con nosotras, Susto debió de entenderlo como la invitación que era.

—¡Podría haber aparecido sin el regalo para la anfitriona!

—Cierto —convino Rory entre carcajadas—. Pero de esta forma se ha asegurado de que nunca nos olvidemos de él.



Viajar con pasajeros potencialmente hostiles que superaban en número a la propia tripulación requería de una buena dosis de diplomacia. Gabriel hubiera preferido azotar al hombre que había atacado a la señorita Hollings, pero Malek y él acordaron que afrontar el asunto de forma extraoficial era lo más sensato. Gabriel elogió a Landers por su sentido común y Malek les echó un sermón a sus hombres sobre el comportamiento que debían mostrar hacia las mujeres europeas, ya que muchos de ellos nunca se habían topado con criaturas tan exóticas y aparentemente descaradas.

Ese mismo día un poco más tarde, Gabriel observó a sus pasajeras paseando por el barco con sendos pañuelos en la cabeza que les cubrían toda la cara salvo los ojos. Por extraño que pareciera, no tuvo problemas para distinguir a las primas a pesar de que tenían un tamaño y forma similares. Tenía la sensación de que sería capaz de identificar a lady Aurora aunque estuviera en un sótano a medianoche; y ¿no era una idea ridícula para un curtido capitán de barco?

Una crisis controlada, pero todavía les quedaban como poco dos semanas y media para llegar a Constantinopla. Se preguntó cuál sería la próxima crisis, pero se encogió de hombros. Hacer frente a las crisis era el trabajo de un capitán.

Durante la cena en el comedor de oficiales, las damas se quitaron los pañuelos para poder comer y lady Aurora entretuvo a los comensales con el cuento de cómo el gato del barco había aparecido en su camarote, demostrando su habilidad como cazador en el proceso. Parecía haber reaccionado a la rata viva con más tranquilidad que la que él demostró cuando Susto se unió a su tripulación.

Después de la cena, las damas se volvieron a poner los pañuelos y se retiraron juntas a su camarote. Las observó marcharse con tristeza. Era ridículo por su parte desear que Rory paseara por el barco todas las noches, pero no pudo extinguir un rayito de esperanza.

Tenía por costumbre hacer una ronda por el barco antes de acostarse y siempre acababa en el coronamiento, donde se relajaba y examinaba cuál sería el tiempo que haría durante las siguientes horas. Esa noche el mar estaba más picado y daba la impresión de que llovería por la mañana, pero nada del otro mundo.

Mientras observaba cómo las nubes ocultaban la luna creciente al desplazarse por el cielo,

empezó a darle vueltas a la idea de cómo rescatar con éxito a la familia de Malek y a las dos cautivas inglesas. No conocía bien a Gürkan, pero en sus tratos anteriores, había juzgado al hombre como un matón que disfrutaba causando dolor. Malek esperaba que el dinero del rescate y los regalos liberaran a su familia porque no tenía otra esperanza, pero Gabriel sospechaba que Gürkan aceptaría el dinero y los regalos, y después le cerraría a Malek la puerta en las narices.

Aunque desconocía la ley otomana, era un hecho constatado en todo el mundo que los hombres acaudalados y poderosos podían cometer con impunidad crímenes por los que otros hombres acabarían ejecutados. Si Malek acusaba a su primo de secuestrar a su esposa e hijos, Gürkan podría afirmar que fueron esclavos entregados como obsequios. Y si Malek protestaba demasiado, su familia podría morir de alguna fiebre misteriosa en el harén de Gürkan. Malek lo sabía tan bien como él. La situación era deplorable.

No se había dado cuenta de lo tenso que se había puesto hasta que un leve olor a romero lo sacó de sus pensamientos. Rory. Gabriel se dio media vuelta y sonrió al verla acercarse, pasando con elegancia de una barandilla a otra a causa del zarandeo del barco.

—Capitán —lo saludó con voz recatada pero con una sonrisa deslumbrante.

Sospechaba que la sonrisa que le devolvió lo hizo parecer un idiota balbuceante.

—Lady Aurora —dijo con formalidad por si Malek estaba escuchando—, ¿se han acomodado bien usted y la señorita Hollings? —«¿Le pregunté lo mismo anoche?», se preguntó. Probablemente.

—Sí, la tripulación ha sido muy amable.

—Como el viento sopla muy fuerte, ¿nos trasladamos? —sugirió al tiempo que le señalaba una zona del alcázar a sotavento, donde estarían más tranquilos y donde también quedarían ocultos a los ojos de cualquier marinero. Rory no llevaba el pañuelo en la cabeza, y había suficiente luz para revelar la belleza clásica de sus rasgos. En busca de un tema neutral de conversación, le preguntó, tuteándola de nuevo ya que en ese lugar no podían oírlos—: ¿Se ha mudado el gato contigo y con tu prima? Necesita recordar que su primer deber es patrullar el barco y darles una muerte rápida a las alimañas.

Rory se echó a reír.

—Ha estado un buen rato durmiendo en la cama de Constance, pero se marchó para cumplir con sus obligaciones cuando yo salí. Supongo que ahora mismo está atemorizando a ratas y ratones. Los gatos son muy valiosos en el mar, ¿verdad?

—Mucho. El cocinero lo adora porque las alimañas pueden destruir las provisiones de un barco en un abrir y cerrar de ojos. No hay mejor antídoto para eso que los gatos.

—Me aseguraré de incluir un gato a bordo con mi heroína, la burladora de bloqueos. Constance ha hecho algunos dibujos en los que aparezco como una guapa y osada capitana. —Frunció el ceño—. Necesito aprender más sobre los alfanjes. ¿Llevas el tuyo encima?

—Pues sí —contestó él—. Aunque el mar parece tranquilo esta noche, estas son aguas potencialmente peligrosas. Si una galera llena de piratas se acercara e intentara abordarnos, es

mejor no ir desarmado.

—Debo recordar añadir eso a mi historia. ¿Puedo ver el tuyo?

Gabriel desenvainó el arma, que llevaba oculta bajo el gabán, y se la enseñó. La hoja curvada brilló a la luz de la luna, ya que en ese momento las nubes se desplazaron.

—¿Tienes experiencia con las espadas?

Rory observó el arma con interés.

—A veces practicaba esgrima con mis hermanos mayores, pero usábamos floretes ligeros.

—Un alfanje es más corto y mucho más pesado. Lo bastante como para cortar cabos, velas e incluso madera de ser necesario. —Gabriel le enseñó cómo blandirlo y también varios ataques—. Viene bien en espacios reducidos y no requiere tanto entrenamiento como un sable más largo. Por eso son tan útiles en los barcos.

—¿Puedo sujetarlo?

Por regla general, no permitía que nadie tocara su sable, por eso le pareció tan íntimo dárselo a Rory.

Se lo entregó con la empuñadura por delante y le dijo:

—Ten cuidado porque la hoja está muy afilada.

Rory estuvo a punto de dejarla caer cuando la cogió.

—¡Esto pesa muchísimo!

Acarició con suavidad la hoja curva, que estaba grabada, y después aferró con fuerza la empuñadura. Mientras levantaba el alfanje y lo blandía en el aire para sujetarlo con más seguridad, comentó:

—Manejar un alfanje es más difícil de lo que parece. ¡Mi heroína deberá tener mucha fuerza en las muñecas!

Saltó con elegancia al banco situado junto a la mesana, al tiempo que se aferraba a una soga para mantener el equilibrio mientras se balanceaba con el movimiento del barco.

—¡Contemplad a la valiente y hermosa capitana del navío más rápido de los siete mares!

Gabriel contempló a una diosa del viento y el mar, y supo que la imagen de la vital y sonriente lady Aurora, con un alfanje en la mano y el pelo trigueño y las faldas ondeando al viento, lo acompañaría hasta el día de su muerte.

Con un nudo en la garganta, dijo:

—No es necesario blandirlo a menos que nos aborden. Sujeta el alfanje a tu lado mientras miras el mar con aire distinguido con los ojos entrecerrados en busca de velas enemigas en el horizonte.

Rory se echó a reír.

—Es difícil verme a mí misma como un peligro para alguien.

Desde luego era un peligro para la mente y los corazones de los hombres. Levantó la mano para recuperar el arma.

—Mañana podrás examinarlo más de cerca a la luz del día.

Ella le devolvió el alfanje con la empuñadura por delante. Le gustó ver que aprendía deprisa y que era consciente del peligro potencial de las armas. Después de envainar la hoja, volvió a levantar la mano para ayudarla a bajar del banco.

Mientras lo hacía, la Céfiro se zarandó a causa de una ola especialmente alta. Mientras bajaba, Rory perdió el equilibrio y Gabriel recibió entre sus brazos su cálido y suave cuerpo femenino. Por los pelos, consiguió no acabar con ella en el suelo, pero gracias a los años de experiencia en el mar consiguió recuperar el equilibrio al tiempo que la estrechaba contra su pecho con un brazo.

Se quedó paralizado, abrumado por las sensaciones. ¿Cuánto tiempo había pasado desde la última vez que abrazó a una mujer de esa manera? Demasiado, y dicha mujer no era Rory Lawrence.

En vez de apartarse, ella exhaló un pequeño suspiro de placer y se derritió contra él al tiempo que le rodeaba el torso con los brazos y le frotaba el cuello con una mejilla de forma sensual.

—No debería desear tanto esto —dijo ella con voz ronca.

—Yo tampoco.

Sin embargo, le resultó imposible soltarla. Había visto su precioso y grácil cuerpo apenas oculto por velos de seda, y recordaba cada detalle de su estrecha cintura, de sus delgadas piernas y de sus senos perfectos. Inmovilizado por una embriagadora mezcla de deseo y emoción, le recorrió esas dulces curvas con las manos y deseó que el contacto fuera de piel contra piel, tan íntimo como Adán y Eva.

Buscó su boca para besarla, presa del asombro y el deleite. Sus labios eran cálidos y suaves, no del todo inocentes, pero distaban mucho de ser experimentados. El beso le provocó un anhelo arrollador. Ansiaba reclamarla, protegerla y unirla a él para siempre.

La campana del barco sonó en la oscuridad. Ocho campanadas: la medianoche. Era el cambio de guardia y el momento para poner distancia entre ellos. ¡Por el amor de Dios! ¿Qué hacía besándola en el alcázar con el timonel al otro lado de la mesana?

Se obligó a soltarla y a retroceder, aunque siguió sujetándola con una mano para protegerla del incesante movimiento del barco.

—Eso no debería haber sucedido —dijo con voz ronca.

—Pero a mí me resulta imposible decir que lo lamento —replicó ella, con la respiración alterada y los ojos abiertos de par en par por el inesperado placer.

Era imposible resistirse a ese cuerpo cálido y dispuesto.

Sin embargo, debía hacerlo. ¡Debía hacerlo!

Tomó una honda bocanada de aire y alejó de ella la mano que la sujetaba al tiempo que apretaba el puño.

—Este camino nos llevará a la locura.

—Prefiero la locura a la realidad. —Ella se estremeció y se alejó hasta que su espalda se apoyó en el mástil. Su rostro era un pálido óvalo mientras lo miraba—. ¡Ojalá fuera una mujer

libre para poder explorar esta locura! Pero no lo soy, y no puedo.

Gabriel había luchado cuerpo a cuerpo en cubiertas resbaladizas por la sangre, y su imaginación le proporcionó unas imágenes estremecedoras y paralizantes de semejante batalla librada en la cubierta de la Céfiro. Sus hombres derrotados por los de Malek. El cocinero, el grumete, Landers... y saber lo que les sucedería a las mujeres.

No podía permitir que ese imprudente deseo pusiera en riesgo las vidas de todas las personas que estaban en el barco. Aunque no podía arrepentirse de ese beso, a medida que iba recuperando el control, se juró que no dejaría que volviera a suceder.

—¿Hay algún tema seguro que podamos discutir mientras nuestros cerebros vuelven a funcionar mejor?

Rory sonrió con tristeza.

—No creo que haya ninguno. Hablar del presente es peligroso. El futuro es deprimente. ¿Quizás el pasado sea un tema seguro?

—El pasado también tiene sus peligros —respondió él con ironía.

Ella ladeó la cabeza.

—En tu pasado está el asunto de la Marina Real y de que tu familia te desheredase. ¿Son temas demasiado peliagudos para que los discutamos?

Dudó ya que eran temas que prefería evitar. Sin embargo, Rory le caía demasiado bien. Aunque no tenían futuro ni mucho presente, quería revelar algo de sí mismo como muestra de confianza e intimidad.

—Peliagudos, pero no tanto como para no poder hablar de ellos.

—Dijiste que no habías hecho nada que creyeras que estuviera mal, aunque fuese en contra de las reglas. ¿Qué hiciste que fuera tan terrible como para que te desheredaran tan joven? ¿Apostabas demasiado dinero? ¿Bebías demasiado? ¿Te enamoraste de una mujer totalmente inadecuada?

—Nada tan inocuo. Abandoné el alcázar de un barco que capitaneaba en mitad de una batalla.

Rory lo miró en silencio.

—Estoy segura de que no por cobardía.

La tensión lo abandonó un poco.

—Fue más bien un accidente. Acababa de ascender a teniente y servía en una fragata. Tuvimos la mala suerte de encontrarnos con un buque de guerra francés mucho más grande que nos estaba haciendo pedazos. Uno de los guardiamarinas resultó herido, así que lo llevé al cirujano de la nave.

—Seguramente eso está permitido.

—No si se es el capitán. Los tres oficiales que me superaban murieron prácticamente a la vez y yo asumí el mando. Me acusaron de abandonar mi puesto y habría sido sometido a un consejo de guerra, pero debido a mi juventud y a mi honorable apellido, se me permitió licenciarme con

deshonor.

—¡No es justo!

Él se encogió de hombros.

—El código militar en tiempos de guerra no entiende de justicia, entiende de deberes. Y yo no cumplí con mi deber. Mi abuelo dijo claramente que desearía que hubiera muerto con honor en combate.

Rory jadeó y de forma instintiva le tocó la mano, aunque la apartó al instante. Sin embargo, la sensación de sus dedos y su compasión persistieron.

Gabriel miró hacia el mar.

—Mi padre murió honorablemente en una batalla naval cuando yo tenía cinco años. Apenas llegué a conocerlo, porque se pasaba la vida en el mar, pero tengo buenos recuerdos de él. Mi madre ya había fallecido, así que mis abuelos me criaron. Las expectativas de mi abuelo eran muy altas y yo no estuve a la altura.

—¿Cuántos años tenías cuando te desheredó?

—Dieciocho.

Ella frunció el ceño.

—¡Esa es una edad demasiado temprana para que la familia te dé la espalda! La gente joven comete errores a menudo, forma parte del aprendizaje de la vida.

—La Marina Real tolera pocos errores y mi abuelo menos todavía —comentó sin más.

—¿Habrías sido más feliz si eso no hubiera sucedido y te hubieras quedado en la Marina Real? —le preguntó ella, sorprendiéndolo.

Gabriel titubeó.

—No he pensado mucho en lo que podría haber sucedido. Mi vida ha sido más complicada e interesante que si hubiera seguido el curso esperado. Supongo que mi mayor arrepentimiento fue alejarme de mi familia. De vez en cuando, le mando cartas a una de mis tías, que se las entrega a mi abuela, pero no he visto a ningún miembro de mi familia desde el día en que fui desheredado.

Ella torció el gesto.

—Haces que me sienta agradecida por la familia que tengo. ¿Has pensado en volver y comprobar si ha pasado suficiente tiempo para sanar la brecha?

—No —respondió con rotundidad—. Mi abuelo no es un hombre dado al perdón y no aprobaría el camino que he escogido.

—Pues él se lo pierde. —Se llevó los dedos a los labios y le lanzó un beso. Una decisión sensata, ya que si se tocaban, sería muy difícil separarse—. Que duermas bien, capitán —le deseó en voz baja. Acto seguido, se dio media vuelta y se alejó, agarrándose a la barandilla para mantener el equilibrio.

Él la observó alejarse y se preguntó si habría alguna forma en la que pudieran haberse conocido y darle alas a la atracción que sentían de forma sensata y honesta. Claro que no se habrían conocido si a ella no la hubieran capturado.

Suponía que era posible que Malek pudiera persuadir a Gürkan de que liberara a su esposa y a sus hijos sin tener que vender a sus prisioneras inglesas. Pero eso era poco probable, ¡maldita sea!

En vez de ponerse a aullar a la luna por la injusticia de haber conocido al hombre adecuado en el peor momento posible, Rory intentó analizar los misterios de la atracción. En sus historias, lo único que tenía que hacer era decirle a su apuesto héroe que se enamorara perdidamente de la hermosa y aventurera heroína; eran sus personajes y tenían que obedecerla lo quisieran o no.

La vida real era mucho más complicada. Había observado a parejas que parecían imposibles y que acababan enamorándose, pero ¿por qué? ¿Era una reacción física, como cuando los gatos reaccionaban a la hierba gatera?

Gabriel se reiría si ella le dijera que él era su hierba gatera. Sintió un nudo en el estómago al pensarlo. Deseaba pasar tiempo con él para desentrañar los misterios de la atracción y actuar en consecuencia.

Era mejor emplear el tiempo ideando formas de escapar de un harén.

Mientras bajaba hacia el camarote, una silueta pálida surgió de entre las sombras y le acarició los tobillos. Se inclinó para acariciarlo en la cabeza. ¡Qué cariñoso por parte de Susto presentir que necesitaba consuelo!

—¿Alguien te ha dicho alguna vez que tienes la cara tan larga como la de un caballo? —susurró—. Eres el gato más raro que he visto en la vida, pero un encanto. ¿Te vienes a dormir conmigo?

El gato siguió a su lado, así que a lo mejor tendría suerte y esa noche dormía con alguien después de todo. Si no podía dormir con Gabriel, al menos lo haría con su gato.



Constance disfrutaba de los viajes por mar y habría encontrado más placer en ese de no ser tan consciente de cómo acabaría. Habían tenido ocho días de clima soleado y agradable, y seguramente estarían a quince días de Constantinopla. Intentó no pensar en eso; había aprendido pronto a vivir el momento en vez de agobiarse con las preocupaciones.

Después del desayuno, Rory y ella volvieron a su camarote, y su prima se dispuso a continuar con la historia que estaba escribiendo, que no iba bien.

—Creo que bajaré a ver los animales con mi cuaderno de dibujo —dijo Constance a la ligera—. ¿Te apetece acompañarme?

Rory negó con la cabeza.

—Supongo que te acompañará tu apuesto primero de a bordo, ¿verdad? —preguntó Rory a su vez.

Constance se sonrojó.

—No es algo que planeemos, pero parece estar disponible más o menos a esta hora todas las mañanas y no cree que debemos bajar solas.

—Un hombre muy honorable —dijo Rory con una sonrisa—. Te veré más tarde.

Constance levantó el pañuelo para cubrirse la cabeza y también la parte inferior de la cara. Ya tenía maña. Luego recogió su bolsa con los útiles de dibujo y subió a la cubierta principal.

Desde el incidente con el cuidador de animales, no había perdido de vista a los hombres de Malek. Había alrededor de cincuenta, aproximadamente el doble de la tripulación de la Céfiro, y sus hamacas y catres estaban por todo el barco. Se comportaban como soldados, y no dudaba de que lucharan bien.

Aunque tenían buenos modales. Rezaban, hablaban entre ellos, se echaban siestas bajo el sol en la cubierta, a proa, y se entretenían con lo que parecían juegos de apuestas. Aunque las miraban con interés, los pañuelos evitaban que demostraran demasiado.

Echó un vistazo hacia el mar y contuvo el aliento cuando vio una manada de marsopas saltando detrás del barco. Incapaz de resistirse, sacó una tablilla de dibujo y un lápiz, y empezó a dibujar con rapidez tratando de reproducir la elegante curva de sus brillantes cuerpos cuando se alzaban en el aire para después sumergirse con agilidad en el mar.

—Parecen que se están divirtiendo —dijo Jason Landers detrás de ella.

Constance dio un respingo y su lápiz se movió en la dirección equivocada.

—¡Qué bien que mi protector haya llegado! —dijo, mirándolo de reojo con ironía—. Cuando dibujo, a menudo pierdo la noción de lo que sucede a mi alrededor.

—Por eso he venido a acompañarla a ver a los animales si es lo que iba a hacer.

—Pues sí, así que gracias, señor —dijo con formalidad, aunque se miraron con expresión traviesa. Mientras bajaban la escalerilla hacia la bodega anunció—: Hoy dibujaré a las cabras. Por lo general, Rory es la escritora, pero he estado pensando en lanzarme a escribir.

—¿Cuentos de aventuras góticas sobre cabras? —preguntó él con incertidumbre.

Ella se echó a reír.

—No, un sencillo cuento para niños. Le dejo las historias de aventuras a Rory. —Siempre había niños en los harenes, así que sin importar dónde acabara ella, tal vez sus historias encontrarían un público—. ¿Puedo convencerlo de que pose con ellas?

—¿Voy a protagonizar una historia sobre un hombre y sus cabras? —preguntó él con una sonrisa.

—¡Ay, no! Las cabras son las estrellas. El protagonista es Negrito, esa criaturilla pequeña tan traviesa. Usted será atrezo —comentó con los ojos abiertos de par en par y fingida inocencia.

Él rio.

—Va a tener que hacer un segundo boceto que pueda llevarme a casa para enseñárselo a mi familia y que así admiren lo lejos que he llegado en la vida.

Se echó a reír con él, lamentando no poder estar presente cuando le enseñara el dibujo a su madre. Le encantaban las anécdotas que le había contado sobre su infancia en Estados Unidos. La bahía de Chesapeake era una presencia constante en la vida de su comunidad, que parecía sencilla y sensata. Parecían llevar una vida más relajada y pragmática que la que ella había conocido en Inglaterra.

Cuando llegaron a la bodega, Jason abrió el recinto de las cabras y entró.

—¿Me acompaña?

—No, las cabras se comerían mi cuaderno de dibujo y los lápices. —Constance se bajó el pañuelo de la cabeza, de modo que se lo dejó en torno a los hombros, y se sentó con las piernas cruzadas delante del recinto. Tenía un don para hacer bocetos rápidos y básicos a los que podía añadir detalles más tarde.

Jason rio entre dientes mientras cerraba la puerta para que las ágiles criaturas no pudieran escaparse.

—¿Entonces está bien que se coman mis botones, pero no arriesgaré su tablilla de dibujo?

—Exactamente —dijo sin miramientos—. Usted es más grande que ellas y estoy segura de que sabrá defender con éxito sus botones.

Él sonrió. Le encantaban las pullas bienintencionadas que se lanzaban. Con varios trazos rápidos, lo dibujó mientras las cabras brincaban a su alrededor y saltaban sobre su cabeza. Fue imposible capturar el brillo en sus ojos, pero disfrutó mucho intentándolo.

Había aprendido pronto que dibujar a una persona o un objeto la ayudaba a verlos en su totalidad, y después de eso ya no olvidaba detalle alguno. Le gustaba que tuviera las orejas un poquito separadas, y en esa ocasión se percató de que tenía una pequeña cicatriz en la barbilla, seguramente el resultado de un accidente infantil.

Jason se arrodilló y empezó a jugar con las cabras, momento en el que dijo a la ligera:

—He estado pensando en la casa que construiré cuando vuelva a Saint Michaels. Tengo algunas ideas. ¿Sería capaz de dibujar un plano para mí si le digo lo que quiero? Estoy pensando en algo similar a la casa de mis padres, pero un poco más grande. Más sol y más brisa en el verano cuando hace un calor abrasador.

—Me encantará dibujarla —contestó con voz alegre, aunque sintió un nudo en la garganta al pensar que nunca vería esa casa. Ella no dudaba de que una vez que Jason volviera a casa, no le llevaría mucho tiempo encontrar a una muchacha con quien compartirla. Ojalá que esa novia desconocida fuera lo bastante buena para él—. ¿La construirás en la ciudad?

—No, un poco en las afueras. Ya tengo el terreno. Es una propiedad de buen tamaño cerca de la de mis padres. Tiene una buena vista de uno de los arroyos y hay espacio para jardines, un huerto y para que los animales pasten.

—¿Le gustará vivir tan cerca de su familia? Muchas personas prefieren un poco más de distancia.

—Están entre mis personas preferidas —contestó—. ¿Por qué iba a querer establecerme en otro sitio?

Constance dibujó una cabra en pleno salto.

—Tiene usted suerte.

Jason la miró, sorprendido, al captar tensión en su voz.

—¿No se lleva usted bien con su familia? —La observó sorprendido al escuchar una nota tensa en su voz—. Lady Aurora y usted parecen muy unidas.

—Lo estamos, pero ella es la única Lawrence a la que conozco. Yo pertenezco a las ovejas negras de la familia.

Él ladeó la cabeza.

—A mi parecer, es usted una mujer respetable.

Constance se debatió consigo misma, pero al final decidió explicárselo para que él nunca se arrepintiera de no haber tenido la oportunidad de ahondar en su relación.

—Mi padre era el benjamín, pero era tan disoluto que mi abuelo lo desheredó. Le gustaban todos los excesos habituales: beber, apostar... —Se concentró en intentar reproducir con exactitud la inclinación de la oreja de una cabra—. Y engendrar bastardos con las criadas.

La expresión de Jason se tornó seria.

—¿Así fue como llegó al mundo?

Constance asintió y pasó la página del cuaderno.

—Mi madre era lechera y murió al darme a luz. Mi padre murió en un accidente de caza

cuando yo era pequeña. Claro que tampoco demostraba el menor interés por sus hijos bastardos, mucho menos por las niñas.

—¿Quién la crió? —preguntó Jason en voz baja.

—Informaron a su madre de mi existencia y creyó que la familia debía hacerse responsable de mí.

—¡Como debe ser, maldita sea! —exclamó Jason, que después se disculpó—. Perdón por el lenguaje. Pero es usted una Lawrence y debió crecer como tal.

Constance se encogió de hombros.

—La condesa viuda, lady Lawrence, me entregó en adopción a un médico y su esposa. Eran mayores y no tenían hijos propios, así que se alegraron de tenerme a mí y de recibir la pensión que cubría mis gastos. Me encontraron útil: cocinaba, limpiaba y los ayudaba en la clínica. Me alegré de aprender algunas habilidades médicas.

—No parecen muy cariñosos —dijo Jason con cautela.

—No lo eran, pero me trataron bastante bien. Me dieron de comer, me vistieron, me educaron y casi nunca me pegaron. Pero dejaron de recibir la pensión cuando cumplí los dieciocho años, así que me casaron con un viejo granjero que vivía cerca de ellos.

—¡Espero que la tratara mejor que sus padres adoptivos!

—Quería una enfermera más que una esposa, pero fue amable. Cuando murió, un sobrino, que estaba casado, heredó la granja y me dijo que podía quedarme como su amante. —Hizo un esbozo muy rápido del sobrino y se lo enseñó a Jason—. Aquí ve por qué no acepté.

Jason frunció el ceño.

—El sobrino parece un cerdo cebado.

—Se me dan muy bien las caricaturas —repuso Constance con sequedad—. Pero entonces mi suerte cambió. Había conocido a Rory un par de años antes y ella adivinó que era una Lawrence, aunque su abuela nunca le había hablado de mí al resto de la familia. A Rory le pareció indignante.

—¡Es que lo era! Su abuelo era un conde. Merecía usted más.

—Eso es lo que Rory pensó. Después de la muerte de mi marido, le escribí y le pregunté si la familia Lawrence podría necesitar una sirvienta porque tenía que encontrar empleo de cualquier tipo. Entonces fue cuando me pidió que fuera su compañera de viaje y por supuesto que dije que sí.

Jason apartó con cuidado a una cabra que se le había subido a un hombro.

—Parece ser una relación que las ha beneficiado a ambas.

Constance sonrió.

—Desde luego que lo ha sido. Sus hermanas son todas mayores que ella, agradables pero mucho más tradicionales. Me dijo que necesitaba una hermana a la que le gustara ser tan excéntrica como ella. Nos ha funcionado muy bien a las dos. Al menos hasta ahora.

Jason se levantó y se sacudió la paja de las rodillas antes de mirarla con seriedad a través de

los barrotes del recinto.

—Empiezo a entender por qué me ha gustado usted tanto desde el principio. Porque es fuerte y bonita. Tenaz y más sabia de lo que le corresponde por edad.

Lo miró, sorprendida.

—Supongo que soy tenaz, pero no soy nada del otro mundo.

—Sí que lo eres —dijo, tuteándola, antes de mirarla con el corazón en sus ojos—. Me encantaría llevarte conmigo a casa en Saint Michaels para que conocieras a mi familia, me ayudaras a construir mi casa y te quedaras a mi lado hasta que la muerte nos separe.

Constance se mordió el labio, al borde de las lágrimas. Había recibido muchas proposiciones indecentes, pero nunca nada parecido a una proposición de matrimonio de verdad.

—A mí también me encantaría, pero no sucederá.

La mirada de Jason no flaqueó.

—Puede que sí o puede que no. Los estadounidenses no estamos tan dispuestos a aceptar que algo es inevitable como lo estáis los ingleses. Ya veremos.

Otra cabra intentó encaramarse a su hombro de un salto y falló, de manera que resbaló por su cuerpo mientras movía las patas con rapidez a fin de sujetarse.

Jason sonrió y cogió en brazos a la retozona criaturilla.

—¿Qué otras poses quieres que ponga con estos pequeñines?

—¿Está la paja lo bastante limpia como para acostarse? —le preguntó, contenta por el cambio de tema.

—La paja está bien, es mi dignidad la que está hecha jirones. —Sonrió mientras se acostaba y las cabras se agrupaban a su alrededor.

Ella comenzó a dibujar. Tal vez nunca viviera con él en esa casa en una tierra lejana, pero siempre le quedarían esos intensos recuerdos de los dos con las juguetonas cabrillas.



Rory evitaba hablar con Gabriel y él había estado haciendo lo mismo, aunque era imposible evitarse por completo cuando compartían comidas en el comedor de oficiales. Algunas veces sus miradas se encontraban y ella sentía una pequeña descarga eléctrica, como si acabara de limpiar una alfombra en invierno. Hizo todo lo posible por controlar su expresión tan bien como él, porque no beneficiarían a nadie al dejar que sus sentimientos fueran descubiertos.

Sin embargo, cuando Constance y ella subieron a desayunar después de diez días en el mar, Rory vio a Gabriel en la barandilla y no pudo resistir la tentación de reunirse con él. Intercambiar unas cuantas palabras cuando estaban a la vista de todos no entrañaría ningún peligro.

En cuanto el primero de a bordo cruzó la cubierta para desearle los buenos días a Constance, Rory se movió hacia la barandilla, manteniendo en todo momento las distancias entre los dos.

—¿Anuncia mal tiempo la bruma matinal? —le preguntó—. ¿O estás observando el mar en busca de otros barcos?

Gabriel la saludó con una mirada sonriente, aunque mantuvo una expresión neutra en el resto de la cara.

—Sospecho que habrá niebla esta noche, pero mi escrutinio es más general. No navegamos por aguas seguras. —Hizo un gesto hacia la cofa del vigía—. Por ese motivo, los hombres con mejor vista de la tripulación montan guardia.

Se protegió los ojos del sol con una mano y miró hacia el horizonte.

—Veo algunas pequeñas velas en varios lugares. ¿Pescadores, tal vez?

Gabriel miró en la misma dirección que ella.

—Sí, esos son pesqueros.

Rory miró más lejos todavía y entrecerró los ojos para distinguir mejor un objeto distante, tras lo cual jadeó, asustada.

—¡Hay galeras de piratas que se dirigen hacia nosotros!

Se percató de que él se tensaba a su lado, aunque no dio más muestras de preocupación.

—Lo que ves es un espejismo llamado «fata Morgana» —le explicó al cabo de un momento—. Cuando las condiciones climáticas son las adecuadas, se pueden reflejar imágenes a gran distancia, así que lo que vemos está mucho más allá del horizonte. Dicen que el mito del

Holandés Errante se inspiró en uno de estos espejismos.

Ella contempló la imagen al tiempo que relajaba la mano con la que se agarraba a la barandilla.

—Oscila. Está cambiando de forma. Ahora parece dos barcos boca abajo. —Lo miró de reojo—. Pero veo que sigues preocupado.

Con la mirada todavía fija en el horizonte, Gabriel replicó:

—Siempre. Estamos al norte de Trípoli, uno de los grandes puertos piratas. Como bien sabes, los ataques piratas han aumentado durante los últimos años a lo largo de las costas berberiscas. Si nos atacaran, este lugar sería el más probable.

Rory ató cabos y dijo:

—Hace varios días vi que tus oficiales y los de Malek se dirigían a tus aposentos. ¿Convocaste una reunión para alertarlos a todos?

Él titubeó y después asintió con la cabeza.

—Sí. Y también para planear cualquier eventualidad. Mis tripulantes son marineros, no soldados, pero luchan bien cuando es necesario y son muy buenos con los cañones del barco. Los hombres de Malek son verdaderos soldados, parecidos a los infantes de Marina que viajan en los barcos de la Marina Real. Cualquiera que nos ataque lo lamentará.

Con la sospecha de que tenía más motivos para estar preocupado, le preguntó:

—Hay más actividad pirata en general, pero ¿tiene Gürkan alguna conexión con los piratas de Trípoli?

Gabriel la miró de reojo.

—Eres muy astuta. Sí, tiene conexiones. Es un hombre muy rico y poderoso con una posición importante en la corte otomana. En otra época, tenía barcos pirata atracados en todos los puertos importantes de las costas berberiscas. Hace diez años que lo echaron de Argel y Malek tuvo un papel crucial. Razón por la que es tan peligroso reunirnos con él en Constantinopla. Pero Malek está desesperado y no tiene otra opción si quiere recuperar a su familia.

Ella hizo un mohín mientras pensaba.

—Así que está dispuesto a arriesgar su vida por su esposa y sus hijos. Un hombre tan entregado a su familia es admirable.

—Pues sí, pero me entusiasma bien poco que también arriesgue todas nuestras vidas —replicó Gabriel con sequedad—. Cuanto más nos acercamos a Constantinopla, más me preocupo. —Su expresión se tornó triste—. ¡Por el amor de Dios, no se lo digas a nadie! Se supone que el capitán del barco siempre debe mostrarse tranquilo y seguro.

—Interpretas muy bien el papel de capitán seguro —dijo—. Pero tienes derecho a sentirte preocupado.

Lo mismo que ella. Y al igual que Gabriel, cuanto más se acercaban a su destino, más nerviosa se ponía.

—¿Participaste en lo que hizo que expulsaran a Gürkan de Argel? —le preguntó de forma

impulsiva.

—Sí. Pero es una historia para otro día. —Él se volvió y la miró con toda la autoridad del capitán—. Si nos atacan, prométeme que te quedarás con la señorita Hollings en el camarote hasta que termine la batalla. No podréis hacer nada, y vuestra presencia en mitad de la lucha distraería a mis hombres.

Ella titubeó, a sabiendas de que él tenía razón.

—No se me da bien mantenerme escondida.

—En ocasiones, debemos hacer cosas que no se nos dan bien. —Su mirada era implacable—.

Y esta es una de ellas.

Rory tomó una honda bocanada de aire.

—Muy bien. Sé que tienes razón.

—Así es. —Su voz se suavizó—. No quiero preocuparme por ti.

Deseaba no tener que preocuparse por él, pero si había que luchar, sabía que Gabriel estaría en el fragor de la batalla.

Gabriel aprendió hacía mucho que sobrevivir en un mundo amenazador requería de un sexto sentido para detectar el peligro. Aunque las galeras pirata que Rory había visto eran un espejismo y no estaban cerca, tenía el mal presentimiento de que dichas galeras estaban buscando la Céfiro, y de que los pesqueros podrían ser sus rastreadores.

Lo peor era que el clima favorecía a los atacantes; por primera vez desde que iniciaron la travesía, el barco estaba en calma chicha, envuelto por una espesa niebla en plena noche. El momento perfecto para una emboscada.

Incapaz de dormir, Gabriel se armó con un alfanje, una pistola y una daga, y subió a cubierta a pasear de un lado para otro a la espera del peligro que presentía que se acercaba. No le sorprendió encontrarse con Malek en la popa del barco, observando con el oído aguzado, y tan armado como él.

—Tú también lo sientes, ¿no? —le preguntó Gabriel en voz baja.

Malek asintió con la cabeza y el gesto resultó casi invisible dada la espesa niebla.

—Sí, hay monstruos en la niebla.

—¿Crees que Gürkan ha enviado barcos pirata desde Trípoli para atacarnos?

—Sí —contestó Malek sucintamente—. Sin duda tiene agentes en Argel que nos vieron zarpar. Un barco rápido podría haber llevado un mensaje hasta Trípoli para advertirles de nuestro viaje.

—El mar es vasto —señaló Gabriel, consciente de que eso no los pondría a salvo.

—Todo el mundo conoce las mejores rutas y las más rápidas hacia el este. Están ahí afuera, Hawkins. Puedo sentirlos.

Malek no habría sobrevivido tanto tiempo si no contara con un sexto sentido semejante al de Gabriel.

—¿Tus hombres están en alerta?

—Duermen con sus espadas.

—Espero que el enemigo nos ataque esta noche y nos quitemos ya esto de encima —dijo Gabriel—. ¿Por qué no descansas un poco? No ganamos nada si los dos estamos agotados.

—¿Serías capaz de descansar esta noche? —le preguntó Malek con brusquedad.

—Seguramente no. —Gabriel se volvió para reanudar su ronda por la cubierta y después se detuvo—. ¿Me has perdonado por escapar de Argel con la Céfiro y una tripulación de marineros cristianos esclavizados?

—No —respondió Malek con una nota jocosa en la voz—. Pero en aquel momento resultaste útil y decidí no perseguirte para matarte.

—Como si pudieras —replicó Gabriel con el mismo tono jocoso.

Malek levantó una mano para despacharlo y Gabriel siguió su camino. Malek y él tenían una relación complicada y difícil de definir. Pero esa noche, al enfrentar un peligro común, estaban cerca de ser amigos.

Siguiendo su propio consejo, Gabriel se tumbó en su cama sin quitarse las botas ni deshacerse de las armas. Se sentiría como un tonto si los piratas no atacaban. Pero era mejor sentirse tonto que estar muerto o que lo esclavizaran de nuevo.

Cerró los ojos e intentó pensar en algo más alegre. Su cama no era una simple litera, sino que era lo bastante ancha como para compartirla con otra persona, y la idea de hacerlo con Rory le resultaba más que agradable. Era muy vivaz e inteligente, además de hermosa. Y sorprendentemente, parecía tan atraída por él como él por ella.

Una vez que comenzó a pensar en Rory, fue imposible no recordarla vestida solo con velos, o la sensación de su cálido cuerpo entre los brazos y su apasionada respuesta. Ojalá...

El chapoteo de numerosos remos cortando el agua, cada vez más rápido para aumentar la velocidad, lo sacó de su ensoñación. Era el sonido inconfundible de un ataque pirata.

En cuanto la campana de la nave dio la alarma, Gabriel salió de la cama de un salto y desenvainó el alfanje. Iba por mitad de la escalerilla hacia la cubierta cuando la galera pirata embistió la Céfiro desde estribor, de modo que el ariete se deslizó sobre la cubierta y se detuvo a la mitad.

El barco se sacudió como si estuviera sufriendo un terremoto, y tuvo que aferrarse a la barandilla para no caer escaleras abajo. Recuperó el equilibrio y subió corriendo los escalones de tres en tres.

Cuando llegó a la cubierta, reinaba el caos. En el aire flotaban gritos, disparos y fognazos que iluminaban la niebla y que revelaban a los piratas que abordaban el barco desde la galera. Al saltar a la cubierta, los piratas se encontraban con la feroz resistencia de los hombres de Malek, cuyas túnicas escarlatas los distinguían del enemigo.

«¡Maldita sea!», pensó Gabriel, que acabó en el suelo después de otra colisión. Había dos dichosas galeras y la segunda había embestido a la Céfiro desde babor. Rodó por el suelo entre improperios y se puso de pie al instante.

Malek y él no habían esperado que los atacaran dos galeras. Claro que saberlo tampoco habría supuesto mucho. Ya estaban tan preparados como les era posible.

Gabriel luchó en su primer combate cuerpo a cuerpo cuando tenía catorce años, siendo un guardiamarina, y un marino francés estuvo a punto de atravesarlo. Un infante de Marina entrado en años lo salvó, y después le enseñó a luchar lo suficiente como para sobrevivir hasta el siguiente enfrentamiento. Aprendió a bloquear con la mano izquierda mientras blandía el alfanje con la derecha.

Aunque, sobre todo, aprendió a usar la ira arrolladora que se experimentaba en toda batalla. Una ira que lo abrasó mientras veía cómo los piratas abordaban su barco. ¡Esos malnacidos jamás le arrebatarían la Céfiro!

El tiempo pareció ralentizarse, permitiéndole realizar hazañas que deberían haber sido imposibles, como contrarrestar los ataques casi antes de que comenzaran o apuñalar a un enemigo que todavía lo estaba evaluando. Sabía cómo matar y cómo sobrevivir.

Tres piratas se abalanzaron en ese momento sobre su timonel, que luchaba por mantener estable a la Céfiro pese a los ataques y las embestidas de las galeras. Gabriel alcanzó a los atacantes y acabó con uno de ellos con un simple movimiento del alfanje. Los otros dos se volvieron al instante para enfrentarse a él, furibundos. Un pirata de mirada enloquecida lo atacó, y su cimitarra brilló a la errática luz. Era una hoja normalucha, no de acero de Damasco.

Gabriel esperó el momento antes de blandir su alfanje, que era más pesado, de manera que partió la hoja de la cimitarra por encima de la empuñadura. Mientras el pirata trastabillaba, Gabriel prolongó el movimiento de su arma y le enterró la hoja en el pecho. Mientras él despachaba a los dos primeros atacantes, el timonel desenvainó su propio alfanje y se encargó del tercero.

Dos marineros de la Céfiro corrieron a su lado y juntos se enfrentaron a un grupo de piratas. Mientras seguía cortando, fintando y atacando, echó un vistazo por la cubierta principal para ver cómo iba la lucha.

Malek lideraba a un grupo de sus hombres pegados a la borda de estribor para eliminar a los piratas que intentaban abordar desde ese lado. A babor, el segundo de a bordo había organizado una maniobra similar para cortar el abordaje antes de que los piratas pudieran pisar la cubierta, y su grupo incluía tanto a marineros de la Céfiro como a hombres de la guardia de Malek.

La ferocidad de los piratas era una prueba cruel de que querían matar a la tripulación y los pasajeros del barco, no tomar prisioneros y venderlos como esclavos. Los atacantes habían llegado para destruir a Malek y a todos los que lo acompañaban.

Las pequeñas carronadas, que eran letales en distancias cortas, rugieron de repente en las cubiertas inferiores. Los piratas gritaron mientras su galera estallaba por los aires, al igual que lo hacían sus tripulantes entre alaridos de agonía. Jason Landers estaba a cargo de los cañones. Seguramente se habría echado a dormir, junto con sus hombres, al lado de las armas para poder reaccionar con rapidez.

Los cañones de babor dispararon con la misma eficacia.

«¡Bien hecho, Jason!», pensó Gabriel.

Como no se esperaban semejante resistencia, los piratas se retiraron, dejando atrás a sus muertos y heridos. Un marinero de la Céfiro arrojó una antorcha a la galera que los había embestido por estribor. Las velas se prendieron y el fuego iluminó la cubierta de la goleta.

Una vez cortada su retirada, algunos de los piratas se dieron media vuelta y se abalanzaron sobre Malek, que aunque era un guerrero feroz y experimentado, se vio superado en número. Mientras retrocedían por la cubierta, Gabriel y sus acompañantes se unieron a ellos, blandiendo los alfanjes. La ilusión de que el tiempo se había ralentizado le permitió desviar los ataques, rebanar a los piratas y ayudar a los hombres de entre sus filas que veía amenazados.

Un pirata gigantesco se acercó a Malek por su espalda. Puesto que estaba demasiado lejos para usar el alfanje, Gabriel gritó:

—¡Malek! —Al mismo tiempo, desenfundó la pistola.

Rezando para tener buena puntería pese al balanceo del barco, apretó el gatillo. El enorme pirata cayó a cubierta.

Malek se dio media vuelta y gritó a modo de advertencia:

—¡Hawkins! ¡Detrás de ti!

Gabriel se volvió al punto para enfrentarse a un pirata dispuesto a cortarle la cabeza. Mientras esquivaba su cimitarra, le clavó la daga en el cuello. Justo cuando el pirata caía al suelo, se percató de la cercanía de otro enemigo. Acto seguido, oyó un estruendo y el mundo se volvió negro.



Rory y Constance se acurrucaron juntas en la litera de esta última con Susto, que se escondió entre ambas en cuanto los gritos, los disparos y los cañonazos sacudieron el barco. Las llamas de la galera que tenían justo enfrente llenaban de luces y sombras el camarote.

—¿En qué momento rompo mi promesa al capitán de permanecer a salvo aquí? —preguntó Rory con voz temblorosa.

—Si el camarote corre peligro de incendiarse, nos vamos —dijo Constance con firmeza—. Hasta entonces, nos quedaremos aquí. Estamos desarmadas y no podríamos defendernos de la locura que tiene lugar en cubierta.

Rory sabía que su prima tenía razón, pero la cacofonía de la batalla parecía interminable. Los gritos y los disparos comenzaron a remitir después de lo que parecieron horas, aunque sin duda sería mucho menos. Rory estiró las piernas agarrotadas y se acercó al ojo de buey para echar un vistazo.

La galera en llamas quedaba por debajo y por detrás de su camarote. Aunque las llamas se estaban extinguiendo, todavía había suficiente luz para ver cómo los piratas saltaban como podían a la galera y cortaban los cabos para alejarse de la Céfiro.

—Los piratas se están retirando tan rápido como pueden, ¡gracias a Dios!

Constance se acercó a ella y miró también por el ojo de buey.

—Los cañones han dejado de disparar.

Rory se mordió el labio, desesperada por saber qué había sucedido durante la breve y cruenta batalla.

Iba de camino a la puerta del camarote cuando alguien llamó y gritó:

—Constance, lady Aurora, ¿se encuentran bien?

—¡Jason! —Constance abrió la puerta y se arrojó a los brazos del primero de a bordo—. ¡Estaba muy preocupada!

—Estoy bien —le aseguró él—. Estaba en una de las cubiertas inferiores al mando de la artillería, así que no me encontraba en el grueso de la batalla.

—¿Cuántas bajas hemos sufrido? —preguntó Rory con un nudo en la garganta.

—No tantas como me temía por el estruendo de la contienda —contestó Landers, sin soltar a Constance—. Tres muertos confirmados, todos de la guardia de Malek. ¡Esos hombres han luchado como tigres! Un buen número de nuestros hombres ha sufrido heridas, en su mayoría

cortes de alfanjes, que son muy escandalosos, pero nada de gravedad.

—¿Y el capitán Hawkins? —Rory preguntó con la boca seca.

—Está herido —respondió brevemente Landers—. Una bala pasó rozándole la cabeza y está inconsciente. Esa es una de las razones por las que estoy aquí. Constance, necesitan tus habilidades médicas para que limpies y vendas las heridas. Lady Aurora, ¿tiene alguna experiencia médica?

—Alguna, pero no tanta como Constance, aunque la visión de la sangre no me asusta. —Su prima ya había preparado bolsas con vendas, ungüentos y otros suministros para tratar heridas una vez que acabara la batalla—. ¿Dónde está el capitán? —quiso saber mientras se colgaba una de las bolsas al hombro.

—En su camarote. —Landers se hizo a un lado y les indicó que lo precedieran. Constance cogió la otra bolsa de suministros médicos y los tres salieron del camarote.

—¿Cómo está Malek Reis? —preguntó Rory.

—Tiene algunas heridas leves, pero nada grave. Hemos tenido suerte.

Llegaron a la cubierta principal, que debía de parecerse mucho a uno de los círculos del infierno. La luz de la lámpara revelaba cuerpos y sangre esparcidos por la cubierta. Bajo la supervisión del capitán de la guardia de Malek, se estaba desarmando a los piratas que quedaban y obligándolos a regresar a la galera de babor, que seguía unida a la Céfiro. También arrojaban a la galera los cuerpos de los piratas muertos o heridos. Los cañones habían destrozado el velamen y muchos de los remos, pero la galera todavía flotaba.

—En vez de hacerlos prisioneros o de matarlos a todos, vamos a mandarlos de vuelta sin velas ni armas —explicó Landers—. Al final, deberían llegar a tierra, pero no volverán a por nosotros en mucho tiempo.

—Tiene sentido —respondió Constance con energía—. ¿Dónde están los heridos?

—En el alcázar —respondió Landers—. Lady Aurora, ya sabe dónde está el camarote del capitán. Nuestro cirujano está con él, haciendo lo que puede.

Se separaron y Rory bajó casi a la carrera las empinadas escaleras hacia el camarote de Gabriel. La escalerilla acababa en una zona muy extensa donde se encontraban el comedor del capitán y una especie de sala de reuniones. Gabriel le había dicho que su camarote estaba a estribor, así que tomó esa dirección. A babor vio un camarote similar. En él se sentaba Malek, que esperaba con impaciencia a que uno de sus hombres le vendara el brazo. Rory no le hizo el menor caso y entró en el camarote de Gabriel.

Una lámpara iluminaba su cuerpo inerte, y por un horrible momento creyó que estaba muerto. Pero después, gracias a Dios, se percató del movimiento de su pecho al respirar. Le habían vendado la cabeza y tenía sangre seca en el pelo castaño, así como en el cuello y en la camisa blanca, que estaba muy manchada. Debía haber sufrido una herida de cimitarra en el brazo izquierdo, porque el cirujano se lo estaba vendando.

—¿Cómo está? —preguntó Rory, con voz tensa.

El cirujano alzó la vista con el ceño fruncido.

—No puedo decirlo con seguridad. Le he limpiado y le he vendado todas las heridas. Los cortes no revisten gravedad, pero con las heridas en la cabeza nunca se sabe. —El cirujano se puso de pie—. He hecho todo lo que he podido y necesito atender a los demás heridos, pero no quiero dejarlo solo. ¿Podría quedarse aquí para vigilarlo?

Rory resistió la tentación de decir que no había ningún otro lugar donde prefiriera estar.

—Lo haré. ¿Hay algo que deba saber? ¿O hacer?

—Si se despierta, habla con sensatez y recuerda lo sucedido, es buena señal. Muy buena señal. Si le duele, puede darle un par de gotas de láudano mezcladas con agua. Aparte de eso... —Señaló el lavamanos situado entre la cama y la pared—. Tendrá mejor aspecto si le limpia la sangre.

—Entendido. Ahora vaya con sus otros pacientes.

Tan pronto como el cirujano se fue, Malek entró en el camarote, con un brazo en un cabestrillo.

Miró a Gabriel con gesto pensativo.

—¿Está muy malherido?

—El cirujano no está seguro de la gravedad de la herida en la cabeza. Tendremos que esperar para saberlo —respondió Rory—. Usted no parece haber salido muy mal parado.

—¿Para tu consternación? —le preguntó, enarcando las oscuras cejas.

—En realidad, no deseo verlo muerto —contestó con cordialidad—. Pero si lo estuviera, podríamos dar media vuelta y alejarnos de Constantinopla.

Malek la miró con el asomo de una sonrisa.

—Estoy seguro de que sería un alivio. Pero el barco seguirá su curso. Si Hawkins no sale de esta, soy lo bastante bueno como capitán para terminar la travesía.

Rory se sentó en el borde de la cama y después humedeció un paño limpio con el agua de la palangana, tras lo cual procedió a limpiarle la sangre del pelo.

—El capitán Hawkins ha insinuado que se conocían de antes —dijo para animarlo a hablar.

—No sabes hasta qué punto. Pregúntaselo si sobrevive. —Malek se dejó caer contra el marco de la puerta, ya que parecía completamente agotado—. Hoy me ha salvado la vida. Otra vez.

—¿Lo tiene por costumbre? Sin embargo, usted insiste en chantajearlo para conseguir su cooperación.

Malek se encogió de hombros.

—Le agradezco lo que ha hecho por mí, pero un hombre hace lo que tiene que hacer. Me aprovecharé de cualquier cosa para recuperar a mi familia. Incluyéndote a ti y a tu prima, que es bastante más modosa.

Ella apretó los labios.

—Admiro su sinceridad, pero poco más.

Él esbozó una sonrisilla.

—Creo que mi esposa y tú os llevaríais bien. Ahora, si me disculpas, debo ver cómo están mis hombres.

Rory siguió limpiándole la sangre del pelo y, después, se dio cuenta de que Susto debió de salir del camarote en cuanto ellas lo hicieron, porque el gato estaba acostado en ese momento entre la pierna de Gabriel y la pared, con una expresión preocupada en esa cara larga y peluda. Tal vez la expresión preocupada fuera fruto solo de su imaginación, pero se alegró de que el gato le hiciera compañía a su amo.

Le lavó la cabeza y el cuello bronceado con delicadeza. Cuando terminó, no parecía estar tan a las puertas de la muerte. Se inclinó hacia delante y le dio un suave beso en los labios.

—Será mejor que no te mueras, Gabriel Hawkins —dijo con un hilo de voz—. ¡Necesito que me rescates de la esclavitud del harén!

Gabriel parpadeó antes de que esos ojos tan azules como el mar la miraran confundidos. Ella contuvo el aliento.

—Espero que no hayas perdido el juicio. ¿Recuerdas lo que ha sucedido?

Él frunció el ceño y después susurró con voz ronca:

—Nos hemos enfrentado a dos galeras pirata. Y eso no puede ser un sueño porque tengo la garganta demasiado dolorida, así que seguro que he gritado, algo que suelo hacer en mitad de la batalla. ¿Cuál ha sido el resultado?

—Hemos ganado. El señor Landers dice que, sorprendentemente, hemos tenido muy pocas bajas. Han desarmado a los piratas que han sobrevivido y les han permitido que intenten regresar a puerto, aunque sus barcos están destrozados —le resumió—. ¿Cómo te sientes?

—Como si un caballo me hubiera coceado en la cabeza. —Se tocó con cuidado el vendaje.

Ella le cogió la mano y se la apartó para colocársela con delicadeza en la cama.

—Es mejor que no te toques la herida. Según tu cirujano, te ha pasado rozando una bala, pero aunque no sabe la gravedad de la herida, me dijo que sería una buena señal si te despertabas y hablabas de manera coherente. Cosa que haces, por lo que la lesión en la cabeza no te ha afectado. Pero estabas cubierto de arriba abajo por la sangre de las demás heridas.

—La mayor parte no es mía. Creo que luchar con armas blancas es brutal. —Hizo ademán de levantar el brazo vendado, pero después hizo una mueca y acabó bajándolo.

—El cirujano ha dicho que puedo darte un poco de láudano si te duele. ¿Quieres que te prepare un poco con agua?

—Agua sola, por favor. —La miró con una sonrisa torcida—. Tomarte de la mano es mejor medicina que el opio.

Rory se dio cuenta de que todavía le agarraba la mano, de modo que le dio un suave apretón antes de servirle un vaso de agua y ayudarlo a beber.

—Me alegro de serte útil —dijo mientras lo ayudaba a recostarse sobre las almohadas—. Y si te apetece, tienes a Susto al otro lado por si quieres acariciarlo.

Los ojos Gabriel se iluminaron con un brillo alegre mientras volvía la cabeza con cuidado.

—Míralo. Y no ha traído ninguna rata, menos mal. —Movi6 la mano izquierda unos cent6metros para poder acariciarle la cabeza. Susto respondi6 a las caricias con entusiasmo.

—Ha estado con nosotras durante la batalla y despu6s ha debido de venir en tu busca cuando el se6or Landers fue a buscarnos a nosotras. Constance est6 en la cubierta atendiendo a los heridos.

—¿Ha sobrevivido Malek a la batalla? —pregunt6 Gabriel con el ce6o fruncido—. Recuerdo ver que un pirata enorme se le acerc6 por detr6s y que le dispar6 con mi pistola, pero no tengo claro qu6 sucedi6 despu6s.

—Malek ha estado aqu6 hace un rato. Lleva un brazo en cabestrillo, pero por lo dem6s est6 ileso. Dice que le has salvado la vida, as6 que supongo que tu disparo fue certero.

—Exacto, el gigante cay6 al suelo —murmur6 Gabriel—. Debieron de dispararme justo despu6s.

—Malek dice que le has salvado la vida otra vez, pero ha a6adido que debes ser t6 quien me cuente la historia de vuestro pasado. —Esboz6 una sonrisa ir6nica—. Tal vez nunca me enterar6 de lo que sucedi6, salvo que es una larga historia para otro d6a.

Gabriel solt6 una d6bil carcajada.

—Y sigue siendo as6. —Su expresi6n se torn6 seria—. No es una historia que me guste contar y no tengo fuerzas para explic6rtelo todo ahora, pero juro que lo har6 m6s adelante.

—No deber6a hacerte hablar cuando est6s exhausto y herido —dijo, compungida—. Lo importante es que podr6s cont6rmelo en otro momento, algo que me preocupaba mucho que no pudiera suceder. —Le levant6 una mano y lo bes6 en los dedos—. Deber6a dejarte descansar y ver si puedo ayudar a los dem6s heridos.

6l le dio un apret6n en la mano.

—Qu6date —susurr6.

Ella titube6.

—Nada me gustar6a m6s, pero no quiero causar m6s problemas, dado lo posesivo que es Malek con su mercanc6a.

La expresi6n de Gabriel se ensombreci6.

—¡No eres la mercanc6a de nadie! En cuanto a causar problemas... Bueno, las reglas habituales del decoro se suspenden despu6s de una batalla, y bien sabe Dios que no estoy en condiciones de comprometerte.

—Muy bien —dijo, cediendo a la tentaci6n—. Si a Susto no le importa.

Gabriel sonri6.

—Le caes bien. Y la cama es lo bastante grande para los tres.

Le dio un tir6n de la mano y ella cedi6, levantando las piernas para acostarse.

—Av6same si te hago da6o.

—Es imposible —le asegur6 6l—. Y, en todo caso, ser6a soportable.

Rory se tendi6 con cuidado a su lado, y su cuerpo cansado y tenso se relaj6 poco a poco

mientras se acomodaba, rodeada por su brazo derecho, y con la cabeza apoyada en el hombro de Gabriel y una mano sobre su torso. Él soltó un suspiro satisfecho.

—Me encanta tenerte cerca —susurró él—. Tan suave, preciosa y perfecta.

—Y tú eres cálido y fuerte, y a tu lado me siento segura —murmuró—. La única vez que he dormido con un hombre fue cuando era muy pequeña y me eché a llorar durante una tormenta tan espantosa que creía que echaría la casa abajo. Mi hermano preferido, Hal, me oyó y me llevó a su habitación; me metió en la cama a su lado y me dijo que estaba a salvo. —Tragó saliva con fuerza y se preguntó si algún día volvería a verlo.

—Parece un buen tipo.

—Lo es. Todos mis hermanos y hermanas son buenas personas. Yo soy la oveja negra.

La estrechó con el brazo que la rodeaba.

—Por eso eres tan interesante.

—Me alegro de que pienses así —replicó con una carcajada, tras lo cual se tapó la boca mientras bostezaba—. No sé por qué estoy tan cansada. Has sido tú quien ha participado en la batalla.

Gabriel le acarició la cintura y la cadera para tranquilizarla.

—El miedo y la ansiedad son agotadores. Y has estado viviendo bajo una nube muy oscura durante meses.

Ella cerró los ojos y sintió el escozor de las lágrimas.

—He intentado mantenerme fuerte y optimista —susurró—. No sé hasta qué punto lo he conseguido.

—Creo que lo has hecho muy bien, mi radiante dama.

A ella le gustó el apodo.

—Me costaba trabajo creer que pudiera pasarme la vida encerrada en un harén, después de que hubieran borrado cualquier rastro de lady Aurora Lawrence y de que redujeran mi identidad a «la esclava rubia», seguramente tras haberme asignado otro nombre. Pero cuanto más nos acercamos a Constantinopla, más real me parece.

—¡Nunca conseguirán borrar a Lady Aurora! —exclamó él con firmeza—. Nunca te olvides de que, aunque te obliguen a recluirte en un harén, no tiene por qué ser para siempre. Pueden pasar muchas cosas y tienes amigos.

Ella cerró los ojos y rezó para que tuviera razón.



Aunque Rory estaba exhausta, se mantuvo en un duermevela, siempre consciente de la respiración y el movimiento de Gabriel en caso de que empeorara, aunque no lo hizo. En otras condiciones, el deseo habría pasado a un primer plano, pero esa noche predominó la paz más absoluta de estar entre sus brazos.

Se despertó dos veces de una pesadilla en la que la bala que le había rozado se desviaba dos centímetros a la derecha. La suave respiración de Gabriel y el latido constante de su corazón la tranquilizaron, pero no pudo evitar sentir el temor ante la fragilidad de la vida. Tras tranquilizarse, se acurrucaba más contra su cálido cuerpo dormido y agradecía que todavía estuviese a su lado.

Se despertó de nuevo al amanecer, cuando los pequeños ojos de buey en el camarote de Gabriel se tornaron de color gris perlado por la niebla de la mañana. En esa ocasión fue la suave voz de Constance la que la sacó del sueño.

—Es hora de levantarse y volver a nuestro camarote, Rory.

Cuando parpadeó y volvió la cabeza, vio a Constance de pie en el vano de una puerta estrecha que estaba oculta detrás de una estantería poco profunda. Detrás de su cansada prima se encontraba la delgada figura del señor Landers, que le rodeaba la cintura con un brazo.

Rory salió de la cama con pesar. Gabriel intentó retenerla con el brazo cuando ella se alejó, pero no se despertó. Rory le colocó una mano en la frente. No tenía fiebre. Después se inclinó y le dio un beso en el áspero mentón, movida por una intensa ternura.

—Te veré más tarde —le prometió en voz baja. Salió del camarote detrás de Constance y cerró la puerta antes de hablar—. El capitán está bien. ¿Cómo están los demás?

—Tuvimos mucha suerte —respondió Landers—. Murieron tres hombres de Malek en la batalla, pero los tres médicos de a bordo, Constance, Lester, que es el cirujano, y el hombre de Malek creen que el resto de los heridos se recuperarán si no hay complicaciones.

—¡Que no debería haber dada la cantidad de alcohol con la que les he limpiado las heridas! —exclamó Constance con sequedad—. Uno de los marineros vigilaba las botellas para evitar que los heridos se emborracharan con ellas en vez de usarlas a modo de desinfectante.

—¡Gracias a Dios por tan buenas noticias! El capitán Hawkins se alegrará mucho de oírlo. —Rory examinó la puerta que Landers acababa de cerrar—. Este panel está tan bien ajustado que parece que el pasillo termina aquí. ¿La puerta se diseñó como una salida secreta?

—Sí, puede ser útil que el capitán tenga una forma más discreta de entrar y salir de su camarote —les explicó Landers. Tocó un discreto panel en el lado izquierdo y la puerta se abrió silenciosamente hacia fuera antes de cerrarla de nuevo.

—Este pasillo apenas se utiliza, por lo que las salidas y las entradas pasan desapercibidas.

—¿Una buena manera de que las mujeres entren y salgan del camarote del capitán? —preguntó Rory con sequedad.

—Sí, aunque estoy seguro de que usted es la primera. El capitán no tiene la costumbre de comprometer a las damas —respondió Landers con una sonrisa cansada—. Una puerta oculta también podría ser conveniente en caso de un motín. El capitán tampoco tiene esa experiencia, aunque le gusta estar preparado.

—Dadas nuestras circunstancias actuales, la discreción parecía lo más prudente. —Constance contuvo un bostezo—. Volvamos a nuestro camarote, Rory. Estoy tan cansada que dormiría todo el día.

—¡Te lo has ganado! —Rory se apartó de la puerta secreta, pensando en lo mucho que le gustaría que Gabriel la comprometiera.

Landers y Constance intercambiaron una sonrisa íntima antes de que él volviera al camarote de Gabriel. Constance abrió el camino de regreso. Ese pequeño pasillo daba al pasillo más ancho en el que se emplazaba su camarote. Sería facilísimo visitar al capitán sin ser vista.

Eso le dio ideas...

Gabriel siempre había sanado con rapidez, algo que era muy conveniente. Al mediodía después de la batalla, ya estaba de pie, aunque le doliera la cabeza y se moviera con cautela. Deseaba haber estado más consciente cuando Rory pasó la noche con él, pero su cerebro estaba bastante abotargado. Tenerla allí había sido maravilloso aunque solo había podido abrazarla. Pero en ese momento quería más.

Landers le comunicó que la Céfiro seguía su curso y que navegaba a buen ritmo. También dijo que la tripulación del barco y los soldados de Malek se sentían más cómodos los unos con los otros que antes. Luchar en el mismo bando tenía ese efecto.

A la hora de la cena, Gabriel se encontraba lo bastante bien como para unirse a sus oficiales y sus pasajeros en el comedor de oficiales. Rory lo miró con una cálida y fugaz sonrisa, pero no le habló. Se comportaba con discreción, lo cual era sensato, pero lamentable.

Esperaba verla cuando hizo su última ronda por el barco, y se detuvo en el coronamiento para observar el mar, pero no tuvo suerte. Volvió a su camarote, agotado. Le vendría bien una buena noche de sueño e intentaría soñar con ella en vez de con duelos a espadas...

—Gabriel, soy yo.

Un susurró femenino lo despertó. «Rory». Gabriel se incorporó y, en consecuencia, sufrió una punzada de dolor en la herida de la cabeza, pero no le importó.

—Rory, ¿qué haces aquí?

—¿No lo adivinas? —Había entrado por la puerta privada, y la cerró al entrar. La tenue luz

que entraba por la ventana le permitió ver que llevaba una bata larga y oscura, la melena trigueña suelta y la expresión de un ángel travieso, aunque un poco nervioso—. El ataque de los piratas me ha dejado bien claro que la vida aquí es muy incierta. Quiero estar contigo todo lo que pueda, todo el tiempo que pueda.

Sintió como si lo hubieran golpeado en la cabeza otra vez. Incapaz de resistirse a ella, se levantó y le colocó las manos en los hombros. No se le ocurría qué decir, así que la atrajo hacia él y se inclinó para besarla.

Su boca era dulce y entregada, y un poco ansiosa.

—Gracias por quedarte conmigo anoche —le dijo en voz baja—. Estoy seguro de que por eso me estoy recuperando tan rápido.

Rory se rio y se relajó.

—El señor Landers dijo que siempre te curas rápidamente, algo muy útil en el mar.

—O en cualquier otro lugar. —La besó de nuevo y la estrechó con fuerza para sentir ese cuerpo femenino y voluptuoso contra el suyo. Deslizó las manos por su espalda, acariciando las preciosas curvas que había debajo de la bata—. No llevas mucha ropa, ¿verdad?

Ella agachó la cabeza, avergonzada.

—Pensé que menos ropa facilitaría la seducción.

—¡Solo tienes que respirar para ser seductora! —Se tensó y se obligó a retroceder, aunque le dejó las manos en los hombros—. Pero una seducción completa sería una muy mala idea —añadió, obligándose a hablar sin rodeos—. Si todo va bien en Constantinopla, el estado de tu virginidad solo será asunto tuyo. Pero si sucede lo peor, será muy importante.

Rory se tensó a su vez.

—En otras palabras..., dado que confirmaron mi virginidad en Argel, se desatará el infierno en Constantinopla si cuando llegue allí no lo soy. Mi valor ciertamente bajará. ¿Me azotarían?

—Quizás. Hay muchas posibilidades. —Su voz se volvió sombría—. Un comprador enojado podría matarte por ser mercancía deteriorada o podría matar a Malek por afirmar que eres virgen cuando no es así; o Malek podría venir a buscarme pistola en mano porque se hace una idea de quién te ha desvirgado, como me dijo tan amablemente.

Rory tomó una trémula bocanada de aire.

—No era consciente del estrago que podría causar. ¡Es deplorable que lo que debería ser un asunto privado cause tantos problemas!

—Deplorable e incorrecto —convino él—. Pero es la realidad con la que debemos lidiar.

Rory se apoyó en él y colocó la cara en su cuello.

—Por lo tanto, se me niega la cercanía contigo que tanto deseo.

—No necesariamente. —Le pasó los dedos por los sedosos mechones de pelo, y su textura le resultó irresistible—. Hay muchas cosas que podemos hacer que no implican que dejes de ser virgen, y puede ser un gran placer explorarlas.

—¿Ah, sí? —preguntó con un deje alegre al tiempo que lo miraba a los ojos—. Estoy

dispuesta a que me ilumines. ¡Más que dispuesta!

Sonriendo, tiró de ella para que se sentara en el borde de la cama a su lado y le dio otro beso apasionado.

—En ese caso, vamos a explorarlas juntos, mi radiante dama.



Rory se puso nerviosa cuando Gabriel tiró de ella para que se sentara a su lado en el borde de la cama.

—Esto parece tan... deliberado.

—Lo es —dijo él con una sonrisa tranquilizadora—. Pero solo haremos lo que quieras. El simple hecho de estar solos ya es un regalo. No hay timonel cerca, la puerta principal está cerrada y solo estamos nosotros. Y puedes irte cuando quieras.

—No quiero irme —susurró. La tenue luz de la lámpara iluminó los fuertes planos de su rostro y esos ojos azules como el mar que la miraban fijamente con inquietante sinceridad. Él solo llevaba las calzas y una camisa de lino suelta, de cuello abierto, muy suave porque estaba desgastada. Mientras observaba los vendajes limpios que llevaba en la cabeza y en el brazo, le preguntó—: ¿Cómo te encuentras? Anoche parecías bastante grave.

—Me duele un poco la cabeza y el brazo. Nada significativo. —Gabriel le cogió las manos y se las llevó a los labios para darle un beso en el dorso—. Nada que me impida darte cariño.

Los nervios de Rory se dispararon casi por completo.

—Eres un hombre maravilloso. Me prestas atención. Muchos hombres no les prestan demasiada atención a las mujeres.

—Ellos se lo pierden. Las mujeres son interesantes. —Sonrió—. Y yo salgo ganando si el hecho de que te preste atención te hace pensar que soy maravilloso.

—Esa no es la única razón —replicó entre carcajadas. También era inteligente y amable, y se podía confiar en él, y cuanto más lo miraba, más atractivo le parecía. Fuerte y masculino, con un cuerpo fornido y hombros anchos y poderosos—. Pero si digo demasiado, se te podría subir a la cabeza.

—Me han acusado de tener muchos defectos, pero la vanidad nunca ha sido uno de ellos.

—En ese caso es que has pasado mucho tiempo en el mar rodeado solo de hombres.

Acarició esos hermosos hombros con las palmas de las manos y después descendió por su torso. El cuello abierto de su camisa blanca dejaba entrever el suave vello castaño que le salpicaba el pecho. Se lo acarició con la punta de los dedos y pensó que las diferencias entre hombres y mujeres eran interesantísimas. Se inclinó hacia delante y lo besó en el cuello mientras le colocaba las manos en la prieta cintura.

Él exhaló con placer y sus grandes manos le acariciaron la espalda desde los hombros hasta la cintura y las caderas.

—Me encanta que las mujeres tengan curvas en lugares que los hombres ni siquiera tienen.

El deseo comenzó a apoderarse de ella. Cuando se besaron en el coronamiento, experimentar el tacto y el gusto con tanta rapidez no dejó lugar para el pensamiento. Sin embargo, en ese momento tenía tiempo para pensar y para disfrutar de lo mucho que le gustaba tocarlo y que la tocara.

—Empiezo a entender el significado de la sensualidad, de todos los sentidos que cobran vida.

Suspiró suavemente contra su torso y después le dejó una lluvia de besos por el cuello en dirección hacia el mentón antes de subir hacia el pómulo para luego bajar hasta la boca. Esa boca tan maravillosa y cálida, que se abrió bajo la suya.

Le rozó la lengua con cierto titubeo, sorprendida por lo erótico que le pareció. ¡Qué sensual era todo! Él respondió sin titubeo alguno. El beso se volvió más apasionado y ella cerró los ojos mientras se dejaba llevar por las sensaciones.

Gabriel le había colocado las manos en las caderas para que se quedara quieta, y la fuerza de esas manos hizo que se derritiera por dentro. Mientras el beso seguía y seguía, él la sentó en su regazo y la colocó de manera que quedó a horcajadas sobre él. La parte inferior de su cuerpo respondió a la repentina cercanía con gran entusiasmo y empezó a experimentar un deseo palpitante.

Gabriel gruñó y le desató el cinturón de la bata para que se le abriera, dejándole los pechos al descubierto. Se los tomó con esas manos tan grandes y masculinas, y dijo con voz tensa:

—Cuando te vi casi desnuda con los velos, me avergonzó verte tan humillada. Sin embargo, por encima de todo, lo que más deseaba era tocarte, mi radiante dama.

—Te obligaste a mirarme solo a la cara —dijo ella con una carcajada—. Agradecí ese gesto porque que me viera desnuda un inglés resultaba, en cierto modo, más embarazoso que las miradas lascivas de unos desconocidos. Pero lo que más agradecí fue que me dieras la capa para cubrirme. —Se inclinó hacia delante para mordisquearle la oreja—. Eso fue entonces, esto es ahora, y me encantan tus caricias y tu admiración.

—Admiración es quedarse corto. —Le acarició los pezones con los pulgares. Rory jadeó cuando algo similar a una descarga la atravesó y se concentró en su lugar más íntimo—. Admiré tu fuerza y tu dignidad, y luché con desesperación para reprimir mi deseo. Pero ha estado ahí, esperando y deseando un momento como este.

Ansiosa por ver más de él, tanteó hasta dar con el bajo de su larga camisa y deslizó las manos por debajo. Su torso era un milagro de fuerza y músculos. Fue subiendo poco a poco hasta que le rozó los pezones.

Con curiosidad, se los pellizcó.

—¿Sientes esto como yo?

Gabriel contuvo el aliento.

—No sé si la sensación es idéntica, pero sí que lo siento. ¡Muchísimo!

Ella se echó a reír, emocionada al descubrir que era capaz de provocarle semejante efecto.

—Si fuera una audaz aventurera en uno de mis libros, podría arrancarte la camisa, ¡pero cuesta mucho rasgar el lino!

—Cierto. Sin mencionar que reemplazar la ropa a bordo puede ser complicado. —Se cogió el bajo de la camisa con ambas manos y se la pasó por encima de la cabeza.

A horcajadas como estaba sobre sus caderas, disfrutó de la espléndida vista de ese musculoso abdomen y esos magníficos hombros.

—¡Gracias! Estás estupendo con tu uniforme de capitán hecho a medida, pero estás mejor así.

—Me alegra que lo pienses. —Parecía avergonzado por el cumplido—. ¡Qué interesante es la ropa!, ¿no te parece? Su propósito principal es protegernos de las inclemencias del tiempo y de las vicisitudes de la vida cotidiana, pero también cumple el objetivo de que nos defina ante el mundo y ante el sexo opuesto.

Ella se echó a reír.

—¡Si alguna vez has estado en un baile de sociedad, debes saber que el propósito principal de la ropa puede ser pavonearse delante del sexo opuesto! Se aplica tanto para los hombres como para las mujeres. No nos diferenciamos tanto de los pavos reales y otras criaturas. Un buen plumaje es una parte vital en el ritual del apareamiento.

—Cierto. Pero tú, mi radiante dama, no necesitas plumaje. Eres arrebatadora tal y como te hizo la naturaleza. —Le bajó la bata por los hombros de modo que se le arremolinó en torno a la cintura, dejándole la parte superior del cuerpo desnudo. Rory se alegraba de que hubiera tan poca luz porque sospechaba que se estaba sonrojando—. Pareces tan suave y... deliciosa —murmuró, recorriéndola por entero tanto como los ojos como con las manos—. Estoy tentado de lamerte por todos lados, pero eso me llevaría bastante tiempo y probablemente se me gaste la lengua.

Ella soltó una risilla tonta, ¡algo que nunca hacía!

—¿Se supone que la intimidad incluye la risa?

—A veces el humor es un ingrediente delicioso del deseo. Otras veces, la pasión enloquecida gobierna y no hay tiempo para la risa. —Gabriel la cogió por la cintura para tumbarla sobre el colchón y después la instó a moverse de manera que ambos quedaran cara a cara, de costado—. Ambos son buenos porque la risa compartida puede ser tan íntima como las caricias. A veces incluso más.

—Tus pensamientos parecen muy dignos de análisis, pero los consideraré más tarde —murmuró ella—. Mis capacidades lógicas no están funcionando en este momento.

—Las mías también están paralizadas en su mayor parte —admitió él—. Eres tan hermosa y deseable, que no puedo pensar en otra cosa.

Su mirada la calentó hasta la médula. Aunque técnicamente todavía tenía la bata puesta, le caía a la espalda, de modo que estaba lo bastante desnuda como para que su mano la acariciara desde el pecho hasta la cintura y descendiera hasta la cara externa del muslo. Cuando su mano le alcanzó la rodilla, se inclinó para besarla de nuevo.

Rory se pegó a él de manera que sus pechos desnudos acabaron contra su torso también desnudo.

—Me encanta que nos toquemos así —susurró ella—. Estoy empezando a entender el atractivo del matrimonio, ya que otorga la licencia para hacerlo todo el tiempo.

—El matrimonio otorga licencia, pero la verdadera intimidad proviene de la confianza y el cariño. —Gabriel le acarició la sien con la barbilla al tiempo que empezaba a mover de nuevo la mano. Se la deslizó por el muslo, cada vez más cerca de los misterios que se encontraban más arriba. Jadeó cuando él rozó por primera vez ese lugar húmedo y oculto bajo el triángulo de vello dorado.

Estuvo a punto de gritar por las sensaciones tan intensas que le provocó el contacto. Tuvo la impresión de que los dedos de Gabriel emitían llamaradas que se introducían en los lugares más secretos de su cuerpo. Acto seguido, él empezó a acariciarla con suavidad, y no solo la abandonó la lógica, sino que perdió el hilo de todo pensamiento debido al placer embriagador.

Una vez más la besó con pasión, distrayéndola de la creciente intimidad de sus caricias mientras sus dedos exploraban los delicados y ocultos pliegues que resultaban tan sensibles. La siguió explorando con repetidas caricias, aumentando el deseo hasta que la invadió un anhelo frenético.

De repente, el fuego que se extendía por su interior explotó convirtiéndose en una llamarada que lo aniquiló todo a su paso salvo la pasión que había invadido todos sus sentidos. Se estremeció y se sujetó a él, desesperada, para no caer al abismo.

Una vez que se apagó ese fuego arrollador, se quedó lánguida y presa de una profunda satisfacción. Nunca se había sentido tan cerca de otra persona en la vida.

—Si he cometido un pecado —dijo con un hilo de voz—, ¡quiero seguir siendo pecadora!

Gabriel se echó a reír y la estrechó entre sus brazos al tiempo que le acariciaba la espalda con ternura. Mientras lo hacía, Rory cayó en la cuenta de que había una parte de él que todavía estaba tensa e insatisfecha.

—Creo que ese fue el final del capítulo uno, pero hay otro capítulo aún sin terminar —dijo con voz titubeante.

Le metió la mano en los calzoncillos y encontró la alarmante prueba de su masculinidad. Al tomarlo en sus manos, sintió el estremecimiento que lo recorrió por entero.

—¡No tienes por qué hacerlo! —exclamó él—. No si no quieres.

—¿Cómo voy a saber si quiero o no quiero si no lo intento? —preguntó con lógica. Le dio un suave apretón, y él contuvo el aliento casi por completo—. Pero tendrás que decirme qué hacer.

—Lo que estás haciendo —le indicó Gabriel con voz ahogada—. Tal vez... mueve la mano un poco arriba y abajo.

Lo obedeció y obtuvo resultados espectaculares. Se estremeció entre sus dedos al tiempo que alzaba las caderas. Y culminó con una sacudida liberadora mientras la estrechaba entre sus brazos. La violenta reacción la alarmó un poco, pero también le resultó satisfactoria. Le

encantaba poder ofrecerle semejante placer a su fuerte y seguro capitán.

—Aprendes muy deprisa, mi radiante dama —dijo él mientras su cuerpo se relajaba.

Una pequeña toalla de mano colgaba de una barra en su mesita de noche y Gabriel estiró una mano para cogerla y que así ambos se limpiaran. Una vez limpios, tiró la toalla al suelo y volvió a estrecharla con fuerza entre sus brazos.

—Me alegra mucho que hayas venido esta noche —susurró él—. Tenerte conmigo es extraordinario.

—Desde luego que para mí lo ha sido —convino ella. Volvió a colocarle la mano sobre los genitales, que en ese momento parecían suaves e inofensivos en vez de amenazantes—. Pero seguramente no haya sido tan extraordinario para ti.

Al reconocer su velada pregunta, Gabriel repuso:

—Un hombre que pasa la mayor parte de su tiempo en el mar no tiene muchas oportunidades para el libertinaje.

—¿No te has casado?

—No, lo más cerca que he llegado a estar del matrimonio fue la larga aventura que mantuve con una viuda de Bristol. Cada vez que la Céfiro atracaba en el puerto para hacer reparaciones y reaprovisionarnos, visitaba a mi amiga. Era una mujer cariñosa que siempre me recibía bien, además de ser una excelente cocinera. Disfrutábamos de nuestra mutua compañía.

—Pero ¿ya no? —preguntó Rory en voz baja.

—Así es, murió un invierno de fiebre pulmonar. —Suspiró—. No lo supe hasta meses después, cuando visitamos Bristol nuevamente.

—Ya que estás hablando del pasado, creo que es un buen momento para que me cuentes tu historia con Malek —sugirió con voz cantarina al percatarse de la tristeza que se había apoderado de él—. ¡Me muero por enterarme de todos los detalles!



—No puedo retrasarlo más tiempo, ¿verdad? Pero será mejor que cambiemos de postura. — Gabriel la colocó de espaldas y le ató el cinturón de la bata—. Es necesario o estaré demasiado distraído para hablar con coherencia. ¿Quieres una copa de vino tinto?

—Compartir vino contigo en la cama suena deliciosamente sensual. —Rory se incorporó para apoyarse en el cabecero y se colocó una almohada en la espalda. Su melena trigueña caía suelta sobre los hombros y el pecho.

Gabriel se puso la bata, después abrió el botellero, del que sacó una botella y dos gruesas copas de cristal, sirvió el vino y le entregó uno con una elegante reverencia.

—Por mi radiante dama, la estrella más deslumbrante del mar Mediterráneo.

Ella alzó el vaso en respuesta y le sonrió de tal manera que se sintió por las nubes.

—Y por mi capitán, que me ha llevado a tierras en las que nunca había estado antes.

Brindaron y bebieron, antes de que él cediera a un impulso y la besara de nuevo.

Ella le devolvió el beso y después murmuró:

—¡Me siento querida y sensual de la mejor manera posible!

Incapaz de recordar cuándo se había sentido tan contento, Gabriel se sentó en la cama junto a ella.

—Cuando estabas inconsciente, Malek me dijo que le habías salvado la vida «otra vez» — dijo ella—. ¿Cuál fue la primera vez? Supongo que forma parte de tu misterioso pasado.

Él hizo girar el vaso que tenía en la mano con gesto distraído mientras clavaba la mirada en el líquido de color rubí.

—Fue hace más de diez años. Te he contado que me desheredaron y que volví al mar en un barco mercante. La Canción del Mar. Fui ascendiendo hasta convertirme en el segundo de a bordo y esperaba tener más influencia con el capitán, que era un poco laxo en la seguridad de su barco. —Bebió un sorbo de vino—. Seguramente por eso nos capturaron unos piratas argelinos.

Rory jadeó, asombrada por la confesión.

—¿Te esclavizaron? ¿Fue Malek?

—No, fue otro reis. Pero Malek nos compró a mí y a otros marineros para trabajar en uno de sus barcos. —Miró de reojo a Rory—. Uno de los otros hombres era el padre de Jason Landers, fue así como conocí a la familia. Somos amigos desde entonces, para nuestro beneficio mutuo.

—Entiendo —repuso ella con voz pensativa—. De modo que cuando Jason Landers quiso hacerse a la mar, su padre te pidió que lo aceptaras en tu tripulación, que lo cuidaras y que te aseguraras de que estuviera bien entrenado.

Él asintió con la cabeza.

—No fue difícil; Jason es un marino nato. A cambio, tengo amigos y un astillero realmente bueno en ese lado del Atlántico si necesito reparaciones.

—Así que volviendo a las costas berberiscas cuando te esclavizaron... —le dijo ella para que continuara con la historia.

—Los marineros europeos con experiencia son apreciados y muy valiosos porque, por regla general, estamos bien entrenados en el manejo del barco y de la artillería. Sacaron una buena suma por mi venta —comentó con sequedad—. Le caí bien a Malek, que de forma regular insistía en que renegara de mi fe y abrazara la suya. Así tendría mi libertad y podría capitanear una de sus naves.

Ella bebió un sorbo de vino sin dejar de mirarlo.

—Está claro que lo rechazaste.

—No soy un buen cristiano, pero me di cuenta de que la fe en la que me educaron era una parte demasiado grande de mí como para renunciar a ella.

Rory frunció el ceño con gesto pensativo.

—Cuando te arrancan a la fuerza de tu propio mundo, debe de ser algo muy necesario mantener tu identidad lo máximo posible.

Gabriel no lo había pensado en esos términos.

—Exactamente así. Pese a las ventajas de renunciar a la fe, pocos cristianos capturados lo hacen. En cualquier caso, trabajé en uno de los barcos de Malek que bordeaban las costas y merodeaban por el puerto de Argel. Aprendí mucho sobre el idioma, las costumbres y las rutas marítimas, y sopesé distintas formas de escapar.

—¿Así fue como lo hiciste?

—¡Oh, no, la historia es mucho más complicada! Me estaba preparando para intentar escapar cuando apareció Gürkan. Es el primo segundo de Malek, un comerciante rico y poderoso establecido en Constantinopla. Es bien conocido en la corte imperial y ocupa varios puestos gubernamentales en lugares como el despacho de aduanas. Su hermano menor y él fueron a Argel para construir su propia flota pirata, y le pidieron ayuda a su primo Malek.

—Y luego lo traicionó —afirmó Rory sucintamente—. ¿Cómo sucedió?

—Malek se sintió halagado por la atención de su primo mayor y más rico. Creía que eran aliados. En cambio... —Gabriel negó con la cabeza—. Hay un viejo dicho árabe: «Yo en contra de mis hermanos. Yo y mis hermanos en contra de mis primos. Yo, mis hermanos y mis primos en contra del mundo». Gürkan no quería un aliado; quería a Malek y a sus marineros. Nos capturó a todos, incluido Malek, y nos encadenó a los remos de una galera.

Rory contuvo el aliento.

—¿Cómo escapasteis?

—Trabajando juntos, Malek y yo conseguimos liberarnos de nuestras cadenas y hacernos con la galera, y luego con la Céfiro, que era la captura más reciente de Gürkan y su cuartel general.

Gürkan no estaba en la Céfiro cuando la tomamos, pero su hermano menor, sí. Lo maté en la pelea, evitándole así a Malek el crimen de matar a alguien de su familia. —Gabriel se sirvió más vino, ya que prefería ahogar el recuerdo.

—Estoy segura de que fue más complicado de lo que me estás contando.

—Sí, pero fue hace muchos años, y lo que hicimos fue necesario. Cuando todo se tranquilizó, Gürkan fue expulsado de Argel y Malek se quedó con todos los barcos, con sus almacenes y con las rutas comerciales de Gürkan en la zona. Se había convertido en un hombre mucho más rico, por lo que sugirió que Gürkan debería quedarse en el extremo oriental del Mediterráneo.

—Después de todo lo que hiciste por Malek, ¿te mantuvo esclavizado? —quiso saber ella, frunciendo el ceño.

—Negociamos. —Gabriel sonrió un poco—. O, para ser más precisos, Malek quería quedarse conmigo, así que intentó convencerme ofreciéndome las condiciones adecuadas para que yo aceptase trabajar para él en Argel como un hombre libre. Y mientras negociábamos, capturé la Céfiro y escapé con todos los esclavos cristianos que pude reunir. A Malek no le hizo gracia, pero creo que pensó que me debía demasiado como para perseguirnos. Claro que no creo que hubiera podido darle alcance a la Céfiro. Es el barco más rápido en el que he navegado, lo que ha resultado útil en mi dudosa carrera.

—¡Por el amor de Dios! —exclamó ella, que abrió mucho los ojos por la admiración—. ¡Me encantaría incluir tu historia en una de mis novelas!

Él esbozó una sonrisa torcida.

—Fue doloroso. Sangriento y difícil y no te daré más detalles, mi preciosa cotilla morbosa. Me quedé con el barco como botín y llevé de vuelta, sanos y salvos, a mis compañeros ya liberados. Algunos todavía son parte de mi tripulación.

—Eres un héroe, mi capitán —dijo ella con seriedad—. Te liberaste a ti mismo y a otros cautivos, y te has convertido en un hombre poderoso como dueño y capitán de un barco. Seguro que tu espantoso abuelo estaría orgulloso de ti.

Gabriel resopló.

—Me condenaría por haberme dejado capturar en primer lugar. Para él, el único honor que importa proviene de la Marina Real. En realidad, me resulta más fácil respetar a Malek. Es un hombre condicionado por sus circunstancias, como lo estamos todos, pero también es un hombre honorable. Por eso no nos hemos echado al cuello el uno al otro pese a ser adversarios.

—Las relaciones complejas son fascinantes —murmuró Rory, con una mirada perdida.

—Puedes usar la esencia de nuestra relación para una de sus historias, pero solo si cambias los hechos para que nadie los reconozca.

Ella asintió con la cabeza.

—Me parece justo.

La miró, con un nudo en el estómago por la idea de que sus historias podrían quedarse encerradas para siempre con ella en algún dichoso harén. Algo que no sucedería si estaba en su

mano impedirlo, pero no tenía idea de lo que podría hacer para evitarle semejante destino. Era mejor pensar en el presente.

—Mañana por la mañana, o supongo que a estas alturas ya podremos decir que dentro de un rato, los tres soldados musulmanes que murieron en el ataque recibirán entierros en el mar.

—¿Deberíamos ir Constance y yo, o no se permiten mujeres?

Él titubeó.

—Lo consultaré con Malek y su imán. Creo que os permitirán asistir a la ceremonia, aunque si vais vestidas con el atuendo más conservador y discreto que tengáis.

—Vestido largo y oscuro, y la cabeza tapada por un pañuelo —respondió Rory al tiempo que asentía con la cabeza—. A menos que esté prohibido, me gustaría asistir. Esos hombres murieron por todos nosotros.

—Exacto. Creo que a Malek y a sus hombres les complacería ver una muestra de respeto por parte de las dos extranjeras.

—¿Cómo es un funeral musulmán? Me gustaría saber qué esperar.

—Los detalles varían mucho —le explicó—. Lo ideal es que a un musulmán se le entierre al cabo de un día o dos. Si un barco está demasiado lejos de la costa para que pueda ser así, se permite el entierro en el mar. Los cuerpos se introducirán en unos sudarios que se cosen y que se lastran para que se hundan rápidamente, y se lanzan al mar mirando hacia La Meca. Se rezarán oraciones, pero salvo por eso, la ceremonia es muy simple.

—Eso no nos supondrá un problema. —Contuvo un bostezo—. Me encantaría pasar la noche contigo, pero creo que es hora de volver a mi camarote.

—Tienes razón —replicó él a regañadientes—. Te acompañaré de vuelta.

—Probablemente nadie me verá.

—Da igual.

Se levantó de la cama y le ofreció la mano para que hiciera lo propio.

Rory se puso los ligeros escaupines que llevaba cuando llegó al camarote y que se había quitado cuando las cosas se pusieron interesantes. Después de recogerse el pelo en la nuca con un moño suelto, se apretó el cinturón de la bata para asegurarse de que estaba completamente cubierta.

Se detuvieron frente a la puerta oculta, mirándose a los ojos. Rory era preciosa, cariñosa y sincera. Parecía imposible que pudiera estar interesada en un hombre como él, pero no podía dudar de que la emoción entre los dos fuera mutua.

—Ojalá pudieras quedarte —dijo con pesar.

—Habrás más noches hasta que llegemos a Constantinopla —repuso ella—. Si me deseas, me aprovecharé de cada una de ellas y también de ti.

—Te tomo la palabra, mi radiante dama. —La estrechó entre sus brazos, rodeándola como si pudiera protegerla con su cuerpo de todo peligro.

Rory se agarró a él un buen rato y después se alejó con una expresión decidida en la cara.

—Buenas noches, mi capitán.

Gabriel abrió la puerta sin hacer ruido y le indicó que pasara delante. Después la siguió por el estrecho pasillo hasta llegar al otro más ancho donde estaba su camarote. No se tocaron porque tal vez fueran incapaces de separarse de nuevo.

Cuando Rory llegó a la puerta de su camarote, miró hacia atrás en busca de una última sonrisa cómplice. Acto seguido, giró la llave, abrió la puerta y desapareció.

Gabriel volvió a su camarote con la sensación de que le habían dado un puñetazo en el estómago. Tenía que haber una manera de liberarla a ella, a su prima y a la tripulación de la Dama de Devon. Pero de momento la desconocía. Según se desarrollaran los acontecimientos, tendrían que improvisar sobre la marcha.

Cuando Rory cerró sin hacer ruido la puerta del camarote, no le sorprendió oír el crujido de la litera de su prima y una voz somnolienta que decía:

—Has vuelto sana y salva. ¿Cómo te ha ido la visita clandestina?

Se dejó caer a los pies de la litera de su prima.

—Creo que lo amo, Constance. Y creo que él me ama. Nos detuvimos antes de llegar a poner en peligro mi virginidad, pero he aprendido que hay mucho que se puede hacer sin llegar demasiado lejos. —Sonrió al recordar mientras sentía un hormigueo en algunas partes de su cuerpo que era mejor no nombrar.

—Me alegro —dijo Constance con suavidad—. Ha sido peligroso que te encuentres con él, pero dado que nos queda tan poco tiempo para el final del viaje, creo que has hecho bien en arriesgarte.

Rory se dio media vuelta, pero apenas si distinguía el pálido óvalo de la cara de su prima.

—¿Y tú, Constance? También tienes un hombre por el que sientes algo y eres viuda. ¿Por qué no aprovechar tus circunstancias?

—¡No lo había pensado! —exclamó Constance, sorprendida—. Tú eres la aventurera, no yo. Pero quizás esta vez debería ser imprudente. ¿Crees que Jason estará interesado?

—¡Por supuesto que sí! He visto cómo te mira. ¡Aprovecha el momento, prima, y aprovéchate de ese hombre! —Rory apretó los labios—. Durante la próxima semana más o menos, podemos ser dueñas de nuestros propios cuerpos si tenemos el cuidado suficiente para que no nos descubran.

Constance respiró hondo.

—Quizá... Quizá tenga el coraje de proponérselo mañana cuando visitemos a los animales en la bodega.

Al recordar el funeral, Rory dijo:

—Puede que tengas que visitarlo más tarde de lo habitual. Gabriel me ha dicho que mañana por la mañana enterrarán en el mar a los soldados que murieron. Le he preguntado si podemos asistir y cree que nos lo permitirán.

Constance soltó un gemido angustiado.

—La verdad es que no había pensado en el destino de los hombres que murieron, pero, por supuesto, es necesario. Espero que podamos asistir para presentar nuestros respetos.

—Sin mencionar que será interesante. ¡Materia prima para nuestras historias de aventuras! —Rory esbozó una sonrisa torcida en la oscuridad—. Somos incorregibles, ¿verdad?

—Prefiero pensar que somos creativas —respondió Constance con dignidad—. Hemos recopilado una gran cantidad de material en este viaje, ¿no? Ese es el lado positivo de esta situación.

—Desde luego. —Rory se puso de pie, bostezando de nuevo antes de subir a su litera. El lado positivo de una situación muy negra. Pero mejor algo positivo, por poco que fuera, que nada.



Rory se despertó después de haber pasado toda la noche teniendo sueños muy reales y se encontró a Constance ya vestida y leyendo una nota.

—Acaban de entregarnos este mensaje —dijo su prima—. Tu capitán dice que podemos asistir al funeral y que nuestra presencia será bien recibida.

Rory bostezó y bajó de la litera superior.

—¿Falta mucho?

—Creo que no. La ceremonia se anunciará con la campana del barco.

—En ese caso, será mejor que me vista.

Mientras Constance se acurrucaba de nuevo en su litera para dejarle espacio, Rory se puso un vestido azul oscuro al que le añadió un sobrio chal. A continuación, se cubrió la cabeza con el pañuelo de tal forma que solo se le veían los ojos y un poco de las cejas. Constance había hecho lo mismo.

—Lamento la muerte de tres hombres valientes, pero creo que esto va a ser interesante —dijo Constance mientras se ponía los guantes.

—Ambas tenemos demasiada curiosidad, por eso estamos aquí —dijo Rory con una sonrisa, recordando cómo Gabriel se había burlado de ella llamándola «cotilla morbosa» con un tono de voz que hizo que pareciera un apelativo cariñoso—. Es hora de que subamos a la cubierta superior.

El mar estaba revuelto y tuvieron que sujetarse a la barandilla del pasillo cuando salieron del camarote y se dirigieron hacia la escalerilla.

—Parece que se acerca una tormenta.

—Supongo que ya hemos tenido suficiente calma —dijo Constance sin entusiasmo—. Espero que sea solo una tormenta normal y corriente, no como la que nos azotó cuando estábamos cruzando el océano Índico. Rogué a Dios que me acogiera en su seno aquella vez.

—Aquella fue una tormenta espantosa —convino Rory—. Pero sobrevivimos. —La Céfiro se escoró mucho hacia babor y se sujetó a la barandilla otra vez.

—¿Crees que se pospondrá la ceremonia? —preguntó Constance.

—El capitán dijo que la costumbre es enterrar al difunto lo antes posible. Creo que la ceremonia no es demasiado larga, por lo que podría terminar antes de que llegue la tormenta.

Mientras subían a la cubierta principal, la campana del barco comenzó a sonar con la lenta

solemnidad de una antigua iglesia. En la parte superior de la escalerilla, fueron recibidas por un cielo encapotado y un fuerte viento que arrastraba las gotas de lluvia.

Gabriel estaba en el alcázar examinando el cielo. Daba órdenes a su segundo de a bordo con el ceño fruncido. El segundo de a bordo transmitió más órdenes, y los marineros comenzaron a arriar las jarcias y las velas.

Rory había pasado el tiempo suficiente en el mar como para saber que recoger las velas era la mejor manera de lidiar con el mal tiempo. Hacerlo en ese momento no solo prepararía el barco para la tempestad que se avecinaba, sino que lo inmovilizaría para la solemne ceremonia que estaba a punto de comenzar.

Jason Landers las vio y se acercó con una sonrisa especial para Constance.

—Señoras, permítanme acompañarlas a la plataforma que parte del alcázar. Tendrán una buena vista de la ceremonia y estarán más protegidas de las inclemencias climatológicas.

Además de que su presencia pasaría más desapercibida en caso de que a algunos de los hombres de Malek les molestara la escandalosa presencia de las mujeres. Siguió a Jason al área que él había sugerido. Tal como les había asegurado, estaban protegidas del viento. Él se quedó junto a ellas, seguramente por orden de Gabriel, para asegurarse de que no sucedía ningún contratiempo.

Se habían retirado algunos balaustres en la borda de estribor y, a juzgar por las voces bajas que Rory escuchó desde el timón, el barco estaba virando para que ese costado mirase a La Meca. Los miembros de la tripulación de la Céforo que no se encontraban de servicio habían formado filas, con expresión seria.

Gabriel se unió a ellos con su uniforme azul marino. No se vio a ninguno de los hombres de Malek hasta que se oyó el sonido lento y triste de un tambor. Liderados por Malek, los soldados subieron la escalerilla de acceso a cubierta en una columna de a dos, portando a hombros los cuerpos envueltos en sudarios. Rory contuvo el aliento, con la esperanza de que el movimiento del barco no causara problemas, pero los soldados consiguieron mantener el equilibrio.

Dejaron los cuerpos con cuidado en la cubierta. Las tropas de Malek los rodearon y entonaron una oración fúnebre. Después levantaron el primer cuerpo y lo llevaron al hueco que habían abierto en la barandilla. El imán, Hajji Asad, un hombre mayor de aspecto digno, le hizo un gesto con la cabeza a Malek.

Primero Malek y después Gabriel homenajearon brevemente el coraje y el honor de los guerreros caídos. El imán entonó una breve oración y el primer cuerpo fue lanzado al mar, hundiéndose con rapidez gracias al lastre que habían colocado en el interior de los sudarios. La tripulación del barco saludó, y varios católicos se santiguaron.

El segundo cuerpo recibió el mismo ritual serio. El viento arreciaba, igual que lo hacían las ráfagas de lluvia.

Casi todos observaban la ceremonia, pero preocupada por el empeoramiento, Rory echó un vistazo al mar. A babor distinguió una extraña espiral de agua oscura que ascendía hacia el cielo.

Se preguntó si se estaba formando un remolino.

—Señor Landers —dijo en voz baja—, ¿es normal lo que se ve allí a lo lejos, a babor?

Jason miró en la dirección que ella indicaba y contuvo el aliento. Acto seguido, se acercó a Gabriel y le habló en voz baja y tensa. Gabriel frunció el ceño y miró a babor.

Habían llevado el tercer cuerpo a la borda y el imán estaba rezando cuando ocurrió el desastre. Una ráfaga de viento y agua hizo que la Céfiro se escorase a estribor con tanta violencia que los hombres y varios objetos rodaron por la cubierta.

Rory y Constance cayeron al suelo, y Rory se deslizó hacia la sección abierta de la barandilla.

—¡Rory! —Constance logró agarrarse con una mano a la barandilla de la borda mientras se estiraba para agarrar con la otra la muñeca de Rory. En el proceso, casi le dislocó el hombro, pero apenas se dio cuenta dado que la abrumó el pánico de lo que podría haber sucedido.

Mientras se arrastraba hacia su prima, el tercer cadáver salió disparado por la borda hacia el mar. Y el imán cayó tras él.

—¡Hajji Asad! —gritó Gabriel mientras se lanzaba hacia el hueco.

A Rory casi se le paró el corazón cuando lo vio ir tras el imán. Justo a tiempo, Gabriel consiguió agarrarle la túnica suelta y tiró de él hacia la seguridad de la nave, pero su posición aún era precaria. Malek, que estaba a un par de metros detrás de Gabriel, se acercó para añadir su fuerza y tras sujetarse a la barandilla ayudó a Gabriel a llevar al imán de vuelta a la cubierta.

Aunque el rescate sucedió en un abrir y cerrar de ojos, los gritos y los chillidos anunciaron que había otros daños. Dos tripulantes corrieron hacia la sección de la barandilla que habían quitado para ponerla otra vez en su sitio, justo a tiempo de evitar que uno de los soldados de Malek cayera por la borda.

El barco se estaba enderezando y nadie más parecía estar en peligro de caerse al mar. Cuando Rory se puso en pie, clavó de nuevo la mirada en la especie de espiral que había visto en el agua. Espantada, vio que el agua que ascendía de la superficie del mar había conectado con la parte inferior de un nubarrón de tormenta. A su lado ascendía otra. Rory había visto mangas marinas antes, pero habían sido pequeñas e inofensivas en comparación con esos monstruos.

Gabriel había perdido el sombrero, que había salido volando por la borda, y el viento le agitaba el pelo, pero no quedó duda de quién era el capitán cuando gritó:

—¡Bajad todos de los palos a cubierta, inmediatamente! Malek, lleva a tus hombres abajo. ¡Landers, lleve a las damas a su camarote, luego baje a la bodega y saque el agua del tanque de los hipopótamos!

Tras dar las órdenes, Gabriel dio media vuelta y corrió hacia el timón. La nave se escoraba con tanta violencia que el timonel no podía controlar el timón y la Céfiro corría el grave peligro de zozobrar. Cuando llegó al timón, agregó su fuerza y entre los dos fueron capaces de girar el timón a babor. La Céfiro fue virando despacio hasta tomar un rumbo más estable.

Jason Landers obedeció las órdenes de su capitán y agarró a Constance y Rory.

—¡Bajo cubierta ya!

Las llevó a la escalerilla más cercana a través del caos que reinaba a su alrededor. ¡Todo había sucedido muy rápido!

Mientras bajaban la escalerilla a trompicones, Rory recibió el golpe de varios objetos voladores. ¡Peces! Pececillos que las mangas marinas debían de haber arrastrado para lanzarlos por el aire. Azorada por lo que pasaba, se preguntó si los servirían para la cena en caso de que el barco siguiera a flote.

Mientras esquivaba un pececillo plateado, preguntó:

—Señor Landers, ¿el peso del tanque de hipopótamos está desequilibrando el barco?

—Sí —contestó él con expresión seria—. Las mangas marinas de ese tamaño no son habituales, pero pueden hacer que un barco desaparezca sin dejar rastro. Al capitán y a mí nos preocupaba que el peso del agua del tanque fuera un problema si nos encontrábamos con una tormenta fuerte, así que instalamos una bomba justo al lado. Con las velas recogidas, deberíamos ser capaces de librarnos de esta.

—¿Las mangas duran mucho? —preguntó Constance con inseguridad.

—Por suerte, no. Solo tenemos que mantenernos a flote hasta que desaparezcan. Ahora tengo que bajar a la bodega y bombear el agua antes de que el barco se vaya a pique —dijo enérgicamente—. Ustedes dos vayan a su camarote y esperen hasta que el mar vuelva a la normalidad.

Sin añadir nada más, se dio media vuelta y bajó el siguiente tramo de escaleras a toda prisa, mientras se agarraba a la barandilla para no romperse el cuello.

El barco seguía balanceándose, así que Rory y Constance se sujetaron a la barandilla del pasillo, mientras los soldados y los marineros corrían por cubierta y bajaban las escalerillas, pasando a su lado, en busca de refugio bajo cubierta. Oían los golpes de los objetos que se movían de un lado para otro, pero el ruido disminuyó a medida que los hombres los iban asegurando.

Rory respiró y se dijo que lo peor ya había pasado. Probablemente.

—¡Gracias por atraparme! Incluso un harén es preferible a terminar como alimento para los peces.

Constance esbozó una sonrisa torcida.

—Si no lo hubiera hecho yo, lo habría hecho tu capitán. Es impresionante en acción, ¿verdad que sí?

—Desde luego. ¿Cómo estás? Creo que van a salirme moratones en lugares que es mejor no nombrar, pero nada grave.

—Yo estoy igual. Pero como yo tengo más carnes que tú, seguramente reboto mejor.

Como ya podía respirar con más tranquilidad, Rory oyó los balidos y los chillidos frenéticos de los animales procedentes de la bodega.

—Voy a ver a los animales. Tal vez ayude a tranquilizarlos. Deben de estar aterrorizados.

—Te acompaño —dijo Constance con firmeza—. Soy casi tan buena con ellos como tú. Por no mencionar que no me apetece sentarme sola en el camarote, aterrada, pensando solo en lo que podría suceder.

—Hacer algo útil debería ayudar a mantener el miedo a raya —convino Rory—. ¡Bajemos! ¡Y agárrate a la barandilla! Solo nos faltaba partirnos algún hueso.

Constance sonrió y dejó a la vista un hoyuelo.

—Tal vez eso disminuiría nuestro valor de mercado.

Rory sonrió mientras bajaba los escalones, aferrando la barandilla con la mano derecha. La posibilidad de acabar con un hueso roto no era ninguna broma. Varios de los hombres de Malek se protegían la cabeza, los brazos y las piernas, que se habían herido, mientras bajaban.

Tuvo un momento de pánico al imaginarse que el barco se hundía y las dos quedaban atrapadas en la bodega y se ahogaban. Respiró hondo y se recordó que se ahogarían incluso estando en la cubierta superior. El lugar y la hora exactos serían simplemente un detalle.

Otro tramo de escaleras y cuanto más se acercaban a la bodega, más fuertes eran las quejas de los animales. Llegaron a la bodega solo un par de minutos después que Jason Landers, pero él y algunos de los cuidadores de los animales ya estaban usando la bomba para drenar el agua del tanque, que se agitaba violentamente. Los hipopótamos chillaban, frenéticos, y aunque eran pigmeos, seguían siendo muy grandes y pesados mientras daban vueltas por su tanque. Ojalá que no se hicieran daño, pensó ella.

Con cuidado de no entorpecer a Jason y a los cuidadores de los animales, su prima y ella rodearon el tanque de los hipopótamos y salieron al pasillo que discurría entre los recintos de los otros animales.

—Visitaré las cabras —dijo Constance—. Siempre han sido mis animales favoritos.

Abrió la puerta y entró, cerrándola tras ella. Acto seguido, se dejó caer en el heno y abrió los brazos. Las cabritillas se abalanzaron sobre ella mientras balaban con desesperación y ella las abrazaba.

—Venid con mamá —canturreó—. Estáis a salvo aquí.

Su prima sería una preciosa Virgen de las Cabras. Con una sonrisa, Rory siguió su camino. Incapaces de mantenerse en pie por los movimientos del barco, los avestruces se acurrucaban todos juntos en un rincón de su recinto. Parecían poderosos montículos de plumas negras y, aunque estaban muy molestos, no vio heridas aparentes.

El león caminaba de un lado a otro y rugía cada cierto tiempo a modo de estremecedora amenaza. Rory dio un respingo. ¡Mejor dejar a Ghazi en manos de los expertos!

Los burritos no estaban contentos, pero no parecían tan molestos como los caballos miniatura, que no dejaban de moverse por su recinto, sudando y frenéticos. Uno de ellos cojeaba.

Como tenía debilidad por los caballos miniatura, entró en su recinto y se sentó con la espalda apoyada en la cerca de madera que formaba la pared frontal.

—Venid aquí, preciosos míos —les dijo con voz melosa—. Pronto pasará, no os hagáis daño.

Continuó hablando en voz baja. El primero en acercarse fue el caballo que cojeaba. Supuso que se había golpeado una pata, pero no parecía que se la hubiera roto. Estaba temblando, pero a medida que le acariciaba el hocico y las crines, empezó a relajarse y se pegó a ella. Otro caballo se acercó como si estuviera celoso y le dio un cabezazo.

—Por supuesto que estás preocupado, amiguito —murmuró mientras le rascaba entre las puntiagudas orejas—. Ha sido una mañana muy difícil.

Pronto se calmó y al cabo de un momento los cuatro caballos miniatura la rodearon. Estaban más seguros tumbados en la paja que de pie. La Céfiro seguía balanceándose, pero tal vez no tan bruscamente como antes.

Los hombres que hablaban junto al recinto de los hipopótamos parecían menos preocupados. Debían de haber bombeado el agua para que ya no desestabilizara el barco. Se recostó contra la pared y se relajó mientras continuaba acariciando a los caballos. Si tenía oportunidad de escribir más historias, ¡tendría mucho material entre el que elegir!



Gabriel nunca había visto el mar tan violento y peligroso, por lo que permaneció al timón hasta que la feroz tormenta se alejó, las mangas marinas desaparecieron y la Céfiro se estabilizó. Para entonces, era media tarde, pero necesitaba inspeccionar el barco antes de comer o de descansar.

Como seguía lloviendo y ya estaba calado hasta los huesos, no se molestó en cambiarse, aunque se pasó un momento por su camarote para coger otro sombrero. Encontró a Susto acurrucado en su cama, infeliz pero a salvo. Se alegró de verlo, porque le había cogido cariño al animal.

Cuando comenzó su inspección, descubrió que una de las velas más pequeñas estaba rasgada y sería imposible de reparar, pero haberlas arriado pronto había salvado a las demás y ningún mástil había sufrido daños graves. Habían perdido una jaula de gallinas y un buen número de pequeños objetos al caer por la borda, pero era un tributo al buen hacer de su tripulación con los nudos porque tampoco habían perdido gran cosa. Ya habían recogido los peces que habían caído del cielo y la cubierta principal había recuperado casi la normalidad.

Hizo un recorrido metódico por las cubiertas inferiores, e incluso se acercó al camarote que compartían las damas. Frunció el ceño porque no le abrieron la puerta cuando llamó. Sin embargo, pensó que debían estar bien; había visto a Jason acompañarlas bajo cubierta. Puesto que ambas eran muy curiosas, supuso que se habían ido a explorar después de que pasara lo peor de la tormenta.

Se detuvo en la cocina y cogió un trozo de queso antes de seguir con la inspección. Habló con Malek y sus oficiales, comprobó los daños, pero aún no había ni rastro de las damas. Se recordó que un barco tenía muchos recovecos y descendió a la bodega. Allí encontró a Jason Landers y a la mayoría de los cuidadores de los animales trabajando para reparar el tanque de los hipopótamos, que había sufrido graves daños.

—Buen trabajo, señor Landers —dijo con formalidad—. Noté que el barco se estabilizaba en cuanto se sacó el agua. Tal vez no habríamos sobrevivido si no se hubiera hecho tan rápido.

Jason, que estaba tan empapado como Gabriel, dijo:

—Me alegro de que estuviéramos preparados para lo peor, de modo que la bomba estuviera ya instalada. —Señaló el tanque—. Como puede ver, el recinto de los hipopótamos necesita reparaciones. Las pobres bestias no han parado de golpearse contra las paredes. Ha sido duro

para ellos, pero peor para las paredes.

—¿Han salido ilesos?

—Eso dicen sus cuidadores, pero siguen inquietos. Como puede ver, están todos juntos.

El encargado de los cuidadores se acercó a Gabriel, gesticulando y hablando tan rápido que tuvo que pedirle que hablara más despacio.

Después de escucharlo y de hacerle un par de preguntas, le dijo a Landers:

—Los hipopótamos necesitan agua para sobrevivir. Pueden tolerar cierta cantidad de agua salada, pero se debe mezclar con agua dulce para mantenerlos saludables.

Landers suspiró.

—Menos mal que tenemos suficientes provisiones de agua. Dígale que podemos hacerlo y que, tan pronto como se reparen las paredes del recinto, empezaremos a bajar cubos de agua que arrojaremos sobre los animales para llenar de nuevo el tanque. —Eché un vistazo hacia los enormes hipopótamos, que seguían acurrucados—. Los pobres animales no pidieron esto.

—Tampoco nosotros —replicó Gabriel con seriedad—. ¿Sabe dónde están las damas? No están en su camarote.

Landers sonrió.

—Bajaron para ayudar a tranquilizar a los animales e hicieron un buen trabajo. —Señaló por el pasillo hacia la popa y después siguió supervisando las reparaciones del recinto.

Consciente de que debería haberlo supuesto, Gabriel se adentró en la bodega. Primero encontró a Constance Hollings, rodeada de cabras.

—¿Señorita Hollings?

Ella levantó la vista con una sonrisa. El pañuelo que le cubría la cabeza se le había caído sobre los hombros y una de las cabras lo estaba mordisqueando.

—¡Hola, capitán! Gracias por mantener el barco a flote.

—Tenía un interés personal en nuestra supervivencia —replicó—. Tal vez quiera quitarle el pañuelo a esa cabritilla negra.

Constance rio y le quitó el pañuelo al animal.

—Gracias, lo necesito para seguir manteniendo un aspecto respetable.

—¿Su compañera de travesuras también está aquí abajo? —le preguntó.

—Búsquela en el recinto de los caballos. O posiblemente esté con los burritos.

Gabriel hizo exactamente eso y encontró a su radiante dama, cubierta de paja y rodeada de los caballitos de color gris plateado. Al igual que Constance, se había bajado el pañuelo. Estaba recostada contra la pared y parecía estar dormida, así que se apoyó en el cercado.

—¿Lady Aurora? —la llamó suavemente.

Ella abrió los ojos y lo miró con una sonrisa arrebatadora.

—Mi capitán. Me alegra ver que has salido indemne de la tormenta. Aunque pareces un poco mojado. —Le indicó con un gesto que se sentara con ella sobre la paja, a su lado—. Únete a mí y descansa un momento. Me imagino que has estado trabajando sin parar todo el día.

Aceptó su sugerencia y se dejó caer en la paja después de apartar con suavidad a uno de los caballitos. Desde luego que estaba mojado, porque dejó un charquito de agua cuando se apoyó en la pared al sentarse.

—Es lo que se supone que debe hacer un capitán. —Al recordar que había cogido un trozo de queso, se lo sacó del bolsillo, lo partió en dos y le ofreció la mitad—. Debes de tener hambre. Apagaron el fuego de la cocina cuando el barco empezó a zarandearse, pero ahora que ha pasado todo, el cocinero está de nuevo trabajando y ha prometido preparar una comida caliente.

—¡Gracias, estoy famélica! —exclamó ella al tiempo que alejaba el queso de un caballito muy interesado en él. Le dio un bocado al queso—. Déjame adivinar. ¿Sopa de pescado con pescado fresquísimo?

Gabriel se echó a reír.

—Creo que tienes razón. Había oído historias sobre lluvias de peces, pero nunca lo había visto. Cuando dejé el timón, ya habían recogido todos los peces de la cubierta. A estas alturas deben de estar haciendo un buen caldo.

—Nunca había visto nada como esas mangas marinas —dijo ella con un estremecimiento—. No sabía que podían aparecer en grupos.

—He contado cinco. —Le dio un bocado al queso—. Es raro, pero hay antecedentes. Hace varios siglos se produjo una violenta tormenta con varias mangas marinas en el puerto de La Valeta, en Malta. Varios barcos se hundieron, muchas personas murieron y hubo muchísimos daños.

Ella se estremeció otra vez.

—¿La Céfiro ha sufrido muchos daños?

—Sorprendentemente, no. Hemos perdido una vela y una jaula de gallinas, y hay algunos marineros con huesos rotos y contusiones, pero es un milagro que nadie haya muerto.

—Habríamos perdido al imán de no ser por tu rápida intervención. —Ella lo miró muy seria—. Y también podríamos haberte perdido a ti.

—Lo que podría haber sido no tiene importancia, salvo como tema de conversación durante la cena. —Puesto que estaban en un lugar bastante íntimo, movió la mano para agarrar la suya sobre la paja y añadió bajando la voz—: Sigo pensando en lo que podría hacerse para rescataros a tu prima y a ti. En cuanto lleguemos a Constantinopla, iré a la embajada británica. Se dice que es grande porque es una zona de paso para muchos visitantes británicos. Puesto que soy cónsul temporal en Argel, hablaré con el embajador y veré si puede ejercer alguna influencia en una situación como la tuya.

—Tal vez, aunque por lo que tengo entendido del Imperio otomano, a sus líderes les preocupa muy poco la opinión de los países de Europa occidental. —Masticó y tragó el último bocado de queso—. El destino de la familia de Malek, el de Constance, el mío y el de la tripulación de la Dama de Devon están unidos. No sé si será posible liberar a uno de nosotros sin liberar a todos o si al final será imposible liberarnos.

—Puede que tengas razón —repuso con un deje sombrío—. Pero aunque solo se pueda liberar a unos pocos, eso será mejor que nada.

Rory le dio un apretón en la mano.

—No mueras en el intento, Gabriel —dijo en voz baja—. Prefiero estar en un harén y saber que estás vivo a tener mi libertad a cambio de tu vida.

Clavó la vista en esos hipnóticos ojos azules y se asombró al comprender lo rápido que había llegado a conocerlo.

—Tengo la sensación de que cuando lleguemos a Constantinopla la situación será volátil. Cualquier cosa puede suceder y el éxito dependerá de si sabemos aprovechar cualquier oportunidad que surja.

—Estoy segura de que eres bueno en eso. —Ella bajó la mirada—. Hoy acabarás agotado. ¿Crees que te gustaría tener compañía esta noche? ¿Ya tarde?

Se le aceleró el pulso al oírla.

—Nada me gustaría más, milady. Pero ten cuidado.

—Lo tendré. —Sonrió con tristeza—. Sería mucho más sensato encerrarme en el camarote con Constance. Pero nunca he destacado por mi sensatez.

—Una de las razones por las que eres tan irresistible. —Quería besarla desesperadamente, pero eso podría conducir a que los descubrieran y de ahí al desastre. En cambio, él le tomó la cara con una mano y se perdió en su mirada—. El deber me llama. Te veré más tarde.

—Desde luego. —Su sonrisa era una promesa íntima.

La sopa de pescado que sirvieron esa noche para la cena fue excelente. Con un pescado fresquísimo.



El sol estaba a punto de ponerse cuando terminaron de reparar el recinto de los hipopótamos. Jason no hablaba el mismo idioma que los cuidadores de los animales que lo ayudaron a repararlo, pero eran buenos trabajadores. Le encantaría sentarse con ellos para tomarse una cerveza cualquier día, pero según tenía entendido los musulmanes tenían prohibido beber alcohol.

No sabían lo que se perdían. De vuelta en su camarote, lo esperaba una excelente botella de brandi que el capitán le había regalado en su último cumpleaños. La guardaba para ocasiones especiales, y estaba convencido de que sobrevivir a la tormenta más peligrosa que había vivido en el mar se podía considerar como tal.

Habían reparado el recinto de los hipopótamos y habían bajado agua dulce de las reservas del barco para echársela por encima a los animales. Añadir agua de mar hasta un nivel adecuado para que los hipopótamos estuvieran contentos sería fácil, ya que estaban rodeados de ella.

Dejó a los animales en manos de sus cuidadores argelinos y antes de salir de la bodega, decidió pasar por el recinto de las cabras. No había visto a Constance salir de la bodega, aunque tal vez no se había dado cuenta mientras trabajaba. Por suerte, ella todavía estaba allí, rodeada de cabras. Parecía bastante contenta.

Abrió la puerta con una sonrisa y entró.

—¿Necesitas ayuda para liberarte de tus amiguitas?

Ella alzó la vista con una sonrisa muy dulce en los labios que le llegó directa al corazón.

—Te lo agradecería. ¡Estoy tan entumecida por todo el tiempo que llevo sentada aquí y por sujetarme a los barrotos para evitar el zarandeo del barco que no sé si seré capaz de ponerme de pie!

Jason le tendió una mano al reconocer la invitación. Ella se la agarró con firmeza y se puso de pie con agilidad. Las cabras decidieron que era hora de jugar y comenzaron a corretear por el recinto.

—Me temo que una de las cabras ha roto tu pañuelo —le dijo, contrita, mientras le enseñaba el borde mordisqueado.

—Me alegro de que no haya comido más. —Le soltó la mano con reticencia—. Pero el pañuelo es tuyo, no mío. Fue un regalo.

—Gracias. —Acarició los sedosos pliegues—. Lo guardaré siempre como un tesoro. —La

mirada que le dirigió le dijo, sin palabras, que sería un recuerdo suyo, aunque tuviera que pasarse la vida como esclava en un harén.

Abrió la puerta del recinto y evitó que dos de las cabras miniatura salieran detrás de Constance. Una vez que los animalillos estuvieron encerrados, ella se detuvo para colocarse el pañuelo de manera que le cubriera la cabeza y la cara.

—La acompañaré a su camarote, señorita Hollings —dijo con mucha formalidad por si había alguien cerca.

—Gracias, señor. Aunque me imagino que todos a bordo están demasiado agotados como para intentar algo —dijo con una sonrisa cansada.

—Es cierto, pero tengo la orden de no poner en peligro su seguridad.

Mientras se dirigían hacia la escalerilla, deseó llevarla del brazo, pero el capitán le había dejado muy claro que era necesario que no los vieran tocando a ninguna de las damas; cualquier gesto que percibieran como escandaloso podía ser contraproducente para ellos.

Aunque entendía la necesidad, ansiaba tratar a Constance como si fuera una mujer querida de su misma cultura. Quería ofrecerle el brazo y hablar con ella con tranquilidad cada vez que le apeteciera. Quería besarla discretamente y saber que, si los sorprendían, se mostrarían indulgentes en vez de airados.

En cambio, se mantuvo a una distancia prudente mientras subían la escalerilla y enfilaban el pasillo que conducía al camarote que compartía con lady Aurora.

Mientras caminaban el uno delante del otro porque el pasillo era muy estrecho, ella le preguntó:

—Su camarote también está aquí, ¿cierto?

—Sí, aunque por tamaño parece más un baúl de viaje que un camarote —le contestó con una sonrisa—. Pero al menos es para mí solo. Tuvimos que hacer muchos cambios cuando llegaron los hombres de Malek, ya que sus oficiales superiores necesitaban camarotes.

—¿Su camarote es más pequeño que el nuestro? —le preguntó ella con un brillo travieso en los ojos—. No lo habría creído posible. ¿Puedo echarle un vistazo?

Miró a un lado y otro del pasillo, pero comprobó que no había nadie.

—Si le apetece, pero no es nada del otro mundo. —La llevó hasta su puerta y la abrió con una floritura para revelar el interior—. ¡Bienvenida a mi castillo!

Por suerte, lo había dejado todo recogido porque era demasiado pequeño para permitir mucho desorden.

Ella echó un vistazo al interior.

—¡Dios mío, lo del tamaño no era ninguna broma! ¿El armario situado sobre la litera se puede quitar para colocar otra litera si es necesario?

—Sí, exactamente. Un barco necesita flexibilidad. —Cerró la puerta y le echó la llave—. Igual que ha sucedido con el camarote temporal que se ha construido para Malek Reis en los aposentos del capitán.

Ella alzó la vista para mirarlo y dijo en voz muy baja, tuteándolo:

—¿Alguna vez has deseado un poco de compañía por la noche?

Sorprendido, contestó con tiento.

—Depende de la compañía... Algunos visitantes serían muy bien recibidos.

Ella siguió mirándolo a los ojos, lo bastante como para demostrar que hablaba en serio.

—Es posible que esta noche reciba una visita.

Constance recorrió de nuevo el pasillo hacia su propio camarote, pero antes de desaparecer de la vista, se dio media vuelta y esos ojos verdosos lo miraron con expresión seria.

Jason decidió entrar un momento a su camarote para recuperar la compostura. ¿La imprudencia de Constance se debía a lo negro que parecía su futuro? Fuera cual fuese el motivo, daría diez años de su vida con tal de poder estar a solas con ella. Para hablar, para cogerla de la mano y quizás incluso para besarla.

Cualquier cosa, lo que fuera, que poder atesorar.

Mantener al día el cuaderno de bitácora solía llevar apenas unos minutos, pero los eventos de un día con entierros en el mar y mangas marinas requerían un poco más de tiempo. Como siempre, Gabriel estaba trabajando en su sala de reuniones, ya que su camarote no contaba con suficiente espacio como para poner una mesa.

Estaba acabando de escribir los acontecimientos del día cuando Malek, con aspecto agotado, apareció por los escalones que conducían a la zona común que compartían. A Gabriel no le habría sorprendido que lo saludara con un simple gesto, pero en cambio se acercó y se dejó caer en la silla situada al otro lado de su mesa.

Gabriel limpió la pluma y la colocó en el plumero.

—¿Hay algo que tus hombres o tú necesitéis? Hemos reparado los peores daños provocados por la tormenta, pero sin duda habrá más que todavía no hemos visto.

Malek hizo un gesto para quitarle hierro al asunto.

—Nada importante. Tu barco y tu tripulación habéis hecho un trabajo extraordinario al capear la tormenta. De lo que quiero hablar es de lo que va a suceder cuando llegemos a Constantinopla.

Gabriel se quedó muy quieto.

—¿Cómo piensas negociar con Gürkan?

—Solo he sido capaz de organizar un plan de lo más simple: ir a verlo acompañado por dos o tres de mis soldados, los suficientes para que parezca una escolta apropiada pero sin parecer una amenaza. Después le diré que le he traído unos regalos que le entregaré a cambio de la liberación de mi familia: la gran cantidad de dinero, que no será tan grande como le gustaría; los animales exóticos e interesantes para su zoológico, y después le suplicaré. —Malek sonrió sin humor—. Le encantará verme suplicar porque sabe muy bien que detestará hacerlo.

—¿En qué momento aparecen las damas inglesas? —le preguntó Gabriel con voz acerada—. ¿Las incluyes con los animales para el zoológico?

Malek negó con la cabeza.

—Te prometí que intentaría evitar negociar con ellas. Serán el último de los regalos que le ofreceré.

—¡Maldición! —exclamó él—. Dijiste que, si era necesario, las venderías al precio más alto posible para recaudar más dinero. Por mucho que deteste esa idea, ¿sería preferible a convertirse en la posesión de un bruto como Gürkan!

—Eso es lo que pensé, pero recordé que a mi primo le gustan las europeas rubias, así que ofrecérselas directamente podría ser más persuasivo que darle el dinero sin más. Le encantará lady Aurora por su pelo trigueño. —Como Gabriel maldijo de nuevo, Malek señaló—: Por lo menos podrán estar juntas. He visto que son amigas, así que compartir el mismo harén les ofrecerá cierta compensación por su continuo cautiverio.

Gabriel sintió que la ira estaba a punto de apoderarse de él, como le sucedía en plena batalla, pero se obligó a controlarse. Matar a Malek no ayudaría, y ser asesinado por los hombres de Malek dejaría su barco sin un capitán y no beneficiaría en absoluto a las damas.

—¿Darle a Gürkan dos inglesas será suficiente para lograr tu objetivo? —le preguntó con tirantez—. Seguramente te hace responsable de la muerte de su hermano aunque no fuiste tú quien lo mató. ¿Se apaciguará con algo menos que tu muerte?

—Posiblemente no —respondió Malek con calma—. Lo último que puedo ofrecer a cambio de la libertad de mi esposa y de mis hijos es mi vida. Eso podría apaciguarlo como ninguna otra cosa.

La resignación de Malek era escalofriante.

—Soy consciente de que los musulmanes sois fatalistas, pero estoy seguro de que tu familia preferiría tenerte vivo y con ellos en vez de que te ofrecieras como un sacrificio para que ellos recuperen la libertad.

En los ojos oscuros de Malek brilló el sufrimiento.

—Yo también lo preferiría, pero tal vez no sea posible que todos regresemos sanos y salvos a Argel.

Eso era verdad, pero Gabriel prefería el optimismo al fatalismo.

—¿Forma parte mi muerte de lo que estás dispuesto a ofrecerle a Gürkan? Al fin y al cabo, soy yo quien realmente mató a su hermano.

—Él no lo sabe. Necesito que estés listo para llevar a mi esposa y a mis hijos a Argel antes de que Gürkan pueda cambiar de opinión sobre lo de liberarlos.

Gabriel suspiró.

—Supongo que sabes que tu primo es una víbora mentirosa y cruel capaz de aceptar todo lo que ofrezcas, incluida tu vida, y aun así no liberar a tu familia.

—Soy muy consciente de eso, pero ¿qué otras opciones tengo? Gürkan tiene a Damla y a los niños en su harén, que se encuentra en un gran palacio fortificado en la parte más antigua de la ciudad. La única forma de que mi familia recupere la libertad es que Gürkan lo acepte de forma

voluntaria. —Malek se encogió de hombros y se puso de pie—. Haré lo que sea necesario y confío en que tú también lo hagas.

—¿Incluso si parte del coste es la libertad de las damas?

—Incluso si así lo fuera —contestó Malek con voz acerada—. Las capturé antes de que aparecieras en escena. Son la moneda de cambio para comprar la libertad de mi familia. ¿Llevarás a Damla y a los niños a Argel, aunque tus damas inglesas deban pasar el resto de sus vidas en Constantinopla?

Al menos Malek no disfrutaba del sufrimiento que estaba causando como sí lo haría Gürkan. Gabriel admitió para sus adentros que si Rory fuera su esposa y ella y sus hijos estuvieran cautivos, haría cualquier cosa para liberarlos. Detestaba las situaciones en las que no había una buena solución.

—Si está en mi mano, los llevaré a casa sanos y salvos —dijo con rigidez—. Pero a cambio, te exigiré que cumplas la parte del trato al que llegamos en Argel. Si es posible marcharnos de Constantinopla con tu familia, liberarás a la tripulación de la Dama de Devon. Rory se alegraría, aunque ella misma se quedara como esclava.

—Lo haré. Le dejé instrucciones a mi mayordomo. —Malek esbozó una débil sonrisa—. Si muero, me parece bien que los liberen.

Gabriel se puso en pie.

—Si te sirve de algo, tengo la intención de visitar al embajador británico a fin de averiguar si puede hacer algo para liberar a los súbditos británicos que has esclavizado.

—Visita al embajador británico si lo deseas. Pero no te servirá de nada. Los embajadores europeos tienen poca influencia en la Sublime Puerta.

Malek se dio media vuelta y entró en el camarote, caminando como si cargara con el peso del mundo sobre sus hombros.

Fue un final desgarrador para un día extenuante. Gabriel apagó la lámpara que usaba cuando escribía en el cuaderno de bitácora y cogió otra más pequeña para llevársela a su camarote. ¿Lo visitaría Rory? A esas alturas de la noche, le parecía una esperanza vana.

Sin embargo, cuando entró en su camarote, la vio allí, acurrucada contra el cabecero de su cama, leyendo un libro y con la melena suelta, desparramada, por encima de la bata oscura que llevaba. Cerró la puerta y le echó el pestillo, incapaz de apartar los ojos de ella. Rory le iluminaba la vida como nadie ni nada lo había hecho nunca.

—Pareces exhausto —dijo en voz baja mientras se levantaba de la cama y se acercaba a sus brazos.

La abrazó como si se estuviera ahogando y ella fuera su salvavidas. Era tan cálida, tan sólida, tan real, que le costaba trabajo imaginar que pudieran arrebatársela. Pero también le costaba imaginar que podría detener a una tropa de hombres armados que llegaría para trasladarlas a ella y a su prima a un lugar donde nunca más volverían a ver a nadie de su propio país.

—Malek me ha estado contando su plan, si acaso se le puede llamar así —dijo con voz ronca

—. Está preparado para ofrecer todo lo que tiene, incluida su propia vida y tu libertad, para arrancar a su familia de las garras de Gürkan. Y no creo que haya forma de evitarlo.

—Tal vez no exista esa manera —repuso ella con una voz un tanto trémula—. No cuando Malek tiene el poder y somos extranjeros en una tierra extraña. Sé que harás todo lo que esté en tu mano. Es lo máximo que se puede hacer.

Ella levantó la cara a modo de invitación y él la besó, presa de sus agitadas emociones. Su radiante dama, una estrella fugaz que pronto se alejaría de él para siempre.

Rory respondió al beso con la misma intensidad, y la pasión los devoró con rapidez, aumentando hasta ahogar el pensamiento y la razón. Dieron unos pasos tambaleantes y acabaron en la cama, besándose y acariciándose con frenesí como si el fin del mundo estuviese cerca. Aquella no era la exploración titubeante de la noche anterior, sino la pasión incandescente de unos amantes destinados a estar juntos.

Sin embargo y pese a la locura que se apoderó de ambos, no dieron ese paso final e irrevocable que podría destruirla.

Era lo único que Gabriel podía hacer para protegerla.



Rory ya se había ido, y Constance no esperaba que volviera pronto. Se había aprendido las rondas y el significado de los toques de campana, y sabía a qué hora acababa la guardia Jason Landers, así que pasada esa hora, esperó media más para darle tiempo a volver a su camarote.

Estaba hecha un manojo de nervios. Rory era la aventurera y tuvo que ser ella la que le dijera que, mientras estuvieran en ese barco, disfrutarían de cierto grado de libertad. Dado que deseaba muchísimo pasar más tiempo con Jason, debía aprovechar esa libertad limitada y furtiva. Se acababa el tiempo y al cabo de una semana, más o menos, estarían en Constantinopla.

Con la intención de actuar antes de perder el valor, abrió en silencio la puerta del camarote y se asomó. El pasillo estaba vacío. Había zonas del barco que siempre estaban concurridas, pero esa no era una de ellas. Cerró la puerta con llave, haciendo un chasquido que no podía escucharse a más de un metro de distancia.

Después avanzó por el pasillo sin hacer el menor ruido hacia la puerta de Jason y la abrió. Él abrió de inmediato, con una sonrisa de oreja a oreja un tanto nerviosa en su apuesto rostro, y se echó hacia atrás para dejarla pasar. El camarote era incluso más pequeño que el que compartía con Rory, y Jason ocupaba mucho más espacio.

Él cerró la puerta mientras decía:

—Las personas que visitan mi humilde morada no tienen que esperar mucho, porque puedo abrir la puerta al instante.

Algo que no era del todo cierto, pero se acercaba bastante. Ella sonrió y comenzó a relajarse.

—¿Puedo sentarme en la litera?

—Tendrás que hacerlo ya que no hay sillas —señaló con ironía.

Constance se sentó a los pies de la litera y observó lo que la rodeaba. Le había echado un rápido vistazo antes, pero la diminuta estancia estaba muy ordenada, se utilizaba cada centímetro de espacio y el único objeto personal era un boceto de una familia. Su familia, según comprobó, porque Jason estaba en el centro del sonriente grupo.

—Tu familia parece feliz.

—Pues sí, casi siempre lo somos —convino él—. Lo dibujó una prima mía que es casi tan buena artista como tú. Te caería bien Nancy. Y mi familia te adoraría.

Constance sonrió con un poco de tristeza, a sabiendas de que nunca tendrían la oportunidad

de formarse una opinión sobre ella.

—Te he traído un regalito —le dijo, cambiando de tema—. De un bazar en la India. No tengo muchas cosas, pero quería darte algo para que me recordaras. Como yo tengo el pañuelo que me diste.

—¡Un regalo de mi dama! —Se sentó en el otro extremo de la litera, a un metro de distancia—. Gracias.

Ella le entregó el objeto pequeño envuelto en un trozo de tela.

—Solo es un detalle.

—Pero es tuyo —replicó él mientras apartaba el calicó para dejar a la vista un pequeño hipopótamo de piedra tallada. Estaba pintado de rojo y tenía simbolitos dibujados por el rechoncho cuerpo y una expresión alegre.

Quería disculparse porque era un obsequio muy ridículo, no tendría más de cinco centímetros de largo y... ridículo. Pero Jason sonrió encantado.

—¡Qué simpático! O tal vez sea una hembra. ¿Debería llamarla Constance?

Aliviada, le devolvió la sonrisa.

—Me gustaría pensar que no tengo la misma forma que un hipopótamo—. ¿Qué tal si la llamas Harriet?

—Pues Harriet se queda. —Jason parecía querer besarla, pero se contuvo. Mientras se metía la figurilla en el bolsillo, añadió—: No tengo muchos refrescos que ofrecerle a una dama, pero tengo un buen brandi. ¿Te apetece un vaso? Aguado como es debido.

—Me encantaría —dijo—. ¡Y aguado, por favor! —Beber algo significaba tener las manos ocupadas.

Jason sacó dos vasos y una botella de brandi del armario emplazado sobre la litera y después sirvió un poco en cada vaso antes de añadirles agua, un poco más en el de ella que en el suyo. Le entregó el vaso y levantó el suyo para brindar.

—¡Por la amistad!

—Por la amistad —repitió ella—. Y por los encuentros inesperados.

Sostuvo la mirada de Jason mientras bebía un sorbo de brandi. Aunque aguado, estaba fuerte, pero el sabor era muy agradable.

—Cuéntame tu historia sobre la cabra —le pidió él—. En la que yo solo soy el atrezo.

Sonrió, encantada al ver que él aliviaba la incomodidad del encuentro.

—Es un cuentecillo para niños pequeños. Negrito es un cabritillo huérfano que se crio con terneros, a los que les parecía pequeño e inútil y no sabían qué hacer con él, por lo que no le hacían caso. Como se sentía tan solo, al final se marchó de los pastos donde vivían las vacas para buscar a los suyos.

—¿Lo logró? —quiso saber Jason con expresión pensativa.

—Pues sí, pero no antes de que se cruce con burros, avestruces e hipopótamos y tenga un peligroso encuentro con un león. Él piensa que no hay nadie en el mundo como él... —Se detuvo

de repente con un nudo en la garganta. Clavó la vista en el brandi y añadió—: Estoy revelando mi alma, ¿verdad?

Jason acortó la distancia que los separaba y le pasó un cálido brazo por los hombros.

—Todo el mundo quiere un hogar. Un lugar para estar con los suyos.

—Lo he encontrado con Rory. —Se secó las lágrimas—. Espero que no nos separen en Constantinopla. Sin ella, no tendré a nadie.

El brazo que la rodeaba la estrechó con más fuerza.

—Un corazón tan cariñoso como el tuyo creará un hogar allí donde estés.

—Eso espero —susurró.

Jason le dio un beso fugaz en la sien. Ella miró su rostro fuerte y sincero, encantada con su pelo pelirrojo y las pecas que le salpicaban los pómulos. Era entrañable a la par que deseable, una combinación irresistible.

—No he venido solo para hablar.

La expresión de Jason se tornó seria.

—¿Para qué has venido?

En un alarde de imprudencia, apuró el resto del brandi con la esperanza de que le infundiera valor.

—Soy viuda, y tradicionalmente las viudas gozan de cierta libertad. —Tragó saliva, horrorizada por su descaro, pero lo deseaba tanto que estaba dispuesta a arriesgarse a sufrir la mayor de las humillaciones—. Mi marido era viejo y torpe, y yo no le interesaba mucho como mujer. Sin embargo, su falta de interés fue un alivio para mí. Ahora me enfrento a un futuro como esclava. Aunque sea por una vez en mi vida, me... me gustaría acostarme con un hombre al que deseo.

Él contuvo el aliento y puso los ojos como platos.

—Si me eliges a mí, será el mayor honor que he recibido en la vida.

—Te elijo a ti —replicó con firmeza, sintiéndose más segura—. Solo a ti de entre todos los hombres que he conocido.

—Un honor que no merezco. —Le quitó el vaso de brandi vacío de la mano, lo dejó en la palangana del pequeño lavamanos empotrado y puso el suyo al lado. Acto seguido, le tomó la cara entre las manos y la miró como si estuviera intentando grabarse su rostro en la memoria—. Eres preciosa —murmuró—. Y muy valiente.

—No soy valiente en absoluto. Pero te deseo muchísimo...

Él la besó con suavidad y poco a poco fue aumentando la intensidad. El beso fue todo lo que Constance esperaba y lo que había soñado siempre. Un joven viril al que deseaba y que la correspondía.

Le sangraba el corazón por el hecho de que, en el mejor de los casos, solo lo tendría por unos cuantos días. Pero jamás se arrepentiría de haber aprovechado esa última oportunidad.

Mientras sus manos la recorrían, acariciándola, Constance dijo con un hilo de voz:

—Solo te pido una cosa. —Necesitaba decirlo antes de dejarse llevar por las sensaciones—. No quiero quedarme embarazada. No soportaría tener un hijo nacido en la esclavitud.

Él se estremeció.

—Un hijo mío nacido esclavo. No, eso no sucederá, te lo juro. —Le echó el pelo hacia atrás—. ¡Ahora vamos a aprovecharnos de esta noche y de una litera tan pequeña que nos obligará a echar manos del ingenio para que esto funcione!

Mientras la estrechaba entre sus brazos, Constance soltó una carcajada, que era lo que él pretendía. Tenía razón sobre el tamaño de la litera y el cuidado y el ingenio necesarios para estar juntos en la cama. Pero eso no significaba que acostarse con él no fuera tan maravilloso como había soñado y más. En esa estrecha litera, descubrió la pasión y el amor.

Nadie le arrebataría esos recuerdos mientras viviera.



La Céfiro llegó a Constantinopla al amanecer, y la mayor parte de los tripulantes del barco estaba en la cubierta observando cómo entraban en el enorme puerto de la ciudad. Bizancio, Constantinopla, Estambul, una ciudad de leyenda y de muchos nombres. Sobre el agua flotaban jirones de niebla y los primeros rayos del sol envolvían en un brillo dorado las torres y los minaretes.

Rory y Constance estaban en la proa, vestidas de la forma apropiada y con las cabezas cubierta por los pañuelos. Rory era dolorosamente consciente de que la relativa libertad de estar en un barco británico estaba casi llegando a su fin. Gabriel y ella habían pasado sus noches secretas entre conversaciones y sensualidad, y a veces durmiendo abrazados. Se sentía tan unida a él que le costaba trabajo imaginar que el acto sexual en sí pudiera unirlos aún más, aunque le encantaría descubrirlo.

Echó un vistazo a su izquierda, donde Gabriel estaba mirando hacia el puerto abarrotado. Su expresión controlada era indescifrable, pero cuando sintió su mirada y se la devolvió, vio la desesperación en sus ojos. Pero no podían mostrar sus emociones en público.

—Hemos dejado el estrecho del Bósforo y estamos entrando en el Cuerno de Oro, el puerto de Constantinopla —dijo con calma—. Es un estuario y uno de los mejores puertos del mundo. —Señaló hacia la interminable hilera de barcos, muelles y almacenes que tenían delante—. Todos los tesoros del este y el oeste fluyen por aquí.

—Alguna vez pensé que sería interesante visitar la ciudad. Nunca esperé hacerlo en estas condiciones. —Intentó mantener la voz fría, como debería hacerlo una valiente e indomable dama británica, pero no creyó tener mucho éxito. En cuestión de horas, podrían arrancarla del mundo que conocía y del hombre al que había llegado a amar.

Claro que a él no se lo había dicho. Tal vez su libertad acabase allí, pero la de Gabriel, no. Quizás algún día conocería a otra mujer a la que quisiera y no debería verse lastrado por la culpa porque ella lo había amado y él no había podido salvarla.

Constance se encontraba en un estado similar. La tenía a su derecha y su tensión era palpable a pesar de llevar la cara oculta por el pañuelo. A la derecha de Constance se encontraba Jason Landers con expresión seria. Al igual que Gabriel, se cuidaba mucho de no tocarla.

Malek se mantenía alejado de los británicos, con expresión desolada. Debía de saber que la probabilidad de recuperar a su esposa y a sus hijos era ínfima, si bien seguiría adelante con su

plan aunque los destruyera a todos.

El número de sus guardias, que también observaban su entrada en la ciudad, era un recordatorio del poder que Malek ostentaba. Un poder magnificado por la ciudad que lo rodeaba. La ciudad a su alrededor intensificó ese poder. Eran la Céfiro, su tripulación y sus pasajeros los forasteros en la ciudad, y solo contaban con la limitada seguridad que Constantinopla estaba dispuesta a ofrecerles.

Unos pensamientos desoladores. Rory decidió concentrarse en la esplendorosa ciudad. Había visto el auge y la caída de varias civilizaciones y había sido la capital de dos grandes imperios. Cuando entró por primera vez en Bombay y en Atenas, lo hizo casi dando saltos por la emoción. En ese momento, casi todo lo que sentía era miedo y arrepentimiento.

Aunque Constance y ella no se atrevieran a tocar a sus hombres, sí que podían tocarse entre ellas. Cubrió una de las manos de su prima con la suya y descubrió que tenía los dedos helados, como le sucedía a ella.

Su prima respondió dándole un apretón. Sin importar lo que les aguardara, Constance seguramente lo llevaría mejor que ella. Su prima había sobrevivido a muchas cosas con elegancia y tenacidad. Rezaba para que las dos acabaran en el mismo harén, porque iba a necesitar la fortaleza de su prima.

Un barco del práctico del puerto trasladó a los funcionarios de aduanas y de sanidad y después los llevó a un muelle. En cuanto la Céfiro atracó con todos los permisos en regla, Malek se apartó de la borda y se volvió hacia Gabriel.

—Supongo que, al igual que yo, tienes prisa por empezar. Mi teniente, Mülâzım Boran, es oriundo de esta ciudad. Te buscará un carruaje de alquiler y te llevará a la embajada británica. Yo iré con dos de mis hombres al palacio de Gürkan y solicitaré una audiencia. —Con expresión pétrea, Malek le tendió la mano—. Has sido un buen amigo, Hawkins, para ser un infiel. Que Alá te acompañe.

Tras un apretón de manos, se volvió y se dirigió a la pasarela que conducía al muelle. Gabriel lo vio irse y supo que Malek no veía con optimismo los resultados del encuentro con su primo.

Malek seguramente fuera un tonto, y tal vez el hombre más valiente que Gabriel había conocido.

El palacio de Gürkan era tan lujoso y majestuoso como Malek lo recordaba. Una fortaleza construida hacía mucho tiempo para desafiar a todos los enemigos, que se había expandido en las generaciones más recientes y que estaba amueblada lujosamente para hacer alarde de la riqueza y el poder de sus propietarios.

El abuelo de Malek creció en él, era un hijo menor que se unió al ejército, le fue bien y acabó estableciéndose en Argel. En ese momento Gürkan gobernaba desde el palacio familiar, ejerciendo el poder letal y caprichoso de un sultán con menos poder, pero con más crueldad.

Malek supuso que esa visita solo sería para presentar sus respetos y solicitar una audiencia, pero en cambio su primo lo recibió al instante. Debía de estar ansioso por llevar a cabo los

últimos movimientos del juego en el que habían estado enzarzados la mitad de sus vidas.

Como era de esperar, desarmaron a sus dos hombres y a él, y los dejaron en el salón recibidor menos lujoso. No les ofrecieron refrescos pese al calor cada vez más agobiante del día. Malek soportó los insultos estoicamente. Eran meras insignificancias, a las que no había que darles la menor importancia.

A la postre, lo llamaron cuando a su primo se le antojó. Sus hombres no podían acompañarlo. Esa no era una buena señal, pero de nuevo, también lo esperaba.

El salón de recepciones tenía techos de más de cinco metros de altura y estaba decorado suntuosamente con mármol pulido y columnas altísimas. Gürkan saludó a su visitante desde un sillón torneado y dorado que pretendía emular un trono. Sus vestiduras formadas por túnicas de terciopelo y livianos tejidos bordados en oro dejaban bien claro que era un hombre rico y arrogante.

Malek había oído que la aspiración de su primo era convertirse en miembro del poderoso consejo de asesores llamado El Diván. Por el bien del imperio, esperaba que los visires lo rechazasen.

Una preciosa sirvienta, seguramente una concubina, abanicaba a su amo con un enorme abanico de plumas de avestruz. Los diez guardias armados hasta los dientes que observaban al visitante con expresión asesina no resultaban tan tentadores.

Aunque unos años mayor que Malek, que todavía no había cumplido los cuarenta, Gürkan parecía gozar de un lamentable estado de buena salud. Malek le hizo una profunda reverencia.

—Me alegra verte de nuevo, primo, y con tan buena salud. —Había estado ensayando los falsos halagos de antemano para poder decirlos sin que su expresión lo traicionara.

Gürkan inclinó la cabeza con un gesto irónico.

—No puedo decir lo mismo de ti, primo. Se te notan los años.

El comentario dio pie a que Malek dijera:

—Sufro mucho por la ausencia de mi esposa y de mis hijos, primo. Sé que te gusta contar con la presencia de mujeres hermosas y de niños en tu harén, y entiendo que detestes renunciar a ellos, pero los necesito en mi casa. Así que he traído muchos regalos para aliviar la tristeza que sentirás cuando se marchen.

Eso llamó la atención de Gürkan.

—¿Has traído el rescate que te exigí? Me impresionas. Creí que la cantidad estaba muy por encima de tus posibilidades.

—No ha sido fácil, pero mi mayor deseo es complacerte. —Tantas mentiras cuando su verdadero deseo era despedazar a Gürkan y echarle los trozos a Ghazi, el joven león, para que se los comiera. En cambio, hizo una reverencia—: Aunque no he sido capaz de reunir la suma que requeriste, te he traído otros regalos exóticos para compensarte por lo que falta. —Hincó una rodilla frente a Gürkan y, con una floritura, sacó su primer regalo de la bolsa de terciopelo que llevaba—. En primer lugar, un valioso y antiguo reloj francés que toca música para que las

figuritas doradas puedan bailar. —Metió la mano debajo del reloj para activar el mecanismo y después se lo ofreció con ambas manos.

Hecho de metales preciosos y esmaltes bellísimos, era una exquisita pieza de artesanía que tendría un alto precio en cualquier mercado europeo. Malek consiguió el reloj durante sus primeros años como pirata y lo conservó debido a su belleza. Se lo regaló a Damla en el primer aniversario de su boda, porque a ella le encantaba la música y las figuritas que bailaban. Cuando volvieran a casa, lo regañaría por haberlo regalado. Estaba deseando que llegara el momento.

Gürkan sujetó el reloj con ambas manos porque era pesado. Las figuritas, un hombre y una mujer ataviados con las ricas vestimentas de la corte francesa, bailaban al ritmo de la alegre melodía. De repente, Gürkan lo arrojó contra el suelo de mármol haciéndolo añicos, de manera que trozos de las figuritas y del cristal de la tapa del reloj salieron disparados por el suelo. Por extraño que pareciera, el mecanismo siguió funcionando y la música continuó hasta que se le acabó la cuerda.

—¡Basura infiel! Está prohibido usar la figura humana en el arte musulmán. Me insultas al ofrecerme semejante regalo.

La ira que sintió Malek estuvo a punto de abrumarlo, pero echó mano de todo su autocontrol porque perder los estribos sin duda sería letal. Hizo otra profunda reverencia.

—Mis disculpas. Esperaba que esa baratija complaciera a tus esposas.

—¿Cuánto dinero has traído?

Malek se lo dijo. Había escondido el vasto tesoro en el barco de Hawkins y no entregaría ni una sola moneda de oro hasta que estuviera seguro de que Damla y los niños serían liberados.

—También he traído criaturas exóticas y valiosas para tu zoológico —continuó—. Una pareja de hipopótamos pigmeos, tal vez únicos en todo el imperio. Un magnífico y joven león. Un tiro de cuatro caballos miniatura de color gris plateado con una cuadriga especial, perfecta para tus hijos. Y también...

—¿Eso es todo? —lo interrumpió Gürkan con repentina furia—. ¿Un rescate insuficiente y algunas bestias? Apenas suficiente para compensar la pérdida de mi nueva concubina favorita. Tu Damla carece de belleza, pero después de entrenarla, ha demostrado ser experta en todas las artes amatorias. Me ha rogado que no te permita llevártela si vienes a buscarla. Dice que no puede soportar la idea de acostarse con ningún hombre que no sea yo.

Aunque sabía que era mentira, Malek estuvo a punto de ceder a la furia arrolladora que le provocaron esas palabras. Y eso era lo que Gürkan quería.

Era hora de jugar su última baza.

«Lo siento, Hawkins», pensó.

—Me han llegado rumores de tus proezas masculinas, Gürkan. Por eso he elegido mis últimos regalos con tanto esmero. —Bajó la voz dramáticamente—. Te he traído a dos mujeres británicas de alcurnia. Una es una hermosa joven de pelo trigueño que es hija de un importante aristócrata. No hay palabras para describir su belleza, y es virgen. —«Hawkins, por tu bien

espero que eso no haya cambiado», pensó. Consciente de que había captado la atención de su primo, siguió—: La acompaña su prima, una preciosa muchacha rubia, que es sobrina de su padre el aristócrata. Aunque es una viuda muy joven, me han dicho que ya domina el arte de la sensualidad.

Los ojos de Gürkan relucieron.

—¿Están aquí en tu barco?

—Sí, pero no las tendrás hasta que podamos organizar un intercambio.

Gürkan se acomodó de nuevo en el trono y sonrió con crueldad.

—¡Las mujeres parecen interesantes, pero no habrá intercambio, mi estúpido y crédulo primo! Después de que tu mujer te escribiera esa carta, ordené que la estrangularan junto con los dos mocosos. No quería tener sangre sucia en mi harén.

Malek tardó un momento en asimilar las impactantes palabras y después se apoderó de él una terrible agonía. Enloquecido por el dolor y sin nada que perder, se abalanzó sobre Gürkan, tiró a su primo de la silla y empezó a golpearlo con puños y rodillas mientras aullaba por la furia e intentaba matarlo con sus propias manos.

Gürkan gritó y se protegió la entrepierna, con la cara ensangrentada. Antes de que Malek pudiera estrangular al monstruo, sus guardias lo rodearon y lo apartaron de él, tras lo cual lo inmovilizaron contra el suelo de mármol. Malek se defendió con todas las artimañas que había aprendido, con la esperanza de herirlos antes de morir.

Pero no se le concedió la misericordia de la muerte.

—¡No lo matéis! —gritó Gürkan mientras los guardias lo golpeaban—. Quiero que viva. ¡Debe sufrir!

Con el rostro demudado por el dolor, Gürkan se puso de pie a duras penas y se colocó al lado de su cautivo. Malek se alegró de ver que su primo cojeaba por los golpes en los genitales, que le sangraba la nariz porque se la había roto, y que tenía los ojos y el resto de la cara muy magullados. El daño era mucho menor de lo que merecía, pero menos daba una piedra.

—Tu familia murió rápidamente —gruñó Gürkan—. ¡Pero tú entrarás en el «agujero negro» de mi mazmorra hasta que te pudras y las ratas te roan los huesos! —Le escupió a la cara, con los labios ensangrentados—. ¡Lléváoslo! —ordenó Gürkan a los cuatro guardias que habían capturado a Malek. A los restantes les dijo—: Dadle una paliza a los hombres con los que ha venido, pero no los dejéis tan maltrechos como para que no puedan regresar al barco. Decidles que su señor y su familia han muerto como perros, y que el barco debe zarpar mañana al mediodía, o lo confiscaré y haré prisioneros a todos sus ocupantes.

Malek estaba medio inconsciente, pero mientras los sacaban a rastras de la sala del trono, se preguntó despasionadamente cuánto tiempo tardaría en morir.

Quizá, con la voluntad de Alá, Hawkins podría escapar con las damas inglesas. Eso esperaba.



Gabriel agradeció el guía que le había proporcionado Malek. Musculoso y con una barba muy poblada, Boran tenía un aura de serena autoridad. Además de conocer la enorme ciudad, hablaba algo de inglés y tenía un buen nivel de francés. De camino a la embajada, le señaló algunos lugares de interés como las magníficas mezquitas.

En cualquier otro momento Gabriel habría disfrutado del trayecto por una ciudad nueva y fascinante, pero ese día solo podía pensar en llegar a la embajada británica. Allí alguien podría informarlo de cuál era la situación legal de Rory y de Constance, y de si se podría hacer algo para liberarlas. Si la embajada no podía ayudar, lo único que le quedaría por hacer sería rezar para que Malek pudiera negociar un acuerdo que liberara a su esposa y sus hijos sin involucrar a sus esclavas inglesas.

Tal vez cuando se llevaran los animales al zoológico de Gürkan, el león se lo comiera. La esperanza era lo último que se perdía.

La embajada británica era grande, y su interior era como el de una casa señorial inglesa con muchas personas ocupadas con sus menesteres moviéndose de un lado para otro por el vestíbulo de entrada. Por supuesto, había espléndidas alfombras turcas, lo mismo que en cualquier casa señorial inglesa.

Sentado a una mesa cerca de la puerta principal se encontraba el que parecía un joven caballero de buena familia que estaba aprendiendo el oficio diplomático desde abajo. Detrás de él había un par de soldados británicos con uniformes rojos, con expresión alerta mientras observaban a los visitantes.

Con su voz más autoritaria, Gabriel le mostró sus credenciales consulares y pidió ver al embajador.

El joven frunció el ceño.

—Lo siento, capitán Hawkins, pero el embajador estará ausente durante las siguientes dos semanas. ¿Le gustaría ver a otra persona o es simplemente una visita de cortesía?

Gabriel necesitaba encontrar a alguien con inteligencia y experiencia. Pero ¿cómo podía explicarlo? Lo mejor era ir directo al grano.

—He venido para hablar de la situación de dos mujeres inglesas de buena familia capturadas y esclavizadas por piratas. ¿Con quién me recomienda hablar?

—Con el secretario del embajador para proyectos especiales —contestó el joven de

inmediato—. Creo que el señor Ramsay está en su despacho. —Le hizo un gesto a un ordenanza que estaba de servicio—. Mandaré a alguien para ver si puede atenderlo.

Gabriel era incapaz de sentarse, de manera que empezó a pasearse de un lado para otro del vestíbulo hasta que el ordenanza regresó. El joven recepcionista asintió con la cabeza y le dijo a Gabriel:

—El señor Ramsay está disponible ahora. ¿Sería tan amable de seguir a Stevens, capitán Hawkins?

Stevens lo guio por la escalera hacia la parte trasera del edificio y una vez que lo anunció, se marchó. Cuando Gabriel entró en el despacho, observó sus alrededores mientras esperaba que el hombre sentado a la mesa levantara la vista. El despacho de Ramsay daba muestras de estar en un país extranjero. Las esperadas alfombras turcas se complementaban con estatuas y cerámicas otomanas e incluso objetos más antiguos. En las paredes había grandes mapas de la ciudad, del mar Mediterráneo y del Imperio otomano.

Agradecido por el hecho de que ese hombre parecía conocer la ciudad, Gabriel dijo:

—Gracias por recibirme, señor Ramsay.

El hombre sentado a la mesa, de pelo oscuro y rasgos marcados, alzó la vista, y la repentina sorpresa fue mutua.

—Han pasado cinco años desde que nos conocimos en aquel sótano de Oporto —dijo Gabriel—. Me alegra ver que estás vivo y coleando, aunque no te llames Chantry.

Ramsay se puso en pie y rodeó la mesa para tenderle la mano con una sonrisa.

—Cuando los cinco nos separamos a la mañana siguiente, acordamos utilizar los nombres que no estuvieran recogidos en nuestras Biblias familiares. Pero tú sigues siendo Hawkins, por lo que veo.

—Sí, aunque admito que es mi segundo nombre. Hay otro más en la Biblia familiar. —Suponiendo que su abuelo no lo hubiera tachado.

Ramsay hizo un gesto, invitándolo a sentarse.

—Pediré que traigan unos refrigerios. Y después quiero que me cuentes lo que has estado haciendo estos últimos años. Supongo que has venido por un asunto urgente.

Gabriel se sentó y comenzó a describir brevemente cómo las mujeres habían sido capturadas y esclavizadas, y la complicada situación de Malek. Cuando llegó una bandeja con té y café y delicados dulces turcos, ya le había explicado lo principal.

—Si pudiera traerlas a la embajada, ¿estarían a salvo hasta que pudieran volver a Inglaterra? —preguntó una vez que el criado se fue.

Ramsay, que lo había estado escuchando con interés, frunció el ceño.

—En teoría, sí, pero la inmunidad diplomática no es una tradición tan arraigada aquí como lo es en Europa. Conozco a Gürkan, y es un hombre extremadamente poderoso con la reputación de mostrarse servil con los visires pero de mostrarse cruel con sus inferiores. Lo que significa que es cruel con casi todo el mundo. No es descabellado que reúna a una turba para atacar la

embajada, secuestre a las mujeres y le prenda fuego al edificio para cubrir sus huellas. Huelga decir que a la embajada no le gustaría encontrarse en esa tesitura.

Gabriel suspiró.

—Me lo temía. Si les entregan las mujeres a Gürkan y las mete en su harén, ¿Gran Bretaña podría exigir con éxito su regreso?

Ramsay negó con la cabeza.

—Los harenes son los lugares más personales y privados en cualquier hogar, particularmente en el caso de un hombre rico y poderoso. En este momento es mejor esperar a ver cómo se desarrolla el encuentro entre Malek y Gürkan. —Miró el mapa de la ciudad con expresión pensativa—. Pero si las negociaciones fracasan, tal vez exista una forma extraoficial de ayudar a las mujeres.

—¡Espero que tengas razón! —Gabriel se levantó y le tendió la mano—. Te haré saber cómo se desarrollan los acontecimientos.

—Te lo agradezco. Nos queda la esperanza de que las damas queden libres de ese vil secuestro sin pérdida de vidas en ninguno de los dos bandos.

Gabriel asintió con la cabeza y se fue. Pero mientras subía al carruaje con Boran, pensó que eso no sería posible.

La Céfiro se quedó en silencio después de que Malek y Gabriel se marcharan cada uno por su lado. Rory y Constance bajaron a la bodega para visitar a los animales por la mañana y siguieron trabajando en la historia que estaban escribiendo. Ya cerca de mediodía, decidieron estirar las piernas y tomar un poco de aire fresco paseando por la cubierta principal.

—Es una ciudad fascinante —dijo Constance mientras se detenía junto a la borda para contemplar las relucientes cúpulas y minaretes. Desde el muelle les llegaban las conversaciones de los marineros y los estibadores que hablaban en múltiples idiomas—. ¡Qué diversidad! —Tenía su cuaderno de dibujo y estaba haciendo bocetos de la ciudad—. Ojalá pudiéramos salir a explorar.

—A mí también me gustaría. —Rory contuvo una sonrisa y se ajustó el pañuelo que le cubría la cabeza. Como era posible que las vieran los hombres que estaban en el puerto, iban ataviadas de la forma más recatada posible.

Jason Landers se acercó a ellas.

—¿Les gustaría a las damas mirar más de cerca? He traído mi catalejo y el del capitán.

—¡Ay, sí! —Ambas aceptaron un catalejo con alegría. Los tres conversaron sobre lo que podían ver y evitaron hablar del futuro.

El mediodía era un momento tranquilo. Algunos miembros de la tripulación del barco y los hombres de Malek habían desembarcado para probar las delicias de un nuevo puerto exótico.

Seis soldados montaban guardia en cubierta, aunque el resto estaba abajo, ya fuera comiendo, remendando la ropa o haciendo la colada.

El silencio se rompió por el sonido de una tropa de soldados que avanzaba con rapidez y que

apareció por una de las calles que conducía al puerto. Rory los observó con el catalejo. Iban ataviados con turbantes y uniformes, parecían oficiales y peligrosos.

Bajó el catalejo, abrumada por un terror gélido. Los soldados se dirigían directos al muelle de la Céfiro.

Dado que los miembros de la tripulación subían y bajaban, la pasarela estaba extendida, vigilada por dos hombres en la parte superior y dos más en la parte inferior. La tropa se detuvo al pie de la pasarela y el oficial al mando se anunció con uno de los hombres que montaba guardia.

—Será mejor que vaya a ver qué es lo que quieren —dijo Jason con el ceño fruncido.

Cruzó la pasarela y se le unió Gadil, el capitán de la guardia de Malek, que podía actuar como intérprete. Comenzó una discusión, con voces cada vez más acaloradas.

Rory y Constance soltaron los catalejos y se acercaron para escuchar lo que sucedía. Oyeron que la palabra «aduanas» se repetía varias veces.

—¿No pasó el barco por la aduana cuando llegamos al puerto? —preguntó Constance.

—Sí, pero la inspección fue muy breve; tal vez tengan motivos para inspeccionar el barco con más detenimiento. —Aunque intentaba ser razonable, la presión que sentía en el pecho a causa de la ansiedad aumentaba por momentos.

La voz de Jason era muy clara cuando se negó a permitir que los soldados subieran a bordo. Se intercambiaron más palabras a través del intérprete. Jason se ofreció a mostrarles los documentos de la inspección anterior, pero le dijeron que habían recibido información de que la Céfiro llevaba contrabando.

El funcionario de aduanas sacó unos papeles. Gadil frunció el ceño mientras los ojeaba.

—Señor Landers, tienen autorización para registrar el barco y él dice que están autorizados a traer artillería y volar el barco si no se les permite subir a bordo.

Jason titubeó y dijo a regañadientes:

—Permitiré que suban diez. Eso debería bastar para que lleven a cabo la inspección.

Aceptaron su oferta de mala gana, de manera que el capitán y varios de sus soldados subieron por la pasarela. Cuando estuvieron en cubierta, el capitán se detuvo y echó un vistazo a su alrededor con los ojos entrecerrados. En cuanto las vio, gritó algo en turco.

Rory comprendió con repentino horror que eso era lo que buscaba la supuesta inspección de aduanas.

—¡Han venido a por nosotras, Constance! ¡Separémonos y corre!

Mientras corría hacia la izquierda, Constance corrió hacia su derecha en dirección a la escalerilla más cercana. Las amenazas y los gritos acabaron con la tranquilidad. Los hombres que habían abordado corrieron detrás de ellas mientras el resto de la tropa subía al barco por la pasarela.

Los guardias de Malek entraron en acción y, al oírlos gritar, los que estaban bajo cubierta subieron, aunque no estaban tan preparados como los invasores. Cuando Jason intentó detener al capitán, el hombre lo golpeó en la cabeza con el pesado cañón de su pistola.

Jason cayó al suelo y la sangre se extendió por la cubierta del barco. Constance, a la que habían atrapado antes de poder bajar, lo vio y chilló. A Rory también la atraparon antes de que pudiera bajar.

Mientras se debatía, la cubrieron con una pesada red que la inmovilizó y que hizo que toda su resistencia fuera en vano. Forcejeó y chilló con la esperanza de que alguno de los hombres que había en el puerto la ayudara, pero la creciente multitud se mantuvo a una distancia prudente.

Un corpulento soldado se la echó al hombro, dificultándole la respiración. Bajó la pasarela con ella y la arrojó sin muchos miramientos a un carruaje cerrado donde ya estaba su prima con dos soldados. Solo habían tardado un par de minutos desde que subieron al barco hasta que se las llevaron a la fuerza.

Mientras el carruaje se alejaba de la Céfiro a la mayor velocidad posible por las concurridas calles, Rory comprendió que Gürkan debía de haber enviado a los secuestradores. Había sucedido lo peor y su prima y ella estaban condenadas a una vida de esclavitud.



Gabriel volvió a la Céfiro y descubrió que su barco se estaba recuperando de la batalla. Los guardias que vigilaban la pasarela, tanto en el barco como en el muelle, tenían expresiones serias y las armas a mano para usarlas. Subió la pasarela a la carrera y una vez arriba descubrió sangre en la cubierta y hombres magullados a los que les vendaban las heridas.

—¿Qué demonios ha sucedido aquí? —preguntó, sorprendido. Lane, su segundo de a bordo, se acercó a él con un brazo en un cabestrillo.

—Llegó una tropa de soldados de aspecto oficial y dijeron que tenían órdenes de buscar contrabando en el barco —le resumió—. El señor Landers no les permitió abordar hasta que amenazaron con hacer volar el barco, así que dejó que algunos subieran.

—Parece que no le dejaron otra alternativa. ¿Qué pasó después? —dijo Gabriel, una vez más consciente del peso del imperio que lo rodeaba.

Lane se frotó la frente y se la manchó de sangre.

—Tan pronto como esos salvajes estuvieron a bordo, se abalanzaron sobre las damas mientras el resto de la tropa asaltaba el barco. Se produjo un enfrentamiento sangriento hasta que arrastraron a las damas a tierra y se las llevaron en un carruaje. Todo sucedió casi en un abrir y cerrar de ojos.

Gabriel tuvo la sensación de que lo habían golpeado en el estómago con una pica. No, eso no podía ser verdad. ¡Rory debería estar a salvo en su barco!

Sin embargo, no lo estaba. Las habían capturado a su prima y a ella por la fuerza y sabría Dios qué les depararía el futuro. Quería aullar de dolor, pero un capitán siempre debía aparentar que mantenía el control.

—¿Algún herido grave entre los nuestros?

—No, aunque el señor Landers recibió un fuerte golpe en la cabeza. Estuvo inconsciente un tiempo, pero el cirujano me ha dicho que comenzaba a despertar y que no parece afectado.

—Hablaré con él. ¿Ha vuelto Malek?

En ese momento se acercó Gadil, el capitán de la guardia de Malek, y oyó la pregunta.

—¡Ese cerdo de Gürkan ha hecho prisionero a Malek Reis! ¡Puede que ya esté muerto! — Señaló el lugar donde dos de sus hombres yacían ensangrentados en la cubierta mientras atendían sus numerosas heridas—. Atacaron a los hombres que lo escoltaban y, después de darles una

paliza, los tiraron a la calle. Les dijeron que volvieran al barco y que debíamos abandonar la ciudad antes de mañana al mediodía o que, de lo contrario, todos acabaríamos presos y el barco confiscado.

Fue como otro mazazo que sintió físicamente.

—¿Hay alguna noticia de la esposa y los hijos de Malek Reis? —preguntó Gabriel con voz tensa.

La expresión del curtido oficial se desmoronó.

—¡Muertos! ¡Todos muertos! El capitán de Gürkan dijo que su señor los mandó estrangular poco después de que fueran capturados.

Gabriel decidió mandar al cuerno la serenidad y empezó a soltar maldiciones con la elocuencia adquirida tras toda una vida en el mar. Ansiaba invadir el palacio de Gürkan y despedazar a ese monstruo para alimentar después con sus trozos a los cerdos.

Claro que ¿qué podía hacer? Se obligó a tomar una honda y lenta bocanada de aire, y empezó a considerar sus opciones. Un asalto era inviable, ya que ni siquiera combinando la tripulación con la guardia de Malek tendrían una oportunidad. La intervención oficial de la embajada británica tampoco serviría.

Con tristeza, se dio cuenta de que el único resquicio de esperanza era Ramsay, uno de sus compañeros en aquella noche de terror y coraje. Lo había escuchado con inteligencia y simpatía esa mañana. Tal vez, solo tal vez...

Gabriel se volvió hacia Boran, que lo había seguido al barco, y le dijo:

—Mülâzım, detén el carruaje antes de que se vaya. Volvemos a la embajada. Las damas son demasiado valiosas para que Gürkan las mate, y si actuamos rápidamente, Malek tal vez siga vivo. Me reuniré contigo en el muelle dentro de unos minutos.

Boran asintió con la cabeza y expresión sombría.

—Sí, señor.

Gabriel se dirigió después a su segundo de a bordo.

—Lléveme hasta el señor Landers.

Lane lo condujo al camarote de Malek. Gabriel comprendió que, por motivos prácticos, hubieran trasladado allí al herido, ya que Malek tal vez nunca regresara.

Su primero de a bordo había sangrado copiosamente por la herida de la cabeza y llevaba el pelo pelirrojo envuelto en una venda que estaba empapada de sangre. Susto se había acurrucado en una de las esquinas del colchón, meneando el rabo sin parar y con una expresión intranquila en su alargado y peludo rostro. Se le daba bien ofrecer consuelo en los momentos difíciles.

Al ver a Gabriel, Jason intentó incorporarse, pero el cirujano lo devolvió al colchón.

—¡Quédese quieto, señor Landers!

Jason obedeció, pero sus ojos estaban desorbitados.

—¡Capitán, se han llevado a Constance y a lady Aurora! —exclamó con voz entrecortada—. ¡No he podido detenerlos!

—Dada la numerosa tropa, nadie habría podido hacerlo. Supongo que los atacantes eran hombres de Gürkan. ¿Has oído algo que lo confirme?

Jason respiró hondo mientras intentaba recuperar el control.

—Oí que mencionaban el nombre de Gürkan. El capitán Gadil hizo las veces de intérprete, así que él podrá contarle más.

—Hablaré con él y después volveré a la embajada. El hombre con el que me he reunido dijo que tal vez se podría hacer algo extraoficialmente. El señor Lane se queda al mando. No intente levantarse antes de tiempo. —Le puso una mano en un hombro—. Todavía nos queda una pequeña esperanza.

Jason soltó un suspiro entrecortado.

—Veré si recuerdo alguna oración.

Gabriel se volvió y subió los escalones para hablar con Gadil. El capitán de la guardia confirmó que los atacantes seguramente habían sido enviados por Gürkan. El primo de Malek tenía un alto cargo en el servicio de aduanas, y no le habría resultado difícil falsificar documentos y enviar a sus hombres a la Céfiro.

Tras reunir toda la información que pudo, Gabriel bajó de nuevo al muelle y se reunió con Boran en el carruaje.

—Malek me dijo que eres oriundo de Constantinopla —le dijo en cuanto partieron—. ¿Se te ocurre alguna idea o sabes algo que nos pueda resultar de utilidad?

Boran esbozó una sonrisa carente de humor que dejó a la vista sus dientes.

—En otro tiempo formé parte de la guardia de Gürkan, hasta que hizo ejecutar injustamente a mi hermano. Habría matado a ese cerdo si hubiera podido enfrentarme a él cara a cara. Como me fue imposible, me marché y me fui a Argel para pedirle un puesto a Malek Reis. Lo conocí cuando visitó a su primo y supe que era un hombre honorable. Haré cualquier cosa para enviar a Gürkan al infierno que se merece.

Gabriel sintió un rayito de esperanza.

—Conocer la distribución del palacio de Gürkan será vital. Acompáñame al interior de la embajada para hablar con el señor Ramsay.

Ya solo le quedaba descubrir si Ramsay era capaz de obrar milagros.

Gabriel entró en el despacho de Ramsay, con Boran pisándole los talones.

—Siento interrumpirte de nuevo, Ramsay —dijo sin más—, pero la situación ha tomado un giro catastrófico.

Ramsay lo miró con los ojos entrecerrados mientras soltaba unos documentos.

—Dime.

Gabriel explicó rápidamente lo que le había sucedido a Malek y el secuestro de las damas inglesas.

—¿Qué tipo de ayuda extraoficial puedes ofrecernos? —acabó por preguntarle—. Mülâzım Boran aquí presente es el segundo al mando de la guardia de Malek, y en otro tiempo formó

parte de la guardia del palacio de Gürkan.

Ramsay le tendió la mano a Boran.

—Excelente. Conocer la distribución del palacio es vital si vamos a hacer algo, Mülâzım.

Con el ceño fruncido, Ramsay se acercó hacia el gran mapa de la ciudad que colgaba de la pared. Después de observarlo un instante, dio unos golpecitos sobre un lugar concreto.

—Aquí está el palacio de Gürkan, en el corazón de la ciudad vieja. Fue construido como una fortaleza hace siglos, y es imposible atacarlo de forma directa para liberar a los prisioneros. A menos que sepas algo, Mülâzım.

Boran negó con la cabeza.

—Se necesitaría un asalto frontal con artillería. E incluso de esa forma se tardarían días en poder tomarlo.

—Seguramente alguien notaría un bombardeo de artillería —dijo Ramsay con sequedad—. Pero tal vez haya otra manera. Esta es una ciudad muy antigua, y debajo de la superficie hay aljibes, colectores y alcantarillas que se remontan al emperador romano Justiniano. En la actualidad muchas de esas estructuras no se usan y han caído en el olvido, de manera que es probable que haya una forma de entrar en los sótanos del palacio de Gürkan desde abajo. Mülâzım Boran, ¿conoces la existencia de algún pasadizo?

Boran frunció el ceño mientras pensaba.

—No lo he visto personalmente, pero se comentaba que había un pasadizo secreto para salir del palacio desde los sótanos.

Gabriel contuvo el aliento.

—Si hay una entrada secreta, tal vez podríamos atacar rápidamente y estar lejos antes de que se cumpla la hora del ultimátum para abandonar la ciudad.

Ramsay torció el gesto.

—Es posible, aunque será difícil. Lo fundamental es encontrar primero la entrada. Conozco a un hombre que está muy familiarizado con el laberinto de túneles debajo de la ciudad. Él podría ayudarnos.

—¿Sigue Siçan, esa rata de los túneles, eludiendo la justicia? —preguntó Boran con interés—. Me ayudó a salir de la ciudad para marcharme a Argel.

—Al hombre en cuestión le cortaron la mano por robo, lo que le dificultó la tarea de robar en persona —explicó Ramsay—. En aquel momento tomó el nombre de Siçan, que significa «rata», y se convirtió en el cabecilla de una banda de ladrones relacionada con la mitad de las actividades ilegales que se desarrollan en Estambul. Ha pasado años explorando los túneles que atraviesan el subsuelo de la ciudad. Siempre está dispuesto a ofrecer sus conocimientos por un precio y no les guarda el menor aprecio a los visires.

El rayito de esperanza que Gabriel sintió antes empezó a brillar con más fuerza.

—¡Pues vamos a buscarlo!

Ramsay abrió un armario alto y sacó un par de voluminosas túnicas turcas.

Le arrojó una a Gabriel.

—Ponte esto. Un europeo llamará mucho la atención en el lugar al que nos dirigimos.

Gabriel lo obedeció.

—¿Tienes por costumbre tener túnicas a mano para las misiones encubiertas?

Ramsay arqueó las cejas.

—¿No lo hace todo el mundo?

Por primera vez ese día, Gabriel sonrió de verdad. Sí, había esperanza.



Una vez en el carruaje, apartaron las redes que envolvían a Rory y a Constance y les vendaron los ojos con los pañuelos que llevaban puestos. Estaban apiñadas en el duro asiento, y esa cercanía resultaba reconfortante. Rory tanteó en busca de la mano de su prima y se la agarró con fuerza. Constance le devolvió el apretón. Al menos estaban juntas.

Fue un trayecto muy movido, ya que el carruaje circulaba por calles sinuosas y serpenteantes, pero no fue muy largo. Tras dar una última curva, se detuvieron con una sacudida en una zona cerrada que olía como un establo. Las sacaron sin miramientos del carruaje y las obligaron a avanzar. A juzgar por la distancia que recorrieron, se trataba de un lugar grande y de distribución complicada, seguramente se tratase de una serie de edificios comunicados entre sí.

Al final, oyeron unas frases pronunciadas con acento gutural y las dejaron en manos de otros captores. Las obligaron a andar de nuevo hasta que, por fin, se detuvieron en una estancia que olía a rosas.

Les quitaron los pañuelos y uno de sus captores hizo una reverencia mientras decía:

—Las nuevas esclavas francas, valida.

Agradecida por las lecciones de turco que había recibido, Rory parpadeó y echó un vistazo a su alrededor. Frente a ellas estaba sentada una anciana de rasgos afilados y suntuosamente vestida que las examinaba con desdén.

Rory sabía que la mujer de más alto rango en el imperio otomano era la sultana valida, la madre del sultán reinante, que ostentaba un gran poder y regentaba el harén real. ¿Se aplicaba el mismo título a la madre de cualquier gran señor o acaso Gürkan se creía tan importante que le había concedido a su madre un título que no le pertenecía? Supuso que se trataba de lo último.

Además de la valida, en la lujosa estancia había cuatro guardias negros de gran altura y muy musculosos, ataviados al estilo turco. Debían de ser eunucos, dado que estaban en el harén. Dos asistían a la valida y los otros dos eran los que las habían acompañado a ellas.

—¿Cómo os llamáis? —les preguntó la valida en un pésimo francés.

Con la mirada gacha para parecer más recatada, su prima contestó:

—Constance, milady.

Una apariencia sumisa era lo más sensato, así que Rory la imitó.

—Aurora, milady.

—Inglesas según me han dicho —comentó la valida con voz pensativa—. Las primeras inglesas en mi harén. Salvo eso, nada especial. Llevadlas a los baños y aseadlas; después que las examinen para comprobar su pureza.

—Milady, yo soy virgen, pero mi prima es viuda —dijo Rory.

La valida resopló.

—Una lástima. —Hizo un gesto con la mano para despacharlas.

Una vez más, los inexpresivos guardias se las llevaron. Los baños estaban situados en el extremo opuesto del enorme harén. En la entrada las dejaron en manos de una mandona mujer de mediana edad que las llevó hasta una habitación preciosa de alto techo abovedado, con una fuente en el centro y azulejos con un bonito diseño.

Rory echó un vistazo a su alrededor con los ojos como platos. Había oído hablar de lo gloriosos que eran los baños turcos, y ese desde luego que cumplía con todas las expectativas. Tal vez fuera una esclava, pero al menos podría sentirse limpia después de haber pasado semanas en un barco con el agua racionada.

La encargada les hizo un gesto para que se desnudaran y después las entregó a un grupo de jóvenes esclavas, que las frotaron, les echaron agua muy caliente por encima y las lavaron de la cabeza a los pies. Acto seguido, las colocaron en sendas mesas de mármol y les aplicaron una pasta caliente para quitarle el vello corporal, incluso en los lugares más íntimos. Rory y Constance estaban horrorizadas y muy doloridas, pero sus asistentes les indicaron que todo acabaría pronto. Cuando les quitaron la pasta, no había ni rastro de vello en sus cuerpos. ¿Así deseaban los hombres a sus mujeres? Eso parecía.

Después de esa tortura, las llevaron a un tanque perfumado tan grande como para que se bañaran doce mujeres sin molestarse las unas a las otras. Sus asistentes fueron meticulosas, pero también se mostraron cuidadosas con ellas y chasquearon la lengua al ver los moretones que habían sufrido durante el secuestro.

En especial les gustó mucho lavarles el pelo y cepillárselo. Parecían admirar el pelo rubio oscuro tan suave de Constance, pero al parecer adoraban su pelo trigueño. Sospechaba que su vida en las costas berberiscas habría sido más sencilla de haber tenido el pelo castaño.

Después de que las secaran, la encargada las llevó primero a una y luego a otra a una estancia adyacente para comprobar el estado de su himen. Rory apretó los dientes y aceptó la humillante exploración. ¿Qué habría pasado si la exploración hubiera demostrado que no era «pura»? Sospechaba que habría sido un desastre. Y en ese momento entendió por qué Gabriel había sido inflexible acerca de limitar su intimidad.

«Gabriel», pensó. Cerró los ojos, que le escocían por las lágrimas. No debía pensar demasiado en él o se desmoronaría por completo.

Tras la exploración les entregaron túnicas ligeras y las llevaron de vuelta a las estancias de la valida.

—¡Quitaos la ropa! —les ordenó la anciana.

—Esto terminará pronto —susurró Rory en cuanto vio que su prima se sonrojaba.

Consciente de que Rory había soportado que la exhibieran desnuda delante de potenciales compradores, su prima respiró hondo y obedeció. Cuando se desnudaron, la valida se levantó y las rodeó con el ceño fruncido mientras las toqueteaba.

—¡Abre la boca!

Rory obedeció, sintiéndose como un caballo que era examinado en una feria. La valida aprobó el estado de sus dientes y le gustó más la figura voluptuosa de Constance que la suya, más delgada. Sin embargo, su pelo era una ventaja. La valida lo acarició con interés.

—Saludable —murmuró.

El examen acabó por fin y la valida las despachó. En la entrada de sus aposentos las esperaba una mujer bajita y guapísima, europea, que debía de ser un par de años mayor que ella. Tenía el pelo castaño tabaco e iba de punta en blanco. Las miró con una sonrisa amistosa y les dijo en un inglés con un simpático acento francés:

—Soy Suzanne y me han encargado la tarea de acompañaros porque también soy europea.

—¡Qué suerte que hables inglés tan bien! —exclamó su prima—. Me llamo Constance, y mi francés no es tan bueno como tu inglés.

Rory también se presentó.

—Gracias por acompañarnos. ¡Todo es muy confuso!

—No tardaréis mucho en acostumbraros a la vida en el harén —les aseguró Suzanne mientras las conducía a un amplio patio abierto—. Es una vida muy cómoda. Cuando os enseñe y os explique cómo funcionan las cosas, os llevaré a vuestras habitaciones para que descanséis. Seguro que ha sido un día agotador para las dos.

—Suzanne, ¿será posible que nos devuelvan las prendas que llevábamos puestas cuando nos han traído? —Rory abrió mucho los ojos y la miró con tristeza, algo que le resultó fácil—. Los vestidos fueron un regalo que nos hizo mi madre, y es lo único que nos queda, ya que nunca la volveremos a ver.

Suzanne chasqueó la lengua al comprender su situación.

—No son adecuados para llevar en el harén y tendréis ropa adecuada de sobra, pero veré qué puedo hacer. Ahora os enseñaré los jardines, la escuela de los niños, las fuentes y los comedores.

Mientras caminaban, Rory examinó los muros del harén. Tenían al menos tres metros y medio de alto y estaban rematados con púas de metal.

—¿Alguien ha conseguido escapar alguna vez?

—No. ¿Por qué querría alguien marcharse? —preguntó Suzanne mientras las guiaba por el amplio patio, que estaba lleno de palmeras y flores—. Aquí se está segura y no te falta de nada.

En vez de tener un solo espacio abierto enorme, se habían usado árboles, arbustos y muretes para dividir el patio en diversas zonas, como si fueran estancias al aire libre. Había bancos de azulejos y fuentes que invitaban a descansar; y vio a varias mujeres haciendo precisamente eso. Algunas bebían café o té, y un grupo compartía una pipa de agua. Debajo de otro grupo de

palmeras, una muchacha tocaba un instrumento de cuerda mientras otras bailaban con gracia.

Las habitantes del harén levantaron la vista para observar a las recién llegadas, pero después retomaron lo que habían estado haciendo. Todas eran atractivas, iban bien vestidas y muy arregladas. Rory supuso que mantener una apariencia exquisita era una actividad importante en el harén.

—¿Cómo emplean el tiempo las mujeres del harén?

—¡Ay, de muchas formas! Hablamos, jugamos, disfrutamos de festines y visitamos a los niños. —El anhelo asomó a los ojos de Suzanne—. A veces salimos del harén para merendar en el campo o para visitar el bazar. Sucede pocas veces, pero es muy divertido. Claro que nos acompaña una gran escolta que nos protege.

—¿No os aburrís? —preguntó Rory.

El anhelo apareció de nuevo.

—A veces la vida es un poco lenta —admitió Suzanne—, pero estamos a salvo y atendidas. Es más de lo que la mayoría de las mujeres conocen.

Rory tenía la sensación de que la francesa estaba haciendo todo lo posible para aceptar su destino, pero que preferiría la libertad.

—Es un tema un poco atrevido, pero ¿cómo elige Gürkan a sus compañeras de cama?

Suzanne, que no parecía ofendida por la pregunta, contestó:

—A mi señor le gusta probar a las recién llegadas, pero a menos que te conviertas en una de sus favoritas, lo verás poco. —Miró a Rory con admiración—. Puesto que eres virgen, te instruirán antes de que te mande llamar a su cama. Con tu pelo trigueño, podrías tener la suerte de convertirte en una favorita.

La idea le revolvió el estómago. Al ver su expresión, Constance atrajo la atención de Suzanne al preguntarle:

—Y yo que soy viuda, ¿qué puedo esperar?

—Tal vez nunca te mande llamar, pero me han dicho que estás bien instruida en las artes del amor, así que tal vez desee comprobar si es cierto. —Se encogió de hombros—. Las favoritas lo ven con frecuencia, pero hay ciertas mujeres que jamás lo visitan.

Constance abrió los ojos un poco al oír que mencionaba sus habilidades amatorias. Rory supuso que Malek había intentado que sus cautivas parecieran más interesantes a ojos de Gürkan.

—¿Somos libres de ir adonde queramos dentro del harén? —le preguntó a Suzanne—. A menudo me cuesta dormir y me gustaría explorar estos hermosos jardines a la luz de la luna.

Suzanne frunció el ceño.

—Después de la última comida del día, nos retiramos a nuestras habitaciones. Las mujeres que son sorprendidas fuera de sus habitaciones por la noche reciben un castigo. Los guardias del harén patrullan el patio durante la noche.

Una joven se acercó con una bandeja en la que llevaba copas con una bebida rosa que parecía afrutada. Suzanne les hizo un gesto para que tomaran una. La bebida era muy agradable, fresca y

dulce.

Mientras Rory bebía, se preguntó qué probabilidad había de que Gürkan las dejara en paz. Dado el esfuerzo involucrado en secuestrarlas, temía que él se sintiera obligado a violarlas al menos una vez.

Se estremeció al pensar en la ternura de la intimidad que había compartido con Gabriel. La idea de que un monstruo como Gürkan la tocara en ese lugar, ya sin vello, le revolvió el estómago.

Se le ocurrió una idea. ¿Podría obligarse a vomitar sobre él en el momento adecuado? Valdría la pena intentarlo.

Gracias a su activa imaginación, por la cabeza le pasaron imágenes muy reales de rescates y de fugas. Tal vez un terremoto echara abajo los muros del palacio y pudieran escaparse en plena confusión. O tal vez Gabriel encontrara un globo aerostático y apareciera volando para rescatarlas.

Apretó los dientes. En sus libros era capaz de hacer cualquier cosa, pero en la vida real, eso era lo que le esperaba. Debía aceptarlo o se volvería loca.

Mientras daban media vuelta para regresar por donde habían llegado, oyeron a un niño pequeño que lloraba detrás de una puerta con barrotes de hierro.

—Pobrecito. ¿Necesita que lo consuelen? —dijo Constance con el ceño fruncido.

Suzanne suspiró.

—Ese es un caso triste. Una viuda y sus dos hijos. Su marido era pariente del amo y después de su muerte, Gürkan los acogió porque estaban en la miseria. Pero había mala sangre entre los hombres, por lo que la mujer y sus hijos están encerrados en habitaciones privadas hasta que Gürkan decida qué debe hacerse. No tengo idea de qué les sucederá.

El llanto se acalló y se oyó la voz suave de una mujer hablando en el dialecto árabe de Argel. Rory se puso alerta. ¡Debía de tratarse de la esposa de Malek, Damla, y de sus hijos! Más tarde se acercaría para hablarles a través de los barrotes.

—Ahora os acompañaré a vuestros aposentos —dijo Suzanne—. Como sois nuevas y además primas, compartiréis una habitación. Es posible que eso cambie una vez que se decida vuestro estatus, pero estaréis cómodas. Si necesitáis algo, pedídmelo a mí o a uno de los eunucos.

—Gracias —replicó Constance—. Has sido muy amable.

Suzanne sonrió y añadió con amabilidad:

—Cuando os acostumbréis a la vida del harén, estoy segura de que os sentiréis felices. Hasta luego.

Las acompañó hasta la puerta de sus aposentos antes de marcharse. La habitación no era diferente a la que habían compartido en el palacio de Malek, aunque los muebles eran más lujosos y en vez de tener un pequeño patio privado podían moverse con total libertad por el harén. Pero ya no las sustentaba la esperanza de que sus padres pagaran el rescate.

Con una dolorosa punzada que le atravesó el corazón, Rory se dejó caer en una de las camas

bajas.

—Gabriel y Jason se volverán locos.

Constance se sentó en la otra cama y se mordió el labio.

—Rezo para que la herida de Jason no sea grave. ¡Había muchísima sangre!

—Sabes que las heridas en la cabeza sangran con profusión. Estoy segura de que estará bien —la animó.

—Pero nunca lo sabremos —dijo Constance con un susurro ahogado antes de enterrar la cara en las manos—. ¡La verdad es que nunca creí que llegaríamos a esto!

—Yo tampoco. Es difícil de asimilar que dos inglesas de alcurnia acaben privadas de su vida y su libertad, pero aquí estamos. Debemos acostumbrarnos a nuestras nuevas circunstancias o nos volveremos locas. —Rory se puso en pie y le colocó una mano a su prima en el hombro a modo de consuelo—. Descansa un poco. Voy a explorar por mi cuenta.

—¿En busca de una salida? No creo que la encuentres. —Constance se tumbó en su cama y abrazó un cojín bordado en un vano intento por encontrar consuelo—. ¿O quieres investigar a la mujer argelina y sus hijos?

—Las dos cosas.

Rory salió de la habitación y comenzó a andar, al parecer sin rumbo, como si estuviera explorando, pero no tardó mucho en llegar a la habitación cerrada.

El niño ya no lloraba y esa zona del harén estaba en silencio. Los arbustos y los árboles servían de parapeto, de manera que se acercó a los barrotes y dijo en voz baja.

—¿Damla?

Al cabo de un momento, una mujer morena se acercó a la puerta con expresión recelosa.

—Esa soy yo.

—¿Eres la esposa de Malek Reis de Argel? —le preguntó Rory en francés—. Espero que hable francés o inglés, porque mi árabe no es lo bastante bueno para mantener una conversación complicada.

En la cara de la mujer apareció un tic nervioso.

—Soy su viuda —contestó en inglés con un nivel fluido pero con un fuerte acento—. Mi esposo planeaba zarpar hacia Estambul varios días después de que lo hiciéramos nosotros. Su barco fue atacado y murieron todos sus ocupantes, él incluido.

—Bueno, estaba vivo esta mañana —se apresuró a decirle—. Abandonó nuestro barco esta mañana temprano para hablar con su primo Gürkan.

Damla jadeó y se acercó aún más a la puerta de hierro. Era preciosa, con unos ojazos oscuros y una cara que sugería un carácter cariñoso, pero también férreo.

—¿Está aquí en Estambul?

—Sí, Malek estaba desesperado por recuperaros a ti y a los niños. Desde que se enteró de vuestra captura, se ha dedicado en cuerpo y alma a recuperaros.

Damla se dejó caer al suelo y se cubrió la cara con las manos mientras luchaba por controlar

las lágrimas.

—¡Ese malvado Gürkan me mintió! Siempre he pensado que mi corazón me diría si mi marido había muerto, y la verdad es que no lo sentía así. ¡Dime qué ha pasado!

—Gürkan pidió por vosotros un rescate imposible de reunir, así que Malek volvió al pirateo con la esperanza de reunir suficiente dinero para comprar vuestra libertad. —Sonrió con pesar—. Por eso estamos aquí mi prima y yo. Somos las cautivas más valiosas que apresó, pero estableció un precio de rescate demasiado alto para que mi familia pudiera pagarlo. Así que reunió todo el dinero que pudo y zarpó hacia Constantinopla con la bodega llena de animales de su zoológico, con mi prima y conmigo con la esperanza de que la suma fuera suficiente para comprar vuestra libertad.

Damla se mordió el labio.

—Así que por nuestra culpa, ¿ahora sois esclavas?

—Eso me temo —le contestó, desolada—. Como seguís aquí, Gürkan ha debido de quedárselo todo sin entregar nada a cambio.

Damla parecía a punto de escupir.

—¡Eso parece típico de él! —Su expresión se tornó angustiada—. Si Malek viene para retar al león en su guarida, no saldrá vivo del palacio.

Rory sintió deseos de retorcerle el cuello a Malek. Por culpa de su férrea determinación mucha gente había acabado sufriendo, como su prima y ella. Pero eso no era lo que Damla necesitaba oír.

—Recuerda que, sin importar lo que Malek haya hecho, lo ha hecho por amor a ti y a tus hijos.

—Si por lo menos hubiera tenido éxito... —susurró Damla al tiempo que sus delicadas manos se aferraban a los barrotes de su prisión.

Apenada por la tristeza, Rory se puso en pie y susurró:

—Volveremos a hablar. —Después regresó a sus aposentos.

Abrió la puerta de su lujosa habitación mientras pensaba en todas las otras habitaciones que había ocupado durante sus viajes. Algunas estaban sucias y plagadas de insectos, otras habían sido lujosas y la mayoría simplemente pasables.

Sin embargo, ya estaba cansada de viajar y de tener que adaptarse a los continuos cambios. Quería un hogar que pudiera llamar suyo, y quería que fuera en Inglaterra. ¿Por qué no lo descubrió cuando se encontraba en condiciones de hacerlo realidad?

Porque quiso liberarse de las restricciones de su posición social, ver el mundo en toda su diversidad y, por supuesto, porque no había encontrado a un hombre con el que quisiera quedarse. Sonrió con ironía. Pese a toda su imaginación aventurera, era una mujer como cualquier otra y, sobre todo, lo que quería era un amante, un compañero, una pareja que la quisiera con todas sus imperfecciones y a quien ella pudiera querer en la misma medida. Lo había encontrado, pero era demasiado tarde...

Enterró el remordimiento y entró en la habitación que compartía con Constance. Su prima estaba en su cama, con las piernas cruzadas, algo más fácil de hacer con las holgadas vestimentas turcas que con la ropa europea.

Levantó la vista con una sonrisa y señaló lo que tenía en el regazo. Lo que fuese estaba envuelto en el largo pañuelo que Jason le había regalado, y en su interior estaba la ropa que llevaba puesta cuando la secuestraron esa mañana.

—¡Mira! ¡Suzanne ha podido recuperar nuestras pertenencias y devolvémoslas! —Liberó el pañuelo y se lo colocó en torno al cuello para acariciar la prenda como si se tratara de Jason.

En la cama de Rory también había un bulto envuelto en un pañuelo. Se sentó en la cama y lo desenvolvió con avidez.

—¿Viene todo, hasta los corsés?

—¡Todo! —exclamó Constance.

Rory sacó el corsé. Bien confeccionado y muy ligero, resultaba muy cómodo de llevar. Además, una de las ballenas delanteras del corsé estaba afilada a modo de puñal, algo para lo que le había pagado a un marinero aburrido durante la larga travesía a la India. La punta se introducía en otra ballena que servía como vaina.

Sacó la ballena afilada de su vaina y la observó.

—¿Recuerdas cuando se me ocurrió incluir esto en un libro?

—Sí, *La doncella guerrera*. —Constance se sacó la ballena afilada de su propio corsé. Dado que tenía una figura más voluptuosa, su ballena era un poco más ancha y la punta afilada algo más peligrosa—. Tu idea me pareció inteligente, pero no estaba segura de que funcionaría, así que la mandaste hacer para convencerme.

Rory comprobó la punta afilada de la ballena en su dedo corazón, y salió una gota de sangre.

—Sirvieron para atravesar un trozo de carne en la cocina, así que añadí la idea al libro. Pero nunca pensé que pudiera usarla como arma en la vida real.

Constance envainó su ballena afilada, de manera que simplemente parecía una ballena curva normal y corriente de un corsé.

—No sé si sería capaz de apuñalar a alguien con esto.

Rory intentó imaginarse apuñalando a un ser humano con ese trozo letal de hueso y se le revolvió el estómago. Pero después pensó en atravesar con ella a su malvado captor, y apretó los labios.

—Podría usarla con Gürkan. Ese hombre está mejor muerto.

—Pues sí —convino Constance—. Pero estoy segura de que tiene guardias enormes y peligrosos que no permitirán que nos acerquemos a él con estas armas.

—Cierto. —Rory sonrió mientras se le ocurría un pensamiento perverso—. A menos que podamos usar las ballenas como parte de un exótico peinado europeo.

Constance la miró con una sonrisa ladina.

—Eso nos mantendrá ocupadas un rato.

Sí, y a veces sus ideas descabelladas acababan siendo útiles...



Gabriel dudaba mucho de que pudiera hacerse pasar por un turco, pero con la túnica y el turbante que Ramsay le había dado, al menos no llamaba demasiado la atención. Siçan vivía en un barrio de mala muerte cerca de los muelles. Su residencia consistía en varios edificios antiguos rodeados por un muro alto que parecía destartalado, pero que estaba muy bien construido y coronado por púas metálicas de aspecto amenazador. Un guardia de mirada penetrante los dejó pasar por la gruesa puerta.

En el interior, la casa principal era impecable y lujosa. Era evidente que a la Rata le iba muy bien con sus actividades ilícitas. Siçan era un hombre corpulento de mediana edad con un brillo travieso en los ojos. Había reemplazado la mano cortada con un garfio que parecía útil para pinchar o atravesar a sus enemigos. Gabriel supuso que el ladrón se quitaba el garfio por las noches para no arriesgarse a ensartarse él mismo mientras dormía.

Siçan saludó afectuosamente a Ramsay y pidió que les llevaran café. Después de un cortés intercambio de saludos, Ramsay presentó a Gabriel y a Boran, hablando en inglés.

—Estos caballeros tienen un grave problema que debe resolverse con premura, y solo tú puedes ayudarlos.

Siçan miró a Gabriel y respondió en un inglés fluido usando el acento de los barrios bajos londinenses.

—Confío en que eres un hombre rico, porque mis servicios no son baratos. Cuéntame tu problema.

—Necesitamos entrar en secreto en el palacio de Gürkan y rescatar a dos inglesas del harén, y también a Malek Reis de Argel, si aún está vivo —resumió Gabriel—. Y debemos hacerlo esta noche.

Siçan enarcó las cejas, sorprendido.

—¡Gürkan! Uno de los hombres más malvados del imperio. Se merece una muerte lenta y dolorosa. Pero ¿por qué tienes tanta prisa?

Gabriel explicó brevemente la situación, incluida la amenaza de Gürkan de confiscar el barco y de hacerlos a todos prisioneros si no se marchaban antes del mediodía del día siguiente.

—No estoy seguro de que tenga autoridad para hacer eso, pero sí estoy seguro de que tiene la malicia.

—Dada la posición que ocupa en el departamento de aduanas, claro que puede. —Siçan frunció el ceño—. Se necesita mucha información detallada sobre el interior del palacio de Gürkan.

—Señor, serví en su guardia —dijo Boran—. Entre los hombres se decía que en lo más profundo de los sótanos del palacio existe una salida secreta que da a los antiguos túneles que recorren el subsuelo de la ciudad vieja. No sé si eso es cierto, ni dónde podría estar esa salida, pero conozco bien el palacio y los terrenos que rodean el harén. También conozco las mazmorras. Hay varias, y la peor de ellas es el agujero negro, un agujero en el suelo del que es imposible escapar sin ayuda desde arriba. Si Malek Reis todavía vive, Gürkan lo habrá encerrado allí.

—Conozco la entrada secreta porque un eunuco negro escapó de Gürkan y ahora está a mi servicio. Él no conoce el palacio en general tan bien como tú, pero conoce las rutinas del harén. —Siçan golpeó con la punta del garfio la mesa, que mostraba las señales de golpes similares—. Entrar en el palacio es fácil. Lidar con la guardia de Gürkan y rescatar a los prisioneros será más complicado. —Tocó una campana y entró un criado con cicatrices. Siçan le ordenó algo en turco. Gabriel creyó entender que le decía que llevara a dos personas. De vuelta al inglés, Siçan añadió —: Los eunucos negros son los únicos hombres permitidos en el harén, por lo que necesitamos a varios eunucos o a varios hombres que se puedan hacer pasar por ellos.

—Quiero participar en el rescate —anunció Gabriel—. Si me tiño la piel y uso un turbante, debería pasar desapercibido si hay poca luz. Las damas confiarán en mí, y soy un luchador experimentado llegado el caso.

Siçan lo examinó sin dejar de golpear la mesa con el garfio.

—La luz tendrá que ser escasa, pero entiendo tu deseo de ayudar. ¿Las damas son importantes para ti?

—Sí, una en particular.

Un negro corpulento y una mujer menuda con la cabeza cubierta por un pañuelo entraron en la estancia y le hicieron una reverencia a Siçan, que les explicó:

—Kerem es el guardia del harén que escapó de Gürkan. Conoce muy bien la vigilancia del harén. —Siçan le hizo unas cuantas preguntas muy rápido y asintió con la cabeza al escuchar las respuestas—. Kerem estará encantado de formar parte del rescate, pero no quiere matar a ninguno de los guardias del harén si es posible. Algunos eran amigos suyos.

Gabriel sabía lo bastante de turco como para hablarle directamente al hombre.

—Ya ha habido suficientes muertes. Solo quiero rescatar a los cautivos de Gürkan.

Kerem asintió con la cabeza. Siçan se volvió hacia la mujer y estuvo hablando con ella durante más rato.

—Esmá fue una criada en el harén y conoce a muchas mujeres que viven allí —les tradujo—. También sabe en qué lugar habrán acomodado a las nuevas esclavas.

Esmá habló de nuevo. Interesado, Siçan les fue traduciendo:

—Hay una mujer francesa, Suzanne, que era una de las favoritas, pero su estado se ve amenazado porque no le ha dado ningún hijo a Gürkan. Gürkan no es un buen semental, solo ha tenido varias hijas que han crecido sanas y unos cuantos niños varones enfermizos que murieron pronto. Esma dice que a Suzanne le preocupa no solo su estatus, sino su misma vida. Si podemos encontrarla, podría ayudarnos mucho.

La cosa mejoraba, suponiendo que Suzanne estuviera dispuesta a ayudar.

—¿Cuántos hombres deben formar el grupo? —preguntó Gabriel—. Hay muchos hombres en mi barco que con gusto se ofrecerían voluntarios. —Miró a Boran de reojo—. ¿Tú también, Mülâzım?

El aludido sonrió de nuevo enseñando los dientes.

—Con mucho gusto.

—Cuenta conmigo —dijo Ramsay—. No estoy dispuesto a perdérmele.

Como Ramsay sabía turco y conocía la ciudad, sería de gran ayuda.

—¿No causaría un incidente diplomático si te atraparán participando en una misión como esta? —preguntó Gabriel.

Ramsay se encogió de hombros.

—Pues sí, pero no me atraparán.

Gabriel envidiaba esa seguridad y esperaba que fuera contagiosa.

—¿Cuál será el precio de esta operación, Siçan?

El ladrón sopesó su respuesta.

—Diez mil libras británicas pagadas por adelantado.

Era una gran cantidad de dinero, pero Gabriel pensó que parecía razonable para un milagro, y disponían de los fondos. Miró de reojo a Ramsay, quien asintió levemente con la cabeza.

—Tendré que volver a mi barco para obtener el dinero —dijo—. Y también para hablar con mis oficiales. ¿Qué más necesitas de mí y a qué hora debo estar listo para la incursión?

—Nos vemos aquí tres horas después de que se ponga el sol. —Siçan miró a Boran—. ¿Alguno de los soldados de Malek Reis es negro y estaría dispuesto a participar?

—Hay tres —dijo Boran—. Guerreros poderosos, y para ellos será un honor que se lo pida.

Se discutieron algunos detalles más, y al acabar la reunión tenían un plan establecido. Ramsay tuvo que volver a la embajada, por lo que Gabriel y Boran hicieron a pie el corto trayecto hasta el muelle donde estaba la Céfiro.

—¿Crees que este plan podría tener éxito? —preguntó Gabriel en voz baja.

—*Insha'Allah* —dijo Boran—. Tal vez. Hay muchas cosas que podrían salir mal, pero con la voluntad de Alá, tal vez rescatemos a sus damas.

«Rory», pensó. No soportaba pensar en ese espíritu vivaz y libre encarcelado. Pagaría cualquier precio, incluida su vida, para liberarlas a ella y a Constance.

Cuando llegaron al barco, descubrió que Landers se había levantado y que llevaba un vendaje limpio en la cabeza. Gabriel le hizo un gesto para que bajara a la sala de reuniones.

—¡Yo también quiero ir! —dijo Jason inmediatamente cuando le explicaron la incursión planeada.

—No puedes —respondió Gabriel sin rodeos—. La Céfiro debe zarpar mañana al mediodía, y si tenemos la suerte de rescatar a las damas, mucho antes. Asegúrate de que tenemos agua y comida suficiente para el viaje de vuelta, para nosotros y para los animales, ya que se vuelven para Argel. El barco debe estar listo para partir en cualquier momento. —Al ver que Jason estaba a punto de protestar, añadió con voz autoritaria—: ¡Es una orden, señor Landers! Si me pasara algo, usted será el capitán y será su responsabilidad conseguir que todo el mundo escape sano y salvo.

Jason respiró hondo.

—Sí, señor. Prácticamente ya hemos acabado de reponer las provisiones, pero comprobaré que todo esté en orden. —Se puso de pie—. Y, por Dios, ¡traiga a las damas!

Rory y Constance no tardaron mucho en colocar su escasas posesiones en su nueva habitación. Después de eso, se lo pasaron en grande ideando peinados que incluyeran las ballenas afiladas. A Constance se le ocurrió colocar la ballena en la coronilla y cubrirla con una trenza francesa hasta media altura y dejar el resto del pelo suelto, de manera que cubriera la punta afilada y les tapara los hombros.

Rory había encontrado dos espejitos de mano entre los utensilios de belleza que al parecer eran necesarios para las habitantes del harén. Los usó para examinar el peinado.

—Este me gusta bastante. Se parece a los peinados que llevaba mi bisabuela. Solo necesita un nido de pájaros como adorno.

Constance rio entre dientes.

—No sé dónde encontraríamos un nido. Pero hay muchas flores en el patio que podríamos usar. Vayamos a echar un vistazo.

—Buena idea. —Rory ya se sentía inquieta. ¿Sería capaz alguna vez de adaptarse a los confines del harén?

Salió en primer lugar, y Constance y ella se distrajeron un rato examinando las flores del patio y decidiendo cuáles se adaptarían mejor a sus peinados. Se decidieron por unas florecillas azules para Rory y otras rojas para Constance.

Estaban a punto de volver a su habitación cuando Suzanne se les acercó.

—¿Así es como se peinan ahora las europeas? —preguntó la francesa intrigada.

Constance parecía culpable, así que Rory contestó a la ligera:

—No, solo estábamos jugando para entretenernos.

—Comer también es una manera de entretenerse —dijo Suzanne con una sonrisa—. Iba de camino a vuestra habitación para informaros de que la cena está lista; un ritual agradable y entretenido.

—¡Bien! —exclamó Constance—. Estoy muerta de hambre.

—La comida aquí es excelente —les aseguró Suzanne mientras las guiaba hasta un espacioso

comedor abierto situado en la parte opuesta del patio. Las mujeres ya se estaban reuniendo, entre charlas y risas.

Los sirvientes iban y venían con bandejas de latón sobre las cabezas disponiendo la comida en una mesa central. Las mujeres del harén cogían lo que les apetecía y después se alejaban para sentarse en unas mesas bajas con cojines y comer con sus amigas. No había cubiertos, solo usaban los dedos y lo hacían con una elegancia sorprendente. Rory supuso que era una habilidad que debían aprender.

Como Suzanne había prometido, la comida era buena, compuesta de cordero, verduras, quesos, pan y una gran variedad de dulces. La francesa se sentó a una pequeña mesa con ellas y les explicó las costumbres y los platos que no reconocían.

La comida fue mucho mejor que cualquier cosa que hubieran probado a bordo. No tendrían problemas con la comida; de hecho, comerían demasiado; muchas de las mujeres estaban muy gordas. Demasiada comida y poco ejercicio físico era una mala combinación. Rory por fin entendía por qué la habían tildado de «escuálida».

Cuando acabó la cena, los sirvientes llevaron jarras y cuencos de plata para lavarse las manos. Mientras Rory se secaba los dedos en una toalla bordada con hilos de plata, un eunuco de aire autoritario entró y habló con Suzanne, tras lo cual se apartó y cruzó los brazos por delante del pecho. La francesa, sorprendida, le hizo una pregunta y recibió una respuesta cortante.

—Gürkan reclama vuestra presencia esta noche en sus aposentos —anunció Suzanne con expresión tensa—. Tenéis que acompañar a este hombre, el capitán de la guardia del harén, a los aposentos de la válida, donde os prepararán.

Rory tuvo la impresión de que le habían dado una patada en el estómago y Constance parecía al borde del desmayo.

—¿Nos quiere a las dos al mismo tiempo? —preguntó Rory, horrorizada.

—No solo a vosotras. También reclama la presencia de la viuda de su pariente.

—Esto no es bueno, ¿verdad? —comentó Constance con voz temblorosa.

—No —convino Suzanne con expresión sombría—. No es bueno en absoluto.



Boran ayudó a Gabriel a llevar el pesado oro a la casa de Siçan tres horas después del atardecer. Todos los integrantes del grupo se mostraban serios y decididos. Siçan les facilitó túnicas que, según él, combinaban con las de los guardias del harén de Gürkan y encendió farolillos para guiarlos a través de la oscuridad.

Kerem y Esmá habían dibujado unos planos detallados del harén del palacio. Siçan lo colocó en la pared y le explicó el plan al grupo. Era muy sencillo. Boran y otro de los hombres de Malek irían al «agujero negro» en las profundidades de las mazmorras para descubrir si Malek estaba allí y si seguía con vida. Si ese fuera el caso, lo liberarían y lo llevarían a la salida que conducía a los túneles subterráneos.

Kerem, los otros dos soldados negros de Malek, Ramsay y Gabriel acompañarían a Esmá al harén y reducirían a los verdaderos guardias. Después Esmá intentaría averiguar dónde estaban retenidas las damas; y si no lo conseguía, intentaría encontrar a Suzanne. No habría muertes si podían evitarlo, pero las expresiones de los hombres de Malek dejaban bien claro que no dudarían en matar si fuera necesario.

Si todo iba bien, rescatarían a las damas, se marcharían en silencio y no se percatarían de la incursión hasta la mañana siguiente. Para entonces la Céfiro estaría muy lejos.

Y si las cosas salían mal, para cuando llegase la mañana todos estarían muertos.

Gabriel y Ramsay se habían oscurecido la tez blanca para no destacar y luego se pusieron los uniformes. Cuando todo estuvo listo, Siçan los condujo por dos largas escaleras hasta las profundidades de su propio sótano.

Mientras abría una puerta oculta tras la cual imperaba una húmeda oscuridad, dijo:

—Una razón por la que compré esta casa fue porque tiene dos salidas diferentes a los viejos túneles. Si alguna vez me atacan, podré escapar a un lugar seguro con todo mi personal.

Gabriel torció el gesto mientras entraban en el viejo túnel. El ambiente era húmedo, maloliente y desagradable, y era un camino difícil en según qué sitios, pero Siçan los condujo sin error. El camino pasaba de un túnel a otro y se movía por diferentes niveles.

En un momento dado, atravesaron un puente situado sobre un enorme lago subterráneo cuyo techo se sostenía con gigantescos pilares de piedra. Ese debía de ser uno de los aljibes que Ramsay había mencionado.

—Las personas que viven encima lo utilizan como si fuera un pozo para sacar agua con

cubos. A veces incluso pescan —murmuró Siçan.

A la postre, llegaron a una puerta situada en un receso muy oscuro, y la puerta era tan vieja, sucia y maltrecha que resultaba casi invisible aun para los que la conocían. Siçan sacó una enorme llave de hierro y abrió la puerta, tras lo cual encontraron gruesos muros de ladrillo y una oscuridad opresiva. Se hizo a un lado y el grupo entró de uno en uno. La Rata y uno de sus hombres aguardarían en la puerta para guiarlos de vuelta.

Mientras iban pasando por su lado, Siçan murmuraba:

—Hasta la vuelta, *insha'Allah*.

Dios mediante.

Malek yacía en un suelo sucio y húmedo en la más completa oscuridad mientras se preguntaba lúgubrementemente cuánto tardaría en morir de hambre para que las ratas pudieran roerle los huesos como Gürkan le había prometido. Le habían bajado un odre de agua para que pudiera beber.

Debería haberlo rechazado para morir antes, pero su cuerpo sediento lo había traicionado y se lo había bebido por completo. Intentaría ser lo bastante fuerte como para derramar el agua del siguiente sin bebérsela.

Presa de un dolor que lo hacía delirar, al principio no creyó que el susurro fuese real.

—¡Malek Reis, Malek Reis! ¿Estás ahí? —La pregunta fue seguida por una retahíla de blasfemias—. ¡Maldito seas! Eres más terco que una mula, ¿estás ahí?

Aturdido, reconoció la voz de Boran, su segundo al mando. Malek se puso de pie a duras penas.

—¡Échame una cuerda con un lazo y sácame de este agujero inmundo, y te enseñaré a respetar a tu señor!

Oyó un coro de voces emocionadas.

—¡Malek Reis! ¡Señor! ¿Necesita ayuda?

—¡Tíradme una maldita cuerda!

Un par de minutos después, una soga cayó junto a él. Tal como había pedido, la habían anudado de manera que pudiera meter los pies para que pudieran tirar de él.

Al tirar de él, la soga giró y se golpeó contra la pared, pero no le importó. Cuando Boran y otro de sus hombres tiraron de él para sacarlo a rastras por el borde del agujero negro, se descubrió abrazándolos y llorando. La reprimenda podía esperar hasta más tarde.

Escoltaron a Rory y a Constance a los aposentos de la válida, donde las sirvientas las perfumaron, las acicalaron y las vistieron con túnicas de seda gruesa. Por suerte, no les tocaron el pelo, porque las sirvientas que las preparaban para la tortura de esa noche parecían encontrar curioso el peinado.

Hablaron poco porque no había nada que decir. Bebieron té y se preocuparon en silencio hasta que llevaron a otra mujer a la sala de preparación: Damla. Sus ojos eran enormes y oscuros, y parecía resignada a ser violada.

Las tres esperaron durante horas mientras caía la noche y el harén se quedaba en silencio. Medio enloquecida por la frustración, Rory ansiaba chillar y estampar algo contra la pared, pero supuso que eso solo empeoraría su situación. Así que ideó una historia sobre unas doncellas que esperaban que llegase la hora de su violación y sobre cómo asesinaron a sus captores y escaparon.

¿Qué haría la doncella guerrera? Rory recordó la afilada ballena y se preguntó si tendría el valor de usarla.

Tal vez sería capaz de luchar si estuviera en peligro de muerte, pero si solo la iban a violar, tal vez lo más sensato sería relajarse y soportarlo. Aunque era lo bastante valiente y fuerte como para despedazar a Gürkan, lo pagaría con su vida, y aún no estaba lista para morir. Mientras siguiera con vida, habría esperanza de recuperar la libertad.

A la postre, un corpulento guardia del harén de mirada cruel llegó para recogerlas y les espetó una orden en turco. Damla pareció asustarse al verlo, y Rory se preguntó qué barbaridades habría hecho ya el hombre. Los símbolos de su uniforme y de su turbante indicaban que ocupaba una posición muy alta en la jerarquía del harén, tal vez fuera el capitán de la guardia.

Damla respiró hondo, se puso en pie y después lo siguió con gesto sumiso, de manera que ellas hicieron lo mismo. Un segundo guardia del harén cerró filas y fueron escoltadas hasta un estrecho pasillo que discurría entre los edificios del harén y el muro que lo separaba del resto del palacio.

El pasillo terminaba en una amplia puerta cubierta con plata labrada a martillo. Su escolta llamó a la puerta y después la abrió cuando una voz dijo en turco:

—¡Adelante, capitán Daud!

La puerta conducía al dormitorio de Gürkan, una estancia espaciosa y lujosamente amueblada con una enorme cama cuadrada, suntuosas alfombras turcas en el suelo y lámparas de techo que proyectaban sombras fantasmagóricas. En el aire flotaba un intenso olor a incienso que le provocó náuseas a Rory.

En una mesita había bandejas de plata rebosantes de manjares dulces y salados, con un exquisito samovar de oro y esmalte, de cuyo interior ascendían volutas de vapor. Todos los lujos de un hombre rico y disoluto. Cuando entraron, Gürkan se levantó del gigantesco cojín en el que estaba tumbado fumando de un alto narguile, una pipa de agua. El aroma del tabaco se mezclaba con el del incienso e hizo que Rory ansiara respirar una bocanada del aire fresco del mar.

El malvado señor de ese inmenso palacio, con el poder para decidir sobre la vida o la muerte de todos los que lo habitaban, era un hombre fuerte y musculoso que mostraba señales de empezar a engordar. También tenía magulladuras, un ojo morado y la nariz hinchada. Rory esperaba fervientemente que las heridas fueran obra de Malek. Reconoció un ligero e inquietante parecido con su primo, pero los ojos oscuros de Gürkan brillaban con malicia sobre su poblada barba. Malek podría ser despiadado si fuera necesario, pero nunca había sido cruel por capricho.

Damla siseó cuando lo vio. Gürkan esbozó una sonrisa maliciosa y se acercó a ellas. Todas

llevaban pañuelos en la cabeza, y él empezó quitándoselo a Damla.

—Así que esta es la pequeña y aburrida esposa de mi primo —dijo en francés—. No termino de entender por qué ha montado semejante escándalo para recuperarte. En su lugar, yo habría agradecido librarme de ti.

La expresión de Damla era asesina, pero agachó la cabeza y no dijo nada. Gürkan se dirigió hacia Constance y le quitó el pañuelo de un tirón.

Después de observar su cara con interés, se burló:

—Debes de ser la que tiene las habilidades de una prostituta, ya que no eres tan guapa como para ser la virgen.

Acto seguido, se volvió hacia Rory y le arrancó el pañuelo. Se mantuvo rígida, mientras controlaba el impulso de atacarlo. Gürkan le colocó una mano en la mejilla antes de bajarla para acariciarle los pechos. El asco que sintió fue inmediato. Con repentina crueldad, él le dio un tirón a un mechón de pelo trigueño.

—¡Maldito seas! —Ella volvió la cabeza con brusquedad y él se echó a reír, mientras le sujetaba el mentón con una mano y se lo apretaba de forma dolorosa.

—Así que al menos una de vosotras es capaz de hablar —dijo él en francés—. Todas estaréis gritando muy pronto. —Dirigiéndose a Damla añadió—: Primero te violaré a ti para deshonorar a tu marido. Después Daud te desollará. Es muy bueno con su cuchillo, y disfruta de la oportunidad de practicar sus habilidades siempre que se le presenta. Es capaz de pasar un buen rato separándote la piel del músculo sin que mueras. Y después haré que traigan a tus hijos. —Damla lo miró espantada mientras continuaba—: Mientras gritas y te desangras, tomaré té para recuperarme y después le tocará el turno a la viuda desenfundada. Dejaré para el final a la virgen. —Le hizo un gesto distraído a Daud—. Mira y disfruta hasta que te la dé.

Daud emitió un sonido gutural semejante al de un animal con mirada ávida. Gürkan agarró el brazo de Damla y la arrastró hacia la cama. Ella chilló y forcejeó, pero Gürkan era demasiado grande y lo único que consiguió fue que se riera por sus intentos de resistirse.

Con un destello de certeza absoluta, Rory supo que planeaba asesinarlas a todas esa misma noche, y también a los hijos de Damla.

La ira corrió por sus venas. ¡No se quedaría quieta para que la mataran como a una oveja!

Miró a Constance de reojo.

—Quiere matarnos a todas —le dijo en voz baja en inglés—. Recuerda *La doncella guerrera*.

En esa historia, su heroína luchaba para salvar su vida con una silla y otros muebles, y a la postre sacó la ballena afilada que llevaba en el corsé. ¿Qué había en esa estancia que pudiera utilizar como arma?

¡El samovar! En su interior había un tubo metálico lleno de brasas que era lo que calentaba el agua del depósito para llevarla a ebullición. Estaba a solo unos pasos de distancia y era lo bastante pequeño como para poder levantarlo.

Miró el samovar y después miró a Constance con gesto elocuente, tras lo cual clavó la vista

en la pipa de agua, que estaba hecha de latón y cristal. El objeto era un primo lejano del samovar y también tenía brasas y un tubo para que el humo del tabaco pasara por el agua, de manera que suavizara el sabor.

Constance asintió con expresión seria. El intercambio fue brevísimo.

Mientras Gürkan inmovilizaba a Damla en la cama, Rory se abalanzó hacia la mesa y agarró el samovar, quemándose las manos, aunque logró golpear a Daud en la nuca. Cuando este cayó al suelo, ella se dio media vuelta, todavía con el pesado samovar en las manos, y golpeó a Gürkan en la espalda, echándole encima las brasas calientes y el agua hirviendo.

En cuanto Rory se movió, Constance corrió hacia la pipa de agua y la blandió como si fuera un garrote, golpeando a Gürkan con tanta fuerza que el cuenco de cristal se hizo añicos y acabó con todas las brasas encima. Aturdido, se derrumbó sobre la cama mientras Damla se apartaba con rapidez para no quedar atrapada debajo de su cuerpo. Acto seguido, Gürkan se puso de pie y sacó una daga de debajo de su túnica con la que se abalanzó hacia Rory al tiempo que emitía un rugido gutural. En ese momento Daud se puso en pie a duras penas.

Los cinco empezaron a moverse por la habitación en busca de armas. Rory retrocedió y se sacó la afilada ballena del pelo. Esa misma tarde se había preguntado si tendría el coraje de matar. Mientras sacaba la afilada ballena de la vaina, comprendió que estaba a punto de descubrirlo.

Constance blandió de nuevo la pipa de agua rota y golpeó de nuevo a Gürkan en la mano que empuñaba la daga. El arma salió volando y de repente su situación parecía haber mejorado muchísimo.

Mientras el terror se transformaba en ira, Rory se lanzó hacia delante con su afilada hoja en la mano y descubrió que realmente era una doncella guerrera...

Gabriel y Ramsay siguieron a Kerem y a los otros dos soldados negros al harén. Los soldados eran capaces de moverse sin hacer ruido y demostraron ser expertos en reducir a los verdaderos guardias del harén, tras lo cual los amordazaron y los ataron.

Alrededor del patio central se encontraban las puertas de las habitaciones individuales de las mujeres y por debajo de algunas se veían rayitos de luz, pero no había nadie en los inmensos jardines y en el lugar reinaba un silencio sobrecogedor. Esmá les había explicado antes que las habitantes del harén debían permanecer en sus habitaciones después de la cena bajo pena de azotes, o algo peor.

Mientras los guardias impostores del harén se desplegaban por el patio en busca de posibles problemas, Esmá condujo a Gabriel, a Ramsay y a dos de los hombres de Siçan a la habitación que creía más probable que les hubieran asignado a las dos recién llegadas.

Siçan había proporcionado una llave maestra que les aseguró que funcionaría con todas las puertas del harén. Las diez mil libras que les había cobrado eran una ganga. Con el corazón en la garganta, Gabriel abrió la puerta en silencio al tiempo que levantaba el farol para iluminar tenuemente la habitación.

Estaba vacía. Sobre las camas había varias prendas europeas primorosamente dobladas, así que la habitación debía de ser de ellas, aunque no había ni rastro de ninguna de las dos.

Con expresión preocupada, Esma los guio por el perímetro del patio hasta una zona en la que las estancias eran mayores. Se detuvo en una habitación que hacía esquina en la que no se veía luz dentro y susurró:

—Es la de la señora Suzanne, si no la han trasladado a unas estancias inferiores.

Gabriel llamó a la puerta con suavidad, pero no obtuvo respuesta. Abrió la puerta con cautela y permitió que Esma entrara primero. Los demás los siguieron, y Ramsay, que fue el último en entrar, cerró la puerta sin hacer ruido. Los aposentos eran más grandes que los que les habían asignado a Rory y a Constance, y se encontraban en una salita de estar con otra puerta en un extremo.

—¿Señora Suzanne? —dijo Esma en voz baja.

—¿Quién anda ahí? —preguntó una voz asustada en turco desde el dormitorio.

—Somos ingleses, hemos venido para liberar a las damas inglesas, que son mi amada y su prima —contestó Gabriel en francés—. No están en sus aposentos. Señora Suzanne, ¿sabe dónde se encuentran?

Envuelta en un lujoso camisón, Suzanne salió del dormitorio con cautela y su mirada recorrió a los intrusos. Su expresión se relajó al reconocer a Esma.

—Gürkan ha mandado llamar a las inglesas, junto con otra mujer que ha estado prisionera —respondió en inglés, con expresión preocupada—. Es algo muy extraño que las mande llamar a las tres y... también muy peligroso. A veces, Gürkan sufre episodios de locura, y cuando eso sucede, es capaz de cualquier cosa.

Gabriel contuvo el aliento mientras intentaba controlar el miedo que sentía por Rory y por Constance.

—¿Puedes llevarnos?

Suzanne lo observó con seriedad y dijo apresuradamente:

—¡Puedo llevaros, pero a cambio, sáquenme de aquí!

Esma había estado en lo cierto sobre la opinión de Suzanne con respecto al harén.

—Con mucho gusto, y la devolveré de vuelta a Francia si todos sobrevivimos. Usted primero.

—Denme un momento para cambiarme. —Tardó más de un momento, pero tampoco mucho. Regresó con una túnica oscura y discreta, y con la cabeza cubierta, tras lo cual les hizo un gesto para que el grupo la siguiera. La puerta hacia la libertad se había abierto, y ella tuvo el valor de atravesarla sin mirar atrás.

Los condujo hacia el patio, volvieron una esquina y después atravesaron una puerta que llevaba a un estrecho y largo pasillo que comunicaba los aposentos de las mujeres y el alto muro exterior. Fue una caminata larga, ya que los aposentos de Gürkan se encontraban en el lado opuesto al harén y su conjunto de habitaciones unía el harén con el resto del palacio.

Al volver la esquina, vieron una puerta de plata labrada a martillo que señalaba el final del pasillo, bajo la cual se veía un haz de luz.

—Aquí —susurró Suzanne—. Por lo general, el capitán de la guardia espera aquí fuera. Daud es un monstruo, y si Gürkan lo ha invitado a entrar, alguien morirá esta noche. —Tomó una trémula bocanada de aire. Si se oyen gritos, nadie acudirá.

Rezando para que hubieran llegado a tiempo, Gabriel aceleró el paso hasta casi correr; el resto del grupo se apresuró tras él. Cuando estaban a unos metros de la puerta, esta se abrió de repente y se estampó contra la pared, al tiempo que salían en tromba tres mujeres.

Rory iba a la cabeza y las tres estaban cubiertas de sangre.



Al principio, Rory no reconoció a las personas que corrían hacia ellas, y por un espantoso momento pensó que eran los hombres de Gürkan que habían llegado para matarlas. Pero después oyó la voz de Gabriel que gritaba su nombre.

—¡Gabriel! ¡Por Dios, Gabriel! —exclamó y se arrojó a sus brazos, recordando en el último momento no apuñalarlo con la ballena manchada de sangre. Llevaba la piel más oscura, pero su fuerza y su calidez eran inconfundibles—. ¡Gracias a Dios que has venido! ¡Gürkan y el capitán de la guardia están muertos! —tartamudeó.

Él miró la ballena afilada antes de estrechar su tembloroso cuerpo entre sus brazos.

—¿Qué ha pasado?

—Los hemos matado —confesó con voz trémula—. Las tres. ¡Los hemos matado!

Constance iba dos pasos detrás de ella, y Gabriel estiró un brazo para abrazarla también.

—¡Qué valientes sois! Venid, debemos salir de aquí tan rápido y en silencio como sea posible.

Suzanne pasó a su lado para abrazar a Damla.

—¡Gracias a Dios que estás bien, Damla!

Damla se estremecía entre sollozos, pero al cabo de un momento se zafó de ella y siguió caminando con paso firme por el pasillo.

—¡Mis hijos!

—Los recogeremos al salir —le prometió Suzanne—. Voy a escapar con vosotros.

Un hombre con rasgos europeos que también llevaba la piel oscurecida como Gabriel, le ofreció a Constance el brazo.

—Acompañeme, milady —dijo con un claro acento británico—. Pronto saldremos de aquí.

—No me llame «milady», porque no lo soy —dijo ella con voz un poco temblorosa, aunque aceptó su brazo.

—No, es usted una heroína —replicó él—. Por cierto, me llamo Ramsay y soy de la embajada británica.

—¡Qué buen trato reciben los súbditos británicos! —exclamó Rory, curada de espantos a esas alturas.

—Es extraoficial —explicó Gabriel al tiempo que le echaba un brazo por los hombros para ayudarla—. Que para el caso es lo mismo.

Un enorme hombre negro que parecía un guardia del harén, pero cuyo uniforme no era del todo correcto, se llevó un dedo a los labios para indicarles que guardaran silencio y después llevó al grupo hacia el patio vacío casi a la carrera.

Tuvieron que desviarse muy poco para ir a los aposentos de Damla, en cuyo interior encontraron a los hijos de Malek abrazados en la cama, con los ojos cuajados de lágrimas y temblando de terror. Saludaron a su madre con tal alivio que se vio obligada a acallarlos.

—¡Silencio, cariños míos! ¡Nos vamos de este horrible lugar!

Dos de los hombres que acompañaban a Gabriel cogieron a los niños en brazos, y el grupo cruzó el patio a la carrera. Solo se encontraron con un guardia del harén que soltó una maldición y desenvainó su cimitarra mientras exclamaba:

—¡Kerem, traidor!

Antes de que el guardia pudiera dar la voz de alarma, el hombre negro que guiaba al grupo sacó una daga y la lanzó de tal modo que se le clavó en la garganta. Mientras el guardia caía al suelo, ahogándose con su propia sangre, Kerem recuperó la daga y la limpió en la túnica del muerto.

—Conocía a este hombre. Era un demonio —dijo sin más.

Rory se estremeció al ver otra muerte rápida, pero estaba dispuesta a creer que Kerem tenía una buena razón. Se aferró a Gabriel cuando salieron del harén y siguieron por un pasadizo lúgubre, tras lo cual bajaron un largo y empinado tramo de escalones. De uno en uno, bajaron y bajaron los distintos tramos de escaleras, girando a un lado y a otro, hasta que tuvo la impresión de que estaban bajo tierra.

Gabriel volvió a pasarle el brazo por los hombros cuando llegaron al final de la escalera y empezaron a caminar por una estancia de suelo empedrado y desnivelado. Rory agradeció el apoyo, ya que todavía estaba temblorosa.

—¿Adónde vamos? —le preguntó en voz baja—. ¿Y cómo habéis llegado aquí?

—Hay una red de túneles y de alcantarillas debajo de la ciudad vieja —le explicó—. Ramsay es el secretario del embajador para los proyectos especiales, lo que seguramente significa que es un espía, y conoce a la perfección la ciudad y sus secretos. Conocía a un hombre llamado Siçan, la Rata del Túnel, que se conoce al dedillo los pasadizos subterráneos y que nos ha traído hasta aquí. Siçan está esperando en la salida del palacio de Gürkan para guiarnos el resto del camino.

—¿La Céfiro está muy lejos?

—No mucho. Tenemos que salir de la ciudad antes del mediodía, pero para entonces ya estaremos lejos —dijo Gabriel con voz risueña—. Ramsay es uno de los hombres que engañó al pelotón de fusilamiento conmigo en Portugal. Somos expertos en huidas improbables.

Rory contuvo el impulso de soltar una carcajada histérica.

—¡Una historia tan descabellada no se me habría ocurrido ni a mí!

—¡Piensa en el material que tendrás para futuros libros! —señaló Gabriel.

En esa ocasión, sí se rio, aunque en voz baja.

Siçan los esperaba en la salida de los sótanos del palacio. Para Gabriel fue un alivio, porque no le habría gustado abrirse camino a ciegas por esos antiguos túneles.

—Gürkan está muerto —anunció sucintamente.

La Rata silbó por lo bajo, sorprendido, cuando vio que las mujeres y los niños salían del pasadizo del sótano.

—¡Gürkan está muerto y has rescatado a las mujeres por lo que veo! Bien hecho. Mi hombre ha sacado a Malek y a sus hombres, y yo os guiaré a vosotros hasta el barco. El rescate no estará completo hasta que estén lejos y a salvo.

—¿Malek está muy malherido?

—Le han dado una paliza, pero estaba lo bastante bien como para correr —contestó Siçan para tranquilizarlos.

—¡Vivo! —exclamó Damla—. ¡Mi marido está vivo!

—¡Así que tú eres la amada de Malek! —replicó Siçan con interés—. Y estos deben de ser los niños. ¡Demos gracias a Alá por el buen trabajo de esta noche! Vamos.

Gabriel mantuvo un brazo alrededor de Rory mientras seguían a Siçan sin poder creer que hubieran tenido éxito y que hubiera podido rescatarla ilesa. Ramsay avanzaba ayudando a Constance de la misma manera. Los demás los seguían, con los hombres de Malek llevando a los niños en brazos.

Siçan los llevó de regreso por una ruta diferente y más larga, y cuando salieron a la superficie, se encontraban en un estrecho callejón muy cerca de la Céfiro. A Gabriel se le erizó el vello de la nuca mientras aguzaba el oído por si los perseguían, pero las alcantarillas y los aljibes estaban en silencio, salvo por el goteo de agua y el sonido de las ratas y otras alimañas que corrían por ese laberinto subterráneo.

Una rata cometió el error de atacar a Siçan, que se movió con increíble rapidez y ensartó a la alimaña con el garfio de la mano derecha. El animal chilló y Siçan lo zarandó, un gesto que le recordó a Susto en acción. Luego arrojó a la rata a un lado y reanudaron su marcha.

El aire fresco de la noche fue un alivio después del interminable trayecto y del último tramo de escaleras que tuvieron que ascender, cuyos escalones estaban destrozados.

Gabriel se volvió hacia Siçan y le hizo una profunda reverencia.

—Lord Rata, tiene usted mi más profunda gratitud. Ciertamente Alá ha guiado sus pasos esta noche.

El aludido sonrió, dejando a la vista sus dientes torcidos, que contrastaban mucho con la barba.

—Ha sido un placer, capitán. He ganado mucho dinero, he contribuido a la muerte de un hombre malvado y tengo una nueva aventura con la que entretener a mis amigos y familiares. Que Alá te acompañe, infiel. —Le devolvió la reverencia y después se alejó con los suyos.

Gabriel sonrió y se volvió para tomar de la mano a Rory y recorrer así la última parte del trayecto. Sin embargo, la soltó al instante porque la oyó jadear de dolor.

—¿Estás herida?

—Me he quemado las manos al coger un samovar para usarlo como arma —contestó con voz tensa—. Nada serio, pero me temo que no estoy lista para cogerte de la mano.

Mientras trataba de imaginar la pelea que había tenido lugar, la tomó del brazo y la condujo al muelle. Ramsay se detuvo cuando estuvieron a la vista de la Céfiro.

—Hawkins, ha llegado el momento de que nos separemos. Si llegas a Londres, deja un mensaje de mi parte en la librería Hatchards. Ahora que las guerras han terminado, tal vez los Calaveras Redimidos podamos reunirnos en persona y compartir mentiras mientras nos tomamos unas copas.

Gabriel se echó a reír y le tendió la mano.

—Te lo debo todo, Ramsay. Estaré agradecido por tu ayuda extraoficial hasta el día que me muera.

Ramsay lo miró con sorna.

—No es necesario que me des las gracias. Sigo intentando redimirme.

Rory se puso de puntillas y le dio un beso en la mejilla.

—El trabajo que ha hecho esta noche es suficiente para redimir el alma de cualquier pecador, señor Ramsay.

Él contuvo el aliento y se llevó los dedos a la mejilla.

—La balanza aún no está equilibrada, lady Aurora, pero es un honor haberles ayudado a usted y a los demás a escapar.

Mientras Ramsay se perdía en la noche, Gabriel y Rory siguieron al resto del grupo moviéndose por las sombras en dirección al muelle. Los guardias al pie de la pasarela sonrieron encantados cuando pasaron a su lado.

Gabriel y Rory fueron los últimos en embarcar. Jason Landers se encontraba en la parte superior de la pasarela, y al ver a Constance, la abrazó con tanta fuerza que la levantó del suelo.

—Jason. ¡Jason! —Ella se echó a llorar y lo estrechó de tal modo que le clavó los dedos en la espalda.

Suzanne estaba en la mitad de la cubierta, desaliñada y confundida, pero también contenta.

—Señor Lane —le dijo Gabriel a su segundo de a bordo—, madame Suzanne, ciudadana francesa, ha sido crucial a la hora de acabar con éxito nuestra misión. Asegúrese de que tenga todo lo que necesita y llévela al camarote que compartieron las damas inglesas para que pueda descansar.

Lane se llevó una mano al ala de su sombrero.

—A sus órdenes, capitán. Señora Suzanne, si me acompaña, le indicaré dónde puede descansar.

La francesa se mordió el labio.

—Llevo cinco años sin poder tomar una sola decisión —comentó con voz temblorosa, mientras se mordía el labio.

—Pues ahora tiene total libertad para moverse por el barco, madame Suzanne —dijo Gabriel—. Descanse bien con todo nuestro agradecimiento.

—Yo también le agradezco que haya hecho lo imposible —replicó ella en voz baja mientras Lane se alejaba con ella.

—Señor Landers, es hora de zarpar —dijo Gabriel—. ¿Dónde está Malek?

—Abajo en su camarote. Ha recibido una buena paliza, pero no parece haber sufrido daños graves —contestó Landers, que soltó a Constance y empezó a dar órdenes para zarpar.

Gabriel miró a Damla con una sonrisa.

—Acompáñeme, señora, su marido la espera. Constance, ven tú también.

Con los ojos resplandecientes, Damla sujetó a los dos niños de la mano y siguió a Gabriel hasta los aposentos del capitán. Al haber oído el jaleo en la cubierta, Malek, que estaba magullado y vendado, salió cojeando del camarote cuando vio a Damla y a sus hijos corriendo hacia él.

Se quedó paralizado y parecía al borde del desmayo.

—¡Alá sea misericordioso! ¿Sois fantasmas? ¡Gürkan me dijo que había ordenado que os estrangularan!

—¿Por qué iba a matarnos cuando podría usarnos para torturarte? —le preguntó Damla con voz serena, aunque unas lágrimas silenciosas se deslizaron por sus mejillas mientras se arrojaba a los brazos de su marido.

Los niños se abalanzaron sobre su padre, al que abrazaron por las piernas y al que estuvieron a punto de tirar al suelo. Malek se dejó caer de rodillas y aplastó a su familia con un fuerte abrazo mientras se estremecía por entero a causa de los sollozos.

Consciente de que la reunión era demasiado privada como para observarla, Gabriel condujo a Rory y a Constance a su camarote, a estribor.

—Me quedaré en la cubierta hasta que estemos en el Bósforo, pero vosotras debéis descansar, y mi cama es lo bastante grande para ambas. —Había llegado a la conclusión de que no deberían quedarse a solas tan pronto después de todo lo que habían sufrido—. Rory, ya sabes dónde está la llave del botellero.

—No esperes que quede mucho en la botella cuando vuelvas —dijo con humor ácido.

Tiró de ella para abrazarla de nuevo, reticente a alejarse.

Con la misma reticencia a apartarse de él, Rory lo abrazó por la cintura y le hundió la cara en un hombro.

—Jamás podré agradeceréte lo suficiente, mi capitán. Estaba segura de que no teníamos salvación.

Sonrió con sorna al oírla.

—Mi radiante dama, te he liberado tanto por tu bien como por el mío. Si te quedas encerrada en un harén, ¿quién sería la luz y la alegría de mi vida?

—Llevo más oscuridad dentro de la que crees. —Abrió una mano, llena de ampollas, y

reveló una afilada daga hecha de hueso y manchada de sangre—. En el pasado, volcaba mi oscuridad en mis libros. Pero esta noche ha cobrado vida.

Se llevó su maltrecha mano a los labios y le besó la punta de los dedos.

—Eso no es oscuridad, sino fuerza, y ha sido la artífice de tu liberación.

Mientras Rory parpadeaba para contener las lágrimas, Constance le dio un suave apretón en el brazo.

—Prima, vamos a tomarnos una copa de brandi, a quitarnos la sangre de encima y a compartir pesadillas.

Rory logró sonreír entre lágrimas.

—Como siempre, tus ideas son excelentes.

Gabriel las observó mientras entraban en su camarote. Ya le contarían la historia completa después, pero de momento debía conseguir que la Céfiro zarpara tan rápido y avanzara tanto como sus velas y su tripulación les permitieran.

Agotado pero sintiendo una gran sensación de paz, volvió a la cubierta principal. Sintió cómo se estremecía el barco mientras levaban anclas y despleaban las velas. La marea y el viento estaban a su favor, y había suficiente luz de luna para que la nave saliera con cautela hacia el canal principal. Al amanecer, deberían estar fuera del Cuerno de Oro y haber entrado en el Bósforo.

Los pasajeros de la Céfiro todavía tenían que desenredar una serie de entuertos en sus vidas, pero en ese momento, *insha'Allah*, tanto él como sus amigos contaban con el tiempo y la libertad para establecer el rumbo de su futuro.

Constance encendió las lámparas del camarote, se quitó la túnica externa manchada de sangre y dejó a la vista la túnica limpia de seda que llevaba debajo.

—¿Dónde está el brandi?

—En el botellero aquel. —Rory se quitó su propia túnica exterior y después se dejó caer, agotada, en el borde de la cama—. Me he quemado las manos al coger el samovar. Debería de haber ungüento y vendas en un cajón debajo del botellero.

Constance chasqueó la lengua al ver las ampollas que su prima tenía en las manos.

—¡Me alegra que la pipa de agua no estuviera tan caliente! Quédate quieta, que voy a vendarte las quemaduras. No parecen demasiado graves, pero estoy segura de que te duelen.

Rory se quedó quieta mientras Constance le limpiaba las manos, le ponía ungüento sobre las quemaduras y le envolvía las palmas con una suave gasa.

—Si alguna vez escribo otra historia, será sobre corderos, gatitos y margaritas —dijo después de que Constance le diera una copa de brandi aguado—. Una aventura en la vida real es mucho más desagradable de lo que pensaba.

—¡Créeme, entiendo el impulso de escribir solo historias tiernas! Me estoy imaginando toda una serie de libros sobre cariñosas cabras pigmeas. —Constance se sirvió una copa de brandi, tras lo cual colocó las almohadas en el cabecero de la cama y se apoyó en ellas—. Pero de no ser

por tu imaginación y tu capacidad para contar historias, dudo mucho que hubiéramos salido vivas de esta. Piensa en todas las huidas por los pelos que han tenido nuestras protagonistas. Mientras nosotras discutíamos cómo salvarlas, estábamos haciendo una especie de ensayo para ver cómo podríamos reaccionar ante un peligro real.

Rory ahuecó el resto de las almohadas y se apoyó en ellas mientras bebía brandi.

—¿Qué te hace pensar eso? —preguntó, intrigada—. Jamás he escrito algo tan horrible como lo que hemos vivido esta noche.

—No, pero juntas desarrollamos el hábito de pensar en el peligro y cómo lidiar con él. —Mientras reflexionaba, Constance tomó un sorbo de brandi—. Cuando Gürkan empezó a amenazarnos, me sentí como un conejo paralizado. El miedo me inundó la mente. Y después te oí decir que iba a matarnos y mencionaste a *La doncella guerrera*. Pero lo más importante es que te negaste a someterte a una fuerza mayor y entraste en acción. Eso me sacó de la parálisis para que yo también pudiera reaccionar.

—Esos dos hombres, tan amenazadores y tan grandes, no esperaban que nos enfrentáramos a ellos de forma eficaz, por eso los tomamos por sorpresa —convino Rory—. ¡Todo ocurrió muy rápido!

—También motivaste a Damla. Fue ella la que le quitó la espada a Daud antes de que pudiera usarla.

—Oír a Gürkan amenazar a sus hijos la convirtió en un derviche sediento de sangre. —Rory miró de reojo las ballenas manchadas de sangre que Constance había dejado en la mesita de noche—. Desde luego no se esperaban que lleváramos cuchillos de hueso.

—Ese es otro ejemplo de cómo nos ha salvado tu imaginación. No lo vi claro cuando sugeriste que lady Alana podría haber afilado una de las ballenas de su corsé para convertirla en un cuchillo de hueso. —Constance agarró con fuerza el vaso de brandi—. Si no hubieras dicho que debíamos comprobar si funcionaba, no habríamos tenido nuestras armas a mano cuando las necesitábamos.

—Imagino que por eso los soldados llevan a cabo la instrucción, para saber qué hacer ante el peligro. —Rory apuró el brandi y se tapó la boca mientras bostezaba—. Creo que me he relajado lo suficiente como para dormir, pero no me apetece nada tener pesadillas.

—Las enfrentaremos juntas al igual que nos hemos enfrentado a esos monstruos —le prometió Constance—. Dejaré una de las lámparas encendida. No quiero despertar en la oscuridad.

—Yo tampoco —murmuró Rory mientras se tumbaba de costado. Parpadeó—. ¿De dónde ha salido Susto? Juraría que no estaba aquí cuando hemos llegado.

—Creo que tiene el poder mágico de atravesar las puertas de madera. —Constance le acarició la cabeza al gato antes de apagar todas las lámparas menos una.

Acto seguido, se acurrucó junto a Rory y poco a poco se relajó con el suave vaivén del barco mientras navegaba por el mar en calma. Para cuando se descubrieran los cuerpos de Gürkan y

Daud, estarían muy lejos.

A menudo habían compartido camas en sus viajes, y después de los espantosos acontecimientos de la noche, fue un alivio estar con su prima y mejor amiga. También fue un alivio contar con un gato grande y cálido entre ellas para oírlo ronronear.

¡Gracias a Dios y a los valientes que las habían rescatado estaban a salvo!



Constance se despertó cuando la luz del amanecer iluminaba el camarote del capitán a través de las ventanas. Siempre se había levantado temprano, y se sorprendió al sentirse tan descansada teniendo en cuenta que solo había dormido unas pocas horas. Rory seguía durmiendo profundamente, con Susto a su lado. Su prima siempre había sido más como un búho, leyendo y escribiendo hasta bien entrada la noche. Las líneas de tensión se habían suavizado en su rostro, y parecía más joven y más relajada.

Supuso que ambas tendrían pesadillas sobre los horrores de la noche anterior durante años, pero la sangrienta y violenta escena ya parecía distante. No del todo real. Algo por lo que estaba agradecida.

Inquieta, salió de la cama. Quería bajar a la bodega y visitar a los animales que volverían a su hogar en Argel.

En fin, ¿por qué no hacerlo? Examinó su ropa, que consistía en varias capas de túnicas turcas en tonos de azul. No podía recuperar su ropa del camarote que había compartido con Rory porque Suzanne estaba allí. Pero la vestimenta turca la cubría mucho más que la mayoría de los vestidos europeos, por lo que no debería escandalizar demasiado a nadie.

Por increíble que pareciera, todavía tenía el pañuelo que Jason le había dado, ya que le habían permitido conservarlo mientras la preparaban para Gürkan. Se lo ató a la cintura a modo de fajín y salió del camarote. Le encantaba la tranquilidad del barco a esa hora. Pronto, el cocinero estaría ocupado en la cocina preparando el desayuno y las campanas del barco anunciarían el cambio de guardia, pero de momento el barco era suyo.

La Céfiro navegaba tranquilamente hacia el oeste, camino a casa. Primero debían ir a Argel para dejar allí a Malek, a su familia y a sus hombres, pero dentro de pocas semanas estarían de regreso en Inglaterra. Aunque habría cambios importantes en su vida, al menos estaría en un país donde hablaba el idioma y entendía las costumbres.

Captó el conocido olor del zoológico mientras descendía la escalerilla que daba acceso a la bodega. Los hipopótamos pigmeos estaban durmiendo y por encima del agua solo les veía la parte superior del hocico, que asomaba para poder respirar. Saludó a los caballitos, a los burritos y a los avestruces. Hasta el león estaba medio dormido, por lo que se limitó a parpadear cuando la vio.

Como era de esperar, acabó en el recinto de las cabras pigmeas. Al verla, empezaron a saltar unas sobre otras para llegar a ella mientras balaban de felicidad. Con un suspiro satisfecho, se acomodó en la paja de espaldas a la pared y se acurrucó junto a los cálidos cuerpecillos.

—Negrito, voy a convertirte en el héroe de una serie de libros para niños.

Ajeno al honor, la cabrita intentó mordisquearle el fajín. Mientras se lo quitaba con cuidado de la boca, oyó que una voz conocida decía con tono risueño:

—¿Es una fiesta solo para mujeres y cabras o puedo unirme?

—¡Jason! —Se dio media vuelta en la paja y sonrió al tiempo que él entraba en el recinto y le echaba el pestillo a la puerta una vez dentro. Cuando lo vio al regresar al barco, llevaba un sombrero, pero en ese momento iba con la cabeza descubierta y vendada—. ¿Cómo tienes la cabeza? Me aterrorizó ver que los hombres de Gürkan te atacaban. Me... me temí que estuvieras muerto.

—Los estadounidenses tenemos la cabeza dura —dijo para tranquilizarla mientras se sentaba a su lado y le pasaba un brazo por los hombros—. Lo puse todo perdido de sangre y estuve inconsciente un rato, pero la herida no fue grave. ¿Cómo te sientes? Lo que tú has soportado es peor que lo mío.

Ella se estremeció.

—Estoy haciendo todo lo posible para convencerme de que Gürkan y su harén no han existido. Es difícil creer que todo ha sucedido en menos de un día.

—El mérito es para el capitán por organizar un rescate tan rápido. No lo hubiera creído posible. Quería acompañarlo en la incursión, pero me ordenó de forma tajante que me quedara en el barco para zarpar si fuera necesario. —Le dio un apretón con el brazo—. ¿Quieres contarme lo que te sucedió o prefieres no hacerlo?

Comprendió que quería decírselo, por lo que se acurrucó bajo su brazo y le resumió todo lo que había sucedido desde el momento en el que las secuestraron hasta que regresaron sanas y salvas.

Jason silbó por lo bajo cuando ella terminó.

—¡Gracias a Dios que os complementáis tan bien!

—El mérito es todo de Rory. Ella tuvo el valor de atacar para defenderse y nos inspiró a Damla y a mí a hacerlo también. —Tomó una honda bocanada de aire—. Ahora estoy intentando acostumbrarme a la idea de que tengo un futuro.

—Espero que lo pases conmigo. —La besó en la frente—. ¿Te casas conmigo, Constance?

El corazón le dio un vuelco al oírlo y después regresó a su lugar habitual.

—¿Estás seguro de que eso es lo que quieres? Lo hemos hablado, pero estábamos soñando despiertos sobre un futuro que no parecía posible.

—Yo no estaba soñando despierto —le dijo él con seriedad al tiempo que la miraba fijamente a los ojos—. He rezado todas las noches para que lady Aurora y tú nos acompañarais en el viaje de regreso. Puede que sea demasiado pronto para pedírtelo después de todo lo que ha sucedido,

pero mi proposición sigue en pie hasta que estés preparada para darme una respuesta.

Constance se mordió el labio mientras sentía el escozor de las lágrimas en los ojos. El tiempo que habían pasado juntos en el viaje de ida les había parecido mágico. Un tanto irreal. Pero la sólida calidez de su brazo, así como la sinceridad de sus ojos, era muy real. Debía corresponder su sinceridad.

—¿Estás seguro, Jason? —preguntó con incertidumbre—. No cometas un gran error por lo que hicimos y dijimos antes de Constantinopla. No me debes nada.

—No me estoy equivocando —contestó él con voz suave—. Creo que serás feliz si te casas conmigo. Sé que yo lo seré.

Suspiró al oírlo.

—Me encanta tu romanticismo, Jason. Pero no olvides que soy ilegítima, de que seré una forastera y que no tengo dinero. No aportaré nada salvo mi propia persona.

—La vida en Estados Unidos sería un gran cambio para ti —convino él—. Pero no necesitas una dote. Mi familia tiene un buen negocio y algún día dirigiré los astilleros Landers. Mi familia te adorará y mi madre estará encantada de no tener que competir con una consuegra. En cuanto a ser ilegítima... —Se encogió de hombros—. Es un nuevo mundo, un nuevo comienzo para ti y un nuevo nombre. Tu pasado en Inglaterra no importará, solo tu futuro como la señora de Jason Landers. Si me quieres.

Tragó saliva con fuerza y expuso un impedimento aún mayor.

—Sería muy difícil dejar a Rory. Ella ha hecho mucho por mí. No sé quién sería sin ella. Ella... es la única persona que me ha amado.

—Tal vez eso fuera cierto antes, pero ya no —replicó él con intensidad—. Te quiero, Constance Hollings. Adoro tu dulzura, tu inteligencia y tu risa. —Sonrió—. Y adoro tu bonito y voluptuoso cuerpo, pero tal vez sea poco caballeroso mencionarlo.

La esperanza comenzó a burbujear en su interior. Pero había llegado el momento de hacer las preguntas difíciles.

—¿Puede decir eso tantas veces como quiera, señor Landers! Pero ¿cómo es posible que no estés enamorado de Rory? Ella es guapísima, ingeniosa y valiente.

—El amor es misterioso —respondió él, pensativo—. Es una mujer espléndida, atractiva y admirable, pero es a ti a quien vi y pensé: «Ella es la mujer que he estado buscando». Y contigo es con quien tengo problemas para dejar las manos quietas. De hecho... —El brazo que tenía alrededor de los hombros comenzó a descender para acariciarle el pecho con la mano.

Ella se echó a reír, le cubrió la mano con la suya y se la colocó sobre el corazón.

—¿Me gusta que no puedas dejar las manos quietas!

Se inclinó para besarla, y los dos acabaron tumbándose en la paja. El beso fue largo y concienzudo, y duró hasta que Jason levantó la cabeza y dijo:

—Tengo a dos cabritas en la espalda y una de ellas me está tirando de la venda.

Ella rio entre dientes mientras se incorporaba, y Jason también se sentó, quitándose de

encima a las cabras.

Constance le acarició las orejas a Negrito.

—Me alegro de que los animales regresen sanos y salvos a casa. Me temía que mis cabritas acabaran en el estofado si Gürkan se las quedaba.

—No tienen mucha carne —señaló Jason—. Son mucho mejores como mascotas.

—¿Crees que Malek me daría estas cuatro? Rory dijo que tenía más, y me he encariñado mucho de estas.

Jason sonrió al tiempo que le quitaba briznas de paja del pelo.

—Creo que hoy Malek Reis está tan contento que accederá a cualquier cosa que se le pida.

A Constance se le ocurrió otra cosa que pedirle a Malek, pero la idea desapareció en cuanto Jason la besó una vez más. El mundo entero se desvaneció. Incluso las cabras.

Pese al cansancio que sentía y a la confianza que le tenía a su tripulación, Gabriel pasó el resto de la noche en cubierta, guiando su barco a un lugar seguro. Como se dirigían al oeste, tenían el sol naciente a la espalda cuando llegó la mañana, de modo que los rayos creaban un camino dorado sobre el mar que los llevaba hasta casa.

Estaba a punto de retirarse y ya estaba pensando dónde podría encontrar una cama cuando vio que Malek y su familia subían la escalerilla desde los aposentos del capitán. Había visto el rostro de Damla durante la fuga del harén y sabía que era una belleza de ojos oscuros, pero esa mañana llevaba la parte inferior de la cara pudorosamente tapada con un pañuelo, al igual que su hija.

Ambos niños miraban a su alrededor con interés. Damla debió de suponer que quería hablar con Malek, de manera que lo saludó con un gesto respetuoso de cabeza, cogió a sus hijos de las manos y se alejó con ellos por la cubierta.

Malek parecía muy diferente del hombre obcecado y furioso que había forzado a la Céfiro y a su tripulación a realizar la sombría travesía hacia el este. Con una expresión relajada en la cara, se acercó a Gabriel y le tendió la mano.

—Te debo muchas disculpas, Hawkins. Tienes motivos para odiarme, pero no me arrepiento porque excediste de sobra mis más desquiciadas expectativas.

Gabriel le estrechó la mano y dijo con sorna:

—Han sido unos meses interesantes. Ha llegado el momento de ajustar cuentas.

Con Malek al lado, empezó a pasear junto a la barandilla de babor.

—Las inglesas son libres, como también lo es la tripulación de su barco. ¿Cuánto costó la ayuda de Siçan?

—Diez mil libras. Me ha parecido una ganga. El dinero restante debería devolverse a la madre de lady Aurora.

—Me parece justo —convino Malek.

—¿Has dejado atrás tu vida de pirata?

—Sí, llevaba años sin dedicarme a la piratería cuando capturaron a Damla. —Sonrió—.

Desde luego que ella no aprobaría que volviera a ser pirata. De ahora en adelante, solo seré un mercader conocido por tratar honestamente con sus clientes.

—¿Quién heredará la fortuna y el hogar de Gürkan?

—Su sobrino Mustafá. Es un agá del ejército otomano, un hombre justo y honorable. No le envidio tener que desenredar el caos que ha dejado Gürkan.

—¿Mustafá intentará vengarse de ti y de tu familia?

Malek se echó a reír.

—Es más probable que me envíe oro como agradecimiento. No habrá consecuencias. —Su voz adoptó un deje melancólico—. Solo desearía haber sido el hombre que mató a Gürkan.

—Las mujeres estuvieron a la altura de las circunstancias. —Se cubrió la boca para bostezar—. Pero ahora me retiro. Ha sido un día y medio muy largo.

—Que duermas bien, Hawkins. Te has ganado el descanso. —Malek echó un vistazo por la cubierta hasta localizar a su familia y se dirigió hacia ellos al verlos en la proa disfrutando del viento y de la espuma del mar.

Gabriel pensó que lo mejor era buscar una hamaca bajo cubierta en la que acostarse, pero no pudo resistirse a bajar a su camarote para echarles un vistazo, sin despertarlas, a sus heroínas dormidas. Cuando abrió la puerta, vio que Constance se había ido y que Rory estaba durmiendo sola, con esa lustrosa melena trigueña cubriéndole los hombros y la mitad de la cara.

Como Constance no estaba allí, cedió a la tentación y se quitó el gabán y las botas. Acto seguido, se tumbó junto a Rory, sin querer despertarla. Le colocó una mano en la cintura. Paz...



Gabriel. Estaba teniendo una pesadilla sobre el harén y la maldad de Gürkan cuando sintió que el peso del cuerpo de Gabriel hundía el colchón. Captó su familiar aroma masculino, admiró la bonita estructura ósea de su apuesto rostro y le acarició el pelo alborotado y el mentón sin afeitar. Gabriel, su héroe y amigo.

Se arrojó a sus brazos y se aferró a él, presa del alivio y el deseo.

—¡Tenía tanto miedo de no volver a verte nunca!

—A mí me pasaba lo mismo. —La estrechó con fuerza entre sus brazos y ella se pegó a su cuerpo, deseando derretirse contra él para no tener que separarse jamás. Acto seguido, levantó la cara para recibir un beso y sintió que se le aceleraba el corazón y que la chispa del deseo prendía en su interior hasta convertirse en una hoguera.

La boca de Gabriel la besaba con voracidad, y percibió que el deseo lo abrasaba igual que a ella. Con un gesto descarado, lo instó a tumbarse de espaldas y se sentó a horcajadas sobre sus piernas mientras le tiraba de la ropa. Gabriel se había quitado el gabán y las botas, y con un fuerte tirón, le desgarró la parte delantera de la camisa para deleitarse con sus poderosos hombros y su torso. Tan masculino, tan guapo, tan real...

Tras un momento de pura indulgencia femenina, le sacó la camisa de los pantalones y comenzó a forcejear con los botones de la pretina.

—Esta vez no nos detendremos —dijo ella con voz ronca.

Cuando Gabriel hizo ademán de responder, detuvo sus palabras con sus labios y la lengua. Sintió el momento exacto en el que perdió el control y el deseo se apoderó de él. Gabriel se había visto obligado a mantener la disciplina a lo largo de esa travesía, mucho más que ella, y al final había planeado su rescate y el de las demás mujeres como por arte de magia.

En ese momento la necesidad de mantener el control había desaparecido y era evidente que deseaba la culminación tanto como ella.

—¿Estás segura? —susurró él.

—Completamente. —Le metió la mano por debajo de la ropa y le recorrió el abdomen plano. Siguió bajando para agarrar su duro y ardiente miembro, momento en el que él gimió y se tensó por completo. Se deleitó al descubrir que podía afectarlo de esa manera.

El beso embriagador continuó mientras esas grandes manos la acariciaban desde el cuello hasta la cintura, tras lo cual se trasladaron a la espalda. Las vaporosas capas de la vestimenta

turca eran tan delgadas que le resultó muy fácil subírselas hasta la cintura para poder acariciarle el trasero desnudo. Piel contra piel, sin barreras entre ellos.

—¡Ahora sí, mi radiante dama! —dijo él con voz ronca.

Con un movimiento rápido, Gabriel invirtió sus posiciones de manera que quedó sobre ella, entre sus piernas, y sus hábiles dedos comenzaron a deslizarse y atormentar sus lugares más sensibles. Rory le mordió la arrugada tela de la camisa que había desgarrado para no gritar.

Durante los encuentros nocturnos que tuvieron lugar a lo largo de las últimas semanas del viaje, habían llegado a conocer sus cuerpos al milímetro, habían aprendido cómo tocarse, cómo excitarse y hasta qué límite podían aguantar. Él usó ese conocimiento para volverla loca de deseo.

—¡Ya hemos esperado suficiente! —exclamó ella con un deseo palpitante—. ¡Se acabó!

Gabriel la penetró y, por un instante, sintió una punzada de dolor. Pero poco después la unión fue completa y sintió su miembro ardiente palpitando en su interior, sin moverse, mientras ella se acostumbraba a la invasión y a su peso. ¡Eso, eso precisamente, era lo que había anhelado desde que se conocieron! Esa unión y esa entrega mutua. Esos momentos de intensa unidad.

Se frotó contra él, queriendo más, y empezaron a moverse juntos con un ritmo febril de deseo incontrolable. Eso, eso, ¡eso!, hasta que estalló a su alrededor y su cuerpo se estremeció con unas sensaciones violentas que jamás había experimentado, pero que reconoció gracias a un atávico instinto femenino. Le encantaba oír los gemidos guturales que se le escapaban a Gabriel de la garganta mientras se derramaba en su interior. Hombre y mujer, juntos, completos.

Mientras jadeaban en busca de aliento, la desbordante pasión se desvaneció dejando a su paso serenidad y ternura. Gabriel se apartó de ella y se tumbó de costado, estrechándola entre sus brazos.

—No me puedo creer que haya sucedido —dijo él con voz titubeante—. Pensé que solo iba a acostarme y a abrazarte para dormir juntos. Me imaginé que un beso casto formaría parte del plan. ¡De haber sabido que iba a suceder esto, al menos habría cerrado la puerta!

Rory rio por la bajo, feliz y exultante.

—Los dos lo necesitábamos. Me moría de ganas de deshacerme de mi virginidad, que solo me ha acarreado problemas durante los últimos meses.

Él le apartó el pelo húmedo de la frente.

—Desde luego. Pero debes saber que soy lo bastante tradicional como para querer que te cases conmigo. Cuanto antes mejor.

Ella titubeó, porque la incertidumbre empañó de repente su felicidad. Conocía las consecuencias de hacer el amor, y por un breve instante de locura ni había pensado en ellas. Pero en ese momento la voz de la razón regresó.

—¿Estás seguro de que quieres casarte con una mujer tan escandalosa y difícil como yo? Podría volverte loco.

—Solo de la mejor manera posible. —Sonrió mientras la peinaba con los dedos,

deshaciéndole los enredos con suavidad—. Mi perdición fue ver tu retrato en el camafeo de tu madre. Supe que debía decirle que no por un sinfín de motivos, pero no soportaba pensar que un espíritu radiante como el de la muchacha del camafeo estuviera condenado a la vida mortal de un harén. Nunca pensé que entre nosotros habría algo más que mi simple misión, que con suerte sería exitosa. —La besó en la sien, y ella sintió sus cálidos labios contra la piel—. Pero ahora que te conozco, la idea de perderte me deja el corazón hecho añicos.

—Eres más romántico de lo que aparentas frente al mundo. —Le levantó una mano para besarle la palma antes de llevársela a una mejilla—. Cuando te vi por primera vez en el jardín de Malek, pensé: «Es él. Este hombre. Sin duda». Parecías alguien a quien podrías confiarle tu propia vida, y lo eres. ¡Pero no merezco a alguien tan fuerte, sensato y amable como tú!

—Creo que es al revés —replicó él con una breve carcajada—. Eres la hija de un conde, bien educada y muy querida. Yo un marino desheredado y deshonorado. He amasado una pequeña fortuna, pero nada comparado con lo que tú estás acostumbrada. Por no mencionar que soy bastante aburrido la mayor parte del tiempo.

—¡Eso no me lo creo! Eres el único hombre al que me he imaginado que forma parte de mi vida —confesó con una sonrisa—. Pero admito que no me gustaría que pasaras la mayor parte de tu vida en el mar y solo volvieras a casa para visitas ocasionales. —Se mordió el labio al pensar en los peligros del mar, las tormentas y los piratas—. En los meses transcurridos entre tus visitas, mi espantosa imaginación evocaría todas las cosas horribles que podrían sucederte.

—A mí tampoco me gustaría eso. —Le rodeó la cintura con un brazo y la pegó a su cuerpo. Piel contra piel, íntimamente unidas—. Te quiero cerca todo el tiempo. Sí, adoro el mar, pero también me encanta la tierra. He ahorrado algo de dinero y he estado pensando en comprar una pequeña propiedad y pasar la mayor parte de mi tiempo allí. Esperaba que Susto se viniera conmigo, ya que me sentiría solo, pero prefiero teneros a ambos.

Susto había vuelto a aparecer en la cama, así que ella le acarició la cabeza. El gato se dejó hacer mientras ronroneaba con fuerza.

—Creo que Susto está listo para retirarse a tierra firme con nosotros. ¿Renunciarás por completo al mar?

—No, me quedaré con la Céfiro y contrataré a un capitán para que navegue con ella. Tal vez compre un par de barcos más. Viviríamos con comodidad y podrías escribir tus libros y ser tan espléndidamente excéntrica como desees. Constance podría vivir con nosotros si a las dos os apetece, pero sospecho que Jason Landers tiene otros planes para su futuro. —Le sonrió con gran cariño—. Si zarpo a cualquier parte, mi radiante dama, me acompañarás. Así que... ¿nos casamos?

La incertidumbre se desvaneció. ¿Cómo podría haberse planteado si era correcto o no compartir la cama de Gabriel y su vida?

—¡Sí, mi capitán! Será un inmenso placer. ¿Crees que podríamos convencer al imán de Malek para que nos case de inmediato? Dado que le salvaste la vida, podría estar dispuesto a

pasar por alto nuestra condición de infieles.

—Hajji Asad es un hombre tolerante, y creo que cooperaría aunque no lo hubiera salvado de acabar en el agua. A Constance y a Jason tal vez también les interese solicitar sus servicios —dijo Gabriel, pensativo—. Creo que quizá debamos tener una ceremonia cristiana al regresar a Inglaterra, aunque solo sea para tranquilizar a tu familia. Pero de momento me conformo con cualquier hombre de Dios. Si hace los honores, me sentiré muy agradecido de que me case.

Rory suspiró.

—Echaré muchísimo de menos a Constance. Pero ha llegado el momento de que tomemos caminos separados. Nos escribiremos muchas cartas y colaboraremos en nuestras historias, pero será difícil adaptarnos a que nos separe un océano.

—Las dos sois familia y siempre lo seréis. —Gabriel le acarició el pecho desnudo con una mano—. Había oído que las mujeres turcas se depilan todo el cuerpo. ¿Fue muy doloroso?

Ella torció el gesto.

—Podría incluirlo en un libro, ¡pero no volveré a sufrirlo en persona! Debo de parecer una gallina desplumada.

Él rio y se inclinó hacia delante para besar una parte muy íntima y depilada de su cuerpo.

—Una gallina desplumada preciosa. Tu pelo trigueño volverá a crecer. —La expresión juguetona de Gabriel cambió—. ¡Maldición! Hay algo que olvidé decirte que podría hacerte cambiar de opinión sobre el matrimonio.

—A menos que tengas otra esposa, no me imagino de qué se trata —replicó ella con voz alegre.

—No tengo más esposas, pero Hawkins es mi segundo nombre. Dejé de usar mi apellido después de que mi abuelo me desheredara. Me bautizaron como Gabriel Hawkins Vance.

Lady Aurora Vance. Le gustaba cómo sonaba. Pero entonces frunció el ceño.

—Vance. ¿Tu abuelo es el almirante lord Vance, el indómito y feroz héroe que ha participado en incontables batallas navales?

—El mismo —confirmó él con una sonrisa torcida—. Ya ves por qué lo decepcioné tanto.

—Pamplinas, el hecho de que sea un almirante famoso no cambia nada —se apresuró a replicar—. Siendo un oficial tan joven, hiciste lo correcto. Ellos se lo perdieron al expulsarte de la Marina Real. Ningún padre ni abuelo decentes te habrían desheredado como lo hizo tu abuelo. ¡El honorable almirante debería avergonzarse de sí mismo!

—Él no es así, pero te agradezco tu lealtad, Rory. —Sonrió y le dio un apretón en la mano—. Ahora creo que es mejor que cierre la puerta con llave para poder descansar como Dios manda.

—Cierra la puerta —dijo con voz recatada mientras acariciaba a Susto, que había aparecido de repente en su almohada—. Y ya veremos qué pasa después.

Él se rio mientras se levantaba para cerrar la puerta con llave y después acabó de desnudarse. A Rory le encantaba ser capaz de hacerlo reír con tanta facilidad. Y le encantaba, le encantaba, le encantaba, mirar ese precioso cuerpo masculino que pronto sería todo suyo, de la misma manera

que ella era suya.

Hajji Asad se alegró de que le pidieran officiar la doble boda que se celebró en la cubierta principal de la Céfiro. Tal como dijo, las costumbres matrimoniales variaban según las culturas y los países, pero los musulmanes y los cristianos adoraban al mismo Dios y honraban el matrimonio como un compromiso sagrado.

El imán pidió la colaboración de Malek y de Gabriel para combinar las ceremonias de ambas religiones. Malek se ofreció a entregar a las dos novias, un gesto apreciado por su ironía, pero que fue rechazado firmemente. Rory y Constance se entregarían ellas solas, y punto. Así que en vez de entregarla, Malek le ofreció a Constance como dote las cuatro cabras pigmeas.

Suzanne usó retazos de telas coloridas para hacerles a las novias dos bonitos ramilletes. El carpintero del barco colocó mamparas para crear un tercer camarote en los aposentos del capitán, que usarían Constance y Jason. Era pequeño, pero íntimo, con una cama improvisada que era lo bastante amplia para los dos.

A los hijos de Malek, Meryem y Kadir, se les asignó un pequeño camarote para que compartieran, y empezaron a discutir para ver quién se quedaba con la litera superior. Damla les ordenó que se turnaran. Ajeno a las órdenes de los humanos, Susto pasaba la mayoría de las noches en la cama de Gabriel y Rory.

El día de la boda amaneció soleado, con una ligera brisa que agitaba alegremente las cintas y los velos. Dos marineros que sabían tocar el violín y la flauta irlandesa interpretaron música solemne mientras Constance y Rory subían juntas la escalerilla procedentes de los aposentos del capitán, tomadas de la mano. Acto seguido, se separaron para colocarse al lado de sus respectivos novios.

Gabriel nunca había visto nada tan hermoso como el radiante rostro de Rory. Una vez que tomó la decisión, se acabaron las dudas y solo había una alegre certeza. Lo había elegido, y él sabía que ella nunca miraría a otro hombre. Al igual que le sucedería a él, porque no había otra mujer en el mundo que la igualara.

Con voz serena y reverente, Hajji Asad comenzó la ceremonia. Pronunció frases en árabe y otras en inglés, pero los votos de estar juntos hasta que la muerte los separase fueron inconfundibles. A Gabriel le gustó especialmente la costumbre musulmana final de besar a la novia tres veces en la mejilla y una en la frente.

—Hasta que la muerte nos separe —susurró él.

Con una mirada resplandeciente, ella repuso:

—¡Amén, mi capitán!

Acto seguido y para sorpresa de todos salvo para el imán, Malek y Damla renovaron sus votos, acompañados por sus hijos. Tras la terrible separación que habían soportado, a Gabriel le pareció muy adecuado.

Luego todos disfrutaron de un copioso festín con la mejor comida de la cocina y los músicos interpretaron canciones más alegres, y todo el mundo bailó al son de los mares plateados.

32



Londres, enero de 1815

Después de que dejaran al capitán y a la tripulación de la Dama de Devon en Dover, su puerto de origen, la Céfiro puso rumbo a Londres. Atracaron en una fría y soleada mañana de invierno, realizaron todos los trámites portuarios y después llegó el momento de volver a casa.

Rory casi brincaba de emoción cuando los dos carruajes que Gabriel había alquilado llegaron al muelle donde estaba el barco. El pequeño era para Suzanne, quien decidió ir a casa de unos parientes en Londres en vez de enfrentarse a la incertidumbre de una Francia que se recuperaba de décadas de guerra. Se despidió de sus nuevos amigos entre abrazos y agradecimientos, y bajó la pasarela hacia el carruaje que la esperaba con la cabeza en alto y ataviada con el vestido y la capa que ella misma se había cosido durante el viaje de vuelta, tan elegante como cualquier parisina.

El carruaje más grande que había alquilado Gabriel los llevaría a ellos dos y también a Constance y a Jason a Lawrence House. Rory se envolvió en la capa que se había confeccionado y bajó dando saltos la pasarela, sujetándose con una mano a la cuerda que hacía las veces de barandilla.

—¡Estoy deseando ver a mis padres! Dado que el Parlamento está abierto, seguramente se encontrará en la ciudad. —Dio un paso hacia el muelle, luego se volvió y agarró con firmeza el brazo de Gabriel cuando se colocó a su lado—. Aprobarán que por fin sea una mujer casada decente. ¡Será lo primero que he hecho en años que cuente con su aprobación!

Gabriel se echó a reír y le colocó un brazo por encima de los hombros.

—Creo que, sobre todo, se alegrarán mucho de tenerte en casa, sana y salva, mi radiante dama.

Constance, que estaba al otro lado de Rory, junto a Jason, comentó con nerviosismo:

—No tengo muy claro que se alegren de que llegues acompañada de una prima a la que no conocen y que es ilegítima.

—Se sorprenderán, pero estarán encantados —le aseguró Rory—. Eres una Lawrence, y es justo que te acepten como tal.

Jason sonrió.

—Ahora es una Landers y que la acepten o no carece de importancia. Pero estoy de acuerdo con Rory, amor mío. Deberías aprovechar esta oportunidad para conocer a tus parientes. Zarparemos para Maryland dentro de unos días y tardarás un tiempo en regresar.

Rory y Constance se miraron con tristeza.

—Pero volverás —dijo Rory—. Y nosotros os visitaremos. ¡Contamos con la ventaja de habernos casado con capitanes de mar!

Cuando el carruaje dejó a las dos parejas delante de Lawrence House en Mayfair, Gabriel ayudó a Rory a apearse mientras decía:

—Siendo el Londres aristocrático como es, no te sorprenderá saber que Vance House está a solo dos manzanas de aquí.

—Tal vez podamos hacerles una visita después de ver a mi familia —replicó alegremente su

esposa.

—¡Mejor tener las crisis familiares de una en una! —exclamó, alarmado. Ella lo miró con cara de «Ya veremos» y luego subió los escalones.

—Hace casi cuatro años que no veo a mis padres. ¡Han pasado muchísimas cosas!

Gabriel la siguió con paso más tranquilo, con Constance y Jason tras él. Constance se agarraba con fuerza al brazo de su marido. Aunque lord y lady Lawrence no la acogieran tan bien como Rory había pronosticado, Jason estaba a su lado y eso era lo que importaba.

Rory llamó a la puerta como una niña impaciente. Con la intención de sorprender a sus padres, no había enviado un mensaje de aviso. Gabriel sonrió, pensando en lo mucho que le encantaban su entusiasmo y su pasión por la vida. Su pasión en general.

Después de varios minutos, un mayordomo de aspecto estirado abrió la puerta.

—Saludos, Hastings —dijo Rory alegremente—. ¿Están mis padres en casa?

El gesto estirado desapareció al tiempo que el mayordomo exclamaba:

—¡Lady Aurora! —Su voz se elevó hasta convertirse en un grito—. ¡Lady Aurora está en casa!

Se desató el caos y el vestíbulo de la casa se llenó de gente al instante. Si alguna vez puso en duda que quisieran a Rory, dichas dudas se desvanecieron todas en ese momento. Gabriel, Constance y Jason se mantuvieron apartados mientras la familia se reunía. Lady Lawrence chilló y se arrojó a los brazos de su hija, con el conde pisándole los talones. Gabriel también pensó que era mejor que ninguno de los hermanos de Rory estuviera presente, porque los abrazos habrían resultado mortales en ese caso.

Mientras la situación se calmaba, lady Lawrence se enjugó las lágrimas con un pañuelo con su inicial bordada, momento en el que se percató de los acompañantes de su hija.

—¡Capitán Hawkins, ha conseguido traer a mi niña a casa! ¡Que Dios lo bendiga! —Lo besó con un entusiasmo que dejó entrever de quién había heredado Rory su exuberancia.

Él le hizo una reverencia.

—Ha sido un placer, lady Lawrence. Espero que no le importe que me haya excedido en mi cometido y me haya casado con su hija.

La condesa jadeó y el conde lo miró muy serio.

—En fin, ¡qué ocupada has estado, Aurora! —exclamó lady Lawrence—. Entrad en el salón, donde podremos hablar y así podrás presentarme a tus otros acompañantes. Hastings, que nos traigan un refrigerio.

Con una mano en la base de la espalda de su esposa, Gabriel la siguió a la elegante estancia situada a la derecha del vestíbulo. Mientras su anfitriona los invitaba a sentarse, lord Lawrence se volvió hacia Gabriel.

—Estoy deseando conocerlo mejor, capitán Hawkins —le dijo con severidad.

—Lo mismo digo, milord. Pero mi nombre completo es Hawkins Vance, así que su hija ahora es lady Aurora Vance.

El conde frunció el ceño.

—Vance. ¿Vance? ¿Es usted familia del almirante lord Vance?

—Es mi abuelo. —Gabriel sonrió alegremente—. Pero me desheredó, así que no tendrá que lidiar con él.

El conde parpadeó.

—Hablaemos más tarde, capitán Vance.

—No te preocupes, papá. —Rory se sentó en un sofá, se acomodó las faldas y tiró de Gabriel para que se sentara a su lado—. Mi marido es el hombre más valiente y honorable del mundo. Llegarás a apreciarlo y no solo porque gracias a él te estás librando de mí.

—Sí que tiene que ser un hombre valiente —replicó su padre con ironía, aunque miraba a su hija con cariño.

Muy tranquila, Rory señaló el sofá colocado perpendicularmente junto al suyo, donde se sentaban Constance y Jason.

—Mamá, papá, os presento a mi compañera de escritura y de viaje y mejor amiga, Constance Hollings Landers, y a su marido, el capitán Jason Landers. Es estadounidense y hasta ahora ha sido el primero de a bordo de Gabriel.

El conde le tendió la mano.

—¿Un estadounidense, has dicho? Menos mal que se firmó el Tratado de Gante en Nochebuena y que nuestros países ya no están en guerra, capitán.

—No podría estar más de acuerdo —dijo Jason mientras se levantaba para aceptar la mano que le ofrecía.

El mayordomo, con los ojos desorbitados, volvió con sorprendente velocidad empujando un carrito cargado con dulces, sándwiches y té. Lady Lawrence le dio las gracias y lo despachó mientras cogía la tetera de plata para empezar a servir el té.

—Es un placer conocerlos, señor y señora Landers. —Y en ese momento se detuvo con la tetera en el aire cuando miró a Constance—. Querida, te pareces más a Rory que cualquiera de sus hermanas.

—Y no es casualidad, mamá —terció Rory con voz serena—. Es mi prima hermana. La sobrina de papá.

—Déjame adivinar —dijo el conde, tras la parálisis que la sorpresa le había provocado en un primer momento—. ¿Eres la hija del canalla de mi hermano pequeño, Frederick?

—Sí —respondió Constance con un hilo de voz—. Rory ha dicho que se alegrarían de conocerme, pero, la verdad, no he venido para causar problemas. Mi marido y yo zarparemos a Estados Unidos dentro de unos días.

—¡Querida mía! —Lady Lawrence se levantó y atravesó la estancia para darle un rápido abrazo—. ¡Por supuesto que nos alegramos de conocerte! ¡La única pregunta es por qué no nos hemos enterado hasta ahora de tu existencia!

—Desde luego —convino su marido—. ¿Lo dispuso todo Freddie para que no te faltase de

nada? No era mala persona, pero podía ser terriblemente descuidado.

—Dudo mucho de que el tío Frederick hiciera algo más que mencionar la existencia de Constance a la abuela Lawrence —repuso Rory con acritud—. Ya sabes cómo detestaba los escándalos. La madre de Constance murió en el parto, por lo que la abuela le entregó el bebé a unos padres adoptivos, con una cantidad de dinero asignada hasta que cumpliera los dieciocho años y no le habló a nadie de su existencia. Los Lawrence no han tratado bien a mi prima.

Constance, que se había puesto muy colorada, exclamó:

—¡Pero de verdad que no espero nada! El regalo de la amistad de Rory ha sido una bendición. Eso ha sido más que suficiente.

—De todas formas, la familia te debe el reconocimiento y una dote —dijo lord Lawrence con seriedad—. Mi madre murió hace dos años, y lamento que se llevara el secreto de tu existencia a la tumba. Pero la familia es la familia, y es evidente que eres una Lawrence. Lo dispondré todo para que recibas una dote con retraso, junto con mis más sinceras disculpas.

—¡No es necesario! —exclamó Constance.

—Sí que lo es. —Era evidente que el conde había tomado una decisión y no había más que hablar.

A Gabriel le cayeron bien los padres de Rory. Si su esposa había heredado la exuberancia de su madre, seguramente el sentido de la justicia procedía de su padre.

Lady Lawrence regresó a su asiento.

—Aurora, ¿has dicho que la señora Landers es tu compañera de escritura?

—Sí, hemos escrito juntas varias historias de aventuras románticas realmente escandalosas —contestó Rory—. Cuando llegamos a la India, se las dejamos a la tía Diana y, como le gustaron, dijo que se las enviaría a un editor que conocía en Londres. Lo enviaría con el pseudónimo de Condesa Alexander, pero utilizaría vuestra dirección como contacto. ¿Habéis tenido alguna noticia? ¿Está interesado el editor?

Su madre rio, encantada.

—¡Vuestros libros han causado furor en Londres! Publicaron dos mientras regresabas de la India y te capturaron los piratas, y el tercero ya tiene fecha de publicación. Creo que Diana envió seis historias, por lo que el público espera impaciente.

—Me aseguré de que los contratos fueran justos —terció lord Lawrence—. No se puede confiar en los editores, son unos embaucadores.

—Pero este sabe reconocer una buena historia cuando la ve. —La voz de lady Lawrence se convirtió en un susurro—. Fui incapaz de soltar los libros, aunque estoy muy contenta de que se hayan publicado con un pseudónimo. ¡La que me habría caído encima por parte de todas las damas de Londres si se supiera que la autora de *La doncella guerrera* es mi hija!

—Tu hija y tu sobrina. Trabajamos juntas, mamá. —Rory se puso de pie de un salto y tomó a su prima de las manos—. ¡Lo conseguimos, Constance! ¡Lo conseguimos! ¡Somos autoras famosas!

—Más bien infames —replicó Constance con una carcajada—. Un gran incentivo para seguir escribiendo, aunque tengamos que hacerlo a larga distancia. —Le soltó las manos a su prima y volvió a sentarse con Jason—. Me pregunto si el editor estaría interesado en mis cuentos para niños. Sus protagonistas serán las cabras pigmeas —añadió para poner al día a sus flamantes tíos.

—No sabría decirte —replicó lord Lawrence—. Pero tenéis una buena suma de dinero esperándoos en Barclays. La basura romántica se vende muy bien.

—¡Un poco de respeto, papá! —lo regañó Rory con severidad—. Tal vez te parezca que nuestras historias carecen de valor literario, pero no son fáciles de escribir.

—Desde luego son muy populares entre tu madre, tus hermanas y tus amigas —admitió el conde—. Aunque no acabo de entender el porqué.

—Porque la heroína siempre consigue lo que quiere —señaló Constance, que después se sonrojó y agachó la cabeza cuando todos la miraron.

—Basta de negocios —decretó lady Lawrence—. Es hora de tomar el té y los dulces, y de que nos contéis todo lo que ha sucedido. Siempre y cuando no sea demasiado alarmante.

Rory le dio un apretón en la mano, y Gabriel supuso que en su mente estaba editando los acontecimientos para convertirlos en una historia menos espeluznante. Describió sus aventuras en las costas berberiscas con alegre desparpajo mientras se tomaban el té.

Cuando acabó y apuró el té, Rory se puso en pie.

—Después de tanto hablar, necesito un poco de aire fresco. Gabriel, vamos a dar un paseíto. —Cuando su madre hizo ademán de protestar, añadió para tranquilizarla—: No estaremos mucho tiempo fuera.

Receloso de sus motivos, Gabriel se levantó y la siguió al vestíbulo. Mientras ella recogía su capa con capucha y él se ponía el sombrero, dijo:

—Quieres que visite a mi abuelo, ¿verdad?

—Sí —contestó ella, con la voz seria a esas alturas, porque ya no estaba disimulando delante de su familia—. No tienes que hacerlo, por supuesto, pero ¿se te ocurre un mejor momento?

Reflexionó al respecto mientras la tomaba del brazo y la acompañaba al exterior, tras lo cual dobló a la izquierda para recorrer a pie la corta distancia que los separaba de Vance House.

—Sospecho que tienes razón —reconoció hablando despacio, después de doblar la primera esquina—. Su ira y su desaprobación me han torturado desde que era un niño. Nunca me libraré del todo de ellas, pero estoy comenzando una nueva fase de mi vida. —La pegó a su costado—. Ahora soy un hombre casado con una esposa y un gato, no solo un marino. —La miró con una sonrisa—. Para serte sincero, me gustaría que viera lo afortunado que he sido.

La sonrisa de Rory le confirmó que estaba haciendo lo correcto. Era hora de encarar el pasado para poder avanzar hacia el futuro.

—Puede que no esté en casa, tú ya me entiendes.

—Tal vez —convino ella—. Pero si no te recibe, la próxima vez que decidas enfrentarte al viejo león en su guarida te será más fácil.

Casarse con una escritora significaba que su esposa siempre tendría algo que decir. En ocasiones no sabía si se trataba de una bendición o de una maldición.

Llegaron a Vance House demasiado pronto. La aldaba de la puerta estaba en su sitio, lo que significaba que sus abuelos estarían en casa. Dicha aldaba tenía la forma de un barco. Llamó varias veces con decisión.

El mayordomo tardó menos en abrir la puerta que el mayordomo de los Lawrence, pero era un desconocido.

—¿Se encuentran el almirante y lady Vance en casa? —preguntó Gabriel, tomando la iniciativa—. Si es así, por favor, diles que el capitán Gabriel Hawkins y su esposa desean verlos.

El deje autoritario de su voz consiguió que los dejara pasar al pequeño vestíbulo, aunque no le habían ofrecido su tarjeta de visita.

—Espere aquí, capitán. —Al cabo de un momento el mayordomo regresó y les hizo una reverencia—. Por aquí, por favor.

Los guió hasta la salita, como Gabriel esperaba. Había pasado buena parte de su infancia en esa casa. Cuando entraron en la salita, su mirada se posó de inmediato en la mujer menuda de pelo plateado sentada junto al fuego.

—¡Abuela!

Ella pareció sorprenderse y, después, alegrarse mientras se ponía en pie y atravesaba la salita con los brazos abiertos.

—Mi querido nieto, ¡qué alegría verte!

La sintió cálida y suave entre sus brazos, y comprendió que solo por ese momento merecía la pena enfrentarse a su abuelo.

Un repentino y áspero carraspeo lo hizo alzar la vista, y vio que su abuelo estaba sentado en las sombras al otro lado de la chimenea. El almirante parecía haber envejecido veinte años en vez de doce, y se percató de que el lado izquierdo de la cara de su abuelo tenía un gesto muy delator. Una apoplejía.

Le hizo una respetuosa reverencia.

—Señor, acabo de llegar a Londres y quería presentarles a mi esposa. Lady Aurora Lawrence, la hija menor del conde de Lawrence.

Su abuela se volvió hacia Rory con una sonrisa.

—¡Y qué bonita es, Gabriel!

El almirante resopló.

—¿Esta es a la que llaman Rory Lawrence la Leona?

Gabriel la tomó de la mano.

—Sí, señor, la misma.

El almirante se puso de pie y le pareció menos alto y más frágil que en el pasado.

—Supongo que solo una muchacha escandalosa te aceptaría.

—¡Señor! —exclamó Gabriel—. Puede decir lo que quiera sobre mí, me puede llamar

«canalla» si le apetece, pero no toleraré que insulte a mi esposa.

El almirante soltó una carcajada estentórea.

—Tan temperamental como siempre. Admito que es una muchacha muy guapa.

Rory esbozó una dulce sonrisa.

—Y capaz de matar a un hombre que me doblaba en tamaño con un cuchillo de hueso de ballena escondido en el corsé.

El almirante la miró sorprendido, como si no estuviera seguro de que se trataba de una broma. Tras decidir pasar por alto el comentario, miró de nuevo a Gabriel.

Se apoyaba en un bastón. Por primera vez, Gabriel se dio cuenta de que su abuelo era humano y de que estaba envejeciendo. No era un dios de la guerra enojado e implacable. Ese descubrimiento disolvió gran parte de la ira que sentía.

—No he venido a discutir con usted, señor —dijo en voz baja—. Solo he venido a ver a mi abuela y a presentarles a mi esposa. Ya nos vamos y no volveremos a molestarlo. Aunque espero volver a verte, abuela.

—No te vayas —dijo su abuelo con brusquedad—. Vamos a pasear por el jardín.

—Como desee, señor —replicó Gabriel con educación mientras se preguntaba el motivo.

Abrió la puerta situada al fondo de la salita. Los escalones que llevaban al jardín tenían pasamanos de madera en ambos lados que antes no había. Otra prueba de que su abuelo estaba envejeciendo.

Era un jardín largo y estrecho, limitado por muros de ladrillo. Dado que era invierno, las plantas estaban aletargadas, pero los senderos y los setos estaban bien atendidos.

—¿Qué has estado haciendo estos años? —preguntó con brusquedad el almirante mientras caminaban por el sendero central de ladrillos.

—Navegar, burlar algún que otro bloqueo y un poco de contrabando para llevarles suministros a la gente que los necesitaba. Nada de lo que usted pudiera sentirse orgulloso. Obtuve mi barco cuando escapé de la esclavitud en Berbería —dijo él con un deje acerado—. Aunque sabía que usted me despreciaba, de todas formas me sorprendió que se negase a pagar el rescate para liberarme. Me dijeron que era una cantidad bastante baja.

—Estaba demasiado enfadado —adujo su abuelo con voz baja y ronca—. Siempre fuiste un joven muy prometedor, el mejor Vance de tu generación. No podía soportar que tiraras todo por la borda para salvar la vida de un joven que era un don nadie.

—Un don nadie para ti, tal vez, pero era mi amigo. No me arrepiento de lo que hice. — Gabriel sonrió—. Rory cree que soy valiente y honorable, y desafiará a cualquiera que diga lo contrario, incluso a usted. Su opinión me importa más que la de cualquier otra persona.

—Parece una muchacha con carácter. ¿De verdad mató a un hombre que la doblaba en tamaño con un cuchillo de hueso? —le preguntó el almirante con interés.

—Sí. Ella es realmente intrépida.

—En ese caso, hacéis buena pareja. —Llegaron al final del sendero del jardín, donde habían

colocado un banco contra el muro. El almirante se sentó en el banco, por lo que Gabriel hizo lo mismo, sin saber muy bien el fin de la conversación.

El almirante juntó las manos sobre la empuñadura dorada de su bastón, que tenía forma de gaviota.

—Ahora eres el heredero del título —dijo de repente—. Serás el tercer barón Vance.

Gabriel se quedó boquiabierto.

—¿Y Edmund y Peter, mis primos? Ambos me precedían en la línea sucesoria.

Su abuelo suspiró.

—Sirvieron con honor en la Marina Real y murieron en acto de servicio.

Gabriel guardó silencio durante un rato mientras recordaba cuando jugaba con sus primos, hijos del primogénito de su abuelo. Los dos hijos del almirante, incluido su propio padre, murieron en acto de servicio.

—Lamento mucho oírlo. Eran buenos hombres.

—Pues sí que lo eran, y además eran buenos oficiales. —El almirante volvió a suspirar—. Pero tú te parecías más a mí. El más independiente, el más terco. El que más probabilidades tenía de derrotar a los franceses si se enfrentaba a ellos aunque todo estuviera en su contra.

—He ganado algunas batallas navales —dijo Gabriel mientras ocultaba su asombro—. Pero en ninguna de ellas se jugaba el destino de Gran Bretaña.

—Si te hubieras quedado en la Marina Real, podrías haber luchado en Trafalgar.

—Lord Nelson se las arregló muy bien sin mí, aunque no sobrevivió a la batalla. —El muy idiota no habría muerto de no haberse colgado todas sus medallas, convirtiéndose en el blanco perfecto para un francotirador francés. Gabriel prefería la vida a los grandes gestos—. El pasado, pasado está. Estoy feliz con mi vida, aunque usted no lo esté. Pero espero que no decida prohibirme venir a su casa hasta después de su muerte.

Su abuelo soltó una risa cascada.

—Eres el heredero, ahora no te lo puedo prohibir. —Tras un largo silencio, añadió con un hilo de voz—: Te he echado de menos.

¿Podría él decir lo mismo? No, la ira del anciano siempre lo había acompañado. No había tenido opción a echarlo de menos. Pero ese día su visión del pasado había cambiado.

—Señor, en el futuro ya no tendrá que echarme de menos. Y si yo lo desilusiono, le garantizo que Rory es capaz de engatusar al más pintado.

Su abuelo soltó una carcajada.

—Acabas de ponerme en mi lugar. —Se levantó con evidente esfuerzo del banco—. Regresemos. Últimamente el frío me cala hasta los huesos.

Con asombro, Gabriel comprendió que había hecho las paces con su formidable abuelo y que incluso había un cariño cauteloso entre ellos. Hasta ese momento no lo habría creído posible.

Volviéron a la salita y encontraron a su abuela y a Rory charlando alegremente. Cuando su esposa lo miró, él respondió con un pequeño asentimiento de cabeza y una sonrisa. Ella le

ofreció su característica sonrisa radiante.

—Lady Vance —dijo Rory mientras se ponía en pie—, hemos alargado la visita más de la cuenta, pero me alegro mucho de haberla conocido. Espero que no le importe que la visite pronto.

—En absoluto —dijo su abuela, que parecía más joven que cuando habían llegado—. Adiós, querida. —La besó y luego lo besó a él—. Has elegido bien, cariño.

Él le sonrió.

—Lo sé.

No volvió a decir nada hasta que estuvieron fuera.

—¿Te he dicho últimamente lo mucho que te quiero?

—No desde anoche —respondió Rory—. Me alegra saber que eso no ha cambiado después de los acontecimientos de hoy.

—Has hecho bien en convencerme de que viniera. —Le pasó un brazo por los hombros—. Mis primos han muerto, y algún día serás lady Vance. Una simple baronesa, pero es lo mejor que puedo ofrecerte.

—Será más que suficiente, amor mío. —Se detuvo y se volvió hacia él con una expresión traviesa—. ¿Podemos reservar una habitación en un hotel esta noche?

—Lo que desees —respondió, perplejo—. Pero ¿no quieres quedarte en Lawrence House?

Se acercó más a él y le susurró con un deje sensual:

—¡No estoy segura de tener el valor de hacerte el amor con mis padres tan cerca!

Con una carcajada, la levantó en brazos y la besó delante de todo Mayfair.

—¡Espero que me hagas el amor, mi radiante dama! —Apoyó la frente contra la suya, exultante de alegría mientras añadía en voz baja—: Y me complace mucho saber que soy el hombre más afortunado de Gran Bretaña.

—Me alegra que lo pienses —repuso Rory, también en voz baja—. Pero seguro que yo también soy la mujer más afortunada.

Nota de la autora

Recuerdo que cuando era niña cantaba el «Himno de los infantes de Marina» y me intrigaba «desde los salones de Moctezuma hasta las costas de Trípoli». Entendía lo de Moctezuma por aquello de estar cerca de México, pero ¿a qué venía la mención de Trípoli? ¡Está en el norte de África!

Mucho más tarde, descubrí que ese verso se refería a las guerras berberiscas de principios del siglo XIX. (La primera fue de 1801 a 1805 y la segunda en 1815.) En las clases de Historia en el colegio nos enseñaban que los países del norte de África, donde están las costas berberiscas, eran todos piratas que asaltaban barcos estadounidenses y europeos, que capturaban a las tripulaciones para pedir un rescate o venderlas como esclavos y que exigían a los países un tributo a modo de protección si querían que sus barcos navegaran con tranquilidad.

Los piratas no me parecen románticos. Eran criminales codiciosos y a veces asesinos que se aprovechaban de los vulnerables. Los piratas berberiscos fueron el azote del Mediterráneo desde el siglo XVI al siglo XIX, e incluso llegaron hasta Islandia y Sudamérica. La ciudad de Baltimore en el condado de Cork, Irlanda, fue saqueada y casi toda la población fue capturada y vendida como esclava en 1631.

A principios del siglo XIX, fecha en la que está ambientada *Érase una vez un canalla* muchos de los países europeos más grandes preferían pagar ese tributo a los berberiscos, sobre todo los que estaban enzarzados en las guerras napoleónicas, que se extendían por todo el continente. Estados Unidos, que se encontraba al otro lado del Atlántico, prefirió mantenerse neutral y continuar tranquilamente con el comercio marítimo con los países europeos.

Sin embargo, a Estados Unidos no le funcionó bien: Gran Bretaña bloqueaba a Francia y no querían que los irresponsables de las colonias les vendieran sus bienes a Europa. Esa fue una causa principal de la guerra de 1812 entre Gran Bretaña y Estados Unidos.

Los piratas berberiscos eran otro asunto. No solo fue el orgullo nacional lo que llevó a Estados Unidos a la guerra, ni tampoco el complejo de inferioridad con el que cargaba un nuevo país que sentía que le estaban faltando al respeto. Simple y llanamente, las exigencias que pedían los piratas eran tan altas que el país no podía permitirse sobornarlos. De ahí que Estados Unidos entrara en guerra.

Un lectura excelente y muy recomendable sobre las guerras de Berbería está en la obra *Thomas Jefferson and the Tripoli Pirates*, de Brian Kilmeade y Don Yaeger. Lo recomiendo.

Tal vez parezca extraño que un barco europeo se viera forzado a llevar a Constantinopla un

cargamento de hombres y de animales, pero eso fue precisamente lo que tuvo que hacer el USS George Washington. Además de tener que transportar a doscientos hombres más de la cuenta, sobrecargando enormemente el barco, Kilmeade y Yaeger dijeron que había «4 caballos, 25 vacas y 150 ovejas, además de 4 leones, 4 tigres, 4 antílopes y 12 loros». El barco tenía que variar el rumbo para orientarse hacia La Meca a la hora de las oraciones. ¡Gabriel y la Céfiro se libraron de una buena!

La fantasía de los harenes y la poligamia fue muy popular en Occidente e inspiró cuadros sensuales y libros libidinosos. Ciertamente los harenes existieron. Pero el Corán especifica que si se tienen múltiples esposas, todas deben tratarse con estricta igualdad en términos económicos, emocionales y sexuales. ¡Algo que sería tan costoso como agotador! En la vida real, la clara mayoría de los matrimonios musulmanes fueron (y son) monógamos. De ahí que la devoción de Malek por su esposa sea tan cierta y real como la de cualquier historia romántica, ¡y a mí me encantan las buenas historias románticas!



**¿TE GUSTÓ
ESTE LIBRO?**

escribenos y
cuéntanos tu opinión en

 /Sellotitania  /@Titania_ed

 /titania.ed



#SíSoyRomántica